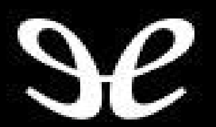
WARHAMMER 40.000

GRAHAM McNEILL

GUERREROS DE ULTRAMAR

UNA NOVELA DE LOS ULTRAMARINES



Los tiránidos viajan de mundo en mundo a través de la fría oscuridad del espacio estelar y lo devoran todo en un inútil intento de saciar su ansia de materia orgánica. En su camino se encuentra el planeta Tarsis Ultra, donde el capitán Uriel Ventris y su compañía de Ultramarines los esperan junto a los hermanos marines del capítulo de los Mortificadores. Uriel deberá aceptar las primitivas costumbres de sus aliados y contravenir las antiquísimas instrucciones del sagrado Codex Astartes para destruir la amenaza alienígena.



Graham McNeill

Guerreros de Ultramar

Warhammer 40000. Ultramarines 2

ePub r1.0
epublector 31.07.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *Warriors of Ultramar*
Graham McNeill, 2003
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2006
Diseño: Valerio Viano

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





FASE I
DETECCIÓN



PRÓLOGO

Unas nubes bajas cruzaban el cielo azul de Tarsis Ultra arrastradas por la brisa que mecía los gruesos tallos de maíz que se extendían en todas las direcciones tan lejos como llegaba la vista. El aire era tibio, cargado con el fuerte aroma de los campos listos para ser cosechados.

Un vehículo grande, de costados altos, atravesaba de forma pesada el suelo de tierra. Las hojas, afiladas y relucientes, segaban a ambos lados, y el grano era lanzado a un enorme contenedor que había en la parte trasera. El sol todavía no había llegado al cénit, pero el contenedor ya estaba casi lleno. La cosechadora había partido del colectivo granjero de Prandium antes de que aparecieran las primeras luces del amanecer.

El humo que salía de los tubos de escape del vehículo pasaba a través de unos filtros antes de esparcirse por el aire en forma de una nube libre de contaminación, por encima de la cabina montada en la sección frontal.

La cosechadora se inclinó hacia un lado antes de que uno de los dos ocupantes de la cabina le quitara la palanca de mando al otro.

—Corin, te juro que conduces esto como si estuvieras ciego —le soltó Joachim.

—Pues la verdad es que no voy a mejorar si no haces más que quitarme los mandos —le contestó Corin, alzando los brazos en gesto de disgusto. Luego, se pasó una mano por el cabello despeinado y se quedó mirando con rabia a su compañero.

Joachim notó la mirada de Corin.

—Casi nos has metido en la zanja de riego.

—Puede ser —admitió Corin—, pero no lo he hecho.

—Porque te quité la palanca.

Corin se encogió de hombros, reacio a admitirlo, y dejó que Joachim condujera la cosechadora con cierta tranquilidad. Se quitó los guantes finos y flexionó los dedos en un intento de aliviar el entumecimiento que sentía en las articulaciones. Manejar los controles de la cosechadora, que no cesaban de retemblar, y guiarla por los enormes campos era un trabajo agotador.

—Estos guantes no sirven de nada —se quejó—. No ayudan en absoluto.

Joachim sonrió antes de contestar.

—Así que todavía no los has acolchado, ¿verdad?

—No. Tenía la esperanza de que tu Elleiza lo hiciera.

—No tardará mucho. Ya te cuida como si fuera tu esposa.

—Sí —respondió Corin con una pequeña risa—. Es una muchacha estupenda. Me cuida muy bien.

—Demasiado —comentó Joachim—. Va siendo hora de que te busques tu propia mujer. ¿Qué hay de Bronagh, la doctora de Espandor? He oído que fue muy dulce contigo.

—¿Bronagh? ¡Ah, sí! Es una chica de gustos raros —respondió Corin entre risas.

Joachim alzó una ceja. Estaba a punto de comentar algo al respecto cuando el mundo estalló a su alrededor. Un impacto estruendoso golpeó el costado de la cosechadora, y ambos salieron despedidos de los asientos de la cabina cuando el gigantesco vehículo saltó hacia un lado. Joachim sintió que la sangre le corría por la frente y alargó los brazos para empuñar los mandos cuando la cosechadora comenzó a girar.

Tiró de la palanca principal, pero fue demasiado tarde. La oruga izquierda se metió en la zanja de riego y el vehículo volcó de lado.

—¡Agárrate! —gritó Joachim mientras el costado de la cosechadora se estrellaba y se retorcía el metal.

Sobre ellos cayó una lluvia de cristales rotos, y Joachim sintió un corte en la sien. La cosechadora se estampó contra el campo, y unas enormes columnas de maíz y de polvo salieron hacia el cielo cuando el vehículo cayó por completo sobre la tierra seca. Las inmensas orugas siguieron girando en el aire mientras el motor continuaba en marcha.

Pasó casi un minuto antes de que se abriera una de las puertas laterales y apareciera un par de piernas acabadas en botas. Joachim bajó con cuidado de la cabina y cayó, provocando una fuerte salpicadura, en el agua de la zanja de riego, que le llegaba hasta la rodilla. No logró aterrizar bien y lanzó una maldición antes de agarrarse la cabeza herida. Corin lo siguió; estaba aturdido y mantenía un brazo pegado al pecho.

Los dos observaron sin decir palabra alguna los daños que había sufrido la cosechadora.

El vehículo era una masa de metal retorcido y partido. De la sección central de la cosechadora, donde parecía haber impactado algo tremendamente potente, no quedaban más que trozos humeantes y residuos apestosos de maíz quemado.

—¡Por Guilliman!, ¿qué ha pasado? —se preguntó Corin sin apenas aliento—. ¿Es que nos han disparado?

—No lo creo —le contestó Joachim al mismo tiempo que le señalaba una columna de humo blanco a unos cientos de metros en el interior del campo—. Pero haya sido lo que haya sido, es seguro que tiene algo que ver con eso.

Corin miró en la dirección que le indicaba Joachim.

—¿Qué demonios es?

—No lo sé, pero hay llamas, y tenemos que apagarlas antes de que provoquen un incendio que se lleve toda la cosecha.

Corin asintió y volvió a subir con esfuerzo a la cabina de la cosechadora, donde descolgó un par de extintores que había en la parte posterior; luego, los dejó caer en brazos de Joachim. Después salieron de la zanja trepando por las inclinadas paredes de rococemento. Joachim tuvo que tirar de Corin para ayudarle a subir el último tramo.

Cruzaron con rapidez el campo, ya que su paso se veía facilitado por la larga cicatriz oscura excavada en la tierra que llevaba hacia la columna de humo.

—¡Por Maccrage!, jamás había visto nada parecido —jadeó Corin—. ¿Es un meteorito?

Joachim asintió, aunque después se arrepintió debido a las punzadas de dolor que el gesto le provocó.

—Eso creo.

Llegaron al borde del cráter y se detuvieron asombrados al ver lo que había en el interior.

Si se trataba de un meteorito, no se parecía a nada de lo que cualquiera de ellos podría haberse imaginado. Tenía aproximadamente forma esférica y

estaba compuesto por una materia de color marrón leproso. Parecía una joya gigantesca, reluciente por el calor residual. Su superficie tenía un aspecto suave y vitreo, lo más probable debido a su paso por la atmósfera. Al verlo con mayor claridad, ambos se dieron cuenta de que lo que surgía del objeto no era un humo apestoso, sino chorros de vapor que salían a presión en forma de geiser de las grietas que había en la superficie, como escapes de una tubería de compresión. Incluso desde el borde del cráter se podía sentir el intenso calor que emitía el objeto.

—Bueno, no está en llamas, pero despide un calor de narices —dijo Joachim—. Tenemos que enfriarlo. Todavía es posible que incendie la cosecha.

Corin meneó la cabeza e hizo el signo del aquila sobre el corazón.

—Ni hablar. No pienso bajar ahí.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No me gusta la pinta que tiene eso, Joachim. Es algo malo. Lo noto.

—No seas idiota, Corin. No es más que una piedra grande, así que venga.

Corin volvió a negar con fuerza con la cabeza y le echó a Joachim el extintor que llevaba él.

—Toma. Si quieres bajar, baja, pero yo me vuelvo a la cosechadora. Voy a ponerme en contacto con Prandium para que alguien venga a recogernos.

Joachim comprendió que no tendría sentido discutir con él, así que asintió.

—Voy a echar un vistazo más de cerca. En seguida salgo.

Se colocó un extintor en cada hombro y bajó con cuidado.

Corin lo estuvo observando hasta que llegó al fondo antes de volver por donde había llegado. Se tocó el brazo y torció la cara con un gesto de sufrimiento cuando sintió un tremendo pinchazo de dolor por encima del codo: lo tendría roto. Miró por encima del hombro al oír un fuerte siseo, como el del agua al ser arrojada sobre una sartén caliente, pero continuó caminando.

El siseo continuó hasta que se oyó un tremendo crujido.

Luego, comenzaron los gritos.

Corin dio un salto y se dio la vuelta en el aire cuando oyó los aullidos de agonía de Joachim. Los gritos de su amigo se interrumpieron de forma abrupta y un chillido penetrante cortó el aire, algo por completo alienígena y terrorífico.

Corin volvió de nuevo y echó a correr hacia la cosechadora. El miedo les dio energías renovadas a las piernas.

En la cabina había un rifle automático y deseó con desesperación haberlo llevado encima.

Avanzó trastabillando por el surco abierto en la tierra hasta que tropezó con una raíz medio enterrada y cayó de rodillas. A su espalda oyó el sonido de unos pasos pesados. Algo grande e inhumanamente veloz atravesaba a toda velocidad el campo de maíz. Oyó los tallos partirse a medida que se acercaba más y más. Corin no tenía ninguna duda de que lo estaba buscando.

Gimió de miedo y se puso en pie tambaleándose antes de echar a correr de nuevo. Se arriesgó a mirar por encima del hombro y distinguió una silueta borrosa y fantasmal entre los tallos.

Las pisadas de algo grande parecían llegarle de todos lados.

—¿Qué eres? —gritó Corin mientras seguía corriendo.

Avanzó a ciegas y salió en tromba de la plantación para caer gritando en la zanja de riego. Impacto con fuerza y se aplastó el codo contra la superficie de rococemento para luego tragar una gran cantidad de agua al aullar de dolor. Salió del líquido estancado arrastrándose de espaldas, escupiendo agua y sacudiendo la cabeza para despejarse.

Alzó la mirada cuando una silueta oscura le tapó la luz del sol.

Corin parpadeó y vio con claridad a su perseguidor.

Tomó aliento para gritar.

Pero la criatura se le echó encima con una lluvia de golpes cortantes que lo desgarraron por completo antes de que tuviera tiempo de hacerlo.

Un charco de sangre se extendió bajo su cuerpo desmembrado. El asesino de Corin se detuvo tan sólo un segundo, como si estuviera olfateando el aire.

Subió con facilidad por la pared inclinada de la zanja y se puso en marcha en dirección a Prandium.



FASE II
APROXIMACIÓN



UNO

La Basílica Mortis era el hogar de los Mortificadores.

La morada ancestral de los Marines Espaciales del capítulo de los Mortificadores giraba en rotación sobre sí misma y con lentitud bajo la débil luz de Posul y de su estrella lejana. La superficie del lugar era montañosa y escarpada.

Durante casi diez mil años, desde que el Tarot del Emperador había guiado al fundador del capítulo, Sasebo Tezuka, los Mortificadores habían montado guardia en el mundo nocturno de Posul, y desde entonces, aquellos santos caballeros del Imperio habían entrenado a los miembros de su orden de guerreros en el interior de las murallas del monasterio-fortaleza que permanecía en órbita.

Por su aspecto, parecía una enorme cadena montañosa que alguien hubiese arrojado al vacío del espacio. Los mejores tecnosacerdotes y adeptos del Imperio se habían reunido para crear aquella fortaleza orbital. La Basílica Mortis era un prodigio de ingeniería y de técnicas arcanas que habían sido olvidadas mucho tiempo atrás.

Los Mortificadores habían enviado guerreros a lo largo de los milenios desde la Basílica Mortis para que lucharan junto a los ejércitos del Imperio al servicio del Dios Emperador de la Humanidad. Compañías, escuadras, cruzadas y, en tres ocasiones, todo el capítulo habían marchado a la guerra. La última vez había sido para combatir contra los orkos en los desiertos bombardeados de Armageddon. Los honores y condecoraciones que el capítulo había ganado rivalizaban incluso con los de otros capítulos tan legendarios como los Lobos Espaciales, los Puños Imperiales o los Ángeles Sangrientos.

Cuando estaba ocupado por completo, el monasterio alojaba mil hermanos de batalla del capítulo y sus oficiales, además del personal de apoyo, compuesto por servidores, escribas, tecnómatas y funcionarios, lo que suponía un total de siete mil quinientas almas.

De la parte frontal de la montaña de adamantium surgían enormes muelles que atravesaban la negrura del espacio; puntos de amarre plateados sobresalían del espigón central. Dos cruceros de ataque de los Marines Espaciales, erizados de armas, estaban anclados en los muelles, mientras las

fragatas de la clase Gladius y los destructores del tipo Hunter, todos de menor tamaño, llegaban y partían en patrullas rutinarias por los dominios de los Mortificadores. Varias pinazas de combate, unas naves de guerra con una potencia de fuego devastadora, permanecían ancladas en el interior de los hangares blindados de las profundidades del monasterio. Las terribles armas de destrucción planetaria permanecían en silencio dentro de sus cascos inmóviles.

Sobre una de las balizas, que resplandecía en mitad de la oscuridad colocada en el extremo del espigón más alejado de los muelles, se reflejaba la luz procedente del casco de un crucero de ataque que se acercaba al monasterio. El crucero se deslizó con elegancia hacia la fortaleza oscura, escoltado por seis veloces naves de combate de los Mortificadores. El capitán y el maestre de atraques del monasterio ya habían intercambiado códigos antiguos y rebuscados saludos en gótico alto, pero, de todas maneras, los Mortificadores no estaban dispuestos a correr ninguna clase de riesgo respecto a la seguridad. El Vae Victus avanzó con lentitud, propulsado tan sólo por los impulsores de maniobra que controlaban su acercamiento a los muelles.

El Vae Victus, un crucero de ataque de los Ultramarines, era el orgullo del comandante de la flota del capítulo. Normalmente viajaba acompañado por todo un complemento de naves de escolta, pero los componentes del escuadrón Arx Praetora permanecían anclados cerca del punto de salto que daba al sistema planetario. A aquellas naves se les había prohibido acercarse al antiguo sepulcro de los Mortificadores.

La estructura de la nave era alargada y estaba marcada por miles de años de combates contra los enemigos de la humanidad. Una torre parecida a una catedral, rodeada por contrafuertes ornamentados, se alzaba sobre la parte posterior de la estructura y, por respeto a los Mortificadores, los cañones de las armas y las rampas de lanzamiento se encontraban tapados por los escudos protectores de explosión. El costado de babor de la proa relucía en los puntos donde los operarios de los astilleros de Calth habían reparado los terribles daños que había sufrido bajo las armas de una nave

eldar, y la insignia de los Ultramarines brillaba con orgullo renovado en el blindaje frontal.

El Vae Victus giró la proa con lentitud cuando ya estuvo cerca de la Basílica Mortis, hasta que todo su costado de estribor quedó frente al montañoso monasterio-fortaleza. Se quedó flotando en silencio en el espacio mientras un enjambre de pequeñas naves piloto salía de la Basílica Mortis y los aparatos tomaban posiciones con rapidez al otro costado del crucero.

Otras naves, que llevaban consigo enormes cables de amarre, cada uno más grueso que un torpedo orbital, surgieron al encuentro del Vae Victus y aseguraron los cables a los puntos de anclaje, al mismo tiempo que las naves piloto se aproximaban con lentitud al costado de babor de la astronave de los Ultramarines. Las naves piloto eran poco más que unos potentes motores a los que se había acoplado un diminuto compartimento con un servidor y que se utilizaban para colocar en posición de atraque a las naves de mayor tamaño. Una docena de ellas empujaron con suavidad al Vae Victus, con movimientos parecidos a los de diminutos peces parásitos que se alimentaran de una gigantesca criatura marina. Se impulsaban con breves chorros de los motores propulsores. Por fin, el esfuerzo combinado de todos venció la inercia de la nave de mayor tamaño, y el Vae Victus se acercó con lentitud a la Basílica Mortis. Los gruesos cables tiraron de la nave y la guiaron hacia las abrazaderas de amarre parecidas a garras que la mantendrían anclada de forma segura al monasterio-fortaleza.

En el interior del crucero, lo único que se oía en el silencio que envolvía los pasillos era el sonido lejano de las naves piloto y el resonar de unas botas de armadura. Las largas paredes de color blanco marmóreo estaban bien iluminadas por numerosas electrovelas y parecían atrapar los sonidos antes de que tuvieran ocasión de rebotar como un eco.

Las paredes, rematadas por arcos de curvatura suave, estaban pulidas y tenían una decoración muy sobria. A lo largo del recorrido se veían pequeños nichos iluminados por una débil luz; allí se guardaban en recipientes sellados con campos de estasis algunas de las reliquias más sagradas del capítulo: el hueso del muslo del Anciano Galatan, un cráneo

alienígena obtenido en los campos de batalla de Ichar IV, el fragmento de una vidriera de un santuario destruido mucho tiempo atrás o una estatua de alabastro del propio Emperador.

Cuatro Marines Espaciales marchaban hacia los hangares de estribor, desde donde podrían pasar a la Basílica Mortis. A la cabeza de la delegación iba un gigante calvo, con la piel oscura y correosa como el cuero curtido. El lado izquierdo de la cara estaba cubierto por un entramado de cicatrices. El rostro mostraba un gesto de disgusto y alzaba la mirada al techo del pasillo cada vez que se oía un gemido del metal procedente del casco de la nave, pues se imaginaba los daños que estaban provocando las naves piloto en su preciado navío.

El gran almirante Lazlo Tiberius llevaba la capa ceremonial que indicaba su puesto y rango. La estola de piel de zorro que le rodeaba los hombros le rozaba el cuello y la cadena de plata que la mantenía unida a la armadura de color azul le arañaba la garganta. Llevaba una corona de laureles en la cabeza y las muchas condecoraciones que había ganado relucían sobre el pectoral de la armadura. La insignia resplandeciente de Héroe de Macragge relucía como un sol en miniatura.

—Malditas naves piloto —murmuró Tiberius—. Acaba de salir de los astilleros de Calth y ya están doblándole el Emperador sabe cuántos arcos y paneles.

—Estoy seguro de que no es tan malo como piensa, gran almirante. Además, sufrirá daños mucho peores antes de que acabemos la misión —comentó el guerrero que marchaba detrás de Tiberius. Era el capitán de la cuarta compañía, Uriel Ventris. La capa de color verde esmeralda propia de su unidad flotaba en el aire a su espalda.

Tiberius dejó escapar un gruñido.

—En cuanto regresemos a Tarsis Ultra, pienso ponerla en el dique de Chordelis para asegurarme de que se encuentra en la mejor de las condiciones.

Uno de los títulos de Uriel como capitán de la cuarta compañía era el de maestre de la flota, pero en reconocimiento de la mayor experiencia de Tiberius en los asuntos de combate espacial, había cedido el cargo al gran

almirante, quien lo había aceptado con entusiasmo. No existía ninguna clase de deshonor en aquello, ya que los guerreros de los Ultramarines cumplían las enseñanzas del libro sagrado de su primarca, el Codex Astartes, donde se resaltaba la importancia de que cada puesto fuese ocupado por el individuo más apropiado para el cargo, sin importar el rango. Tiberius y el Vae Victus habían combatido juntos desde hacía casi trescientos años, así que Uriel sabía que el venerable gran almirante sería mejor maestre de la flota que él mismo.

Los maestros armeros de la nave se habían esforzado por reparar los daños sufridos por la armadura de Uriel a lo largo del mes que había transcurrido desde la destrucción del pecio espacial bautizado como Muerte de la Virtud. Habían reemplazado la hombrera y habían rellenado y pintado los grandes surcos abiertos por las garras alienígenas. Sin embargo, sin las forjas de Macragge era imposible reparar por completo los daños.

En la capa verde llevaba prendido un broche pequeño con una rosa blanca engarzada. La joya lo identificaba como un Héroe de Pavonis, y bajo ella se veía una serie de estrellas de bronce fijadas a la placa pectoral de la armadura.

Su rostro era anguloso, con unos rasgos clásicos pero serios y tensos. Los ojos de color gris tormenta eran pequeños y de párpados pesados. Los dos implantes dorados que llevaba al lado de la sien izquierda y que indicaban los largos años de servicio relucían bajo el cabello oscuro cortado al rape.

Los sargentos mayores de Uriel marchaban detrás de él; Pasanius, a la izquierda, y Learchus, a la derecha. Pasanius era de un tamaño mucho mayor que los demás. La armadura que llevaba apenas era capaz de contener su mole, a pesar de que buena parte de las piezas procedían de una armadura de exterminador que había quedado dañada de un modo irreparable. Tanto él como Learchus también tenían las capas verdes de la cuarta compañía, y al igual que su capitán, lucían broches con la rosa blanca de Pavonis.

Pasanius tenía los cabellos rubios pegados al cráneo. Aunque mostraba un rostro serio, también era capaz de alegrar con su sentido del humor. La

parte inferior del brazo derecho, a partir del codo, relucía con un brillo plateado. Los tecnosacerdotes de Pavonis se lo habían sustituido después del enfrentamiento en las profundidades de ese planeta con el inmemorial dios estelar conocido como el Portador de la Noche. Su gigantesca guadaña había atravesado la armadura y los huesos, y a pesar de todos los esfuerzos del apotecario Selenus, había sido imposible salvar el tejido vivo que había quedado afectado por su gélido contacto.

Learchus era un auténtico ultramarine. Su ascendencia era impecable y de la mejor familia, y cada paso que daba evidenciaba que había nacido para ser guerrero. Entre él y Uriel había surgido una tremenda rivalidad durante el entrenamiento, pero a lo largo de los años compartidos de servicio al capítulo y al Emperador habían superado cualquier clase de rencor.

El gran almirante Tiberius tiró un poco de la capa hacia el cuello y se recolocó la corona de laurel cuando doblaron la última esquina y se encaminaron hacia el hangar. Un estruendo metálico le indicó que las abrazaderas de amarre de la Basílica Mortis los habían enganchado.

Meneó la cabeza antes de hablar.

—Estoy deseando que todo esto acabe.

Uriel no sentía lo mismo que Tiberius. Estaba ansioso por conocer a aquellos hermanos de sangre. Además, la amenaza a la que estaba a punto de enfrentarse en Tarsis Ultra le hacía alegrarse mucho más de que el Vae Victus hubiese arribado a aquel lugar.

Los Mortificadores, un capítulo de Marines Espaciales segregados hacía ya casi diez mil años, en la Segunda Fundación, descendían de la misma línea genética de héroes que el propio Uriel.

Las narraciones más antiguas contaban cómo Roboute Guilliman, el primarca de los Ultramarines, había conseguido mantener unidos los dominios del Emperador después de que casi quedaran destruidos por la traición del señor de la guerra Horus, y cómo su principal obra, el Codex Astartes, había supuesto los cimientos del recién nacido Imperio. Uno de los puntos principales de aquellas bases era la orden de que las legiones de Marines Espaciales, con miles de guerreros, debían dividirse para formar

unidades de combate de menor tamaño, conocidas hasta aquel día como capítulos, para que de ese modo ningún individuo dispusiera bajo su único mando del terrible poder de toda una legión de Marines Espaciales. Cada una de las legiones originales había conservado sus esquemas de uniforme y sus nombres, y los capítulos recién creados habían tomado un nuevo nombre y habían emprendido la lucha contra los enemigos del Emperador por toda la galaxia.

Uno de los capitanes de los Ultramarines, Sasebo Tezuka, había recibido el mando de los recién creados Mortificadores y los había guiado hasta el mundo llamado Posul, donde había establecido su monasterio-fortaleza y donde había recibido numerosas menciones y condecoraciones antes de morir.

A pesar de que ambos capítulos descendían de la misma línea de sangre de Guilliman, los Ultramarines y los Mortificadores no habían tenido contacto entre sí desde hacía miles de años, por lo que Uriel estaba deseoso de conocer a aquellos guerreros y ver lo que había sido de ellos, saber qué batallas habían librado y escuchar sus hazañas.

Una guardia de honor de Ultramarines se alineaba a lo largo del pasillo con columnata que llevaba a las compuertas de embarque de estribor, y los cuatro guerreros pasaron entre ellos. Al otro extremo de la guardia de honor, se encontraba una gruesa puerta dorada con una manivela circular de cierre y el símbolo grabado de una águila imperial en el frontón. Una luz engastada en una montura de bronce brillaba con resplandor verde para indicar que el paso era seguro. Cuando los ultramarines se acercaron, un servidor cibernético montado en orugas rodó hacia la puerta para accionar la manivela. Giró con suavidad y unos leves chorros de vapor surgieron de los bordes sellados al vacío.

La compuerta se echó a un lado con un siseo de descompresión y deslizándose con facilidad, y dejó al descubierto un largo y oscuro túnel de hierro negro que llevaba hasta un portal rodeado de cráneos también negros, que goteaban.

De las mandíbulas de las calaveras colgaban colmillos de hielo y en el suelo de piedra del tubo umbilical comenzaban a formarse charcos por la

humedad. Tiberius intercambió una mirada de preocupación con Uriel, quien se puso al lado del gran almirante.

—No parece muy acogedor, ¿verdad? —comentó Tiberius.

—No mucho —contestó Uriel asintiendo.

—Bueno, acabemos de una vez. Cuanto antes estemos de regreso hacia Tarsis Ultra, mejor.

Uriel asintió de nuevo y encabezó la marcha por el túnel de entrada. Llegó a la puerta que había en el extremo, que estaba fabricada con el mismo hierro negro que el resto del túnel. La compuerta de aislamiento se cerró con un estampido sonoro a sus espaldas. Una lluvia de hielo derretido cayó sobre las hombreras de Uriel y varios regueros de agua se deslizaron por la placa pectoral y empaparon la parte superior de la capa. Alzó un puño y llamó dos veces con fuerza a la puerta. El eco resonó por las paredes del túnel. No hubo respuesta. Alzó el puño de nuevo para llamar otra vez, pero la puerta se abrió hacia dentro con un inquietante chirrido metálico.

Una ráfaga de aire seco y muerto, como el último aliento de un cadáver, surgió del interior de la Basílica Mortis. Uriel captó el olor a huesos y a sepulcros. El interior estaba a oscuras, y la única luz que se distinguía era la de unas cuantas velas titilantes. Hacía tanto frío como en el túnel.

Uriel cruzó el portal rodeado de calaveras y entró en el hogar de los Mortificadores. Tiberius, Learchus y Pasanius lo siguieron sin dejar de mirar con inquietud a su alrededor.

Se encontraba en el interior de una larga estancia; estatuas sentadas la recorrían longitudinalmente y el techo permanecía envuelto en la oscuridad. Unos estandartes mohosos y con los colores casi borrados colgaban de las paredes. El agua se iba encharcando a sus espaldas a medida que caía en el suelo del túnel de entrada. Una puerta situada en el otro extremo y bajo una arcada en forma de hoja, de la que salía una luz suave, era la única salida visible de aquel lugar.

—¿Dónde están los Mortificadores? —preguntó Pasanius con un siseo.

—No lo sé —contestó Uriel, aferrando la empuñadura de la espada con una mano y sin dejar de mirar las estatuas que tenían a los lados.

Se aproximó a la que estaba más cercana y pegó un poco más la cara. Apartó las telarañas y limpió el polvo que cubría el rostro de la estatua.

—¡Por Guilliman! —exclamó a la vez que retrocedía con gesto asqueado cuando se dio cuenta de que no eran estatuas, sino cadáveres humanos conservados.

—El hermano de batalla Olfric. ¡Ojalá su nombre y su fuerza sean recordados! —dijo una voz profunda a la espalda de Uriel—. Cayó en combate contra los hrud en la batalla de Ortecha IX. Eso fue hace setecientos treinta años, pero fue vengado, y sus hermanos de batalla devoraron los corazones de su matador. De ese modo, su alma pudo marchar a la mesa de banquete del Guerrero Definitivo.

Uriel se giró y vio una figura cubierta por una túnica y con la cabeza tapada por una capucha que se encontraba en la entrada. Llevaba las manos metidas en el interior de las mangas de la túnica. Era evidente por su tamaño que se trataba de un camarada, un marine espacial. Un par de servocráneos chapados en bronce levitaban por encima del individuo. Entre ambos colgaba un fino hilo de cobre y unos calibradores metálicos que se agitaron cuando los servocráneos entraron dotando en la estancia. Uno de ellos llevaba un largo pergamino sobre el que rascaba una pluma que escribía algo. El otro voló con lentitud hacia los ultramarines. El artefacto cilindrico que llevaba encajado debajo de los dientes de la mandíbula siempre sonriente emitía una luz rojiza.

Se quedó flotando delante de Uriel y la luz roja cruzó su cabeza primero de arriba abajo y después de un lado a otro. El capitán tuvo que reprimir el impulso supersticioso de derribarlo de un golpe. El cráneo pasó luego a hacer lo mismo delante de Pasanius y de Learchus. Iluminó las cabezas de ambos con la misma luz roja. Cuando se colocó ante Tiberius, el gran almirante alzó enfurecido una mano y lo ahuyentó.

—¡Maldito cacharro! —exclamó—. ¿Para qué es todo esto?

El cráneo retrocedió con un leve chillido y se quedó flotando en el aire justo fuera de su alcance. El compañero lo siguió, arrastrado por el cable de cobre que los unía.

—No se inquiete, gran almirante —dijo la figura apostada en el umbral de la puerta—. Estos artefactos tan sólo están midiendo y anotando una imagen tridimensional de sus cráneos.

Al ver el gesto de confusión del rostro de Tiberius, el marine espacial se lo aclaró todo.

—De ese modo, cuando muera, se le podrá colocar en el lugar más adecuado para sus dimensiones.

Tiberius se quedó mirando con la boca abierta la figura, que se bajó la capucha y dio unos pasos para colocarse bajo la luz.

Tenía la piel del color del ébano y llevaba el cabello largo recogido en trenzas decoradas con cuentas de cristal. En la frente relucían cuatro implantes metálicos dorados. Sus rasgos y sus ojos oscuros mostraron un gesto sombrío cuando se dirigió a los sorprendidos ultramarines.

—Soy el hermano capellán Astador de los Mortificadores. Les doy la bienvenida, hermanos.

Aquello no era lo que Uriel se había esperado de los Mortificadores. Después de presentarse, Astador había dado media vuelta y había salido de aquella cámara mortuoria sin decir ni una sola palabra más, lo que había obligado a los asombrados ultramarines a seguirlo. Los dos servocráneos avanzaron flotando en el aire al lado de su dueño, justo por encima de la cabeza. Uriel se preguntó qué otros artefactos tecnológicos utilizarían los Mortificadores. Los Ultramarines prohibían el uso de los servocráneos, ya que preferían que los restos mortales de los servidores imperiales fallecidos fueran enterrados con él cuerpo completo, para que pudieran sentarse enteros a la derecha del Emperador.

Las demás estancias de los Mortificadores eran tan sombrías y silenciosas como una tumba. En cada portal y en cada cámara que atravesaron había más cráneos, y sólo entonces Uriel se dio cuenta, al fijarse con mayor atención, de que ninguna había sido tallada o creada por manos humanas. Todas eran auténticas, blanqueadas y cubiertas de polvo por el paso del tiempo. Aunque no vieron a ningún habitante del monasterio-fortaleza a lo largo del prolongado trayecto, el silencio se vio

interrumpido de vez en cuando por himnos y por sombríos cánticos devocionales.

La sensación de extrañeza de Uriel aumentó cuanto más penetraron en aquel sepulcro melancólico. ¿Cómo era posible que unos guerreros que llevaban la misma sangre que él vivieran en un lugar tan morboso? ¿Cómo era posible que aquellos hijos de Guilliman se hubiesen apartado tanto de las enseñanzas del primarca? Aceleró el paso hasta colocarse al lado de Astador.

—Hermano Astador —le dijo Uriel—, no pretendo ofender, pero ¿ha sufrido el capítulo grandes pérdidas en tiempos recientes?

Astador negó con la cabeza y con gesto sorprendido.

—No. Hemos regresado de Armageddon cubiertos de gloria y con los huesos de nuestros caídos. ¿Por qué lo pregunta?

Uriel procuró buscar las palabras apropiadas. Necesitaban la ayuda de los Mortificadores y provocar una mala impresión podría acabar con las esperanzas de encontrar apoyo en ellos.

—Las estancias del monasterio sugieren que todo el capítulo está de luto.

—¿No es así en Macragge?

—No, la fortaleza de Hera es un lugar de celebraciones y de alegría por encontrarnos al servicio del Emperador. Allí resuenan los relatos de valentía y de honor.

Astador se quedó callado unos momentos antes de contestar.

—¿Es usted nativo de Macragge?

—No, nací en Calth, aunque me entrené en el campamento Agiselus de Macragge desde que tenía seis años.

—¿Y diría que su vida ha sido consecuencia de su mundo natal?

Uriel pensó por un momento en la pregunta de Astador.

—Sí, así es. Trabajé en una granja subterránea desde el mismo día en que aprendí a caminar. En Calth nos crían con dureza. O trabajabas bien y te partías la espalda, o te daban con la vara allí mismo.

—¿Disfrutó de su vida allí?

—Supongo que sí, aunque apenas lo recuerdo ya. Era un trabajo duro, pero mi familia me quería y se preocupaba por mí. Recuerdo la sensación de felicidad.

—Pero abandonó todo aquello para convertirse en un ultramarine.

—Sí, en Ultramar todo el mundo se entrena para ser soldado. Descubrí que tenía un talento natural para la guerra, y juré que sería el mejor guerrero que jamás hubiese visto Macragge.

Astador asintió.

—Capitán Ventris, usted es quien es y como es debido al lugar de donde procede, así que no me juzgue con sus propios baremos. El hogar que se encuentra bajo nosotros fue mi hogar. Hasta que fui escogido para ser uno de los guerreros del Emperador, no conocí ni la alegría ni la luz del sol. Ninguna de estas dos cosas existen en Posul; sólo una vida brutal de oscuridad y de derramamiento de sangre. Conseguí trescientos cráneos en batalla antes de que me eligieran para ser un marine espacial, y desde ese día me he dedicado a matar a los enemigos del Emperador. Desde entonces, he visto la luz del sol, pero no he conocido la alegría.

—Un marine espacial no necesita la alegría ni tampoco la gloria —saltó de repente Learchus—. El servicio al Emperador será todo su sustento, y su alma se sentirá satisfecha.

Astador se detuvo y giró para mirar al veterano sargento.

—Ha citado el Codex Astartes, sargento. Nosotros ya hemos superado la necesidad de seguir semejante dogma y hemos forjado nuestro propio camino gracias a la sabiduría de nuestros capellanes. No es nuestro modo de vida seguir sometidos a unas palabras escritas hace milenios.

Los ultramarines se detuvieron en seco, horrorizados por la blasfemia que Astador había expresado con tanta tranquilidad. Que se hablara de las sagradas escrituras de Roboute Guilliman con tanta despreocupación era algo que jamás se hubieran esperado de un camarada marine espacial.

Tiberius fue el primero en recuperar el habla.

—Discúlpenos, hermano capellán, pero nos sorprende oír a alguien cuyos ancestros se remontan al propio primarca bendito hablar de ese modo del Codex Astartes.

Astador se inclinó en una reverencia de respeto hacia Tiberius.

—Le pido disculpas si mis palabras los han ofendido, gran general. Veneramos al primarca, al igual que ustedes. Es el padre de nuestro capítulo, y todos los juramentos de lealtad que pronunciamos los dirigimos a él y al Emperador.

—Pero ¿se burlan de su mayor obra? —le espetó Learchus con los puños apretados.

—No, hermano, muy al contrario —contestó Astador a la vez que se colocaba frente a Learchus—. Consideramos sus palabras la base de nuestro modo de vida, pero no sería sabio seguir sus enseñanzas sin tener en cuenta todo lo que hemos aprendido y todo lo que sucede a nuestro alrededor. Eso no sería más que una simple repetición. La repetición lleva al estancamiento, y el estancamiento nos condena.

Uriel le puso una mano en el hombro a Astador antes de hablar.

—Hermano Astador, ¿no sería mejor que continuásemos? Hemos venido a hablar con el maestre del capítulo y no tenemos tiempo para iniciar un debate teológico. El planeta Tarsis Ultra se encuentra amenazado por el enemigo más mortífero y deseamos pedirle ayuda a vuestro maestre en la batalla que se avecina.

Astador asintió sin darse la vuelta y luego giró sobre los talones para adentrarse en la oscuridad una vez más. Uriel dejó escapar la respiración que había estado conteniendo y relajó la mandíbula.

—¡Maldita sea, Learchus! —susurró—. Hemos venido a pedir ayuda, no a pelearnos con ellos.

—Pero ¡ya ha oído lo que ha dicho del codex! —protestó Learchus.

—Uriel tiene razón, Learchus —le soltó Tiberius—. Todos somos guerreros del Emperador, y eso es lo más importante. Ya sabes que existen otros capítulos que no siguen las enseñanzas del primarca de un modo tan estricto como nosotros. Los hijos de Russ tienen su propio modo de vida y los consideramos nuestros aliados, ¿no es así?

Learchus asintió, aunque Uriel se dio cuenta de que no estaba convencido.

Uriel siguió con la mirada a Astador mientras avanzaba por la oscuridad del monasterio-fortaleza. Los cráneos de los mortificadores muertos lo observaban desde las paredes. Uriel suspiró. Sin duda, el tiempo y la lejanía podían cambiar mucho un capítulo, sin importar cuáles fueran sus antepasados.

Astador se giró una vez más y les indicó que siguieran.

—Lord Magyar los espera.

Uriel pensó que la Galería de Hueso tenía un nombre muy apropiado mientras aguardaba a Lord Magyar, maestre del capítulo de los Mortificadores. Un claustro de hueso tallado rodeaba el suelo de losas de piedra pavimentado con centenares de lápidas. En el interior de las columnas del claustro habían abierto nichos en los que habían sido colocados esqueletos de guerreros que empuñaban espadas. Todo el techo de la cúpula estaba formado por cráneos entrelazados. Las cuencas vacías de los ojos miraban con fijeza a los que se encontraban en sus dominios. Los cuatro ultramarines se quedaron en el centro de la amplia estancia delimitada por el claustro. Uriel y Tiberius estaban delante, y Pasanius y Learchus, en posición de firmes, a sus espaldas.

Unas estatuas mortuorias de ángeles flanqueaban un ancho trono formado a partir de los huesos de marines espaciales muertos mucho tiempo atrás. Uriel distinguió fémures, espinas dorsales y otros tipos de huesos, aparte de las sonrientes calaveras que los miraban desde los extremos de los reposabrazos y la parte superior del respaldo del trono.

Al lado del trono había una mesa de patas de hueso con un cuenco esmaltado en tonos oscuros en el tablero. Dondequiera que Uriel mirara, la muerte era reverenciada y exaltada por encima de todo lo demás.

Astador se quedó al lado del trono y se había bajado de nuevo la capucha de la túnica negra para taparse el rostro.

Resonó un profundo gong, y unas puertas ocultas detrás del trono se abrieron en silencio. Las primeras figuras de una procesión entraron en la Galería de Hueso. Decenas de individuos con túnicas y capuchas bajadas pasaron casi arrastrando los pies. Algunos iban balanceando en el aire incensarios mientras otros entonaban un cántico sombrío, pero todos

llevaban las cabezas agachadas. Se colocaron ordenadamente por toda la estancia, hasta que cada uno de los esqueletos de los nichos tuvo un acompañante vivo al lado. Dos exterminadores de armadura negra decorada con rebordes de hueso entraron en la cámara. Ambos empuñaban una guadaña de hoja larga y ancha. Los cascos estaban diseñados de forma que parecieran calaveras aullantes, y Uriel se imaginó el terror que aquellos guerreros debían de provocar en sus enemigos. Los exterminadores se colocaron a los lados del trono, al mismo tiempo que un esqueleto alado, del tamaño aproximado de un niño, entraba aleteando. Las alas tenían un aspecto frágil, con unas membranas compuestas por restos de tela enganchados a los largos huesos. Se posó sobre el respaldo del trono y se quedó allí, mirando en silencio a los pasmados ultramarines. Los cables de bronce relucían en las junturas de los huesos, y Uriel distinguió el pequeño aparato suspensor que llevaba colocado en la espina dorsal, entre las alas.

Uriel torció la boca con un gesto de asco al ver con claridad aquel acompañante alado en el preciso instante en que un individuo de estatura elevada y protegido por una armadura de hueso entraba en la estancia. Se movía con lentitud, sin prisa. Cada paso que daba era solemne. La placa pectoral estaba compuesta por costillas largas y dobladas en la forma adecuada. El águila imperial que aparecía en el centro era tan esquelética como la criatura posada sobre el trono y que lo observaba todo desde allí. Cada pieza de la armadura del guerrero, desde las grebas hasta los avambrazos, pasando por la coraza y la gorguera, estaba hecha de hueso. Empuñaba una guadaña gigantesca, con la afilada hoja plateada y el mango de un negro ébano reluciente.

Lord Magyar, ya que sin duda debía ser él, se quedó de pie delante del trono y les hizo una reverencia a los ultramarines. Su largo cabello plateado estaba recogido en numerosas trenzas adornadas con cuentas de cristal que le llegaban hasta la nuca. La piel del rostro, negra como el carbón, parecía un paisaje lunar agujereado y cubierto de multitud de arrugas. La larga barba blanca dividida en dos alcanzaba la cintura y acababa en punta gracias a los ungüentos que le habían aplicado.

Los ojos no eran más que unos agujeros negros. Aunque era imposible adivinar con seguridad la edad del maestre del capítulo, Uriel estaba seguro de que debía de tener al menos unos setecientos años.

Lord Magyar se sentó en el trono antes de empezar a hablar.

—Les doy la bienvenida, hermanos de sangre.

Uriel se quedó sorprendido por la fuerza y la autoridad que resonaba en la voz del viejo guerrero, pero ocultó su sorpresa y dio un paso adelante para hacer una reverencia.

—Lord Magyar, os agradecemos la bienvenida y os traemos saludos de vuestros hermanos de Ultramar. Lord Calgar en persona me indicó que os transmitiera sus cumplidos.

Lord Magyar asintió con lentitud como muestra de aceptación del saludo de Uriel.

—Viene con noticias sombrías, capitán Ventris. Nuestros capellanes han observado grandes portentos y le han visto.

—¿Me han visto?

—Le han visto empapado en sangre. Le han visto victorioso. Le han visto muerto —le contestó Lord Magyar.

—No lo entiendo, mi señor.

—Hace tiempo que sabemos de su llegada, Uriel Ventris, aunque desconocíamos el motivo. Dígame, ¿por qué han venido a mi monasterio, hermano de sangre?

Agradecido por volver a un asunto que podía comprender, Uriel inclinó de nuevo la cabeza ante Lord Magyar.

—Hemos venido con la esperanza de que honraréis la Deuda del Guerrero y os uniréis a nosotros en la batalla contra un enemigo terrible.

—¿Alude al juramento que Guilliman pronunció en Tarsis Ultra durante la Gran Cruzada?

—Así es, Lord Magyar.

—¿Ese juramento todavía ata a su capítulo?

—Sí, mi señor. Como ha ocurrido desde que nuestro bendito primarca hizo su juramento de hermandad con el soldado que le salvó la vida,

estamos juramentados a defender a la gente de Tarsis Ultra si su planeta se ve amenazado en alguna ocasión.

—¿Y está amenazado? —le preguntó Lord Magyar con un tono de voz formal.

—Lo está.

—¿Está seguro?

—Sí, mi señor. Uno de los tentáculos del Gran Devorador avanza hacia el planeta y lo atacará dentro de poco. Mis guerreros y yo hemos abordado y destruido hace poco un pecio espacial bautizado con el nombre de Muerte de la Virtud que se dirigía hacia Tarsis Ultra. Esa nave maldita estaba repleta de genestealers, y los combatimos con valor. Al regresar a nuestra nave, los astrópatas detectaron una disfunción psíquica conocida como Sombra en la Disformidad que avanzaba hacia nosotros. Mi señor, los tiránidos están en camino. De eso, estoy seguro por completo.

—¿Y qué desea de nosotros?

—Mi capítulo está obligado por honor a defender ese sistema planetario, y yo invoco la sangre que compartimos para que vengáis en nuestra ayuda. Los tiránidos son unos enemigos monstruosos y nos veremos muy apurados para derrotarlos. Con vuestros valientes guerreros a nuestro lado, tendremos muchas más posibilidades de vencer.

Lord Magyar sonrió, lo que dejó al descubierto unos dientes blancos y relucientes.

—No intente apelar a la vanidad de mis guerreros, capitán Ventris. Conozco muy bien la deuda y la unión que existe entre nosotros.

—Así pues, ¿vuestros guerreros lucharán a nuestro lado?

—Eso está por ver —comentó Lord Magyar antes de hacerle un gesto a Astador.

Astador se acercó a su señor y se quedó a la espera de órdenes.

—Hermano capellán Astador, ¿podríais realizar una búsqueda visionaria?

—Sí, mi señor. Como ordenéis —contestó Astador.

El capellán se abrió la túnica y la dejó caer al suelo formado por lápidas de piedra. Su armadura era del color de la sangre derramada, oscura y

amenazadora, con los rebordes dorados. Cada hombrera estaba adornada con calaveras de obsidiana. A un lado, llevaba el crozius arcanum de alas doradas, el arma y símbolo de autoridad de todos los capellanes.

Se inclinó y le quitó uno de los guanteletes a Lord Magyar. Luego, le colocó la mano al lado del cuenco que había en la mesa. A continuación, empuñó el crozius arcanum, le hizo un corte en la palma de la mano y dejó que la sangre cayera en el cuenco. Lord Magyar abrió y cerró el puño varias veces para impedir que la sangre de la herida se coagulara hasta que el cuenco estuviera lleno.

Astador tomó en sus manos el cuenco y se lo ofreció a Lord Magyar, quien lo aceptó con una respetuosa inclinación de cabeza. El maestre del capítulo tomó un sorbo de su propia sangre y le devolvió el cuenco al capellán.

Astador alzó el cuenco y se echó la sangre sobre la cara, a modo de una lluvia roja. Mientras bebía varios tragos de la sangre de su señor, Uriel torció el gesto de disgusto. ¿Qué clase de ritual bárbaro estaban llevando a cabo? ¿Por qué era necesario utilizar la sangre de un marine espacial? ¿Era posible que los Mortificadores hubieran caído tan bajo que practicaban ceremonias y rituales habitualmente más relacionados con los Poderes Siniestros? Miró de reojo a Tiberius.

El rostro del gran almirante no mostraba expresión alguna, pero Uriel se fijó en que estaba apretando con fuerza la mandíbula, así que siguió su ejemplo. Astador dejó escapar un gemido y alargó una mano para buscar asidero y mantenerse en pie. La criatura huesuda posada sobre el trono de Lord Magyar alzó el vuelo. Aleteó de forma ruidosa hacia el tambaleante capellán y atrapó el cuenco un momento después de que sus dedos lo dejaran caer.

Uriel no pudo contenerse más.

—¿Qué está haciendo? ¡Esto parece brujería impía!

—¡Silencio! —le ordenó Lord Magyar con un rugido—. Busca el consejo de nuestros reverenciados antepasados. Su sabiduría procede de más allá del velo de la muerte, y no está influida por las preocupaciones de los vivos. Busca su orientación sobre si debemos unirnos a esta lucha.

Uriel estaba a punto de contestarle cuando una mano lo agarró con tremenda fuerza del brazo. El gran almirante Tiberius negó lentamente con la cabeza.

—El Devorador viene de más allá de la galaxia, e incluso al llamarlo así, la humanidad demuestra su ignorancia —gimió Astador—. La inmortal mente enjambre controla todos sus pensamientos. Tantos seres… Un billón de billones de monstruos forman la mente común, y nadie puede comprender de verdad su tamaño. Viene hacia aquí y quiere alimentarse. No se puede negociar con eso, no se puede razonar con eso; tan sólo se puede combatir. Debemos combatir.

Astador cayó de rodillas y vomitó un chorro de sangre reluciente, pero la criatura alada estaba preparada y recogió el fluido vital en el cuenco. Luego, aleteó para acercárselo a Magyar y le entregó el recipiente lleno de sangre antes de volver a posarse sobre el respaldo del trono.

Lord Magyar fijó la mirada en los ojos de Uriel y sonrió antes de beber un trago de su propia sangre vomitada.

Uriel oyó cómo Learchus daba unas cuantas arcadas, pero se obligó a ocultar el asco que le producía aquello.

El maestre del capítulo de los Mortificadores se limpió un goterón de sangre de la barba antes de hablar.

—Los augurios no son propicios, Uriel Ventris de los Ultramarines.

Uriel sintió que el corazón se le encogía de desánimo, pero Lord Magyar no había acabado todavía. Se puso en pie y cruzó el espacio que lo separaba de Uriel. El maestre del capítulo le ofreció el cuenco. El ultramarine vio la sangre manchada de saliva que había en el interior.

—¿Sellará el pacto de nuestra hermandad, capitán Ventris?

Uriel se quedó mirando la sangre. Tenía un color escarlata brillante.

Sintió que le subía la bilis, pero aun así tomó en las manos el cuenco que le ofrecía Lord Magyar.

Uriel vio un destello de diversión en la mirada del maestre y se enfureció.

Inclinó el cuenco y sintió cómo la sangre le llenaba la boca antes de tragar.

Mientras el líquido se deslizaba por la garganta, Uriel percibió cómo una parte de la fuerza y de la vitalidad de Lord Magyar lo llenaban. La sangre llevaba consigo el peso de los años en su sabor metálico y caliente. Uriel sufrió una arcada cuando una poderosa visión de matanzas, cargada de una eternidad de muerte, le colmó de repente todos los sentidos. Vio un par de ojos amarillos y alienígenas, y sintió de nuevo en la mente el contacto del Portador de la Noche.

Lord Magyar tomó el cuenco de los dedos sin fuerzas de Uriel y se giró para mirar a Astador, quien asintió.

—Honraremos la Deuda del Guerrero, capitán Ventris. Enviaré una compañía de mis guerreros con el capellán Astador al mando. Combatirán uno al lado del otro, como iguales. La sangre ha hablado y nuestro lazo de hermandad ha sido renovado.

Uriel apenas lo oyó, pero asintió de todas maneras; una sensación enfermiza que salía de lo más profundo de su ser.

Sin embargo, no sabía si se debía a la sangre o al recuerdo del Portador de la Noche.



DOS

La enorme ciudad de Erebus relucía como una joya brillante en las laderas de las montañas Cullin. La habían construido en una gigantesca hendidura de la roca, donde parecía que un gigante hubiese dado una palada y hubiera excavado un agujero ovalado en la ladera sureste de la montaña más alta. Fundada en un valle rocoso de lados de gran pendiente, de unos nueve kilómetros de ancho en la entrada, la ciudad se extendía casi cuarenta kilómetros hacia el interior de las montañas. Estaba dividida por la mitad por el río Nevas, y era el hogar de aproximadamente unos diez millones de personas. Erebus era un hormiguero abarrotado y la ciudad más poblada de Tarsis Ultra.

Las unidades de habitáculos, las factorías, las cúpulas hidropónicas, las avenidas del placer y otras estructuras semejantes competían por el espacio que ofrecían las empinadas laderas del valle. Unas gigantescas estructuras de cristal y de acero se alzaban como flores metálicas que surgieran de los costados de la montaña, y casi cada metro cuadrado del lugar tenía una construcción de alguna clase. Desde el suelo del valle hasta la elevada majestuosidad de los habitáculos de lujo y especias exóticas de los bares de carne, cada fragmento de piedra estaba decorado con vigas, fustes, puntales y columnas estrechas, que soportaban una mezcla ecléctica de estilos que chocaban por completo con la sencillez y elegancia de las construcciones de mármol de los edificios más antiguos, construidos por los Ultramarines diez mil años antes.

Cuando erigieron Ciudad Erebus, que era como se la conocía por entonces, era un modelo de urbe perfecta, pero desde aquellos días la situación había cambiado mucho. Donde antaño la ciudad había servido como un ejemplo de todo lo que era bueno en la sociedad humana, diez mil años de expansión continuada habían pasado factura a los ideales utópicos y habían llevado a la ciudad cerca de la sombría realidad de las colmenas de mundos como Armageddon o Necromunda.

Unas colosales esculturas de acero, rodeadas por unidades de habitáculos, se alzaban por encima de las laderas de las montañas. A medida que cada estructura se alzaba más y más, los accidentes se hacían más y más frecuentes. Las capas de acero cedían bajo la tremenda presión

que sufrían y se desprendían de los cimientos. Deslizándose de forma majestuosa por las laderas rocosas, arrastraban pasarelas, puentes y gente a su paso, hasta que se estrellaban de manera espectacular contra el fondo del valle como una masa caótica de metal retorcido, rococemento y cuerpos destrozados.

Sin embargo, incluso allí, en el fondo del valle, entre el torbellino continuo de los escombros, la gente vivía y prosperaba.

En el floreciente submundo de la ciudad, un lugar llamado El Tufo, existían pasillos de decoración barroca y estancias de esplendor anárquico que eran el santuario de las bandas de pandilleros, los ladrones y demás escoria. Los miembros del Adeptus Arbites, a los que por allí conocían como «los bronces», habían declarado algunas de las zonas más peligrosas de El Tufo áreas restringidas, e incluso los grupos más encallecidos de las escuadras de ejecución de los arbites procuraban pasar por allí en secciones numerosas, con las escopetas de combate amartilladas y preparadas para disparar. En las profundidades de El Tufo acechaban pandillas muy violentas que se dedicaban a recuperar lo que se podía de entre las ruinas de los habitáculos derrumbados, de las torres de producción derribadas y de los cadáveres de otros pandilleros.

Era muy frecuente que las bandas rivales se enfrentaran en combates feroces para controlar las estructuras recién derrumbadas en sus ansias por saquear los nuevos recursos que ofrecían.

O, a veces, luchaban por el puro placer de hacerlo.

Perro Blanco saltó encima del mostrador del bar Carne. Las balas que lo perseguían acribillaron la superficie de madera y la convirtieron en astillas un momento después de que se bajara rodando con el cuerpo. Corrió el pasador de la escopeta de combate, metió un cartucho en la recámara y se quedó agachado detrás de la barra mientras las botellas quedaban destrozadas y el espejo estallaba en una lluvia de dagas reflectantes. El camarero lanzó un chillido y se desplomó a su lado, intentando tapar con la

mano una herida sangrante en el hombro. La lluvia de cristales le había arañado la cara y la tenía cubierta de hilillos de sangre.

Perro Blanco le guiñó un ojo al hombre, que sollozaba.

—Me parece que no es tu día de suerte —le dijo.

La música de machaque casi ahogaba el estruendo del tiroteo. Seis wylderns con armas de gran potencia de fuego habían entrado en el bar y habían vaciado los cargadores por todo el local de forma indiscriminada; los clientes caían a causa de las ráfagas de las armas automáticas. ¿Quién se lo hubiera esperado? Perro Blanco respiró profundamente, se puso al hombro la escopeta y se arrastró hasta el otro lado de la barra. La superficie azulada de acero relucía como nueva y, en esos momentos, se alegró como nunca de haber matado al bronce que la había llevado antes.

Los gritos y los chillidos de pánico inundaron el local mientras la gente intentaba marcharse, desesperada ante la posibilidad de quedar atrapada en mitad de otra lucha de bandas, una circunstancia que se estaba convirtiendo en algo demasiado frecuente en la colmena Erebus.

Las potentes ráfagas de disparos resonaron de nuevo por todo el bar y se oyeron más gritos. La música enmudeció cuando los altoparlantes desaparecieron en una lluvia de chispas. La gente siguió cayendo con grandes agujeros en el pecho o el cuerpo partido por los proyectiles de gran calibre.

Perro Blanco se atrevió a echar un vistazo por un lado de la barra. Tigrilla estaba acorralada detrás de una mesa volcada, con un cuchillo arrojadizo en cada mano, y Plata se había puesto a cubierto detrás de una gruesa columna de acero. No vio ni a Jonny Pisotón ni a Lex, pero supuso que, al igual que siempre, uno era demasiado listo y otro demasiado afortunado como para haber caído en las primeras ráfagas de fuego automático.

¡Putos wylderns! La vida para el jefe de una banda pequeña ya era lo suficientemente dura como para que aquellos majaderos la hicieran más peligrosa todavía. Ya había bastante con que los bronces machacaran como martillos de hierro a cualquiera que infringiera la ley, lo que incluía a casi todo el mundo en aquella parte de la colmena, cuando salían de la

imponente fortaleza sombría que se alzaba en el borde de El Tufo, la peor de las malas zonas de la ciudad. Ni siquiera los bronces entraban allí sin armamento pesado. Pero los wylderns…

No los podía entender. Él robaba y mataba por dinero, y para ser el jefe de El Tufo, pero aquellos psicópatas mataban por matar. No había forma de adivinar dónde o cuándo atacarían; empuñando aquellas potentes armas, no dejaban de disparar hasta que todo el mundo estaba muerto. Podía entender lo de matar para sacar alguna clase de beneficio, pero no le veía ningún sentido a aquellas matanzas, y eso sulfuraba mucho a Perro Blanco.

—¡Vamos, salid! Salid de donde estéis —gritó uno de los wylderns con voz atiplada.

Perro Blanco oyó cómo metían otro cargador en una arma y le hizo un gesto de asentimiento a Tigrilla. La joven pelirroja se puso en pie como un muelle liberado y lanzó un cuchillo arrojadizo con precisión infalible. La estrecha hoja del arma se clavó por completo en el ojo del wyldern que estaba más cerca, y el individuo se desplomó al suelo sin un solo grito.

Tigrilla se agachó de nuevo un momento antes de que las ráfagas hicieran saltar chispas y algunos trozos de la mesa metálica detrás de la que se había ocultado. Una de las esquirlas que habían saltado de la mesa había desgarrado el mono negro ceñido que llevaba puesto, y Perro Blanco se dio cuenta de que estaba muy, muy enfadada. En cuanto los wylderns se distrajeron con ella, él salió de detrás de la barra.

—¡Os habéis equivocado de bar, chavales! —les gritó.

Abatió a uno de los wylderns con el primer disparo e hirió a otro antes de que reaccionaran y acribillaran la barra. Perro Blanco saltó a un lado, y cientos de balas convirtieron la superficie del mostrador en astillas mientras él rodaba por el suelo.

Plata salió en tromba de su escondite con una pistola en cada mano. Llevaba el largo cabello blanco recogido en una coleta ajustada. Sus gélidos ojos azules eran fríos e inmisericordes. Mató a otros dos wylderns con cuatro disparos y total tranquilidad antes de girarse de nuevo para ponerse a cubierto otra vez detrás de la columna. El borde de su largo y revoloteante abrigo negro fue lo último que se vio de ella.

—Y ya sólo quedan dos —murmuró Perro Blanco al ver la repentina confusión que se había apoderado de los wylderns restantes.

Se puso en pie detrás de la barra y caminó sin apresurarse hasta situarse en mitad del local, cuyo suelo estaba empapado de sangre y sembrado de cadáveres. El aire apestaba por el humo de las armas.

—No os esperabais este recibimiento, ¿a que no? —les preguntó—. Somos los Acechantes Nocturnos, y habéis interrumpido nuestros negocios en este local.

—¡Os mataremos a todos! —aulló uno de los wylderns, pero su voz no mostraba convicción alguna.

—Me parece que no, tío —le contestó Perro Blanco al ver que Jonny Pisotón y Lex estaban en la balconada superior del bar Carne, precisamente a la espalda de los dos wylderns.

Meneó la cabeza. ¿Dónde iban a estar Jonny y Lex si no era donde se encontraran las chicas y las drogas sexuales, probando unas muestras antes de hacer el trabajo?

—Mira —siguió diciéndoles—, ¿qué os parece si tiráis las armas y nos dejáis seguir con lo que estábamos?

Vio que dudaban y supo que tenía que apelar a su sentido de la conservación antes de que la estupidez o la bravuconería se apoderaran por completo de ellos.

—Oye, no tiene por qué morir nadie más, ¿vale?

Su voz sonaba tranquilizadora y bajó con lentitud la escopeta mientras estudiaba con atención los cabellos teñidos y los ropajes caros. Tenían varios pinchos metálicos clavados en las mejillas y los rostros carnosos indicaban una buena alimentación. Unos electro tatuajes de aspecto costoso les serpenteaban por los brazos y el cuello, y parpadeaban al ritmo de sus corazones palpitantes. Eran unos niñatos ricos con los cuerpos cargados con alguna clase de droga. Se les veía en los ojos.

De repente, todo tuvo sentido. Eran asesinos por vicio, chavales ricos que mataban porque estaban aburridos y porque podían hacerlo. Pero habían cambiado las tornas, y la emoción del asesinato los había abandonado.

Perro Blanco siguió caminando hacia los wylderns y dejó la escopeta sobre la barra del local.

—¿Queréis iros sanos y salvos?

Los wylderns asintieron, y Perro Blanco abrió los brazos de par en par.

—Lo entiendo —les dijo—, pero no va a ser así. —Alzó los ojos con rapidez hacia la balconada—. Ahora, Jonny.

Los wylderns se quedaron confundidos por un momento antes de que los cien kilos de Jonny Pisotón cayeran sobre ellos y los derribaran al suelo. Jonny se levantó con rapidez y puso en pie de un tirón al primero de los wylderns para partirle el cuello. Se oyó un chasquido seco. El otro intentó huir a gatas, pero lo atrapó en un momento.

—No, por favor —le suplicó—. Mi familia tiene mucho dinero, le darán lo que…

—No me interesa —lo cortó Jonny antes de meterle un puñetazo en plena cara.

Los dientes y las salpicaduras de sangre volaron por los aires mientras Jonny mataba al joven a golpes y con las manos desnudas.

Perro Blanco se dio la vuelta, empuñó de nuevo la escopeta que había dejado encima de la barra y descansó el cañón sobre el hombro. Inspiró profundamente: ya se había acabado todo. Se pasó una mano por el cabello blanco por decoloración y en punta, y se apoyó en el mostrador. Las luces parpadeantes de neón le daban un brillo antinatural a su rostro anguloso. Oyó el tintineo de unos cristales rotos al desprenderse del marco que los sujetaba.

Dio unos cuantos golpes con los nudillos en la barra. El camarero, todavía aturdido, se puso en pie con las manos sobre la cabeza ensangrentada.

—Vale, tío. ¿Por dónde íbamos antes de que empezara todo este follón? —le preguntó Perro Blanco. Sonrió con ferocidad—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Dame todo el dinero. Esto es un atraco.

—¿Hemos pillado algo bueno? —le preguntó Lex sin dejar de mirar el montón de dinero que habían sacado de la caja registradora.

Perro Blanco miró con suspicacia a Lex.

—Sí, algo bueno.

Metió el dinero en la mochila y se puso en pie. Abrió una cajetilla de pitillos y cogió uno.. Luego, sacó un encendedor de bronce del bolsillo, prendió fuego a la sustancia aromática, dio una profunda calada y expulsó un chorro de humo. Agarró la mochila y la tiró sobre el bastidor metálico de la cama.

Perro Blanco se sentó en la cama y se quedó mirando cómo Lex se encogía de hombros y se marchaba para reunirse con Jonny en la parte delantera del escondite que tenían en ese momento. Se había hecho completamente de noche y las luces titilantes del valle se veían a través del agujero del techo y de los huecos de las ventanas sin marcos. El aire ya era fresco, y Perro Blanco sintió que estaba a punto de llegar un invierno duro.

Lex era un problema. Perro Blanco sabía que tan sólo era cuestión de tiempo que a Lex acabaran matándolo. Lo habitual hubiera sido que lo echara de la banda y siguiera sin él, pero nadie sabía tanto de explosivos como Lex. Lo que era capaz de crear y montar con materiales y sustancias cotidianas era increíble, y muchos de los bronces habían tenido que arrepentirse de perseguir a los Acechantes Nocturnos después de toparse con una de sus trampas explosivas.

Lex no hablaba mucho de sus orígenes, pero Perro Blanco le había visto un tatuaje en forma de engranaje dentado en la parte superior del brazo, así que había supuesto que se trataba de un aprendiz de los gremios técnicos que trabajaban en los hangares de las factorías y en los templos forjadores que había un poco más abajo del valle. Se había unido a ellos hacía seis meses ya y no hacía falta ser un genio para saber el motivo de su expulsión del gremio. Lex era un adicto. Probablemente lo era desde hacía años, siempre colgado del kalma o de la espuela, y había sido demasiado idiota

como para darse cuenta de que un reconocimiento analítico de rutina detectaría cualquiera de las dos drogas.

Se sacó a Lex de la cabeza y puso una mano sobre el botín del bar. Allí había bastante para comprar unas cuantas armas grandes de verdad, con las que luego podrían dar importantes golpes. Sabía de quién podía conseguir aquellas armas.

Sí, había sido un atraco realmente bueno, pero los wylderns les habían quitado protagonismo, y eso le molestaba mucho. ¿Cómo iba a conseguir que los Acechantes Nocturnos fueran la banda más temida y respetada de El Tufo si no quedaba casi nadie con vida para contarlo todo? Quizá deberían haber dejado vivo al último wyldern… Echó a un lado esa idea con rapidez. El intento de detener a Jonny Pisotón para que no matara a alguien cuando se le calentaba la sangre no era una opción muy recomendable si uno quería a su vez mantenerse con vida. El grandullón era un asesino, así de sencillo, sin más sutilezas, pero era útil y confiaba por completo en Perro Blanco.

Eso demostraba que Jonny no era el más agudo de todos ellos, pero a Perro Blanco le venía bien toda la fuerza bruta que pudiera conseguir. Le dio una última calada al pitillo antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la bota. Se desperezó y se tumbó en la cama.

Perro Blanco tenía una estatura media y un cuerpo engañosamente delgado, pues la naturaleza lo había bendecido con una musculatura fibrosa. Llevaba puestos unos pantalones de camuflaje a rayas remetidos en un par de botas nuevas y pesadas, que le había quitado a un bronce muerto, y una camiseta blanca con un holograma desgastado de una nube en forma de hongo, que se contraía y se expandía mientras se movía.

El golpe en el bar Carne los mantendría contentos a todos durante un tiempo, pero tendría que pensar en algo pronto si quería que la banda permaneciese unida. Lo seguirían mientras todo fuera bien, pero necesitaba algún sistema que le permitiera ganar dinero de forma habitual, aunque con el mínimo esfuerzo posible.

Levantó la vista cuando oyó a alguien llamar a la jamba de la puerta. Sonrió al ver a Plata acercarse al borde de la cama y sentarse a su lado.

—Vaya día, ¿no? —dijo ella.

—Vaya día —contestó Perro Blanco mostrándose de acuerdo—. ¿Dónde está Tigrilla?

—Se ha ido a un bar de machaque con Trask —respondió Plata con voz somnolienta—. Al Kominsky, creo.

—A lo mejor es que me estoy haciendo viejo, pero esa música de machaque es algo que no comprendo. Vale lo de la música a toda pastilla, pero el machaque me parece un ataque directo a los oídos.

—A mucha gente le gusta —comentó Plata—. Joder, a mí no me disgusta.

—¿Y por qué no has ido con ella?

—Porque no me apetece cargar con Trask. Ya sabes cómo se pone cuando se mete estimulantes.

—Está claro que a Tigrilla no le importa.

—Eso es porque es demasiado joven y estúpida como para darse cuenta de que ese tío es un fracasado.

—Estás muy cínico esta noche.

Plata le sonrió, y Perro Blanco sintió que se relajaba cuando ella se inclinó para besarlo.

—Estoy cansada. Además, ¿qué me puede dar Trask que no me des tú mejor?

Perro Blanco soltó una risa al recordar la última vez en que Trask se había puesto demasiado cariñoso con Plata después de una noche cargada de estimulantes. El pobre cabrón había sido incapaz de andar erguido durante una semana. Decidió cambiar de tema.

—¿Cómo está el resto de la gente?

Plata se encogió de hombros.

—Bien, supongo. Lex se está poniendo picajoso, y Jonny quiere salir y reventar unas cuantas cabezas. No para de hablar de cargarse a las bandas de la colmena alta.

Perro Blanco soltó otra risotada.

—A Jonny lo van a encontrar cualquier día boca abajo en un sumidero si se cree que puede meterse con las bandas de la colmena alta. Dile que

será mejor que siga reventando fiestas de pirados drogados si sabe lo que le conviene. Todavía no estamos preparados para algo así.

Plata bostezó y se quitó el abrigo largo. Luego, se soltó el cabello blanco albino y dejó que le cayera por los hombros. Pasó por encima de él y se tumbó de espaldas a la pared, con un brazo rodeándole la cintura y la cabeza sobre el pecho. Perro Blanco la besó en la frente y la rodeó con los brazos.

—¿Te fijaste en que no había unidades de la milicia ciudadana cerca del bar Carne? —le preguntó Plata mientras le metía una mano por debajo de la camiseta y le pasaba los dedos por los pelos del pecho.

—Sí, es verdad. Es un poco raro, ¿no?

—Me preguntó dónde estarán. Lo normal es que te tropieces con unas cuantas si vas por el valle superior.

Perro Blanco asintió con lentitud.

—No lo sé, pero ahora que lo dices, toda la ciudad ha estado bastante tensa, muy nerviosa. He visto un montón de bronces, pero poco movimiento de soldados. Me pregunto por qué. Y luego está lo de los wylderns. Es muy raro que se atrevan a atacar un bar tan cerca de la colmena alta.

—¿Tú qué crees que pasa?

—No tengo ni puñetera idea, pero si nos quitan de en medio a la milicia y a los bronces, por mí encantado.

Perro Blanco estaba completamente equivocado.



TRES

Uriel observó cómo el paisaje bajo la Thunderhawk pasaba a toda velocidad mientras rodeaban las majestuosas montañas con las cimas cubiertas de nieve. Aquella parte del mundo estaba a punto de sufrir un invierno muy duro y la belleza que se extendía a sus pies era sobrecogedora. Los lagos montañosos, ya helados, brillaban bajo la débil luz, y todo aquel esplendor rocoso le recordó el paisaje que rodeaba la fortaleza de Hera.

La Thunderhawk viró siguiendo la línea montañosa, y Uriel distinguió con el rabillo del ojo las cañoneras negras de los Mortificadores, que mantenían formación con las de los Ultramarines. Torció el gesto al recordar lo ocurrido, y el sabor de la sangre de Lord Magyar le invadió los sentidos de una forma muy vivida.

El maestre del capítulo de los Mortificadores había soltado unas cuantas carcajadas, lo había llamado hermano y había palmeado con ambas manos las hombreras de Uriel, donde había dejado huellas ensangrentadas. ¿Cómo era posible que un capítulo que descendía del bendito Roboute Guilliman hubiese caído tan bajo, tan lejos de la visión del primarca de una hueste sagrada de guerreros? No lo podía comprender. Tenía la sensación de que había sido el acto de beber la sangre de Lord Magyar lo que había convencido al maestre del capítulo de que debía enviar guerreros en su ayuda, más que cualquier lazo de hermandad compartida. ¿Cómo era posible que un capítulo semejante operase, y mucho menos consiguiese mantenerse, sin la ayuda del Codex Astartes?

Uriel se había dedicado en cuanto había regresado al Vae Victus a rezar y a efectuar rituales de purificación, pero la visión que por un momento había azotado su mente no podía ser purgada. No podía negar la sensación de poder que había notado al beber la sangre y sabía que una parte de él, que el Emperador lo perdonara por ello, deseaba sentir ese poder de nuevo.

Habían tenido muy poco contacto con los Mortificadores en el mes que habían tardado en regresar al sistema planetario de Tarsis Ultra, una situación con la que los Ultramarines estaban más que contentos. Había sido una sorpresa desagradable para todos enterarse de que un capítulo fundado a partir de su honroso legado había cambiado tanto.

Combatirían al lado de los Mortificadores, pero Uriel sabía que no habría renovación de hermandad ni juramentos de lealtad celebrados entre los capítulos.

Se enfrentarían a la amenaza común, y eso sería todo.

Se dio cuenta de que tenía los puños cerrados con fuerza y soltó la respiración contenida poco a poco.

La Thunderhawk comenzó a descender en cuanto pasaron por encima de las cimas de las montañas, y Uriel se esforzó por olvidar aquellos recuerdos furiosos y por concentrarse en el mundo que tenía a sus pies.

Sobrevolaban poblaciones granjeras. Los campos de aquellos colectivos que se extendían por doquier eran de un verde intenso salpicado del blanco de la escarcha provocada por el invierno inminente. Las relucientes vías de tren y los hidrocaminos serpenteaban por el paisaje y comunicaban de un modo eficiente las comunidades dispersas. Uriel distinguió de vez en cuando el destello de algún tren plateado que viajaba entre ellas.

La vista le recordaba mucho a Iax, el planeta a veces conocido como el Jardín de Ultramar, uno de los mundos más productivos del Imperio. Uriel se preguntó por un momento si los habitantes de Tarsis Ultra también habrían construido su propia versión de la ciudad-fortaleza de Iax, llamada Primer Aterrizaje.

Por lo que se veía desde el aire, Tarsis Ultra parecía un planeta modelo, que no hubiera estado fuera de lugar en el propio sistema de Ultramar. Sin embargo, Uriel sabía que no siempre había sido así.

Diez mil años antes, aquel mundo había permanecido esclavizado durante décadas por las mentiras de los herejes, antes de su liberación a manos de Roboute Guilliman y sus Ultramarines durante la Gran Cruzada. La población, agradecida, había incorporado el nombre de sus liberadores a la denominación del propio planeta, para que así siempre pudieran recordarlos y honrarlos. Para cuando la Legión de los Ultramarines marchó a nuevas campañas, Roboute Guilliman ya había organizado las bases de un mundo ordenado, establecido sobre los principios de justicia, honor y disciplina, en lugar de los paisajes desolados que dejaban muchas de las victorias de sus primarcas hermanos. Guilliman dejó allí profesores,

artesanos y personas con conocimientos de ingeniería y arquitectura para ayudar a la reconstrucción de Tarsis Ultra.

Habían reorganizado la sociedad a imagen y semejanza de la de Ultramar, justa y ordenada, con la gente satisfecha y productiva. Tarsis Ultra se convirtió de nuevo en un mundo próspero bajo la luz del Emperador. Su capacidad de producción era prodigiosa, pero a diferencia de otros muchos mundos industriales, que destrozaron sin sentido los recursos naturales y acabaron contaminados por completo y convertidos en desiertos tóxicos, la sostenibilidad y una planificación cuidadosa de esos recursos permitieron que Tarsis Ultra continuara siendo un planeta verde y acogedor.

Después de descubrir en lo que se habían convertido los Mortificadores, Uriel estaba deseando poner el pie en un planeta visitado por el bendito primarca. Lo que había visto en la Basílica Mortis lo había dejado afectado de un modo muy profundo, y estaba seguro de que le vendría bien ver un recordatorio físico del legado de Roboute Guilliman.

Lo que había visto hasta el momento de Tarsis Ultra y de sus defensas le había impresionado mucho. Unos inmensos fuertes espaciales flotaban en órbita geoestacionaria por encima de la masa continental principal y ya se había reunido una Ilota de gran tamaño a lo largo de los meses que habían pasado desde la advertencia que habían recibido sobre el futuro ataque de los tiránidos.

El Argus, un crucero de combate de la clase Victory, y un veterano de la Primera Guerra Tiránida, estaba al frente de un destacamento de navíos de guerra temibles, incluido el Espada de Castigo, un crucero de batalla de la clase Overlord, tres cruceros de la clase Dauntless y una hueste de naves de escolta. Varias flotillas de pequeños transportes planetarios, cargados con los miembros de la Guardia Imperial, iban y venían entre la superficie del planeta y cuatro inmensas naves de carga que permanecían en órbita. Dos grandes regimientos, el 10.º de Logres y el 933.º Korps de la Muerte de Krieg, quedarían desplegados por completo en Tarsis Ultra.

Se había dado orden de enviar más naves de guerra desde el mando central del segmentum en Bakka, al igual que nuevos regimientos desde los

sistemas y los subsectores cercanos, pero tardarían en llegar varios meses. Hasta entonces, estaban solos.

El gran almirante Tiberius ya estaba planeando en esos momentos la estrategia que debían seguir las flotas navales combinadas, junto con el capitán Gaiseric, del crucero de combate Mortis Probati, de los Mortificadores, con el comandante de la flota imperial, el almirante De Corte, un alumno del mismísimo gran almirante Zacarius Rath.

—Dos minutos —les avisó el piloto por el comunicador.

Uriel salió de su ensimismamiento y vio cómo Learchus recorría arriba y abajo el pasillo de la Thunderhawk. Su rostro, normalmente impertérrito, mostraba una expresión de impaciencia. Le pareció que Learchus deseaba más que ningún otro poner pie en Tarsis Ultra.

Pasanius estaba sentado frente a Uriel, con un aspecto tranquilo y despreocupado respecto al hecho de que estuvieran a punto de posarse en un planeta visitado por el primarca. Llevaba el lanzallamas pesado por encima de la cabeza y le hizo a Uriel un gesto de asentimiento a modo de saludo mientras la Thunderhawk comenzaba la maniobra de aterrizaje.

—Esto va a ser interesante —comentó Pasanius.

—¿Interesante? —interrogó Learchus con una risa—. Será maravilloso. Ver la obra de nuestro bendito primarca es una prueba de que nuestro modo de vida es el mejor para la humanidad.

—¿Lo es? —le preguntó Pasanius.

—Por supuesto —contestó Learchus, sorprendido de que Pasanius hubiera formulado una pregunta así—. Si el modo de vida que nosotros tenemos ha funcionado aquí, puede funcionar en cualquier lado.

—¿Funciona aquí?

—Es obvio.

—¿Cómo lo sabes? Todavía no has visto nada del planeta.

—No necesito verlo. Tengo fe en el primarca.

Uriel dejó que los sargentos discutieran los detalles de la visión de Guilliman al ver por primera vez la ciudad de Erebus. Era una cicatriz de color oscuro abierta en la ladera cubierta de nieve de una montaña inmensa, y estaba repleta de torres plateadas. En la meseta adyacente brillaba un

enorme embalse, por encima de la entrada al valle, de varios kilómetros de anchura. Las laderas rocosas estaban coronadas por edificios de mármol blanco y estructuras elegantes llenas de columnas. Una vía ancha y alineada de estatuas cruzaba el centro del valle en dirección a las primeras murallas defensivas de la ciudad, y centenares de edificios se agolpaban a los lados. El interior de la ciudad era una telaraña centelleante de plata y blanco.

A excepción de los edificios en el propio borde del valle, Uriel no distinguió ningún orden discernible en la construcción de la ciudad. Aquí y allá reconoció algunos trazos de la arquitectura propia de Macragge, pero donde debía haber luz y espacio vio construcciones recientes y llamativas, forúnculos enormes que tapaban la elegancia de los edificios antiguos.

La Thunderhawk ascendió y cambió de rumbo para volar en paralelo al valle. Uriel vio que ascendía por la ladera de la montaña y penetraba hasta llegar a una larga muralla defensiva con una cascada espumeante en el centro; después subía hasta otra muralla más corta, donde el terreno se estrechaba. La estructura escalonada de las defensas del valle continuaba hasta el final, y al sobrevolar la ciudad vio que existían zonas en ruinas, edificaciones derrumbadas que parecían haber sido bombardeadas. Cientos de edificios destrozados se humillaban bajo la fría sombra de las altas torres del profundo valle. La multitud de hogueras y fogatas emitían delgadas columnas de humo.

El sentimiento de decepción que Uriel sintió al ver en lo que se había convertido el legado de Guilliman fue un dolor físico en el pecho. Se recostó contra el respaldo del asiento de capitán y notó que había cerrado los puños de nuevo con fuerza.

Alzó la mirada al oír el jadeo sorprendido de Learchus.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró—. ¿Hemos llegado demasiado tarde? ¿Ha comenzado la guerra?

—No —contestó Uriel con tristeza—, todavía no.

Las cañoneras de los Marines Espaciales se posaron en las plataformas de aterrizaje superiores de Erebus. El aullido de sus motores ahogó por completo el sonido de pompa y circunstancia de la banda de más de cien músicos que tocaban las marchas de bienvenida habituales. Uriel bajó por la

rampa de descenso de la cañonera y sintió el frío en el aire en cuanto se alejó del calor de los motores.

—Vaya, esto es toda una bienvenida —gritó Pasanius para que lo oyeran sus camaradas.

Uriel asintió para mostrar que estaba de acuerdo. Las plataformas estaban repletas de personas, miles y miles de soldados alineados en filas ordenadas delante de las cañoneras de los Marines Espaciales. Unos enormes estandartes ondeaban en el extremo de astas de treinta metros, sostenidas por una docena de individuos con suspensores y cables. El trenzado de oro y los colores blanco y azul del símbolo del capítulo de los Ultramarines relucían en el tejido de las grandes banderas. Estaban presentes los estandartes de las diez compañías de Ultramarines, además de los de aquellos héroes más importantes de la historia del capítulo. Delante de las banderas vio la heráldica del capitán Invictus, y a su lado, el estandarte de la cuarta compañía. Tuvo que mirar dos veces al ver que al estandarte le habían añadido una condecoración con la forma de la rosa blanca de Pavonis.

El capellán Astador se reunió con él después de bajar por la rampa de desembarco de su propia cañonera.

—Por lo que parece, su fama le precede, capitán Ventris.

Uriel se limitó a asentir sin dejar de mirar la recepción ceremonial. Esperaba que los recibiesen de algún modo, pero aquello era una locura. ¿Cuánto tiempo y esfuerzo habían desperdiciado en la ceremonia oficial, tiempo y esfuerzo que hubiera sido mejor dedicar a reforzar las defensas de la ciudad o a entrenar a las tropas? ¿Es que aquella gente no se daba cuenta de que estaban a punto de entrar en guerra?

Una guardia de honor de unos doscientos soldados formaba, ambos lados de las Thunderhawks. Todos ellos iban equipados con unas armaduras azules ridiculas y nada prácticas. Las habían fabricado para que se parecieran a las servoarmaduras, pero los soldados parecían unas caricaturas comparados con los enormes Marines Espaciales.

Un frío viento azotó las plataformas de aterrizaje mientras otra columna de hombres avanzaba hacia ellos entre la guardia de honor. Los soldados

marchaban con una sincronización perfecta, en una formación impecable y con los uniformes inmaculados. Delante de ellos iba otro grupo, encabezado por tres individuos, quienes, a juzgar por la profusión de detalles del uniforme del que ocupaba el primer lugar, debían de ser los jefes de todas aquellas tropas.

El oficial en jefe lucía la misma armadura ceremonial que la guardia de honor, con los rebordes plateados y entorchados dorados en los hombros y los pantalones. Llevaba puesto un casco plateado reluciente, del que colgaba una larga pluma vaporosa que le llegaba hasta la cintura, y empuñaba una espada de guardamanos dorado con la hoja delante del rostro. Tenía la placa pectoral cubierta de insignias plateadas y doradas, y las botas eran de un cuero negro pulido y brillante. Era obvio que sus acompañantes despreciaban semejantes adornos frívolos y preferían los uniformes normales de paseo y de combate de los regimientos de la Guardia Imperial.

Uriel reconoció el grueso abrigo gris y el colbac de piel del regimiento de Krieg. Por el laurel de plata y las insignias del cuello, dedujo que era el coronel del regimiento en cuestión. El último miembro del grupo era un hombre mayor y de cintura ancha, con una barba recortada de un modo cuidadoso; llevaba un uniforme de combate bien planchado, que incluía una chaqueta gruesa con cuello de piel. Al igual que el coronel del regimiento de Krieg, llevaba puesto un colbac de piel y, lo mismo que su camarada de la Guardia Imperial, parecía tremendamente incómodo con toda aquella bienvenida ostentosa.

—Capitán —le dijo Pasanius, quien pretendía llamar su atención hacia los bordes de los campos de aterrizaje.

En la parte inferior del lugar se arremolinaban grandes multitudes, al otro lado de las vallas que delimitaban los campos de aterrizaje. En los rostros que miraban a los ultramarines se veían expresiones de adoración y asombro, y Uriel se dio cuenta de que algunos estaban rezando y llorando de alegría.

Los oficiales de la delegación se detuvieron ante ellos, y el jefe de recargado uniforme dio un sablazo en el aire para realizar un complicado

gesto de saludo. Luego, envainó la espada y dio un paso adelante antes de inclinar la cabeza y ponerse sobre una rodilla ante Uriel.

—Honorables señores, soy su humilde servidor, Sebastien Montante, mariscal fabricador del mundo de Tarsis Ultra. Les doy la bienvenida en nombre del divino Señor de la Humanidad —les dijo el individuo en un gótico alto entrecortado—. Que la benevolencia de ustedes brille sobre nuestro mundo ante la gloria de su regreso. Ofreceremos mil veces mil plegarias de agradecimiento en su nombre. Muchos son los saludos…

—Le agradezco la bienvenida, señor —lo interrumpió Uriel de un modo brusco—. Soy Uriel Ventris, capitán de la cuarta compañía.

Montante alzó la mirada, sorprendido y bastante consternado de que lo hubieran interrumpido en mitad del discurso. Uriel vio que se disponía a reanudarlo.

—Estos son mis sargentos mayores —se apresuró a decir—. Pasanius y Learchus. Le presento también al capellán Astador, de los Mortificadores.

Montante se dio cuenta de que no iba a tener la posibilidad de terminar el discurso, así que se puso en pie y se sacudió el polvo de las piernas. Le hizo una reverencia nerviosa a Astador.

—Capellán Astador, hemos oído hablar de su ilustre capítulo y también le damos la bienvenida.

Astador asintió y respondió a la reverencia.

—Fabricador Montante, su bienvenida es sobrecogedora y le damos las gracias por ella.

Montante sonrió de forma algo aviesa y asintió antes de girarse hacia los dos coroneles que lo acompañaban.

—Permítanme presentarles a los oficiales superiores de nuestros valientes defensores —dijo Montante, recuperando la compostura de un modo admirable.

El jefe del regimiento de Krieg dio un paso adelante y saludó de manera seca y formal a los Marines Espaciales.

—Soy el coronel Trymon Stagler, oficial superior del 933.º regimiento Korps de la Muerte de Krieg y comandante en jefe de las operaciones de

combate. Les pido disculpas por esta pérdida de tiempo, pero el fabricador Montante nos ocultó el acto hasta hace una hora.

Stagler hizo caso omiso de la mirada indignada que le lanzó Montante mientras el segundo individuo también daba un paso adelante y le ofrecía la mano a Uriel.

—Soy el coronel Octavius Rabelaq, oficial al mando del 10.º regimiento de Logres. Es un placer conocerlo, Uriel. He oído a Sebastien hablar un montón sobre usted. Estoy deseando que luchemos. Bueno, no luchar contra usted, ya me entiende.

Uriel tomó la mano que le ofrecía, y Rabelaq se la estrechó por arriba y por debajo de un modo entusiasta, a la vez que lo agarraba por el codo con la otra. Por fin, le soltó la mano a Uriel y dio un paso atrás después de saludar de una manera formal. Montante señaló con un gesto de la cabeza a la guardia de honor.

—Bueno, bueno. Ya nos conocemos todos, así que ¿por qué no procedemos a la inspección de la tropa? Luego, podremos asistir al banquete de bienvenida. No querrán que se desperdicien todos esos manjares ni el amasec, ¿verdad?

Montante sonrió y les indicó de nuevo a los Marines Espaciales que debían seguirlo hacia la guardia de honor.

—Fabricador Montante —le contestó Uriel—, no tenemos tiempo que perder en algo así y debemos iniciar los preparativos para los combates que se avecinan. Lo más probable es que la flota de los tiránidos se encuentre a menos de un mes de aquí, ¿y lo único que se le ocurre es que nos dediquemos a esas frivolidades?

A Montante se le quedó la boca abierta ante aquella violación flagrante del protocolo y miró a los coroneles de la Guardia Imperial en busca de apoyo.

—El capitán Ventris tiene razón —le dijo el coronel Stagler—. Debemos comenzar a planificar la defensa. El enemigo está a las puertas.

A Uriel le pareció detectar un atisbo de expectación en la voz del coronel.

—Sin duda, lo está —dijo una figura que surgió de entre la guardia de honor situada a la espalda de Montante.

Uriel vio un adepto encapuchado seguido de un séquito de escribas, lexmecánicos y astrópatas de túnicas verdes. El individuo caminaba con paso dolorido hacia ellos, apoyándose en un bastón de puño de plata con forma de garra.

—Sin duda, el enemigo está a las puertas —repitió el adepto encapuchado—. Mis astrópatas me han comunicado que las primeras naves alienígenas se encuentran ya en el borde exterior del sistema planetario. El resto de la flota enjambre no debe de hallarse muy lejos de ellas.

—¿Quién es usted, señor? —le preguntó Uriel.

—Soy el inquisidor mayor Kryptman, de la Ordo Xenos, y no tenemos mucho tiempo.

Treinta mil kilos de empuje rugieron al salir de los motores dobles de cada aeronave de ataque Fury mientras cruzaban la cubierta de despegue interior del Kharloss Vincennes, un crucero de la clase Dictator, y antes de salir disparadas como balas de un cañón por las rampas de lanzamiento del costado del crucero.

Dos escuadrones, compuestos cada uno por tres aeronaves, despegaron y viraron de forma estruendosa para comenzar el vuelo de interceptación. Los poderosos sistemas de detección de la estación de vigilancia Trajen habían detectado un contacto anómalo. Se trataba de un puesto orbital avanzado anclado en el límite exterior del sistema de Tarsis Ultra. Los escuadrones debían investigar la naturaleza del contacto y, si las circunstancias eran favorables, enfrentarse a él y destruirlo. Si eso no fuese posible, debían obtener y proporcionar datos posicionales exactos para permitir que las armas pesadas del Kharloss Vincennes acabasen con el objetivo.

Las aeronaves de ataque del tipo Fury eran cazas aerodinámicos con alas avanzadas, cola doble y montajes de cohetes de alto explosivo bajo cada ala. Habían sido diseñadas para eliminar torpedos de ataque enemigos

y destruir otros cazas. Aquellas naves eran los caballos de batalla de la Armada imperial.

Cada Fury llevaba un depósito de combustible adicional exterior en el centro del fuselaje, lo que les permitía permanecer un tiempo mayor de patrulla sin tener que regresar a la nave principal.

Las aeronaves eran capaces de transportar hasta cuatro tripulantes, pero para las misiones de reconocimiento tan sólo se necesitaban un piloto y un oficial artillero.

—Escuadrones Ángel, informen —dijo la voz del oficial de vuelo del Kharloss Vincennes.

—Escuadrón Ángel nueve cero uno está fuera —comunicó el capitán Owen Morten, comandante de los escuadrones de caza del crucero, después de mirar a un lado y a otro para comprobar que sus compañeros de ala estaban en su sitio.

Esperó a que el teniente Harlen, el jefe de vuelo del segundo escuadrón, se comunicara mientras Kiell Pelaur, su oficial artillero, abría un canal de comunicación con los sistemas de detección del Kharloss Vincennes.

—Lo mismo digo. El escuadrón Ángel nueve cero dos está fuera, y eso es oficial —dijo Erin Harlen, arrastrando las palabras como solía hacer.

—Corte la cháchara, nueve cero dos. Estamos en situación de combate. ¿Lo entiende, teniente Harlen? —contestó la voz del oficial de vuelo con un tono que sugería que ya habían pasado por aquello muchas veces.

—¡Sí, señor! ¡He entendido la orden, señor! —gritó Harlen.

—Harlen, deja de chillar por un rato, ¿vale? —le dijo Pelaur por el canal de comunicación interno—. Encontremos lo que se supone que tenemos que encontrar antes de que nos vuelva locos.

—Entendido, teniente. Nosotros también lo estábamos pensando —contestó el oficial artillero de Harlen, Caleb Martoq.

Los cazas volaron alrededor del Kharloss Vincennes mientras esperaban a que les transfirieran los datos de navegación a sus sistemas de ataque.

Oyeron de nuevo la voz del oficial de vuelo.

—Escuadrones Ángel, confirmen la ruta de patrulla.

Kiell Pelaur comprobó la placa de datos que tenía delante y vio que el rumbo táctico del escuadrón aparecía allí antes de abrir la comunicación.

—Confirmado. Tenemos la ruta de patrulla.

—Confirmado. Escuadrones Ángel nueve cero uno y dos tienen permiso para entrar en combate. Buena caza.

—Ya puedes estar seguro. No hacemos prisioneros —dijo Harlen.

Miró al otro lado de la carlinga blindada, hacia donde se encontraban el comandante y el resto del escuadrón volando en formación con él.

—¿Estamos preparados, capitán Morten? —le preguntó por el comunicador interno con un tono de voz que demostraba a las claras su impaciencia.

Morten sonrió bajo el casco.

—El escuadrón Ángel nueve cero uno irá en cabeza. Harlen, colócate en un cuadrante inferior y manténte cerca.

—Entendido, capitán. El escuadrón Ángel nueve cero uno va en cabeza.

El capitán Morten tiró de la palanca de mando hasta poner el morro en dirección al rumbo adecuado, inspiró profundamente y aceleró el Fury.

Le pareció que le daban una tremenda patada en la espalda cuando los motores rugieron y la aeronave salió despedida hacia adelante. El traje de suspensores cableados se expandió para impedir que la sangre se acumulara en ciertas partes del cuerpo y contrarrestó las increíbles fuerzas que sufría ante semejante aceleración súbita.

Las conexiones espinales inyectaron sangre sobreoxigenada directamente en el cuerpo, y los cascos moldeados que tanto él como el oficial artillero utilizaban ejercieron presión hacia el exterior para impedir que se desmayaran.

«De esto se trata», pensó al mismo tiempo que sonreía con gesto casi infantil. Los largos años de entrenamiento, las increíbles exigencias físicas y los riesgos quedaban más que compensados por momentos como ese. Cruzar a toda velocidad el espacio a los mandos de uno de los aparatos militares más sagrados jamás forjados, con el poder de llevar una justa muerte a los enemigos del Emperador, era lo más cercano a la perfección que podía ofrecer la vida.

Sus dos hombres de ala mantenían la formación en V estándar. Satisfecho al verlo, inclinó la aeronave levemente hacia estribor para asegurarse de que Harlen se encontraba en posición por debajo de él. Morten sabía que, a pesar de su actitud algo chulesca, Erin Harlen era uno de los mejores pilotos del escuadrón, si no de la toda la flota de combate Tempestus. Por esa razón, y sólo por esa, se le permitían ciertas libertades nada habituales en un lugar tan ordenancista como una nave de combate de la Armada imperial.

Como comandante de escuadrón de Harlen, Morten tenía la tarea, a menudo problemática, de mantenerlo a raya y de no permitir que cruzara los ya de por sí incrementados límites de disciplina que se le permitían.

Por supuesto, el escuadrón de naves de Erin se encontraba en el preciso lugar donde se suponía que debía estar: un poco por debajo y detrás de su ala de estribor. Enderezó la aeronave de nuevo y continuó el vuelo. Deberían tardar menos de una hora en la interceptación, pero hasta entonces no tenían mucho que hacer, aparte de quedarse sentados y mantener vigilados los indicadores para asegurarse de que volaban dentro de los límites de tolerancia del aparato. Tampoco había mucho que ver al otro lado de la carlinga, y al no disponer de un punto de referencia fijo, era imposible percibir el movimiento.

Pasaron treinta minutos de patrulla antes de que las pantallas de rastreo que el teniente Pelaur tenía delante de él captaran la señal del objetivo.

—Objetivo localizado, capitán. Las lecturas biológicas coinciden con las formas de vida tiránidas. Rumbo cero tres seis a estribor, distancia mil kilómetros —informó Pelaur desde su posición elevada en la cabina, detrás de Morten—. Recomiendo el vector de aproximación cuatro seis.

—Afirmativo, teniente —contestó Morten.

Ajustó el rumbo para conseguir la posición de ataque óptima en combate espacial: por detrás y por encima del objetivo. Además, el rumbo que le había indicado Pelaur también pondría la luz del sol a sus espaldas, y esperaba que con eso mantuvieran el efecto sorpresa unos instantes más.

En el combate espacial, donde la muerte podía cruzar la distancia entre dos combatientes en pocos segundos, la diferencia entre la vida y la muerte

a menudo dependía de esas fracciones de segundo.

—Teniente Harlen, adelante.

—¡Capitán Morten! Mi oficial artillero tiene un contacto.

—Lo mismo que el mío, teniente Harlen. Tome rumbo de aproximación cuatro seis.

—Estoy de acuerdo —dijo Caleb Martoq.

—Treinta segundos para ataque —dijo Pelaur.

Se aproximaban con rapidez al punto final, donde virarían para iniciar el ataque directo. A partir de ese momento, sería un combate cara a cara.

—Confirmado —dijo Morten antes de empezar la cuenta atrás para el giro y a frenar el aparato para entrar en velocidad de combate.

—Veinte segundos —contó Pelaur.

Los pilotos redujeron el empuje de los motores para no pasar de largo del objetivo.

—Teniente Harlen, preparado, en diez segundos —lo avisó Morten, a la vez que flexionaba los dedos sobre la palanca de mando.

—Recibido, capitán. En diez.

—Viren a mi señal —les comunicó Pelaur sin apartar la mirada de la placa de datos que tenía ante él—. ¡Ahora!

Morten hizo que el Fury virara de forma abrupta hacia estribor y hacia abajo, siguiendo el rumbo marcado por el logificador de ataque. Las demás aeronaves imitaron la maniobra con fluidez, como una bandada de pájaros.

—¿Qué tiene, teniente? —preguntó.

El icono que apareció en la pantalla de Pelaur parpadeó antes de brillar con una luz roja fija.

—Capitán, tengo un contacto hostil.

—Afirmativo —confirmó Martoq.

—Formación de ataque delta cuatro —ordenó Morten—. Teniente Harlen, quiero una andanada de su escuadrón.

—Formación de ataque delta cuatro confirmada —dijo Harlen—. Viro a estribor.

Las tres aeronaves del escuadrón de Harlen se alejaron hacia la derecha y aumentaron de velocidad a medida que se acercaban al objetivo.

—Cohetes preparados —dijo Martoq.

—Fuego a discreción —ordenó Morten.

El capitán vio cómo temblaron los cazas de Harlen cuando de cada una de las alas salió disparado un cohete. La cabina se iluminó de repente por el resplandor de los reactores de los seis cohetes al ponerse en marcha.

—¡Cohetes disparados! —gritó Harlen.

—Escuadrón Ángel nueve cero uno, en formación conmigo. Vamos allá —ordenó Morten.

Aceleró de nuevo y siguió la estela de los cohetes. Armó los suyos y activó el cañón láser. Si del objetivo surgía algo para tratar de interceptar los cohetes, él y los suyos lo estarían esperando. Murmuró una rápida plegaria al Emperador y comprobó la pantalla. La placa de datos mostraba el icono rojo parpadeante que indicaba el objetivo y dos puntas de flecha de color verde que se le acercaban con rapidez.

Su escuadrón seguía a los cohetes después de pasar por encima de las aeronaves del escuadrón de Harlen, que se quedaron atrás para cubrirlos. Habían perdido el factor sorpresa desde el momento en que habían disparado, pero habían ganado el tiempo suficiente.

—Impacto en dos segundos —dijo el oficial artillero.

Morten concentró la vista más allá de la carlinga y vio a lo lejos el estallido de una explosión.

—Los cohetes han impactado. Repito, los cohetes han impactado —informó Martoq por el comunicador—. ¡Nos los cargamos!

—¡Buen disparo, Ángel nueve cero dos! —los felicitó Morten, aunque sabía que la alegría de Martoq por la destrucción del objetivo era prematura. Todavía no lo podían saber con certeza—. ¿Han acabado con eso?

—Eso parece, señor. Ya no recibo lecturas biológicas. Creo que sí.

—¡Claro que hemos acabado con eso! ¡Lo hemos hecho volar en pedazos! —fanfarroneó Harlen.

—Muy bien, vamos a acercarnos. Reduzcan la velocidad y veamos qué le hemos hecho.

—Por supuesto, capitán —contestó Harlen—. Los cañones láser están armados y preparados. Cualquier cosa que se menee lo más mínimo va a

acabar esparcida por el vacío.

—Muy bien, vamos a hacerlo en condiciones —les advirtió Morten—. Kiell, manten los ojos y los oídos bien abiertos. Si tenemos que salir corriendo de aquí, quiero saberlo cuanto antes.

—Afirmativo —contestó Pelaur, concentrándose en las pantallas de alarma.

Morten empujó la palanca de mando y se dirigió en línea recta hacia el lugar donde se había producido la explosión que había visto a través de la carlinga. A medida que el aparato se acercaba, distinguió con mayor claridad un objeto tubular de gran tamaño, que giraba en el espacio con unos enormes agujeros en el costado. Frenó de nuevo y se acercó para observarlo mejor. Tenía unos cuarenta o cincuenta metros. La superficie del objeto era de un color verde moteado y estaba cubierta de ondulantes orificios parecidos a esfínteres. También tenía un reborde carnoso a todo lo largo y arrastraba unos tentáculos gruesos como cables. Su parte frontal se parecía a un pico gigantesco serrado, y de las heridas del costado, los fluidos internos se expandían en una nube púrpura espumeante, que se esparcía por el espacio como sangre. Si aquella criatura había estado viva, en aquel momento parecía muy muerta.

—¿Recibe alguna lectura biológica?

—Negativo, señor. Todos los sensores indican que está muerta.

—Bien —dijo Morten—. Anotaremos todos los datos en…

—¡Cuidado! —gritó el teniente Harlen de repente—. ¡Arriba, a las tres en punto!

Morten tiró con fuerza de la palanca hacia la derecha de forma instintiva y aceleró al máximo. Distinguió con el rabillo del ojo un objeto carnoso parecido a un torpedo que había salido despedido por uno de los orificios palpitantes de la criatura supuestamente muerta.

Realizó un tonel de forma brusca hacia babor, y tanto él como el oficial artillero acabaron zarandeados en la cabina.

Vio pasar el organismo por encima de la carlinga como si todo se estuviese desarrollando a pictógrafo lento.

Continuó con el tonel a babor y se enderezó sólo cuando ya había completado un círculo completo. ¡Por el Emperador, aquello había pasado muy cerca! Casi les habían…

—¡Todavía le sigue, capitán! —le gritó Harlen—. ¡Lo tiene a la cola!

—¡Por la sangre del Emperador, qué cosa más tozuda!

Viró a estribor y bajó el morro, lo que metió al Fury en una espiral descendente.

—¡Alcance ciento cincuenta metros! —chilló Pelaur—. ¡Está demasiado cerca! ¡Sáquenos de aquí!

—¿Qué te crees que estoy haciendo? —le espetó Morten.

Subió el morro y aceleró al máximo para escapar. Si aquello todavía los seguía, tan sólo era cuestión de tiempo que los alcanzara.

—¡Cien metros y acercándose!

Estaba demasiado cerca como para que ninguno de sus hombres de ala disparase contra eso, así que a Morten sólo le quedaba la esperanza de que aquel proyectil alienígena, fuese lo que fuese, estallase por impacto, o lo que fuera que hiciese.

—¡Capitán! —gritó Harlen—. Vire a estribor, rumbo nueve tres. ¡Ahora!

Morten obedeció sin dudarlo. Viró a estribor y bajó el morro con rapidez. Fue lo bastante ágil como para ver la silueta del Fury de Harlen pasar a toda velocidad emitiendo destellos láser desde la panza.

Aunque no pudo oírla, sintió la enorme onda expansiva de la muerte explosiva del arma tiránida cuando las ráfagas del cañón láser lo acribillaron.

Sin embargo, lo había hecho demasiado cerca para escapar de su ataque por completo. La parte posterior del Fury salló de un lado a otro cuando centenares de fragmentos quitinosos impactaron contra el fuselaje de la aeronave.

Morten se esforzó por controlar el caza, que se estremecía mientras giraba sin rumbo. Golpeó con la cabeza la carlinga y la visión se le enturbió mientras los paneles de mando se llenaban de luces parpadeantes de advertencia. El traje se expandió, pero a pesar de eso y del casco de presión,

notó que estaba a punto de desmayarse. Si le pasaba eso, todo se habría acabado. Las fuerzas centrífugas destrozarían la aeronave y dejarían sus cuerpos en mitad del espacio, donde se congelarían.

Una lluvia de chispas y una nube de humo le taparon la visión, y apenas consiguió distinguir el mando de aceleración. Morten luchó contra las fuerzas que asaltaban la cabina para alcanzarlo.

Oyó el gemido del metal al partirse y supo que el Fury empezaba a desintegrarse.

Se echó hacia adelante en un último esfuerzo y tiró de la palanca para reducir la aceleración por completo.

El violento estremecimiento de la aeronave averiada cesó de forma casi inmediata, y se vio sustituido por los suaves crujidos del metal retorcido, por los jadeos de Pelaur y por la estridente protesta de los motores mientras bajaban de potencia.

El Fury quedó a la deriva y giró de lado durante unos momentos antes de que Morten represurizara la cabina, la limpiara de humo y aumentara de nuevo, poco a poco, la potencia de los motores.

—¿Estás bien? —le preguntó a Pelaur mientras se esforzaba en girar la cabeza para ver cómo estaba.

—He estado mejor, capitán, pero sigo aquí y de una pieza. Bien hecho —contestó Pelaur entre jadeos. Era obvio que se encontraba un poco aturdido por lo cerca que había estado de la muerte.

—Sí, bien hecho. Debería haber sabido que todavía podría tener bioarmas activas.

—Seguimos vivos —comentó Pelaur.

—Sí, supongo que deberíamos dar las gracias —contestó Morten a la vez que hacía el signo del aquila y posaba una mano enguantada en la diminuta capilla de la cabina que tenía al lado.

Vio que el escuadrón de Harlen volaba en formación paralela a su rumbo. Dedujo por los trozos de carne que pasaban flotando por encima de la carlinga que además de hacer que explotara la bioarma, el escuadrón de Harlen también había volatilizado el objetivo original.

—Nueve cero dos —dijo pulsando la runa de comunicación—, estamos bien. Un poco aturdidos, pero aparte de eso, intactos. Por cierto, gracias. Ha sido un buen disparo.

—De nada, señor —contestó Harlen con voz despreocupada—. Mantenga la dirección. Voy a efectuar una pasada para ver los daños que ha sufrido.

—De acuerdo. Mantengo el rumbo.

Aquello fue más fácil de decir que de hacer. El Fury se resistía a todos sus intentos de que volara en línea recta.

La aeronave de Harlen pasó por debajo y alrededor del caza de Morten hasta quedar en formación por el ala de babor.

—¿Cómo está la cosa? —preguntó temiéndose la respuesta.

—No está nada bien; eso fijo. Ha recibido muchos impactos en las toberas de los motores, así que va a ser muy difícil controlarlo, y por lo que parece, también está perdiendo combustible. No mucho, pero será mejor que regresemos al Kharloss Vincennes antes de que el depósito se quede seco.

Morten se dio cuenta, de repente, de lo cerca que había estado de morir. Si uno solo de aquellos trozos de metralla quitinosa hubiera impactado contra el depósito de combustible que llevaba bajo la panza, habrían quedado incinerados en una bola de fuego.

—Gracias. Regresa con tu escuadrón al Kharloss Vincennes y nosotros volveremos lo antes posible. Si necesitamos ayuda os llamaremos. Y que los oficiales tácticos lo sepan todo sobre esas criaturas. Me da la impresión de que vamos a ver muchas más.

—Sí, señor. ¿Seguro que está bien, señor?

—Llegaremos más tarde, pero llegaremos. Y ahora, lárgate antes de que tenga que ordenártelo.

—Sí, señor —contestó Harlen momentos antes de que los tres cazas Fury aceleraran a velocidad de combate y desaparecieran poco después en la oscuridad.

—¿Te parece bien que nos volvamos ya a casa, Kiell? —le preguntó el capitán Morten.

—Me parece perfecto.

El capitán Owen Morten hizo virar con cuidado el Fury averiado hacia la nave nodriza y aumentó poco a poco la potencia de los motores. Torció el gesto cuando, al hacerlo, las vibraciones del fuselaje dañado aumentaron.

Iba a ser un largo camino de regreso a casa.



CUATRO

El artista desconocido había utilizado toda la estancia como lienzo. Un mosaico de proporciones gigantescas cubría las paredes, el suelo e incluso el techo. La minuciosidad de la obra era exquisita: ninguno de los fragmentos de vidrio coloreado que formaban el mosaico era mayor que una uña. Era de un tamaño mayor que la capilla de los Héroes en Macragge, y la escala de una tarea semejante resultaba sobrecogedora: la cámara medía más de doscientos metros de largo, y el techo en forma de bóveda se alzaba a unos treinta metros o más por encima de sus cabezas.

Uriel y los demás ultramarines caminaron maravillados por todo el perímetro de la estancia, sin habla por el asombro de una visión tan magnífica. Cualquier decepción sentida por el estado de Tarsis Ultra quedó borrada por aquel mosaico espectacular. Ante ellos se extendían imágenes pastorales de una tierra agreste de una belleza primitiva, con unos colores vividos y brillantes. La maestría del artista había sabido captar la majestuosidad salvaje del escenario. Unas montañas de cristal se alzaban por encima de mares de vidrio de un color azul profundo, mientras que los campos de verde esmeralda rebosaban de animales de porte orgulloso.

Uriel alargó la mano para tocar la pared. Casi esperaba entrar dentro del mosaico y sentir la brisa marina soplando por encima de las olas espumeantes que rompían contra unos acantilados de blanco cegador. Reconoció encima de aquellas montañas una majestuosa fortaleza de mármol con columnas y cúpulas doradas, algo que le hizo sentir una gran añoranza. Se trataba de la fortaleza de Hera, descrita con tanto detalle que casi podía notar la sal de los mares de Macragge y oler el dulce aroma de los pinos en el interior de la tierra.

Vio que el mosaico había producido el mismo efecto en Pasanius y en Learchus: sus rostros mostraban una increíble expresión de júbilo. Uriel alzó la vista hacia el techo y distinguió una hueste de guerreros de cristal lanzados a la caza, montando a caballo con túnicas azules, las mismas túnicas sueltas de lana que llegaban hasta la rodilla y que los habitantes de Macragge utilizaban desde tiempos inmemoriales.

A la cabeza de la partida de caza iba un individuo gigantesco. Tenía la piel de alabastro, los cabellos dorados y el rostro lleno de ímpetu y alegría.

Llevaba una lanza larga y un escudo ovalado. Uriel se quedó paralizado por la emoción ante aquella imagen: se trataba de Roboute Guilliman. Había mirado muchas veces la cara pálida y muerta de su primarca en el templo de la Corrección de Macragge, donde su cuerpo sin vida estaba inmóvil en el interior de un sepulcro de estasis; pero verlo de ese modo, tan lleno de vida y pasión, llenó el corazón de Uriel de pena y dolor por su muerte. El capitán no había dado crédito a las habladurías que decían que las heridas del primarca se estaban curando con lentitud, y que llegaría el día en que se alzaría de su tumba, pero por fin comprendió al ver aquella imagen el motivo por el que la gente necesitaba creer que un poderoso guerrero como él podía regresar del más allá.

Más adelante se veían escenas de batallas, imágenes de guerras de épocas pasadas, cuando los héroes eran tan grandes como montañas y podían derribarlas con su fuerza. Allí se veía a Roboute Guilliman, con un aspecto magnífico y noble, enfrentarse a los ejércitos del mal. A su espalda, oculto entre las sombras, acechaba un paladín del Caos al que no había visto, preparado para asestarle a traición un golpe letal. A medida que avanzaba con los ojos por el mosaico, Uriel vio cómo un guerrero le salvaba la vida a Guilliman al clavarle la bayoneta en el estómago al enemigo. La escena estaba representada de un modo magistral con fragmentos de zafiro y de cristal. Los chorros de rubíes y de granates relucían en la tremenda herida.

Otra parte de aquella sección del techo mostraba a Roboute Guilliman doblado sobre una rodilla y realizando el juramento de hermandad con los guerreros de Tarsis Ultra. Ver una muestra de humildad semejante en un personaje tan poderoso como su primarca era para Uriel un recordatorio muy evidente de todo lo que los Ultramarines luchaban por proteger.

Por toda la cámara se contemplaban nuevas maravillas y visiones de increíble belleza, pero Uriel se obligó a apartar la mirada del mosaico. Pasanius y Learchus estaban a su lado, asombrados del mismo modo por el trabajo de aquel genio.

—Es… —empezó a decir Pasanius, buscando las palabras adecuadas para hacerle justicia.

Uriel asintió.

—Lo sé. Había oído hablar del mosaico de Tarsis, pero jamás creí que fuera tan magnífico como esto.

En la estancia resonaron unas pisadas y el encantamiento quedó roto. El mosaico no era más que una pared y las imágenes que la cubrían no eran más que fragmentos de vidrio. Uriel se giró para ver entrar al fabricador Montante, que vestido con unos ropajes grises más funcionales, encabezaba el grupo del concilio de guerra. Los oficiales superiores de los regimientos seguían a Montante, que se dirigía al centro de la cámara, y a su vez, a cada uno lo acompañaba un séquito de escribas, lacayos y ayudantes que se mantenían a una distancia respetuosa.

Aquella parte de la estancia estaba hundida en el suelo. Habían colocado unos bancos de mármol y una larga mesa baja, donde habían dispuesto una serie de jarras de porcelana con vino especiado y cuencos llenos de fruta fresca. Uriel bajó hasta aquella zona y se sentó mientras examinaba con atención a los demás comandantes.

Montante era un individuo delgado y parecía ansioso por agradar hasta el punto de resultar patético. Sus rasgos eran delicados y ascéticos, aunque marcados. No parecía un guerrero, así que Uriel se preguntó cómo era posible que hubiera alcanzado aquel rango de autoridad en el planeta. ¿La forma de gobierno en Tarsis sería hereditaria, democrática o todavía seguirían los ideales de meritocracia del primarca? ¿Sería capaz de dirigir a su gente en época de guerra o tendría que ser sustituido? ¿Tenía Uriel autoridad para pensar en tomar una decisión semejante? Montante se ocupó de servirles vino a todos, pero Uriel negó con la cabeza, aunque de forma educada, cuando le ofreció una copa.

Stagler tenía el aspecto de un guerrero. Uriel había oído hablar del Korps de la Muerte de Krieg y de cómo sus comandantes pedían siempre que sus regimientos combatiesen en las zonas de guerra más peligrosas y se enfrentasen a los enemigos más mortíferos. Si Stagler seguía ese patrón, había escogido sin duda un objetivo de primera clase para sus hombres. Estaba sentado con la espalda completamente tiesa y parecía muy irritado con Montante. También rechazó la copa de vino.

Rabelaq tenía el aspecto de alguien para quien la tarea del soldado era una forma de vida, aunque su amplia panza le indicó a Uriel que los rigores del campo de batalla eran un recuerdo lejano para el coronel del regimiento de Logres. Aceptó con entusiasmo la copa de vino dulce y tomó un sorbo paladeándolo de forma apreciativa.

El capellán Astador también aceptó la bebida y alzó la copa para hacer un brindis.

—Que esta hermandad se vea unida en su causa.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó Rabelaq antes de beberse de un trago la copa de vino para luego servirse otra.

Sin embargo, Astador no había finalizado el brindis.

—Si alguno de ustedes cae, me aseguraré de que su cráneo tenga un lugar de honor en la Galería de Hueso.

Se produjo un silencio incómodo, que sólo se rompió cuando Montante habló.

—Gracias, capellán Astador. Resulta muy gratificante saberlo.

Uriel intercambió una mirada con sus sargentos cuando los últimos asistentes al concilio de guerra entraron en la cámara. El inquisidor mayor Kryptman se acercó cojeando al resto de los miembros, seguido por un acólito vestido con una túnica blanca y que llevaba al cuello un medallón de bronce en forma de engranaje dentado. La mayoría de los rasgos de su rostro eran orgánicos, algo bastante inusual entre los miembros del Adeptus Mechanicus. El único implante era un artefacto biónico que le cubría el ojo derecho. De un lado del cráneo le surgían varias lentes de distintos tamaños, y era evidente que cada una encajaba sobre el centelleante ojo biónico de color rojo.

Kryptman bajó hasta los bancos con cierta dificultad. Cuándo su acompañante del Adeptus Mechanicus se dispuso a bajar con él, Uriel se percató, asombrado, de que se movía sobre unas patas metálicas parecidas a las de una araña que le salían por debajo de la túnica. Al bajar los escalones para colocarse detrás de Kryptman, la túnica del acólito se abrió un poco, y el capitán atisbo por un momento un grueso tubo de bronce que le unía el pecho con las piernas artificiales.

El inquisidor se sentó en uno de los bancos y rechazó con un gesto de irritación la copa que le ofreció Montante. Miró a los reunidos y después dejó escapar un gruñido, aunque Uriel no tuvo claro si era de satisfacción o de resignación.

—Esto es una aventura increíble —comentó Montante tras sentarse por fin—. Paso la mayor parte del tiempo entre balances, libros de contabilidad y toda clase de aburridas tareas logísticas para las factorías. No creo que jamás se haya reunido un grupo tan selecto en este palacio.

Kryptman le dirigió una mirada furibunda.

—Mariscal fabricador, lo que tenemos entre manos no es una aventura. Es una cuestión de la máxima importancia y de naturaleza muy grave. Una sección de la flota enjambre Leviathan se acerca a su mundo, ¿y usted cree que es una aventura?

—Bueno, no, no una aventura en el sentido tradicional, ya me entiende —se apresuró a decir Montante—. Sin embargo, sin duda es emocionante. Me refiero a que no todos los días se libra una guerra, y lo que soy yo estoy deseando partirles la cara a esas bestias.

—Pues entonces, señor, es usted un estúpido. Lo mejor que puede hacer es dejar que aquellos que comprenden el grave peligro que representa la flota enjambre tiránida se encarguen de defender su planeta.

—Me siento ofendido por sus palabras, señor —protestó Montante—. Después de todo, soy el gobernador planetario.

—De momento —le contestó Kryptman con voz amenazadora—. ¿Podemos continuar? Vamos a dejar algo bien claro: he visto de primera mano lo que significa enfrentarse a esos alienígenas, y no será una aventura. No habrá gloria, y muy poco honor, en la tarea de destruirlos.

»Declaré a los miembros de esa especie Xenos Horrificus hace doscientos cincuenta años, y desde ese día, los he estudiado, los he perseguido y los he matado, y a pesar de ello, apenas sabemos una mínima parte de su xenología.

El inquisidor señaló con un gesto al adepto que estaba a su espalda.

—Para combatir a los tiránidos, antes debemos conocerlos. Les presento al genetista Vianco Locard, magos biologis. Él sabe más sobre estas

abominaciones xenológicas que ningún otro hombre vivo. Nos será de gran ayuda. Magos, ¿si es tan amable?

Locard se colocó delante de todos ellos y un monóculo de montura de bronce chirrió al colocarse sobre el ojo rojo. Cuando entrelazó las manos delante de él, con una postura académica, Uriel vio que eran de un metal negro pulido.

Empezó a hablar sin más preámbulos.

—Los tiránidos son una raza bioeugenésica de xenomorfos procedente de más allá de la luz del Emperador, descubierta por primera vez en el año 745 de este milenio por el mago Varnak, del puesto de investigación del Adeptus Mechanicus en Tirán Primus, en el Segmentum Ultima, a unos sesenta mil años luz del sagrado Marte.

—¿Bioeugenésica? ¿Qué quiere decir eso? —lo interrumpió el coronel Stagler.

—Significa que los tiránidos son capaces de asimilar mundos y razas enteras, fraccionarlos hasta sus bloques genéticos constituyentes de crecimiento e incorporar esos constituyentes a su propia fisiología.

Kryptman, al ver el gesto confundido del rostro de Stagler, lo interrumpió.

—Gracias, magos Locard, pero quizá debería ser yo quien lo explicara de un modo más sencillo para que cualquiera pueda entenderlo.

Uriel se molestó por aquel insulto a su inteligencia, y vio que a los demás tampoco les había gustado el comentario, pero la fama del inquisidor Kryptman lo precedía, así que nadie le contestó.

—Los tiránidos son una monstruosa raza nómada de depredadores que proceden de más allá de nuestra galaxia y que cruzan el espacio en enormes flotas enjambre. Al igual que las langostas, consumen todo lo que se encuentran a su paso, y todos los enemigos que derrotan y devoran son asimilados, por lo que cada generación de tiránidos está mejor adaptada para cazar a sus presas. Cuando atacan, lo hacen a millones, e inundan el planeta como una plaga y del mismo modo destructivo. Todo, cada hoja de hierba, cada criatura indígena, es absorbida por las hordas innumerables. Millones de años de evolución quedan destruidos, e incontables milenios de

desarrollo y crecimiento logrados con sufrimiento quedan aniquilados por el hambre insaciable de los tiránidos. Los océanos acaban secos, los cielos hierven, y todo es digerido hasta que desaparece por completo y no queda nada, salvo una roca desnuda, desprovista de cualquier rastro de vida.

—Pero ¿se los puede derrotar? —preguntó simplemente Stagler.

Kryptman soltó una breve risa, pero sin alegría.

—¡Oh, sí!, coronel Stagler. Se los puede derrotar, pero a un coste terrible.

—El coste es irrelevante —contestó Stagler con brusquedad—. Lo único que importa es que podemos derrotarlos, ¿no es así?

El inquisidor Kryptman alzó una ceja antes de inclinar la cabeza y acercarse hacia Uriel.

—El coronel Stagler tiene razón. Quizá el capitán Ventris nos haría el favor de contarnos lo ocurrido con la flota enjambre Behemoth en la batalla de Macragge.

—Lo haré encantado, inquisidor —contestó Uriel con orgullo mientras se ponía en pie y se llevaba las manos a la espalda.

»La flota enjambre procedía de las estrellas del halo de la franja este, con un número incontable de elementos. Las naves alienígenas descendieron sobre Macragge, pero el noble Lord Calgar, advertido por el propio inquisidor Kryptman, había reunido una flota poderosa para defender la tierra sagrada de nuestro mundo natal. Se produjo una tremenda batalla espacial que se prolongó hasta que Lord Calgar retrocedió para atraer a la flota enjambre hacia los cañones de Macragge. Mientras los alienígenas estaban dispersados y eran vulnerables, viró y los atacó. Logró destruir una de las malditas naves colmena y destrozó el orden de batalla de la flota tiránida.

—No lo entiendo, capitán Ventris —comentó el coronel Rabelaq—. ¿Cómo es posible que la pérdida de una sola nave causara tanto daño a esa flota?

—Yo responderé a eso —dijo el magos Locard—. Para entender los imperativos motivacionales de los tiránidos, antes debemos conocer la naturaleza de su conciencia. Una flota enjambre está compuesta por miles

de millones de organismos vivos producidos en las cámaras reproductivas de la reina norna. Básicamente, cada nave es una criatura viva, cada organismo que forma parte de esa nave tan sólo existe para servir a esa nave, y cada nave funciona sólo como parte de la flota. Una conciencia común une a todas las criaturas de la flota, desde las bestias guerreras más poderosas hasta las bacterias microscópicas de los pozos de digestión, y de ese modo crea una inmensa conciencia física que llamamos la mente enjambre, que es capaz de ejercer una fuerza de voluntad y una inteligencia alienígenas monstruosas. Por supuesto, esas criaturas no tienen individualidad alguna y simplemente existen para servir a la mente enjambre. Si se logra interrumpir la comunicación psíquica, los organismos más sencillos quedan confundidos y, a menudo, sus acciones se ven sometidas a los comportamientos animales básicos. Esa es la clave para derrotarlos.

—Sí —continuó contando Uriel—. Cuando la flota de Lord Calgar destruyó la nave colmena de mayor tamaño, se logró acabar con la mayoría de las bionaves porque los ataques de los alienígenas dejaron de tener coordinación entre ellos. La Ilota fue expulsada de Macragge, y aunque antes había conseguido lanzar miles de esporas, cada una con un organismo tiránido en el interior, sobre las fortalezas defensivas polares, Lord Calgar persiguió al enemigo que huía.

—¿Dejó indefenso su propio mundo? —le preguntó Stagler con un tono de voz reprobatorio.

—No, coronel, en absoluto —le contestó Uriel—. Las fortalezas defensivas polares estaban guarnecidas por los exterminadores de la primera compañía, además de por los valientes guerreros de la milicia auxiliar de defensa y los titanes de la Legio Praetor. Lord Calgar confiaba en que podrían resistir, así que persiguió a la flota tiránida hasta el mundo anillo de Circe. Allí, junto con las recién llegadas naves de la flota de combate Tempestus, destruyeron la flota tiránida en una gran batalla. Habían derrotado a los tiránidos, pero había sido a un coste terrible. Murieron cientos de miles y se perdió la nave insignia de la flota Tempestus, la Dominus Astra. Además perecieron todos los miembros de la

primera compañía, incluido mi antepasado, Lucien Ventris. Sólo hoy en día ha recuperado todos sus efectivos.

Uriel se sentó de nuevo en el banco, y Kryptman siguió con el relato.

—La flota enjambre Behemoth había dejado de existir, pero los tiránidos habían aprendido de su derrota, y cuando regresaron a la cabeza de una nueva flota enjambre, a la que bautizamos con el nombre de Kraken, hace menos de diez años, lo hicieron en mucho mayor número. Sectores enteros de la franja este han quedado envueltos por la interferencia psíquica de la sombra de la disformidad tiránida, y todavía queda lo peor. He detectado un patrón común entre todos los ataques que se han producido en el Segmentum Tempestus, el Segmentum Ultima e incluso el Segmentum Solar, y ese patrón me indica que nos está asaltando otra flota enjambre, esta vez desde debajo del plano galáctico. La he llamado Leviathan, y por lo que parece una flota desgajada procedente de la Leviathan amenaza a este mundo. Caballeros, debemos detener a los tiránidos. Aquí y ahora. Si permitimos que la Sombra de la Disformidad apague la divina luz del Astronomicón, la humanidad perecerá sin duda alguna. Las naves no podrán cruzar la disformidad, las comunicaciones de toda la galaxia cesarán y el Imperio se derrumbará. Que les quede claro: vamos a luchar por el futuro de nuestra raza, y estoy dispuesto a realizar cualquier sacrificio con tal de asegurar su supervivencia.

Los comandantes allí reunidos se quedaron en silencio mientras ponderaban la escala del conflicto que se avecinaba, lo que estaba en juego y la función que desempeñarían. Hasta Montante pareció apreciar la gravedad de la situación y empezó a mordisquearse el labio inferior.

—¿Qué medidas se han tomado para preparar el sistema ante el ataque de los tiránidos? —preguntó Astador.

—El gran almirante Tiberius está reunido con el almirante De Corte para planificar una estrategia que retrase a la flota tiránida antes de que alcance el planeta —contestó Uriel—. Sin embargo, es evidente que las defensas de la ciudad han quedado descuidadas en muchos lugares, así que necesitaremos tiempo para prepararlas para el inminente ataque.

—El capitán Ventris está en lo cierto —dijo Kryptman, asintiendo—. He solicitado la presencia de un destacamento de guerreros de los Guardianes de la Muerte, la orden militante de mi ordo. Contaremos con ellos entre nuestras fuerzas dentro de poco tiempo. Sin embargo, debemos retrasar el avance tiránido, pero no podemos desplegar la flota hasta que sepamos con exactitud desde dónde procederá el ataque. Los astrópatas nos han informado de movimientos y de ondulaciones en la disformidad, lo que confirma el presagio de la llegada de una flota, pero la distorsión provocada por la Sombra de la Disformidad hace imposible que se pueda determinar con exactitud el punto de llegada. Podríamos acabar persiguiendo fantasmas.

—El regimiento de Krieg tendrá a las unidades de infantería y de blindados en el terreno dentro de tres días —informó Stagler—. Comenzaremos a incrementar las defensas de la ciudad y he diseñado un plan de entrenamiento para que mis tropas estén preparadas para cuando lleguen esos alienígenas, esas criaturas no olvidarán al Korps de la Muerte.

—Asignaré al sargento Learchus y una escuadra de Ultramarines para que le asistan en el programa de entrenamiento. Es el mejor sargento instructor que haya salido de Agiselus, y estoy seguro de que le servirá de gran ayuda —le ofreció Uriel.

—Gracias, capitán Ventris —le contestó Stagler—. Su ayuda será muy bienvenida.

Rabelaq fue el siguiente en hablar.

—Mis soldados estarán desplegados por completo hoy mismo. Tenemos que desplegar muchos menos blindados que el regimiento del coronel Stagler, y para mañana por la mañana ya habré enviado a varias unidades por todo el continente para que escolten a la gente hacia la seguridad de la ciudad. Ya que los soldados del regimiento de Logres proceden de un mundo helado, el clima de este planeta no representará un problema para ellos, así que también podrán enseñar un par de trucos sobre las heridas por congelación. Para ser sinceros, nuestra misión principal hasta el momento ha sido proteger a los granjeros de krill de los soldados perros tarellianos. A mis soldados les vendrá bien entablar un combate de verdad.

—Los regimientos de la Fuerza de Defensa Planetaria comenzaron a entrenarse en cuanto recibimos el aviso del ataque de los tiránidos —informó el fabricador Montante—. Como jefe de la Fuerza de Defensa Planetaria, he ordenado que aumente el régimen de instrucción desde hace dos meses, y he llamado a las unidades de la milicia ciudadana para que también se incorporen. La gran mayoría ha participado en unas maniobras de entrenamiento hace poco, por lo que se encuentran en excelentes condiciones. También hemos comenzado a almacenar suministros médicos, munición, combustible, además de comida y de bebida, en las cavernas que hay bajo la ciudad.

Kryptman pareció sorprendido por aquella nueva faceta del fabricador Montante y asintió.

—Excelente. Ese era el siguiente punto de mi lista de preocupaciones.

—No se preocupe por eso, inquisidor. Si hay algo que conozco a fondo es la logística. Puede ser que no sea un soldado, pero soy capaz de organizar el asunto de los suministros mejor que nadie. Me aseguraré de que cada soldado tenga su dotación de munición y tres comidas calientes al día.

Kryptman soltó una breve risa de satisfacción.

—Y en eso consiste la mitad de la batalla.

—Sin duda —contestó Montante, radiante por tener algo en lo que ayudar.

Pasaron las dos horas siguientes planificando de un modo meticuloso la campaña. Se tuvo en cuenta todo, desde las operaciones de la flota hasta el despliegue preciso de los soldados y de las máquinas a lo largo de la ciudad, y de todo ello se discutió hasta llegar a una serie de decisiones. La situación era preocupante, pero cuando el concilio de guerra estaba a punto de acabar, ya se respiraba un ambiente de optimismo cauteloso.

Fue el inquisidor quien se encargó de resumir ese optimismo.

—Los tiránidos son criaturas surgidas de nuestras peores pesadillas, pero recuerden esto: sangran, así que pueden morir.

Uriel se sirvió una copa de vino. En ese preciso instante, alguien abrió la puerta que estaba al otro lado de la cámara y entró un oficial de comunicaciones de la Fuerza de Defensa Planetaria. Montante se apresuró a

acercarse y le entregó al mariscal fabricador una placa de datos antes de retirarse.

Montante leyó el informe con rapidez y sonrió cada vez más a medida que avanzaba en la lectura. Le entregó la placa a Kryptman.

—Creo que ya los hemos encontrado.

El inquisidor leyó la placa mientras Montante continuaba hablando.

—Los sensores de la estación de vigilancia Trajen, situada en el límite exterior del sistema, captaron un contacto desconocido en el Cúmulo Barbarus. Dos escuadrones de caza del Kharloss Vincennes se dirigieron hacia allí para interceptarlo. Al parecer, se enfrentaron y destruyeron una nave exploradora tiránida. Su astrópata también informa de que por el inmaterium se acerca una perturbación. Señores, creo que ya sabemos por dónde vendrá el enemigo.

Tyren Mallick puso el seguro del rifle automático y abrió la recámara. Sacó el cargador de balas del bolsillo del chaleco antibalas, se aseguró de que los proyectiles estaban limpios y lo metió en la abertura. Empujó el cargador hasta que el primer proyectil quedó bajo el borde de la recámara; luego, la cerró y quitó el seguro. Se llevó el rifle al hombro y apuntó el cañón hacia las tres rocas que había sobre la ladera de la montaña. Inspiró profundamente, lo dejó salir con lentitud y apretó el gatillo. Una de las rocas cayó hecha pedazos por un disparo experto.

Bajó el rifle y observó cómo su hijo Kyle imitaba sus movimientos a la perfección. El restallido de su disparo resonó por las montañas oscuras, a la vez que otra roca salía despedida convertida en innumerables fragmentos. Vio que bastantes personas del pueblo que había a sus pies se sobresaltaban antes de volver a ponerse a erigir barricadas en las entradas de la población.

—Muy bien, hijo. Buen disparo. Hazlo otra vez. Tendrás que aprender a hacerlo más rápidamente cuando lleguen esos cabrones alienígenas. Cuando puedas cargar el rifle con los ojos cerrados nos iremos a cenar.

Kyle sonrió de oreja a oreja al oír la alabanza de su padre. Descargó el rifle y comenzó de nuevo. Tyren observó a su hijo mientras éste recargaba

con rapidez el rifle automático y repetía los movimientos que habían practicado a lo largo de los dos días anteriores. Aunque tan sólo tenía once años, Kyle demostraba un talento natural para aquello: había recargado el arma y estaba preparado para disparar en menos de seis segundos. La última roca se deshizo en esquirlas y polvo cuando la alcanzó justo en el centro.

Padre e hijo pasaron otra media hora practicando con el rifle antes de que comenzara a llover con fuerza. Regresaron por el sendero encharcado que llevaba a la pequeña comunidad minera de Hadley's Hope. Pasaron por encima de los barriles resbaladizos que constituían una de las barricadas que cerraban el camino principal del pueblo y se dirigieron a su casa, poniéndose a cubierto de la lluvia bajo los amplios aleros de las demás casas alineadas a lo largo de la calle.

Tyren vio que el otro extremo de la calle también estaba bloqueado por una barricada hecha de caballetes de madera, a cuyo alrededor habían enrollado alambre de espino y que se intercalaban con barriles llenos de piedras y arena. No era demasiado, pero era lo mejor que podían hacer.

El hogar de Tyren estaba situado al lado de la escuela, el edificio de mayor tamaño del pueblo. La casa era una estructura resistente de adobe que había construido con sus propias manos. Había pasado veinticinco años maravillosos en aquella casa, había criado a tres hijos y había trabajado mucho en la mina que hacía que mereciera la pena habitar en Barbarus Prime. Había sido un ciudadano imperial tan fiel como el que más, había asistido cada semana a los sermones que el predicador Cascu daba en Pilotas Ridge y también pasaba un mes de cada año ayudando a los que no eran tan afortunados como él.

Veinticinco años maravillosos, y no estaba dispuesto a que un adepto sin rostro procedente de Tarsis Ultra le dijera que tenía que abandonar su hogar porque unos incursores alienígenas estuviesen a punto de atacarlos. Bueno, la gente de Hadley's Hope había salido adelante en otros momentos de crisis anteriores y aquél no sería distinto. Ya habían sellado la entrada de la mina, el pueblo estaba rodeado de barricadas y los habitantes se habían preparado para defender sus hogares.

Las gruesas nubes grises retumbaron a lo largo de todo el camino que llevaba a la parte inferior del valle. Tyren vio cómo potentes reflectores montados en torres de las diferentes comunidades se iban encendiendo a medida que caía la noche. Incluso desde donde él se encontraba se podía ver que los demás pueblos habían organizado preparativos defensivos muy similares a los de Hadley's Hope. El sentimiento de solidaridad compartida ante la adversidad era reconfortante, y Tyren le dio otra vez las gracias al Emperador por haberlo bendecido con unos amigos y unos vecinos tan buenos.

Kyle y él llegaron ante la pesada puerta de madera de la casa y se quitaron las botas llenas de barro antes de entrar. Merria mantenía el hogar muy limpio, y los dos sabían que no sería buena idea manchar los suelos antes de cenar.

El calor y el aroma a una buena comida casera lo envolvieron cuando entró con Kyle. Su esposa y sus dos hijas siguieron ocupadas con los cacharros de cocina humeantes y poniendo la mesa mientras ellos dos colgaban los rifles al lado de la puerta después de comprobar que estaban descargados.

—¿Os habéis divertido allí arriba? —les preguntó Merria sin darse la vuelta y sin dejar de atender la cocina.

—Claro que sí —contestó Tyren mientras le alborotaba el cabello a Kyle—. El niño tiene un talento natural para disparar. No fallamos ni una sola vez, ¿verdad, hijo?

—No, ni una vez, papá —confirmó Kyle.

La madre chasqueó la lengua cuando se giró y vio el estado en que ambos se encontraban. Se limpió las manos en el delantal y les indicó con un gesto los dormitorios.

—Id a quitaros esas ropas empapadas antes de que pilléis un resfriado. No quiero que me pongáis el suelo chorreando. Venga, daos prisa. La cena estará lista dentro de cinco minutos.

Tanto el padre como el hijo sabían que era inútil discutir con ella, así que se aguantaron el hambre que tenían mientras se secaban y se cambiaban

de ropa. Volvieron a la mesa justo cuando Merria ponía la cena en los platos. Tyren se puso en su asiento habitual, a la cabecera de la mesa.

Cuando todos los platos estuvieron llenos, Tyren entrelazó las manos sobre la mesa, cerró los ojos e inclinó la cabeza para recitar la bendición del Emperador.

—Padre santo que nos observas a todos, te damos las gracias por esta comida. Concédenos la sabiduría de tus servidores y la fuerza para vencer a la maldad de los pecadores y de los alienígenas. Te lo pedimos en tu nombre.

La familia respondió «amén» y empezó a comer. Las siseantes lámparas de gas que colgaban de las vigas de madera del techo proporcionaban una luz cálida mientras comían. El brillo hiriente de las luces de arco del exterior estaba bloqueado por las hojas de metal que Tyren había atornillado en las paredes para tapar las ventanas.

Le sonrió a su esposa y tomó otro bocado de la cena.

Que esos puñeteros alienígenas se acercaran, fueran quienes fuesen.

Se encontrarían a Tyren Mallick y a la gente de Hadley's Hope preparados para recibirlos.

El sudor empapaba la frente del tercer técnico Osric Neru, quien deseó con todas sus fuerzas que la astrópata se callara de una vez y los dejara a todos tranquilos. Los gimoteos de la muchacha habían sido molestos al principio, pero ya eran insoportables. Llenaba toda la sala de control de la estación de vigilancia Trajen con sus interminables quejidos. Los dedos de Osric no cesaban de tabalear en la consola que tenía ante él mientras miraba lleno de frustración la pantalla. Las lecturas de datos no podían ser correctas. Era imposible que lo fueran. Se pasó una mano por la mejilla sin afeitar y, aunque sabía que no serviría de nada, comprobó los números de nuevo.

Los datos aparecieron otra vez en la pantalla y le dijeron lo mismo que todas las veces anteriores.

Se limpió el sudor que le cubría el cráneo tonsurado y actualizó la lista de pergamino que tenía al lado, tal y como le habían indicado sus superiores

de Tarsis Ultra. Osric se sentía muy solo y muy atemorizado, y deseó estar en Chordelis, de servicio en uno de los muchos templos forja del planeta. Si aquellas cifras eran correctas, una flota enemiga de una proporción inimaginable se acercaba al sistema.

Osric sabía que varias naves de la Armada imperial se encontraban en camino procedentes de Tarsis Ultra, pero también sabía que no llegarían antes de que la flota enemiga que aparecía en pantalla lo hiciera. Aquella idea lo aterrorizaba. Vio que el adepto que estaba en la consola contigua lo miraba, y le sonrió para tranquilizarlo, pero no lo logró.

Miró por encima del hombro hacia donde se encontraba el magos superior y, a pesar de los numerosos implantes que mostraba, Osric se dio cuenta de que también estaba muy preocupado por lo que se avecinaba. Le habían solicitado permiso de forma reiterada al almirante De Corte para abandonar el puesto de vigilancia, pero se lo habían denegado, así que lo único que podían hacer era esperar y mantener la esperanza de que la flota que se acercaba pasara de largo.

La astrópata estaba sentada en un asiento reclinado al lado del magos. Tenía los dientes apretados y el rostro no paraba de movérsele con temblores y contracciones de los músculos. Los quejidos llenaban la sala de control y atemorizaban más todavía a los seis miembros del personal del puesto de vigilancia.

De repente, se enderezó y gritó con toda la fuerza de los pulmones.

Todo el mundo se puso a su vez de pie de un salto cuando ella se levantó de golpe y comenzó a rasgarse la túnica verde y a arañarse la cara. Luego, cayó de rodillas, chillando de forma lastimera, sin dejar de clavarse las uñas en la carne. La sangre le bajó en regueros por la cara cuando se arrancó los puntos de sutura que tapaban las cuencas oculares vacías y metió los dedos allí dentro como si intentara sacarse el cerebro del cráneo.

—¡Ya vienen! —gimió—. Me están arañando la mente, me arañan, chillan, rugen… ¡Son tantas voces! ¡Vienen a por nosotros! ¡Carne y sangre, cuerpo y alma!

Osric se tapó las orejas con las manos para ahogar sus gritos. Ella se tambaleó trastabillando hacia él con los dedos ensangrentados por delante y

le suplicó que detuviera el dolor.

Pero él no pudo hacer nada antes de que ella se derrumbara y cayera de cara al suelo.

La sangre comenzó a formar un charco alrededor de su cabeza y dejó de gritar.

Uriel se reunió con el gran almirante Tiberius y con Philotas, el oficial de cubierta, mientras ellos examinaban el mapa del sistema estelar que aparecía en la mesa de operaciones de reborde de piedra que se encontraba en el transepto del puente de mando del Vae Victus. La placa de datos que incorporaba estaba repleta de una cantidad increíble de información, incluida la representación topográfica del sistema estelar de Tarsis Ultra. Todas las líneas curvas de los circuitos de patrulla de las naves del sistema de defensa, las órbitas de los planetas y los fenómenos celestiales de la zona aparecían resaltados, lo mismo que las líneas de navegación principales. Los puntos de salto al borde del sistema estaban marcados con color amarillo, y cada planeta brillaba con una luz verde suave. Una serie de cifras aparecían deslizándose por un lado de la placa, aunque Uriel no tenía ni idea de lo que indicaban.

—Muéstramelo todo —ordenó Tiberius.

Philotas ajustó las runas de la mesa de mapas y la información de trasfondo se difuminó en la pantalla, lo que dejó iluminados tan sólo los detalles planetarios.

—En el extremo del sistema de Tarsis Ultra se encuentra Barbarus Prime —dijo Philotas cuando al lado del planeta en cuestión apareció un recuadro de borde dorado lleno con la escritura redondeada característica del gótico alto.

—Un mundo minero —comentó Uriel—. Yacimientos de metales preciosos y gemas en su mayoría, aunque también se extraen algunos minerales valiosos utilizados en la producción de metales para los cascos de las naves espaciales.

—¿Población? —preguntó Tiberius.

Philotas consultó el recuadro de información antes de contestar.

—Muy poca. El último censo la sitúa en poco más de nueve mil habitantes, la mayoría dispersos por las zonas altas de las cadenas montañosas del continente oriental.

—¿Qué se ha hecho para sacar a esa gente de ahí? —quiso saber el almirante.

—Se le ha mandado un mensaje de advertencia al adepto local, y una nave de carga se dirige allí procedente de Chordelis, aunque está por ver si logra llegar a Barbarus Prime antes que los primeros organismos tiránidos.

—¡Maldita sea! —exclamó Tiberius—. Cuantos más planetas caigan bajo los tiránidos, más fuertes y numerosos serán.

—En dirección al núcleo del sistema se encuentran dos planetas más, sin habitantes. El primero, Parosa, posee una atmósfera cuyo principal componente es, sobre todo, un compuesto de benceno e hidrógeno. Es muy tóxico, y aunque los miembros del Adeptus Mechanicus han intentado terraformar la atmósfera en numerosas ocasiones, hasta el momento no lo han logrado. El segundo se llama Yulan. Es una roca geológicámente inestable, azotada por tormentas volcánicas, aunque tiene varias estaciones mineras de plasma hidrógeno de proporciones gigantescas en una órbita geoestacionaria.

Philotas aumentó la resolución del mapa a medida que se acercaban a los planetas del núcleo del sistema.

—Después tenemos Chordelis, un mundo pequeño pero muy poblado, dedicado sobre todo a la manufactura industrial. La población del planeta es de unos dieciséis millones de personas, con una fuerza de defensa planetaria de cincuenta mil soldados. Ya se están llevando a cabo los protocolos de evacuación, aunque recomendaría que rodeásemos Chordelis a bastante distancia. Hay muchas naves llegando y partiendo, y ya se han producido varios accidentes.

»Después de Chordelis existen dos planetas agrícolas, Calumet y Calydon, ambos con una población mínima, encargados de producción sobre todo. Los dos ya están en proceso de evacuación en estos momentos.

Por último, tenemos el propio Tarsis Ultra, con una población de más de seis millones de habitantes.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en colocarnos en posición de interceptar a la flota enjambre? —preguntó Uriel.

Philotas ajustó de nuevo las runas de un lado de la mesa de mapas y sobre la superficie de la placa aparecieron unas líneas serpenteantes. Las líneas comenzaban en el grupo de iconos que representaban el Vae Victus y las demás naves de la flota imperial y se extendían con rapidez por todo el sistema hasta llegar a Barbarus Prime.

Aparecieron nuevas cifras sobreimpresas en la placa. Philotas utilizó una regla de metal y un compás para calcular el tiempo y la distancia en el mapa del sistema.

—A la velocidad actual, tardaremos siete días en ponernos en órbita alrededor de Barbarus Prime. Los tiránidos llegarán allí antes.

Con auténtico terror, uno capaz de hacer que vaciara la vejiga, Osric Neru contempló a través de la ventana de observación la nube de objetos que se acercaban. De sus labios surgieron plegarias de protección que no habían salido de su boca desde que era un niño. Se agarró a la consola de mando cuando la nube alienígena rodeó el puesto de vigilancia y otro impacto explosivo la sacudió. Unos objetos parecidos a esporas habían salido a la deriva de la flota a lo largo de los veinte minutos anteriores. Se quedaban flotando sin rumbo por el espacio, hasta que se encontraban cerca del puesto de vigilancia, momento en el que empezaban a palpitar de forma rítmica y se dirigían sin fallar contra ellos.

Algunas explotaban como minas, otras estallaban como bolsas de fluido y esparcían ácido por toda la estructura del puesto. Ya se habían abierto varios agujeros en las paredes del edificio donde los ácidos habían derretido el metal.

El tamaño de la flota era demasiado inmenso como para tratar de captarlo. Miles de objetos flotantes rodeaban las naves alienígenas, cuerpos

muertos que las patéticas e inadecuadas torretas defensivas del puesto de vigilancia habían logrado destruir antes de quedarse sin munición.

Osric comprobó las tasas de disparo de varias torretas y calculó cuántos proyectiles habían disparado. Habían lanzado más de veinte mil proyectiles contra la nube que se les acercaba, aunque las pérdidas que habían infligido eran insignificantes frente a una fuerza de semejante escala. Estaban indefensos por completo.

Osric cayó de rodillas y se puso a rezar cuando vio que más esporas alienígenas se dirigían hacia ellos.

—¡Neru! —gritó el magos superior—. Vuelva a su puesto.

Osric se puso en pie mientras nuevas explosiones sacudían el puesto de vigilancia y más luces de alarma se encendían parpadeando en la consola.

—¡Vamos a morir! —chilló—. ¿Qué importa si estoy en mi puesto?

—Importa porque para eso es para lo que estamos aquí —le contestó el magos con una calma que no sentía—. Sí, vamos a morir, pero lo haremos cumpliendo nuestro deber haría el Omnissiah y el Emperador. Ninguna persona puede pedir más.

Osric asintió e inclinó la cabeza antes de regresar a su puesto. El sonido del metal al doblarse les llegó procedente del exterior de la sala de control. Resonó otra alarma que indicaba la rotura de la pared principal, y la aterrorizada dotación del puesto de vigilancia oyó el chirrido de las compuertas de presión al cerrarse con lentitud para sellar la zona.

Luego, oyeron los arañazos de unas garras alienígenas en la puerta de la sala de control.

Tyren Mallick hizo caso omiso del dolor que sentía en el hombro desgarrado y recargó con dificultad el rifle. El temblor de los dedos hacía mucho más difícil la tarea. La zona del hombro y la parte del pecho donde los fragmentos de una mina explosiva habían impactado estaban cubiertas por un vendaje empapado en sangre. Merria le había sacado los trozos de metralla ósea del cuerpo, pero la herida se negaba a curarse y de ella no dejaba de fluir sangre infectada.

—Papá, ¿por qué se ha puesto el cielo de ese color tan raro? —le preguntó Kyle.

La voz le temblaba de miedo mientras miraba al otro lado de los restos fundidos de la hoja metálica que había cubierto una de las ventanas. El color gris pizarra del cielo había cambiado a un púrpura enfermizo, con nubes que se arremolinaban y de donde salían rayos antinaturales que atravesaban el cielo violeta e iluminaban las montañas con un resplandor desconocido. Una lluvia de objetos caía sobre la llanura que se abría a sus pies, y se unía a la lluvia ácida que desgastaba los techos de metal de Hadley's Hope. Esa lluvia había obligado a todo el mundo a abandonar las barricadas y a refugiarse en la escuela, la única estructura lo bastante grande como para albergarlos a todos.

La gente de Hadley's Hope empuñaba una gran variedad de armas, desde rifles antiguos que con suerte no estallarían al disparar, llevándose por delante la mano de quien los empuñara, hasta los rifles láser nuevos recién ganados por servir en las fuerzas de defensa locales. Veintitrés niños llorosos se acurrucaban en el centro de la escuela, y sus madres y maestros se esforzaban por tranquilizarlos.

—No lo sé, hijo —admitió Tyren a la vez que por fin lograba colocar el cargador en su sitio.

Se puso en pie y se reunió con su hijo en la ventana. Desde el amanecer habían comenzado a caer del cielo unos globos llenos de venas e hinchados de forma grotesca, algo parecido a esporas alienígenas, y aunque la mayoría había acabado en la cima de las montañas a causa de las ráfagas de viento procedentes de las tierras bajas, bastantes de ellas empezaban a bajar ya con el aire frío de la noche.

Al principio, la gente de Hadley's Hope las habían contemplado con una curiosidad temerosa, hasta que una de aquellas esporas palpitantes con un reborde de conos parecidos a trompetas y que arrastraba una especie de lianas había descendido con suavidad hasta el pueblo. El pastor Upden había caminado confiado hasta el objeto y le había disparado a quemarropa, ya que simplemente esperaba que se desinflara. Tyren había visto, horrorizado, cómo el repugnante glóbulo explotaba y cubría al misionero con un fluido viscoso y pegajoso. Los gritos de Upden habían llegado hasta el otro extremo del pueblo. Tyren había acudido a la carrera para ayudar a

Urden, pero entonces era ya demasiado tarde. La piel se le caía a tiras y la carne se le desprendía de los huesos debido a los ácidos alienígenas que lo disolvían todo. Había chillado de dolor hasta que le había desaparecido la garganta, y su cuerpo sin vida se había convertido en un cieno apestoso.

Desde aquel momento, se apresuraron a disparar contra cualquiera de las esporas que se acercara mucho al pueblo.

—Tú manténte alerta, Kyle, y grita si ves algo —le dijo Tyren sin dejar de mirar por los agujeros corroídos y goteantes de la placa metálica.

Las luces del pueblo situado más abajo estaban apagadas y no habían conseguido ponerse en contacto con ninguno de los habitantes de Pilotas Ridge desde hacía bastantes horas.

Las luces también estaban fallando en el pueblo. La lluvia ácida casi había disuelto por completo los cables que no estaban enterrados. Tyren supo que todo el pueblo se quedaría a oscuras en poco tiempo. Intentó no prestar atención a los lloriqueos de los niños y al temblor de las voces de las mujeres, y en ese momento vio que algo se movía en el camino. El suelo ondulaba como si estuviese vivo y la lluvia reflejaba la luz que daba en los caparazones de miles de… cosas que se dirigían a la carrera hacia el pueblo.

Se arrodilló y sacó de la mochila unos magnoculares viejos, pero en buen estado, para ver bien el camino. Aquella oscuridad antinatural hacía difícil que se discerniera nada con claridad, pero se quedó sin respiración cuando contempló el mar de criaturas, todo garras y colmillos, que subía por la colina.

—Que el Emperador nos proteja —murmuró dejando caer los magnoculares—. ¡Que todo el que tenga una arma se coloque en una posición de disparo! —gritó a continuación.

Agarró a un individuo cuya cara había empalidecido por el miedo y que estaba a su lado.

—Radek, llévate diez hombres arriba y dispara desde la balconada. El tejadillo os protegerá de la lluvia.

Radek asintió y salió corriendo para cumplir las órdenes de Tyren. Este miró a su mujer y a sus hijas, y las saludó con un gesto tranquilizador antes de colocarse en un agujero de la pared donde podía apoyar el rifle.

Kyle se echó el rifle al hombro y se puso con una sonrisa nerviosa al lado de su padre.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo —le dijo Tyren, y Kyle se limitó a asentir.

Tyren observó con cuidado la penumbra y vio la marea ondulante de criaturas que avanzaban corriendo y saltando por encima de las barricadas del extremo del camino.

—¡Ahí vienen! —gritó—. ¡Fuego!

Los niños se pusieron a chillar en cuanto toda la escuela se vio sacudida por el estruendo de los disparos. El humo de las armas cubrió el aire y el estampido en un lugar tan cerrado fue ensordecedor. Tyren vio a varias criaturas desplomarse al suelo y oyó los disparos procedentes de arriba.

Oyó un aullido sibilante por encima del restallido de las armas, un ruido parecido al de un proyectil de artillería a punto de caer, y encogió el cuerpo cuando algo pesado se estrelló contra el tejado del edificio. Distinguió el crujido de la madera al partirse y los gritos de los hombres que estaban apostados arriba, pero no podía hacer nada por ellos. El suelo retembló con fuerza cuando cayeron más objetos del cielo y se estrellaron con una fuerza increíble.

Disparó una y otra vez contra la masa de criaturas, pero los cráneos hinchados y los caparazones blindados desviaban todos los disparos, menos los más certeros. Entraron como una horda en el pueblo, se extendieron por todo el lugar y rodearon la escuela.

Un tremendo impacto procedente del exterior arrojó a Tyren al suelo e hizo saltar hechas añicos las ventanas que daban a esa calle. Un trozo de pared se vino abajo, y la hoja metálica salió despedida de la superficie interior. Una vaharada de aire caliente y hediondo entró en el edificio.

Tyren vio a través del agujero que el edificio del generador estaba en llamas, y que había un objeto inmenso, parecido a un peñasco redondeado, balanceándose en el interior del amplio cráter que había provocado su impacto contra el suelo.

Varias criaturas de menor tamaño saltaron hacia el agujero de la pared, y Tyren se puso en pie disparando a diestro y siniestro hacia el hueco. La luz

procedente de las llamas de la calle silueteaba a las criaturas. El minero, junto con otros tres hombres, consiguieron matar a todos los monstruos que intentaron entrar. El tejado del edificio del generador se vino abajo y lanzó una lluvia de chispas al aire nocturno. De su interior, surgió un chillido de dolor de algo que se encontraba atrapado dentro.

—¡Poned algo aquí para tapar el hueco! —gritó Tyren sin dejar de disparar contra la masa de criaturas hasta que el cargador del rifle quedó vacío.

Rebuscó para sacar otro mientras tres mujeres arrastraban una mesa grande y pesada y varios pupitres para volcarlo todo en el agujero de la pared.

El continuo estampido de los disparos y el chillido de los niños llenaron los oídos de Tyren mientras recargaba el rifle. Oyó varios golpes contra las hojas de metal de las pocas ventanas que quedaban intactas y vio que una de ellas al venirse abajo daba paso a un alienígena terrorífico.

Entró de un salto en el edificio. La lluvia humeaba sobre su caparazón blindado y reluciente. La criatura caminaba encorvada sobre seis patas, y la boca de aquel rostro bestial lanzó un aseo que mostraba el ansia devoradora del alienígena.

Tyren disparó contra la bestia, pero falló y arrancó un trozo de yeso de la pared que estaba al lado. El monstruo no le hizo ni caso y atacó a los defensores de la pared norte. Gritó cuando vio a Kyle darse la vuelta para enfrentarse al monstruo. Le dio tiempo de alzar el arma, pero la bestia se movía con una velocidad inhumana y le lanzó un zarpazo con unas garras grandes como guadañas y lo destripó antes de que tuviera ocasión de disparar.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Tyren a la vez que volvía a disparar.

La bala acertó de lleno en la base del cuello de la criatura e hizo que la cabeza le explotara; fue un estallido de fluidos negros. Tiró a un lado el rifle y corrió hacia su hijo, pero ya era demasiado tarde. El chaval estaba muerto.

Lanzó un aullido de angustia mientras acunaba el cadáver de su hijo. Vio a través de las lágrimas cómo los restos del edificio del generador saltaban hacia arriba momentos antes de que algo surgiera del incendio.

Tanteó el suelo en busca de un rifle mientras en el interior de la escuela resonaban más gritos. Una silueta gigantesca atravesó la calle con pasos pesados y se estampó contra un costado del edificio. Echó abajo la pared y arrancó un trozo del lecho al mismo tiempo. El cuerpo de la criatura estaba envuelto en llamas y aullaba de dolor y de rabia mientras se esforzaba por entrar.

Tyren sintió que las fuerzas lo abandonaban cuando aquel monstruo surgido de sus peores pesadillas daba un paso y entraba en la escuela. Tenía un tamaño mayor que el de una excavadora minera y se alzaba sobre un par de patas fuertes acabadas en pezuñas. Los dos pares de gruesos brazos estaban rematados por unas enormes garras que se alzaban por encima de la cabeza. Las tremendas fauces estaban repletas de cientos de colmillos cubiertos de baba, y en los ojos oscuros se veía el reflejo de las llamas que lo envolvían.

La terrorífica criatura lanzó un aullido ensordecedor y atacó con las garras. Con cada golpe partía a un hombre por la mitad. Se adentró en la escuela y su enorme peso aplastó el suelo de madera mientras las garras mataban a todos los que tenían a su alcance.

Tyren volvió a gritar y disparó al monstruo, pero los proyectiles rebotaron contra su caparazón quitinoso sin causar daño alguno. Otra de las bestias de menor tamaño se coló por la ventana que Tyren tenía al lado, y éste la mató de un tiro en la cabeza antes de colocar otro cargador.

La gigantesca bestia continuó aullando mientras demolía la escuela. Las vigas caían destrozadas por el paso de su cráneo blindado. El piso superior se derrumbó, y los hombres que allí estaban cayeron al suelo de la planta baja, donde murieron aplastados bajo las patas del monstruo. Los niños lloraban de terror. El aullido de la bestia fue aumentando de volumen, hasta que una bola de luz ardiente de color verde surgió vomitada de la mandíbula y carbonizó a las mujeres y los niños llorosos.

Tyren gritó de horror y corrió hacia la criatura alienígena a sabiendas de que lo mataría, pero sintiéndose incapaz de seguir viviendo cuando toda su familia había muerto. Disparó el rifle, hasta que el cargador quedó vacío, y

después lo utilizó como una maza, que se partió en astillas al chocar contra las patas blindadas del monstruo.

La bestia golpeó a Tyren con una de las garras, le arrancó un brazo y lo lanzó fuera de la escuela. Cayó en el patio, aturdido por el dolor físico y por la pérdida de su familia.

La lluvia ácida empezó a quemarle la piel y dejó de sentir nada del cuello para abajo.

Varios alienígenas siseantes se agruparon a su alrededor antes de clavarle una y otra vez garras largas como espadas. Tyren no sintió nada. Su vida se acabó en mitad de un remolino de colmillos y garras afiladas.



CINCO

Un planeta moribundo llenaba el ventanal de observación. Las criaturas de la flota enjambre estaban reunidas como monstruosos parásitos alrededor de Barbarus Prime formando un halo borroso. Unos cuantos rayos sacudían la atmósfera de vez en cuando, y aunque el efecto general visto desde el espacio era casi espectacular, Uriel sabía que eso significaba que el mundo estaba agonizando, azotado por tormentas de proporciones gigantescas capaces de derribar montañas y ahogar continentes enteros.

La superficie de Barbarus Prime se convulsionó cuando el manto del planeta se partió, destrozado por los inmensos tentáculos de alimentación que tenía clavados en las profundidades y que estaban devorando cualquier organismo vivo que pudiera ser desmenuzado hasta sus componentes orgánicos más básicos.

Ya no quedaba nada con vida en Barbarus Prime. Faltaba poco tiempo para que todo el material genético de aquel planeta fuese absorbido por los tiránidos y utilizado como combustible para las siempre hambrientas cámaras reproductivas de las naves enjambre. En esos momentos, la materia biológica que había sido la población del planeta ya se encontraría dando vueltas en el vientre de aquellas monstruosidades. La idea hizo que a Uriel se le revolviese el estómago, y el odio que había sentido en Ichar IV regresó con fuerza.

—Emperador, acógelos en tu seno —murmuró Uriel, a la vez que se juraba a sí mismo que las almas de aquel planeta serían vengadas.

Estaba al lado del almirante general Tiberius en el puente de mando del Vae Victus, incapaz de ayudar al planeta que se encontraba bajo ellos, pero dispuesto a hacer lo que fuese necesario para impedir que más servidores del Imperio perdieran las vidas por culpa del Gran Devorador.

Tiberius se acercó al púlpito de mando y subió los escalones que llevaban al puesto elevado del comandante. Se rascó de forma inconsciente la maraña de cicatrices que le cruzaba un lado de la cara. Eran cicatrices que había sufrido durante la batalla de Macragge, hacía ya más de doscientos cincuenta años, cuando no era más que uno de los muchos oficiales de cubierta que sirvieron en aquella orgullosa nave, antes de convertirse en su capitán.

Apretó un pulgar contra la placa de datos situada en el pulido atril de caoba y ante él apareció el despliegue táctico de la situación. Se veían el planeta ya condenado y la flota imperial que había acudido para enfrentarse a las criaturas que lo habían destruido. Junto al Vae Victus se encontraba el Mortis Probati, la nave de los Mortificadores, y al otro costado de cada uno de ellos estaba desplegado el poder de una flota imperial.

No podrían salvar ya a la gente de Barbarus Prime, pero la batalla para vengarlos se libraría a la sombra de su planeta moribundo.

—Vendrán a por nosotros dentro de nada —dijo el almirante.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Uriel.

—Mire —le contestó Tiberius, señalando hacia donde una de las gigantescas criaturas se estaba separando de la orgía de alimentación—. Están reaccionando a nuestra presencia.

El monstruo era más largo que la mayor de las naves de combate que Uriel hubiese visto. La superficie de su pellejo era antigua y estaba retorcida, además de cubierta de cráteres provocados por los impactos de asteroides y endurecida por los milenios de viaje a través del vacío. De la parte inferior colgaban frondas de tentáculos y estaba repleta de orificios de alimentación, de los que emergía un fluido viscoso mientras se elevaba para enfrentarse a los humanos. Unos largos apéndices palpitantes acabados en garras salían de forma grotesca de lo que, según Uriel creía, debía ser la parte posterior. «Nada tan inmenso debería estar vivo —pensó Uriel—, o no se le debería permitir que manifestara una burla tan horrible de la vida».

Una horda de organismos de vanguardia flotaba por delante del monstruo. Había unas criaturas gigantescas parecidas a mantas marinas con unas bocas enormes repletas de colmillos tan grandes como Thunderhawks y alas afiladas como navajas. Otras giraban sobre sí mismas y desafiaban cualquier intento de clasificación o forma. No eran más que placas de blindaje, garras, cuchillas y tentáculos ondulantes. Decenas de aquellas criaturas flotaban alrededor de la criatura mayor, como servidores leales que protegiesen a una reina. Cuando se dirigieron hacia las naves imperiales, Uriel recordó a las alimañas depredadoras que cazaban en manadas y que abatían a la presa más débil de un rebaño; una vez derribada, era defendida

con una tenacidad feroz mientras los jefes de la manada se alimentaban del cadáver.

—¿Cuáles son sus tácticas? ¿Cómo nos atacarán?

—No lo sé, Uriel. Primero nos pondrán a prueba, buscarán nuestros puntos débiles y aprenderán cuanto puedan antes de lanzar al ataque su fuerza principal. Tenemos suerte de haberlos sorprendido mientras se alimentaban. No tendremos que enfrentarnos a todos.

Uriel contempló la multitud de organismos que avanzaban lucia el Vae Victus y dio las gracias por aquel detalle, ya que si aquello era una parte de la fuerza de los tiránidos, el número total debía ser algo realmente temible.

El inquisidor general Kryptman observaba la misma escena desde el puente de mando del Argus, la nave insignia del almirante Bregant de Corte y de su flota de combate. Contempló cómo la inmensa criatura dejaba de alimentarse y se alzaba para enfrentarse a ellos. Había combatido contra los tiránidos durante la mayor parte de su vida y la única emoción que sentía hacia ellos era odio. Se alegró mientras miraba al notar que aquel odio no había perdido ninguna fuerza.

La nave colmena que se acercaba a ellos no era la más grande que había visto en su vida. Ese dudoso honor le correspondía a la bestia que marchaba en vanguardia de la flota enjambre que había devorado el planeta Gratia, pero de todas maneras, medía sus buenos tres kilómetros de longitud.

—Criaturas repugnantes —comentó el almirante De Corte.

—Así es —contestó Kryptman—, pero son letales. Están equipadas con toda una serie de armas simbióticas, de chorros de ácido, de bioplasma y de hordas de organismos guerreros que pueden ser eyaculados por los orificios de ese pellejo pétreo.

—Nuestras armas han sido bendecidas por el Emperador y venceremos —le aseguró De Corte.

Kryptman asintió y le señaló la nube de esporas que rodeaba a la bestia.

—Mire allí, almirante. Esa cortina de esporas es tan gruesa que protegerán a la bestia de cualquier cosa, excepto de los atacantes más decididos.

—Inquisidor general —dijo el almirante De Corte con un tono de voz que delataba la tensión que reinaba entre los miembros de la tripulación del puente de mando—, pido permiso para comenzar el ataque.

—Sí… —contestó Kryptman, asintiendo mientras contemplaba con cierta satisfacción macabra la amplia mesa de despliegue táctico que mostraba las dos flotas enfrentadas que se acercaban la una a la otra—. Que comience el ataque.

Unos operadores logísticos de rostros imperturbables conectados de forma directa a los sistemas de sensores rodeaban la amplia mesa que mostraba líneas que la dividían en coordenadas espaciales. Utilizaban unos largos palos rematados en una plancha plana para mover desde sus puestos las diferentes representaciones a escala de las diversas naves de la flota.

El almirante asintió con un breve gesto y dio media vuelta para dirigirse al puesto del comandante. Bregant de Corte era un individuo delgado, de estatura elevada, con un rostro algo demacrado y un bigote fino. El uniforme de almirante casi le colgaba del cuerpo, y al conocerlo, mucha gente encontraba difícil que fuera la persona que había destruido a los incursores orkos de Charadax, que había acabado con la carrera pirata de Khaarx Hacha Sangrienta y cuya genial maestría estratégica había impedido que los K'nib invadiesen el Rimero Sulacus.

Se puso detrás del atril del puesto y se sirvió un vaso de amasec de la jarra de cristal que siempre tenía allí. Inspiró profundamente y se tomó un momento para mirar a su alrededor.

Dejó que pasaran varios segundos antes de dar las órdenes oportunas. Era importante que no pareciera estar intimidado por la flota alienígena que se acercaba, ya que su actitud tranquila sería un comportamiento que el resto de la tripulación del puente seguiría.

Se bebió de un solo trago el vaso de amasec antes de hablar.

—Quiero felicitarlos a todos y les deseo todo el honor posible en esta batalla gloriosa.

Jaemar, el comisario de la nave, asintió de forma aprobatoria al oír las palabras del almirante.

Un marinero, que por tradición debía ser el más joven de la nave, se acercó al almirante. Le brillaba la frente de sudor.

—Almirante, ¿da usted la orden?

El almirante De Corte dejó el vaso en al atril antes de contestar.

—Así es. Transmítale a todas las naves la orden de ataque. Gloriam Imperator.

Las dos flotas se acercaron más, aunque la distancia que las separaba todavía se podía medir en decenas de miles de kilómetros. Las naves de la flota imperial se desplegaron a medida que las órdenes de ataque les llegaban a los diferentes capitanes y el plan del almirante empezaba a desarrollarse. No había ninguna estrategia aparente en las maniobras de los tiránidos. Las criaturas se movían en una masa homogénea mientras se dirigían a enfrentarse a su enemigo.

Los cruceros de ataque de los Marines Espaciales, junto a los cruceros del escuadrón Arx Praetora, avanzaban por delante de las monstruosidades blindadas que eran el crucero de combate Argus y el crucero de batalla Espada de Castigo.

Un trío de fragatas de la clase Sword se encontraban en línea delante de la vanguardia principal de la flota. Las apoyaban dos cruceros ligeros de la clase Dauntless, el Yermetov y el Luxor. Sus temibles baterías de lanzas de energía serían, sin duda, decisivas en el enfrentamiento que se avecinaba, y De Corte no pensaba arriesgarlas.

Dos escuadrones de destructores del tipo Cobra, el Cypria y el Hydra, uno a cada flanco de la flota, dejaron atrás al resto de las naves imperiales. Los tenebrosos tubos lanzatorpedos de cada destructor iban cargados con armas santificadas, que los capitanes de las naves estaban impacientes por disparar contra el enemigo.

La gigantesca nave colmena situada en el centro del enjambre tiránido se estremeció como si estuviese sufriendo un ataque de espasmos y expulsó millones de esporas que dejaron rastros relucientes y babeantes al surgir del pellejo endurecido.

Las enormes criaturas parecidas a mantas marinas se movieron como si nadaran en mitad del océano, aunque lo que hacían las amplias alas

quitinosas era aprovechar los vientos solares. Las criaturas llenas de garfios afilados que flotaban alrededor de la reina que las había dado a luz formaron una ola llena de garras que se dirigió hacia los humanos impelida por la necesidad instintiva de destruir a los que amenazaban al enjambre colmena.

La batalla de Barbarus había comenzado.

—Ordene a las fragatas que avancen más —dijo el almirante De Corte —. Esas bestias en la vanguardia del enjambre están aumentando la velocidad. No las quiero en mitad de mi línea de batalla.

—Sí, señor —contestó Jex Viert, el segundo de a bordo antes de dirigirse al oficial de comunicaciones para transmitir la orden.

De Corte estudió con atención la flota enemiga mientras intentaba adivinar cómo reaccionarían los tiránidos a los movimientos que había ordenado. Hasta ese momento no había tenido la ocasión de calcular la capacidad táctica del enemigo, si existía algo semejante en la flota tiránida, pero se permitió una breve sonrisa. Observó cómo los oficiales logísticos comenzaban a mover las fragatas hacia delante con los largos palos.

—Inquisidor Kryptman, ¿qué puede decirme de esas naves que se acercan?

El inquisidor caminó con paso rígido a lo largo de la nave del puente de mando hasta llegar al ábside del punto de observación. Se inclinó un poco, como si estuviese estudiando a las criaturas con mayor atención, y negó lentamente con la cabeza.

—No son más que criaturas zángano, aunque son muy resistentes. Yo las llamo krakens; las domina la voluntad de la mente enjambre. No permita que se acerquen, ya que están repletas de toda clase de criaturas guerreras mortíferas.

—Entendido. Señor Viert, dé las órdenes oportunas para que los capitanes eviten que ninguno de esos organismos alienígenas se acerque a menos de cinco mil kilómetros de sus naves.

—Cinco mil kilómetros. Sí, señor.

Satisfecho porque sabía que la orden se obedecería con prontitud, De Corte se dedicó de nuevo a mirar por el ventanal de observación. Una de las

criaturas de mayor tamaño se estaba separando del grupo principal de la flota tiránida. Daba unos breves aleteos con las anchas extremidades para impulsarse de un modo rítmico, pero esporádico.

—Que el escuadrón Hydra tome posiciones de contención en el flanco derecho. Que el Espada de Castigo siga a las fragatas. Que el Yermetov y el Luxor lo escolten.

—Sí, señor —contestó Viert mientras tecleaba las órdenes del almirante —. ¿Puedo sugerir que los cruceros de ataque de los Marines Espaciales avancen con los destructores del escuadrón Cypria? Si esas naves alienígenas son tan resistentes como sugiere el inquisidor Kryptman, es posible que sus cañones de bombardeo pesado sean de gran ayuda.

—Su sugerencia es acertada, señor Viert. Que así sea, y confírmeme la disposición de disparo de las cubiertas de lanzas de energía y de las dotaciones de las armas.

El almirante contempló el baile de naves en la mesa de despliegue y cómo el plan se desarrollaba a medida que los capitanes cumplían las órdenes que había dado.

—Todas las armas informan de que están preparadas, señor, El artillero jefe Mabon también informa de que tiene la solución de tiro del cañón nova.

—Entendido. Infórmele de que puede disparar cuando esté preparado.

Vio que los destructores del escuadrón Cobra tardarían poco en encontrarse también en posición de disparo. Las fragatas ya estaban cerca de la primera oleada de naves a las que Kryptman llamaban krakens.

La distancia que separaba a las dos flotas disminuía con rapidez y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a morir alienígenas.

La amplia puerta de cincuenta metros del cañón nova, situado en las profundidades del Argus, chirrió al cerrarse mientras miles de sudorosos marineros tiraban de los enormes compensadores de retroceso del arma. La inmensa estancia estaba inundada por el vapor de agua y por el estruendo. La larga estructura interna quedaba oculta a causa del humo provocado por el calor de los mecanismos que alzaban el enorme proyectil desde los depósitos de municiones blindados que había debajo.

La cámara de disparo ocupaba casi la misma longitud que la nave y apestaba a grasa mecánica, a sudor y a sangre. Los viejos altoparlantes de bronce colocados sobre algunos nichos de las paredes emitían un himno resonante que acompañaba el canturreo de miles de hombres.

El artillero jefe Mabon lo observaba todo desde la caseta de control. En el panel de hierro desgastado que tenía ante él sonaron una serie de campanadas de aviso unidas al encendido de una hilera de luces. No pudo oír las campanadas, ya que sus largos años de servicio como artillero en la flota imperial lo habían dejado sordo hacía ya décadas.

El proyectil ya estaba cargado, así que murmuró la plegaria del artillero a la cabeza de guerra mientras miraba por un artefacto óptico unido al panel por unos soportes chirriantes. Ajustó el implante monocular al artefacto y centró el punto de mira en el triángulo rojo que representaba el objetivo. Este se estaba acercando de frente, por lo que no tuvo que efectuar ninguna corrección por movimiento lateral. Era un disparo sencillo, uno que hubiera realizado con facilidad incluso en sus primeros días después de su alistamiento forzoso en Carpathia.

Una vez satisfecho de que el proyectil fuese a caer en el centro del objetivo, alzó la cabeza y recorrió con la mirada la cámara de disparo para comprobar que la dotación de la pieza se encontraba fuera de los raíles engrasados que cruzaban el lugar de lado a lado y que todos los destacamentos tenían alzada la bandera verde para indicar que los amortiguadores de onda expansiva estaban cerrados. Alargó una mano y agarró la cadena de disparo que colgaba encima de su puesto. Dejó escapar un gruñido de satisfacción antes de tirar con fuerza.

—¡Espíritus de la guerra y el fuego, os invoco con la ira del Dios Máquina! ¡Marchad y purificad! —gritó al mismo tiempo.

Varios chorros de vapor surgieron de algunas tuberías y un chillido cada vez más agudo llenó la cámara de disparo a medida que los impulsores gravimétricos aumentaban de potencia en la recámara del arma.

Mabon se acercó al borde de la caseta y se agarró al pasamanos de hierro. Ver cómo disparaba una arma de semejante capacidad destructiva

era todo un símbolo del poder de la flota imperial y jamás se cansaba de ello.

El chillido aumentó hasta un volumen increíble, aunque Mabon no lo percibió. Cuando el cañón nova disparó, una enorme ola de compresión recorrió la cámara. El disparo envió el cañón del arma trescientos metros hacia atrás con un retroceso tremendo. El aire se llenó de chispas y de vapor ardiente cuando la grasa que cubría los raíles se evaporó por el calor del rozamiento. El hedor a metal recalentado y a propergol se unieron a los gases asfixiantes para llenar la cámara.

Mabon rugió triunfalmente antes de toser debido a las apestosas nubes de humo que lo rodeaban.

Las tremendas vibraciones amenazaron con tirarlo, pero ya se había acostumbrado a ellas desde hacía mucho tiempo y mantuvo el equilibrio con facilidad.

El humo empezó a despejarse y los capataces de artillería comenzaron a fustigar a sus respectivos grupos para que arrastrasen de nuevo la gigantesca arma hasta la posición de disparo. La puerta blindada del depósito de municiones se abrió con un chirrido y las gruesas cadenas de izado volvieron a descender para subir otro proyectil.

Mabon había entrenado sin piedad a las diferentes dotaciones de artillería y se enorgullecía de que pudieran tener el callón nova preparado para disparar una vez más en treinta minutos. No sería diferente en esa ocasión.

El proyectil del Argus cruzó el firmamento como un rayo borroso de luz antes de estallar como un sol en miniatura en mitad de la formación de tiránidos. La munición, más potente que una docena de bombas de plasma, estalló tan sólo a pocos kilómetros de unas de las criaturas parecidas a mantas marinas y la incineró de forma casi instantánea con una nube ondulada y llameante que también dispersó a una flotilla de criaturas menores que estaban cerca. Una de las criaturas se separó del grupo mientras se le escapaba un chorro de fluido gelatinoso del vientre rasgado. Se agitó con varios espasmos antes de quedarse inmóvil y morir debido a la tremenda hemorragia.

El enjambre se alejó de la explosión, a excepción de una hueste de pequeños organismos, ninguno mayor que una cápsula de desembarco, que se dirigieron hacia la nube de restos orgánicos y estallaron con una fuerza terrorífica en cuanto estuvieron cerca del centro de la explosión.

Un grupo de criaturas aceleró su avance, como si la explosión las hubiera despertado del todo, y se abalanzaron hacia las fragatas que se les acercaban. Detrás de las fragatas marchaba el Espada de Castigo, los destructores del escuadrón Cypria y los cruceros de ataque de los Ultramarines y de los Mortificadores.

La flota imperial se había cobrado la primera sangre, pero la batalla tan sólo acababa de comenzar.

Uriel agarró con fuerza la empuñadura de la espada de energía y se quedó escuchando los sonidos que producía el Vae Victus cuando el casco crujió y gruñó al situarse en la línea de batalla. El brillo de las luces del pasillo estaba amortiguado. Tanto él como su escuadra se encontraban a la espera en uno de los puntos de reacción del crucero de ataque. Cuando marchaban a la batalla, los marines espaciales que había a bordo de una nave de combate se desplegaban en los pasillos para ocupar los puntos donde era posible que las fuerzas enemigas la intentasen abordar.

Llevaba el comunicador del casco sintonizado con el canal del puente de mando de la nave, así que oyó los mensajes nerviosos que intercambiaban los diferentes capitanes de las demás naves de la flota. Escuchó los vítores cuando al parecer la nave insignia logró un impacto directo en una nave enemiga con su primer disparo. Era un comienzo con muy buenos auspicios, pero Uriel no logró librarse de la aprensión que sentía.

No le gustaba la naturaleza arbitraria de los combates espaciales, donde el destino final de un guerrero se encontraba en manos de otro por hábil o experto que fuese el primero. Uriel sabía que prefería enfrentarse a un millar de enemigos en el campo de batalla que esperar en la penumbra sudorosa de una nave espacial, sin saber si la muerte alargaría una de las manos de dedos huesudos con las que empuñaba su guadaña y tomaría su alma. Se estremeció ante la idea.

Pasanius vio que se estremecía.

—¿Capitán?

Uriel meneó la cabeza.

—No es nada; sólo una extraña sensación de *déja vu*.

—¿Tiene otra de esas «sensaciones»?

—No, no te preocupes. Es que no me gusta la idea de estar esperando a un enemigo que quizá no venga. Una parte de mí desearía haberse quedado en Tarsis Ultra con Learchus.

—Ahora estoy seguro: el capitán ha enloquecido —contestó Pasanius en tono de broma.

Aunque la rivalidad que Uriel y Learchus habían tenido en Macragge a lo largo del entrenamiento común había desaparecido hacía tiempo, jamás serían verdaderos amigos. Mientras que Uriel había aprendido la virtud de la iniciativa personal de manos de su mentor, el capitán Idaeus, Learchus parecía incapaz de tener algo semejante. Era un ultramarine, así que eso era algo de esperar, pero Uriel sabía que había momentos en que una estructura de mando tan rígida no era siempre la única respuesta.

Aquella idea preocupaba a Uriel. Sabía que tan sólo había que dar un pequeño paso a partir de ahí para comenzar a tener el mismo destino que los Mortificadores. ¿Así era como había comenzado su descenso a lo impuro? ¿Con algunos pequeños incumplimientos de las enseñanzas del codex que a lo largo del paso de los siglos habían aumentado en cantidad e importancia hasta que no quedó nada de la obra del bendito primarca? Astador les había dicho que su capítulo veneraba al primarca. Sin embargo, ¿cómo se le podía tener tanta estima, tenerlo por encima de todo, y no seguir sus palabras?

¿Habría sido Idaeus el primer paso hacia el final de todo lo que los Ultramarines tenían en estima? ¿Serían sus enseñanzas algo erróneo y estaría Uriel en el camino que conducía a la condenación eterna? Ya había actuado varias veces en contra de las enseñanzas del codex, la última vez en Pavonis.

Allí, bajo la luz mortecina del Vae Victus, Uriel se sintió asaltado por la duda por primera vez en su vida.

El capitán Payne observaba con una mezcla de deseo y de temor desde el puente de mando de la Mariatus, una fragata de la clase Sword, cómo las naves biológicas de los tiránidos se acercaban a ellos. Lo sorprendía que pudiesen existir unas criaturas tan enormes, aunque supuso que, al igual que las bestias de mayor tamaño de su planeta natal, serían tan estúpidas como grandes.

Una nube de objetos a la deriva flotaba delante de las criaturas armadas con garras y cuchillas. Palpitaban mientras acompañaban a la nave alienígena, que seguía acortando las distancias con las naves imperiales.

El capitán se cruzó de brazos y asintió en dirección al oficial de artillería que estaba al lado del puesto de control de disparo.

—¿Tiene una solución de disparo? —le preguntó.

—Afirmativo, señor; la nave enemiga que marcha en cabeza se encontrará a distancia de tiro dentro de un minuto.

—Muy bien. Ordene a todas las naves que comiencen a disparar en cuanto el enemigo esté a tiro.

Payne regresó a su silla de mando, situada sobre un podio en el centro del puente. Comprobó el avance de las demás naves del escuadrón, la Von Becken y el Labor Heroica en la placa de datos que tenía ante él, y quedó satisfecho al ver que ambas mantenían la posición adecuada, al lado de la nave capitana, para estar en primera línea. Se estremeció al sentir una premonición que le recorría la espina dorsal como un temblor cuando vio a las criaturas girar de un modo pesado y lento, y le pareció que era capaz de ver cómo sus ojos muertos y sin expresión le devolvían la mirada hasta lo más profundo de su alma. Esa idea era ridicula, por supuesto. Aquellas bestias estarían cegadas por los desechos espaciales si tuvieran que confiar tan sólo en la vista. Sin embargo, la sensación continuó y tuvo que cerrar los puños para detener el repentino temblor que se apoderó de su cuerpo.

—Todos los cañones están disparando —le informó el oficial de artillería con tranquilidad al mismo tiempo que la nave se estremecía con el retroceso de las poderosas armas.

Las distintas vibraciones que sacudieron el suelo de teca desgastado no hicieron justicia a la potencia de los disparos de las armas. En aquel momento, centenares de enormes proyectiles y potentes rayos láser estaban atravesando el espacio para descargar un torrente de muerte explosiva entre aquellos viles alienígenas.

Contempló cómo una serie de explosiones sacudían el espacio alrededor de la nave más cercana, explosiones que se fueron acercando más todavía a medida que los artilleros corregían la puntería. Algunos incluso lograron impactos directos y los proyectiles le arrancaron una de las gigantescas extremidades acabadas en garra. Unos gruesos chorros de fluido saltaron del interior del cuerpo de la nave tiránida cuando el resto del escuadrón abrió fuego. El resplandor de las lejanas explosiones ocultó de la vista al enemigo. Cuando el brillo se apagó, vio que una de las naves había quedado reventada por completo y que otra flotaba inerte por el espacio. Se levantó de un salto de la silla y alzó un brazo en gesto de triunfo.

—¡Sí! Excelentes disparos. Felicite de mi parte a las dotaciones de las armas.

—Sí, señor —contestó con orgullo el oficial de artillería.

Se quedó mirando y vio que las naves enemigas que todavía quedaban intactas empezaban a estremecerse como si las sacudieran espasmos.

—Por el Emperador, ¿qué está pasando? —se preguntó en voz alta.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba viendo, unos chorros de líquido gelatinoso surgieron con fuerza de la parte frontal de las naves enemigas.

—¡Que todas las naves viren a estribor! —ordenó al comprender de repente lo que estaba ocurriendo.

El puente de mando de la Mariatus se inclinó cuando los motores recibieron toda la energía auxiliar, pero un navío de guerra no reaccionaba con rapidez, ni siquiera aunque su capitán lo hiciera. Los chorros siguieron atravesando concentrados el espacio en dirección a las naves imperiales sin perder consistencia. Payne se agarró a los reposabrazos de la silla mientras la nave se esforzaba por frenar su marcha y virar para alejarse de aquellos chorros.

Cuando los chorros pasaron por un lado de la nave vio que no sería suficiente. La Mariatus se libraría de sufrir daños graves, pero no había modo alguno de que las otras naves del escuadrón pudieran esquivarlos a tiempo.

Tres chorros de ácido corrosivo impactaron contra el Labor Heroica en la sección inferior del compartimento de máquinas. Los ingenieros del Adeptus Mechanicus se apresuraron a apagar los motores y a vaciar las cámaras de combustible en cuanto se dieron cuenta de que el ácido los estaba atravesando en dirección a las células de plasma que alimentaban los motores. Aquella rápida reacción salvó sin duda la nave y, para su inmenso alivio, los procedimientos de emergencia consiguieron detener el daño antes de que los ácidos llegasen hasta los volátiles depósitos de combustible. Murieron cuatrocientos treinta y siete en aquel ataque, pero la otra nave no tuvo tanta suerte.

El costado de la Von Becken recibió todo el impacto de las armas tiránidas, justo detrás de la proa. La propia fuerza del impacto atravesó las primeras placas de blindaje antes incluso de que los ácidos biológicos derritieran las siguientes y la potencia completa del arma tiránida estallara en las cubiertas de la zona media de la nave.

Cientos murieron en los primeros momentos del impacto, convertidos en pulpa sanguinolenta o absorbidos por el vacío del espacio cuando la descompresión explosiva hizo estallar las secciones adyacentes del casco. Los ácidos inundaron compartimentos enteros con fluidos ardientes, que disolvieron la carne y el metal en un latido del corazón. Los vapores que provocaron fueron tan letales como el mejor agente nervioso sintetizado por los Adeptus Mechanicus. Las compuertas de contención rugieron al cerrarse para aislar la zona del impacto, pero los fluidos corrosivos licuaron las puertas y siguieron avanzando; disolvieron puentes enteros y cayeron sobre los aullantes hombres que estaban debajo.

El casco de la Von Becken, debilitado por los ácidos y bajo la tensión provocada por la violenta maniobra, chirrió en señal de protesta antes de doblarse cuando la venerable nave se partió en dos.

Los torpedos lanzados por los destructores del escuadrón Hydra surcaron el espacio dejando a su paso una estela de humo en dirección a la criatura con forma de manta más cercana. Una nube de esporas se situó delante de la nave, y cuando los torpedos estuvieron más cerca, un enjambre se lanzó hacia ellos para interceptarlos. Una serie de explosiones sacudió la nube de esporas cuando los torpedos la atravesaron. Algunos estallaron antes de tiempo y otros quedaron inutilizados por los chorros de ácido expulsados por las minas al explotar.

Las esporas no consiguieron detener todos los torpedos, y unos cuantos impactaron contra el cuerpo de la gran criatura. La primera parte de la cabeza de combate de cada uno abrió un agujero en el duro pellejo, un momento antes de que la sección de cola estallase y lanzase al interior de la criatura la potente sección central del arma.

El vientre del monstruo se onduló cuando los torpedos explotaron uno tras otro y, a continuación, se inclinó hacia un lado mientras sus fluidos vitales se desparramaban al salir de las grandes perforaciones. Pero a pesar de las graves heridas que había sufrido, la criatura no estaba acabada y todavía pudo responder al ataque. Un movimiento intercostal encrespó la parte superior de la criatura y, en los costados, le surgieron hileras de espinas que salieron despedidas hacia sus atacantes como enormes jabalinas. A semejante distancia, las probabilidades de acertarle a un objetivo en rápido movimiento como un destructor eran ínfimas, pero si se tenían en cuenta el increíble numero y la densidad de la nube de espinas, las probabilidades cambiaban de una forma escalofriante.

Dos de los destructores explotaron cuando varias espinas de centenares de metros atravesaron el blindaje de plastiacero y el casco de ceramita con una facilidad espantosa. El puente de mando de la nave capitana fue destruido por el primer impacto y toda ella perforada por decenas de espinas de proa a popa, mientras que la segunda nave quedó reducida a un pecio envuelto en llamas cuando tres espinas gigantes atravesaron el núcleo de energía y dieron inicio a decenas de incendios incontrolados.

La última nave, protegida de la aniquilación casi instantánea por las otras dos, recibió, a pesar de todo, varios impactos superficiales y sufrió

daños terribles cuando varios de los torpedos que ya estaban en los tubos de lanzamiento listos para ser disparados estallaron. La tripulación se esforzó por contener los daños, pero el capitán se vio obligado a retirarse de la batalla, ya que era imposible reparar los sistemas principales de armas, por lo que poco o nada podía hacer la nave por alterar el curso del combate.

La nave colmena siguió avanzando con lentitud, rodeada por las explosiones de los proyectiles disparados por las naves imperiales a medida que se ponía al alcance de sus armas. Cientos de esporas quedaron vaporizadas por las explosiones, pero siempre había más, lanzadas al espacio por las cámaras reproductivas de la nave colmena.

Los cruceros Luxor y Yermetov pasaron al lado de los restos de la fragata Von Becken y de la inutilizada Labor Heroica, con las lanzas de energía apuntando a la nave colmena. Unas cuantas de las naves de menor tamaño viraron al mismo tiempo y se interpusieron en el camino de los centelleantes rayos de energía. Tres explotaron, destrozadas por la tremenda energía de la descarga, y una acabó partida por la mitad. Una salva de torpedos lanzada desde los destructores del escuadrón Cypria impactaron en la nave colmena después de atravesar una bola de fuego y esporas cada vez mayor, para luego estallar contra el pétreo caparazón de la criatura.

De la herida surgió un chorro de fluido espeso, pero casi al mismo tiempo que las llamaradas de las explosiones se desvanecieron, el desgarro en el pellejo de la criatura empezó a recomponerse. Una nueva capa de tejido crecía en el costado de la bestia.

De repente, una doblez carnosa situada en el vientre del monstruo se abrió y decenas de criaturas con aletas salieron disparadas de allí, dejando detrás chorros pegajosos de fluidos amnióticos al nacer. Un puñado de ellas quedaron reducidas a átomos por una descarga de artillería del Espada de Castigo, que no había dejado de avanzar. El Argus cambió el rumbo y viró para colocarse a un costado de la nave colmena; se situó en una posición desde la que podría disparar las baterías de lanzas de energía. Sin embargo, ninguna de las criaturas carnosas lanzadas por la nave colmena se dirigió hacia las naves de combate de la flota imperial: todas convergieron hacia los cruceros de ataque de los Marines Espaciales que las escoltaban.

El almirante De Corte observó la nave alienígena que comenzaba a deslizarse por la amura de babor y calculó los minutos que faltaban para que las baterías de lanzas de energía pudiesen disparar. La batalla se había desarrollado hasta ese momento casi tal como había planeado, aunque la resistencia de las naves enemigas lo había sorprendido, incluso a pesar de la advertencia del inquisidor. Sabía que habían tenido pérdidas, pero el número exacto y la información precisa estaba tardando en llegarle.

—Señor Viert, informe de la situación —exigió saber con impaciencia.

—Las fragatas están fuera de combate, almirante. La Von Becken está destruida por completo. El Labor Heroica tiene los motores apagados, aunque los ingenieros están intentando ponerlos en marcha de nuevo. El escuadrón Hydra ha perdido dos de sus naves y los primeros informes indican que no podrán volver a combatir hasta que pasen varios años siendo reparadas en dique seco.

De Corte apretó la mandíbula al darse cuenta de la cantidad de pérdidas que habían tenido.

—Me temo que he subestimado la astucia de esos alienígenas —murmuró.

—No sería usted el primero en hacerlo, almirante —le comentó Kryptman.

—¿Es que los tiránidos nos incitaron para que los atacáramos? ¿Es una trampa? —le preguntó De Corte—. Ya tengo cuatro naves fuera de combate y apenas le hemos arañado el pellejo a la nave colmena.

—Cuando se lucha contra los tiránidos hay que estar dispuesto a aceptar las pérdidas, almirante.

—¿Pérdidas? ¿Sabe cuántas personas han muerto ya?

—Sé que muchas, pero morirán muchas más si no vencemos aquí. Debemos continuar con el ataque y destruir esa nave colmena.

Jex Viert intervino antes de que De Corte pudiera contestarle.

—¡Almirante! ¡Estamos a la distancia idónea para disparar las lanzas!

De Corte le lanzó una última mirada de disgusto a Kryptman antes de acercarse apresuradamente al despliegue táctico que había en el centro del puente de mando. Vio que el Espada de Castigo había abierto un agujero en la cortina delantera de criaturas que protegían la nave colmena gracias a las descargas de las lanzas de energía y a una salva de torpedos bien colocada. Estaba bombardeando la nave colmena con las armas de un costado, pero sólo una pequeña fracción de los disparos alcanzaba a la gigantesca criatura. Una oleada de pequeñas naves se acercaba al crucero de batalla y a los cruceros de ataque, pero De Corte confiaba en que las torretas defensivas las podrían eliminar.

—Ordene a las baterías de lanzas que disparen contra las naves que rodean ese agujero en la línea tiránida. Necesitamos una zona despejada para efectuar un disparo limpio contra ese monstruo.

—Sí, señor —contestó Viert mientras tecleaba la orden del almirante. Se llevó una mano al microrreceptor de comunicaciones que llevaba en el oído y alzó la vista—. ¡Señor! El capitán Payne de la Mariatus solicita permiso para acercarse al enemigo. Informa de que se encuentra en posición para efectuar un ataque de pasada.

De Corte vio que la Mariatus no sobreviviría a semejante maniobra tan cerca de la nave colmena sin tener alguna clase de apoyo. El Argus estaba casi detrás de la nave colmena, y el almirante sintió cómo vibraba el puente por las descargas continuadas de las armas de la nave.

—Dígale que no, señor Viert. Necesitaremos todas las naves posibles en los próximos días y no necesito heroicidades sin sentido. Ordene a Payne que retroceda y que se acerque al Yermetov para apoyarlo.

—Sí, señor.

Los pequeños organismos carnosos expulsados del vientre de la nave colmena cruzaron el espacio como balas en dirección a la flota imperial. Pasaron de largo al lado de la majestuosa silueta del Espada de Castigo y se dirigieron hacia uno de los cruceros de ataque de los Marines Espaciales. El fuego de apoyo de las baterías de cañones más cercanas del crucero de

batalla eliminó la mayoría de los organismos, y el fuego combinado de Las naves de los Marines Espaciales y del escuadrón Arx Praetora disminuyó más todavía el número de atacantes, pero el resto siguió avanzando.

El almirante Tiberius sudaba mientras contemplaba desde el puente de mando del Vae Victus la muchedumbre de naves que se acercaba. Hasta ese momento, las armas de defensa cercana las estaban manteniendo a raya, pero no haría falta mucho para que el equilibrio se rompiera en su contra.

—¡Señor! —gritó Philotas con voz desesperada—. ¡El Mortis Probati se separa de la línea de batalla!

Tiberius vio con horror creciente que Philotas estaba en lo cierto. Las toberas de los cohetes del crucero de ataque de los Mortiftcadores estaban encendidas a toda potencia. El Mortis Probati avanzó y puso proa hacia la nave colmena. Las torretas defensivas habían dejado de disparar y el Vae Victus se quedaba rezagado.

—¿Qué demonios están haciendo? —se preguntó Tiberius, furioso, aunque un momento después vio la respuesta.

Se había abierto un hueco en las defensas de la inmensa nave colmena. La cortina protectora de naves zángano estaba desgarrada por los incesantes disparos del Espada de Castigo y de los cruceros de la clase Dauntless que lo acompañaban.

—¡Van a por la nave colmena! —gritó Philotas.

—¿Podrán lograrlo antes de que los tiránidos recompongan la línea defensiva? —le preguntó Tiberius.

Philotas consultó la mesa de mapas y anotó las distancias y los rumbos en una placa antes de empezar a efectuar los cálculos moviendo la boca sin emitir sonido alguno. Meneó la cabeza con gesto exasperado.

—Creo que pueden conseguirlo, almirante general, pero quedarán aislados casi desde el mismo momento en que crucen las defensas alienígenas.

Tiberius le dio un puñetazo al atril y partió el cristal de la placa.

—¡Maldita sea! ¿Qué se creen que están haciendo? El codex indica con total claridad que una maniobra semejante sólo debe efectuarse con una superioridad en potencia de fuego de al menos tres a uno.

—Señor, no creo que el capitán Gaiseric conozca esa parte del codex. ¡Y tenemos problemas más urgentes ahora mismo! —gritó señalando por el ventanal de observación.

Sin el apoyo de los disparos de las torretas defensivas del Mortis Probati, una decena aproximada de los proyectiles carnosos lanzados por la nave colmena penetraron en la cortina de fuego defensivo y se colocaron a escasos segundos de entrar en contacto.

—¡Que el Emperador nos proteja! ¡No! —siseó Tiberius cuando sintió el impacto de los organismos tiránidos contra su amado navío.

Uriel corrió hacia donde el objeto de aspecto rocoso había atravesado el casco hasta llegar a un pasillo, que llenaba por completo debido a su gran tamaño. Por doquier sonaban las alarmas, y el infernal resplandor rojo de las luces de emergencia lo bañaba todo con el mismo color de la sangre.

—¡Desplegaos! —gritó—. ¡Aseguraos de que ninguno de ellos sobrepasa la línea! —ordenó dirigiendo a los marines a otras partes dañadas de la nave.

Le dio una patada a un trozo de quitina humeante al acercarse al objeto resquebrajado que se encontraba posado como un huevo gigantesco y rugoso sobre los escombros del pasillo. De los bordes de las roturas salía una especie de cieno amarillo y lo rodeaba una nube de vapor. Un trozo del objeto cayó al puente y dejó al descubierto una capa interior compuesta por una membrana translúcida y llena de venas.

—¡Pasanius, ven aquí! ¡Necesito el lanzallamas! —gritó Uriel cuando vio que algo pegado a la membrana se estremeció.

Alzó la pistola bólter y disparó varias veces contra el objeto. Los proyectiles perforaron la membrana y provocaron un aullido de dolor alienígena en el interior.

Una larga garra rompió la membrana de arriba abajo y una criatura grotesca salió de un salto del objeto. El pellejo le relucía por estar mojada, ya que todo el exoesqueleto huesudo estaba chorreando un fluido viscoso. La cabeza envuelta en mucosidades mostraba unas fauces repletas de

colmillos afilados. Sus dos pares de brazos, cada uno acabado en unas garras de aspecto letal, resonaron al chocar entre sí cuando cayó con agilidad sobre el suelo del puente. Le lanzó un fuerte siseo a Uriel mientras los ojos negros parpadeaban para acostumbrarse al nuevo entorno. Un trío de criaturas idénticas la siguió procedente de la crisálida humeante. Uriel vio que detrás había muchas más, así que abrió fuego contra la masa de monstruos al mismo tiempo que Pasanius llegaba por fin a su lado.

Dos de las criaturas estallaron cuando los proyectiles explosivos detonaron en el interior de los cuerpos con mayor fuerza al estar fuera del organismo. Un chorro de fuego líquido llenó el pasillo cuando Pasanius disparó el lanzallamas, al mismo tiempo que le pedía perdón a la antigua nave.

Una criatura envuelta en llamas y con la boca abierta de par en par salió saltando del infierno rugiente. Uriel le clavó la espada en mitad del salto y le arrancó la cabeza de los hombros con un único disparó de la pistola bólter. Oyó a su alrededor los gritos de los alienígenas y los disparos de sus hombres enfrentándose a los terroríficos asaltantes.

En cuanto las llamas bajaron de potencia, una nueva oleada de criaturas salió del objeto. Uriel se preguntó lo apretados que debían haber estado todos los monstruos para caber en aquel espacio reducido. Blandió la espada y partió por la mitad a dos criaturas de un solo tajo antes de esquivar a una tercera que se había lanzado a por su cabeza. El atacante dio una patada con las garras traseras para golpearle en la parte posterior de la armadura.

Al hacerlo, tropezó con un puntal del pasillo y cayó de lado al suelo. Uriel le partió el cuello de un pisotón, al mismo tiempo que recargaba la pistola con una economía de movimientos fruto del duro entrenamiento. Pasanius agarró a un par de bestias que intentaron destrozarle la armadura con zarpazos frenéticos de las garras, pero la armadura de exterminador se había diseñado precisamente para ese tipo de combate cuerpo a cuerpo, por lo que no pudieron atravesarla. Pasanius estampó una cabeza contra la otra, y ambos cráneos se abrieron con un sonido líquido y repugnante.

Dejó caer los cuerpos todavía convulsos. El lanzallamas estaba tirado en el suelo, inutilizado debido a que el depósito de combustible estaba roto y dejaba escapar el combustible y los volátiles gases que producía. Más criaturas saltaron por encima de los cadáveres de sus compañeras en un intento desesperado de alcanzar a los marines. Uriel y Pasanius lucharon espalda contra espalda mientras la oleada de monstruos amenazaba con superarlos por completo. Se vieron obligados a retroceder ante la marea de garras que los atacaba. No podrían mantener aquella posición. El enemigo era demasiado numeroso. ¿Se habrían reforzado con los miembros de otra espora de abordaje?

Uriel lanzó un gruñido de dolor cuando una garra afilada como una navaja le atravesó la armadura a la altura del muslo y le desgarró el músculo mientras descendía hasta la rodilla. Cayó de espaldas y de la herida surgió un chorro de sangre cuando la garra salió de la carne. Aprovechó el movimiento para partirle el cuello de una patada antes de echarse hacia atrás. El hedor a promethium en el pasillo era intenso. Pasanius lo ayudó a ponerse en pie y sacó una granada del cinturón.

—¡Corre! —le gritó a la vez que empujaba a Pasanius hacia el otro extremo del pasillo y lanzaba la granada a las espaldas de los monstruos.

Pasanius agarró del brazo al capitán y tiró de él un momento antes de que la granada estallase. De pronto, el pasillo se llenó de metralla mortífera y el asfixiante vapor de promethium explotó. El aire quedó inundado por una oleada rugiente de llamas, y todo el pasillo estalló en una explosión ensordecedora que lo recorrió de arriba abajo y lo incineró casi todo a su paso. Uriel notó cómo las llamas lo envolvían y vio que el indicador de temperatura del exterior de la armadura subía como un cohete, pero ni esa armadura ni la de Pasanius fallaron, y cuando la pared de llamas desapareció por fin, descubrieron que el pasillo estaba ennegrecido y repleto de cadáveres, sembrado de miembros alienígenas chamuscados y charcos de promethium que todavía ardían.

Los dos Marines Espaciales se pusieron en pie mientras los sonidos del combate seguían resonando por toda la nave.

Todavía quedaban más muertes por causar.

El almirante De Corte contempló con una mezcla de admiración y de furia al Mortis Probati acercarse a la nave colmena para trabarse en combate con ella. Los Mortificadores habían roto la línea de batalla, pero bien cierto era que se trataba de gente valerosa. El cañón de bombardeo del crucero de ataque no cesaba de disparar contra la nave colmena en lo que en términos espaciales se podía considerar a quemarropa y le estaba abriendo enormes agujeros en el pellejo.

Los largos tentáculos de alimentación de la parte posterior de la nave colmena se abalanzaron como un pesado latigazo contra el crucero de ataque de los Marines Espaciales, pero su capitán logró apartarlo en el último momento de aquel peligro.

Una horda de naves tiránidas se colocó detrás del crucero de ataque y bloqueó cualquier ruta de escape, al mismo tiempo que otro grupo avanzaba para atacarlo. La nave recibió varios impactos de ácido biológico y descargas de plasma, y del casco comenzaron a surgir llamaradas.

El inquisidor Kryptman contempló el desigual combate con un orgullo feroz; los nudillos estaban blancos tras apretar con tremenda fuerza la empuñadura del bastón. Se giró para mirar a De Corte.

—Debemos ayudarlos. Dé la vuelta.

—No puedo —le contestó De Corte—. Estamos muy lejos y demasiado a la retaguardia de ellos. Sería imposible virar a tiempo. En este momento maniobramos para colocarnos detrás de la nave colmena.

—¡Hágalo! —le espetó Kryptman, a la vez que daba un tremendo golpe al suelo con el bastón—. ¡Hágalo ahora mismo! —Jaemar—. ¡Usted! ¡Haga que esta nave dejada de la mano del Emperador dé la vuelta y apoye a esos valerosos guerreros!

Jaemar desenfundó la pistola, acobardado por la reputación del inquisidor.

—El almirante está haciendo lo correcto, inquisidor general, comisario —dijo de repente Jex Viert, el segundo de a bordo. Mientras se interponía entre Jaemar y el almirante, colocó una mano en la empuñadura de la

espada. La amenaza estaba clara—. La imagen que están viendo procede de los sensores de babor. Incluso si comenzáramos a virar ahora mismo, no lograríamos hacerlo a tiempo como para influir en ese combate. En ese sentido, los Mortificadores están solos.

Sin embargo, Jex Viert estaba equivocado.

El capitán Payne, a bordo de la dañada Mariatus, lanzó un grito.

—¡Por el Emperador! —exclamó mientras se agarraba a los reposabrazos de la silla de mando.

La nave colmena aparecía enorme en el ventanal de observación, y supo que, aunque sobreviviera a la batalla, lo llevarían ante un consejo de guerra por desobedecer una orden directa, pero con dos de sus naves fuera de combate por culpa de aquella monstruosidad, habría arriesgado mucho más por vengar a sus magníficas tripulaciones.

La Mariatus se estremeció cuando varios chorros de plasma disparados por la nave colmena le salpicaron el casco. Las armas de la fragata machacaron al monstruo alienígena y le arrancaron trozos del caparazón blindado, que giraban flotando y dejaban una hilera de heridas supurantes a lo largo del enorme cuerpo.

Vio delante de ellos la grácil forma de la nave de los Mortificadores enfrentada a una bestia con garras tan grandes como un titán de combate que le arrancaba enormes trozos de blindaje del costado. Más naves tiránidas rodearon el crucero de ataque, preparadas para lanzarse a la carga y atacarlo. A pesar de aquello, el enorme cañón que llevaba montado en la proa continuaba disparando contra la nave colmena. No obstante, aunque el heroísmo de los Marines Espaciales era realmente magnífico, tan sólo podía haber un resultado.

Bueno, no si Payne y la Mariatus tenían algo que decir al respecto.

Uriel llego corriendo al puente de mando al oír el desesperado intercambio de mensajes entre las naves de la flota y abatido por la matanza que estaba

teniendo lugar. Tenía la armadura ennegrecida y la pierna le dolía mientras corría. Habían matado a todas las criaturas tiránidas y las zonas dañadas de la nave estaban aseguradas por fin.

No podía creerse lo que habían hecho los Mortificadores. Romper la línea de batalla y lanzarse a la carga para trabarse en combate cercano y directo con la nave colmena era lo más alejado de las enseñanzas del primarca a que se podía llegar.

Subió los peldaños que llevaban al puente de mando de tres en tres mientras envainaba la espada ensangrentada. Cruzó la entrada de arco de punto a la carrera. El almirante general Tiberius se dio la vuelta cuando lo oyó entrar. Su rostro parecía una máscara de furia controlada.

—¡Uriel! ¡Gracias al Emperador! —dijo el capitán del Vae Victus.

—Los asaltantes han sido eliminados —le informó Uriel mientras miraba horrorizado por el ventanal de observación.

La nave de los Mortificadores estaba siendo rodeada poco a poco por la nave colmena. El cañón de bombardeo seguía disparando, aunque la nave de los Marines Espaciales estaba siendo destrozada pieza a pieza.

—¿Qué han hecho? —susurró.

Tiberius se limitó a menear la cabeza, incapaz de hablar. De repente, la silueta de una fragata dañada de la clase Sword apareció ante la vista dejando atrás un surtidor de plasma y un reguero de chispas y de oxígeno congelándose.

—¡Por la sangre de Guilliman! ¡Miren! —gritó Philotas cuando la proa de la fragata viró y se dirigió en línea recta hacia el corazón de la criatura que estaba atacando al Mortis Probati.

El casco de la nave imperial se dobló cuando chocó contra el caparazón endurecido de la criatura tiránida, pero la fuerza de la inercia era imparable y acabó atravesando la carne de la bestia y cubriendo la nave de los Marines Espaciales con los fluidos vitales del monstruo. La criatura tiránida se estremeció, agonizante, y soltó el crucero de ataque y se alejó flotando con la Mariatus incrustada profundamente en el cuerpo.

Por muy valiente que hubiera sido el sacrificio de la Mariatus, quedaban naves tiránidas de sobra como para acabar con el Mortis Probati, pero antes

de que ninguna de ellas pudiera reaccionar a su inesperada supervivencia, el crucero de ataque efectuó un disparo con el cañón de bombardeo que impactó en una protuberancia carnosa que sobresalía en la parte posterior de la nave tiránida. Un líquido brillante saltó de la herida como un géiser y un estremecimiento visible recorrió todo el cuerpo de la criatura tiránida cuando la conexión sináptica principal con sus naves servidoras quedó destruida.

Kryptman vio salir por la gran herida la sangre alienígena de la nave y el rumbo errático de las naves zángano que la rodeaban. Pasó la mirada de una nave a otra cuando observó que detenían sus ataques incesantes.

—¡Han perdido la conexión con la mente enjambre! —gritó Kryptman, y se dio la vuelta hacia De Corte con tanta rapidez que casi se cayó—. ¡Debemos lanzarnos al ataque antes de que la recuperen! ¡Ahora mismo!

El almirante De Corte le hizo un gesto de asentimiento al teniente Viert, que todavía seguía entre él y el comisario.

—Señor Viert, ordene a todas las naves que ataquen. Vamos a acercarnos y a acabar con esa bestia.

Mientras las naves tiránidas flotaban a la deriva y llenas de confusión, los capitanes del Espada de Castigo, del Luxor, del Yermetov y del Argus avanzaron a toda velocidad; disparaban con todas las armas y con tanta rapidez como los capataces podían fustigar a las dotaciones. El Vae Victus y el escuadrón Arx Praetora también se acercaron y destrozaron el vientre de la nave tiránida con andanadas de disparos precisos. Descarga tras descarga de proyectiles explosivos y de rayos láser machacaron la nave y pulverizaron grandes trozos del caparazón, lo que provocó que surgieran chorros de fluidos vitales por doquier.

Los tentáculos de alimentación se esforzaron en vano por apartar a las naves imperiales, pero los ataques eran débiles y descoordinados. Las naves biológicas de menor tamaño que protegían aquel enorme organismo salieron de su momentáneo letargo y se comportaron siguiendo sus instintos básicos naturales, pero para entonces ya era demasiado tarde. Las naves

imperiales se encontraban en unas posiciones de tiro idóneas, de libro de texto de táctica naval, para descargar el golpe de gracia a casi todas las naves zángano. El Espada de Castigo comenzó a disparar como si estuviera en las prácticas de tiro de Bakka, y cañoneando una por una las naves tiránidas, las aniquilo con poderosas descargas de costado.

El dañado Mortis Probati avanzó con dificultad hacia la nave colmena herida y, en respeto al heroísmo de su tripulación, las demás naves imperiales se retiraron para que el capitán Gaiseric efectuara el tiro de gracia.

Los fluidos y las entrañas carnosas salían por las distintas heridas de la bestia. Su sangre alienígena escapaba al espacio desde las venas rotas y los órganos internos destrozados. Los tentáculos que no habían quedado arrancados se estremecían de forma espasmódica y, a través de un gran desgarro en el caparazón superior, se veía un enorme órgano palpitante que se esforzaba por mantener con vida a la criatura bestial.

Un único proyectil del cañón de bombardeo del crucero de ataque atravesó la dura capa exterior de piel del corazón de la nave colmena y estalló en el interior de los gigantescos ventrículos. La explosión convirtió en tejido picado la mitad del órgano y, con un último estremecimiento, la nave colmena murió.

El almirante De Corte dejó escapar un suspiro de alivio y todos los miembros del puente de mando lanzaron gritos de júbilo mientras contemplaban la muerte de la nave colmena al quedar destruido por completo su corazón por el disparo de los Mortificadores. De Corte sabía que, en realidad, debía sentirse furioso con el capitán Gaiseric por romper la línea de batalla, pero no podía negar el hecho de que su acción había sido clave para la destrucción de los tiránidos. Aquello iba contra todo lo que se enseñaba en las academias navales, pero De Corte sabía que los verdaderos capitanes de valía eran aquellos que a veces desobedecían las normas y, a pesar de ellos, salían victoriosos de la situación.

Todavía no sabía si el capitán Gaiseric entraba en esa categoría o simplemente había tenido una suerte enorme. En público defendería la primera tesis, pero en su fuero interno sospechaba que más bien era lo

segundo. Si no hubiese sido por el valiente, aunque gravoso, sacrificio de la nave del capitán Payne, a esas alturas los cadáveres de los Mortificadores estarían junto al cuerpo inerte de la nave colmena. Murmuró una breve plegaria a los espíritus de combate de su nave mientras contemplaba la enorme criatura sangrando en la oscuridad y les agradeció su fiel servicio en aquella batalla.

—Señor Viert, tome nota de encargar un nuevo sello de victoria para añadirlo al glorioso estandarte de honor de nuestra nave.

—Sí, señor. ¿Podríamos realizar un breve servicio de acción de gracias?

—Sí. Que se celebre un servicio de acción de gracias en las distintas capillas de la nave para toda la tripulación. Gracias, señor Viert.

El almirante puso las manos a la espalda y se dirigió de regreso al atril de mando mientras el inquisidor cruzaba el puente arrastrando los pies para reunirse con él.

—¡Una gran victoria! —exclamó el almirante en voz lo bastante alta como para que lo oyera toda la tripulación del puente de mando.

Kryptman asintió.

—Una victoria, sí, pero todavía está por verse si es una gran victoria.

El almirante se inclinó sobre Kryptman.

—Usted y yo sabemos que este combate nos ha costado caro, pero no serviría de nada que la tripulación supiera lo caro que nos ha costado. Apreciaría mucho que me apoyara en esa cuestión.

Kryptman pareció a punto de contestarle de malos modos, pero luego asintió con sequedad.

—Tiene razón, almirante De Corte. La moral es algo crucial en momentos como este.

De Corte aceptó la aquiescencia de Kryptman con un gesto amable y comenzó a impartir las órdenes relativas a la partida de la flota para abandonar la zona de Barbarus Prime y dirigirse a los muelles orbitales de Chordelis.

Lo hizo porque a través del ventanal de observación se veía una multitud de criaturas tiránidas que interrumpían su alimentación, una cantidad tal de naves colmena y de naves zángano que empequeñecía al

grupo que acababan de destruir. Habían ganado la batalla de Barbarus, pero ante semejante flota tan inmensa, sería una locura quedarse para combatir sin antes reagruparse y rearmarse.

Había sido una gran victoria, pero no era más que la punta del iceberg. Las verdaderas batallas todavía estaban por llegar.



SEIS

Learchus alzó la mirada hacia la muralla que se extendía a cada lado de él a lo largo de casi cinco kilómetros hasta llegar a las faldas del valle. A pesar del desengaño que había sufrido por el modo en que aquel mundo mantenía los ideales de Ultramar, estaba satisfecho por el aspecto resistente de la construcción. Pensó que era merecedora de estar en el propio Macragge. Tenía diez metros de alto y estaba cubierta de lajas de piedra blanca pulida, por lo que relucía como mármol bajo el sol poniente. Una pequeña fortificación defendía la puerta dorada y un foso casi helado desaguaba a la altura de la carretera en un río fangoso que serpenteaba hasta llegar a la llanura que se abría debajo.

Una cascada espumeante que surgía de la parte central de la muralla y rugía al caer desde el canal de cobre incrustado allí alimentaba de agua el foso y llenaba el aire circundante con una neblina helada de humedad pegajosa y fría. La mañana era gélida y el aliento se le condensaba en el aire con cada respiración, aunque la servoarmadura lo protegía de los peores efectos de aquel frío.

A su lado se encontraba un tembloroso oficial de la Legión de Defensa Ciudadana de Tarsis Ultra. Llevaba el abrigo azul de cuello de piel y la gorra blanca de pico inmaculados. Además del uniforme se había puesto una bufanda gris alrededor del cuello y de la mandíbula inferior, y unos gruesos mitones, aunque también tenía metidas las manos en los amplios bolsillos del abrigo. Era un mayor y se llamaba Aries Satria. Estaba al mando de las fuerzas armadas de la ciudad en nombre del mariscal fabricador. La placa pectoral de hierro estaba pulida hasta relucir con un brillo plateado, y la espada de gala que llevaba al cinto de cuero, también reluciente, brillaba como el oro.

—¿El foso se congela cuando llega el invierno? —le preguntó Learchus.

—A esta altura del exterior, sí —contestó Satria, asintiendo—. Pero a medida que se adentra uno en la ciudad, el calor queda atrapado por los costados del valle e impide que los demás se hielen.

—¿Cuáles son los que se hielan? —insistió Learchus.

—Los fosos de la primera y de la segunda muralla siempre se hielan, y a veces el de la tercera, pero depende de lo crudo que sea el invierno.

Learchus asintió a su vez y se dirigió hacia la puerta de la muralla.

—¿Cuál es la previsión para este invierno?

—Los meteorólogos dicen que va a hacer mucho frío —contestó Satria mientras apresuraba el paso para mantenerse al lado del marine espacial—, pero es lo que siempre dicen.

Los inviernos de Macragge le habían enseñado a Learchus lo dura que esa estación podía ser para un soldado, y supo que la guerra no podía haber llegado en peor momento para aquel planeta. Las bajas temperaturas ya habían comenzado a causar problemas. Había soldados que se presentaban con pequeñas congelaciones y problemas similares debidos al frío. Los enfermeros del regimiento de Logres estaban instruyendo a los soldados del regimiento de Krieg y a las fuerzas locales cómo enfrentarse a un frío semejante, pero los combatientes tardarían algún tiempo en adoptar todas aquellas prácticas y precauciones.

Los dos hombres cruzaron el foso por un puente de acero abarrotado de gente. Los grandes arcos estaban cargados de escarcha y ya se estaban formando bloques de hielo en el agua del foso. Learchus había ordenado que colocasen explosivos en todos los pilares del puente para volarlo en cuanto se produjera el primer ataque, pero se dio cuenta de que no pasaría mucho tiempo antes de que el foso se convirtiera en una sólida superficie de hielo grueso, tan fácil de cruzar como aquel puente. De todas maneras, la táctica establecida era destruir todas las vías de acceso que pudiera utilizar el enemigo, por lo que había ordenado que se preparase su destrucción.

Sin embargo, el puente todavía seguía en pie, y los ciudadanos de Erebus lo aprovechaban muy bien. La superficie de metal retemblaba con las decenas de vehículos que pasaban rugiendo al lado de Learchus y de Satria en dirección al espaciopuerto principal, que estaba en la llanura. Toda clase de vehículos, desde limusinas relucientes hasta transportes agrícolas baqueteados, cruzaban la brillante puerta principal de la muralla. Cada uno iba repleto de gente con todas las posesiones personales que podían llevar consigo.

Bajaron del puente y entraron en un camino pedregoso pero embarrado que conducía a una de las pocas poternas de la muralla. Camiones

abarrotados de gente atemorizada pasaban a toda velocidad. El rugido del motor de una nave estelar cercana hizo la conversación imposible durante unos cuantos segundos. Tanto Learchus como Satria se giraron y vieron una nave de carga despegar de las instalaciones del espaciopuerto y ascender hacia el cielo pálido dejando atrás un rastro de humo. Era la octava nave que partía de Tarsis Ultra aquella mañana, y a juzgar por la multitud que rodeaba los muros del espaciopuerto, tan sólo sería una más de muchas.

—Es muy extraño que la gente no se quede a luchar —comentó Learchus mientras se daba la vuelta de nuevo y observaba al personal que trabaja por debajo de ellos—. ¿Dónde está su valor? ¿Su planeta está amenazado, y ellos huyen del enemigo? —Meneó la cabeza en un gesto de disgusto—. Ningún ciudadano de Ultramar abandonaría su planeta natal. Creí que la noticia de nuestra gran victoria en Barbarus Prime habría elevado la moral de esta gente, pero parece que sólo la ha debilitado.

—La gente tiene miedo —contestó Satria con un encogimiento de hombros—. Y no puedo culparla. Si sólo la mitad de lo que he oído contar sobre esos alienígenas es verdad, puedo entender su deseo de marcharse.

—Si tuviera la oportunidad, ¿huiría? —le preguntó Learchus.

—No —admitió Satria con una sonrisa—. Juré que defendería este mundo y no voy a romper mi promesa.

—Es bueno saberlo, mayor Satria. Tiene el espíritu guerrero de Ultramar.

El rostro de Satria resplandeció de orgullo por la alabanza mientras pasaban al lado de un camión de abastecimiento que no dejaba de acelerar a pesar de encontrarse atascado. Llevaba dentro dos docenas de aterrorizados ciudadanos y las ruedas traseras se habían hundido en el barro. Los vehículos que iban detrás no dejaban de tocar el claxon, como ni la enorme estridencia pudiese mover el camión inmovilizado. Las dos fuentes de barro y de pequeñas piedras provocadas por las grandes ruedas traseras habían manchado de arriba abajo la limusina que estaba justo detrás, además de partirle el parabrisas y dejarle dos bandas de metal plateado al descubierto después de arrancarle toda la pintura de la zona.

El conductor del camión siguió acelerando sin darse cuenta de los daños que estaba causando. Varios arcos iris de vapor de gasolina se formaron en las nubes de humo azul expulsadas por los tubos de escape. El pasajero de la limusina, un individuo de estatura elevada, de cabello liso peinado hacia atrás y nariz ganchuda, salió de la parte trasera del vehículo y comenzó a gritarle al conductor del camión, insultándolo con toda clase de epítetos relativos a la promiscuidad de sus padres y a mi higiene corporal.

Learchus dio un paso hacia el individuo para reprenderlo por aquel comportamiento y aquel lenguaje tan maleducado, pero el mayor Satria negó con la cabeza y lo detuvo con rapidez.

—Sargento Learchus, será mejor que me deje a mí manejar este asunto. Conozco a ese individuo y creo que hará falta algo de tacto.

—Muy bien —aceptó Learchus, aunque a regañadientes.

El mayor dio un par de golpes en el costado del vehículo y le indicó con un gesto cortante de la mano que dejara de acelerar. El conductor obedeció de forma inmediata y el rugir del motor se convirtió en un ronroneo mecánico mientras Satria se acercaba a la limusina.

—Por favor, señor Van Gelder —empezó a decir Satria mientras avanzaba con agilidad por encima del barro para ponerse al lado del pasajero de la limusina—. No hay necesidad alguna de utilizar ese lenguaje.

El individuo se irguió por completo y metió los pulgares en los bolsillos del abrigo largo que llevaba puesto. En el rostro le apareció una mueca de desdén al ver acercarse a Satria.

—¿Ha visto lo que ha hecho ese imbécil? —le soltó.

—Sí que lo he visto, señor Van Gelder, y si se espera un momento, haremos que se vaya lo antes posible, en cuanto encontremos unas planchas para colocarlas debajo de las ruedas traseras del camión y lo saquemos del barro.

—Quiero que me consiga el nombre de ese puñetero conductor para castigarlo del modo apropiado cuando regrese a Tarsis Ultra.

—Le aseguro de que nos encargaremos de ese asunto, señor Van Gelder —lo aplacó Satria—. Ahora, si es tan amable de regresar al interior del

coche, junto a la calefacción, dentro de nada lo tendremos fuera de la ciudad.

Antes de que Van Gelder tuviese tiempo de contestar, se oyó un chirrido metálico a la espalda del mayor. Satria se giró y vio que el sargento Learchus estaba levantando sin esfuerzo aparente la parte trasera del camión cargado hasta los topes. Lo sacó del barro y lo empujó hasta llevarlo a terreno más sólido. El sargento dejó caer el camión, que de forma casi inmediata aceleró en dirección al espaciopuerto.

Satria había oído hablar de la enorme fuerza de los marines espaciales, pero había pensado que la mayor parte de lo que se contaba no eran más que exageraciones. Se dio cuenta de que no era así.

El rostro del sargento mostraba una expresión ceñuda mientras regresaba hasta donde estaban ellos. Señaló a la multitud que se había congregado y a la línea de vehículos que salía de la puerta.

—¡Se acabó! —dijo con un grito—. Esto se acaba ahora mismo. Ya no habrá más salidas de Tarsis Ultra. Suban otra vez a los vehículos, den media vuelta y entren en las murallas de la ciudad, ¡que es donde deben estar!

Satria sonrió ante la falta de tacto de Learchus, y hasta Van Gelder se quedó sorprendido por unos momentos, pero no era un individuo que se acobardara con facilidad.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó con altivez.

—No —le contestó Learchus con cierto desdén—, ni me importa. Ahora dé la vuelta con ese vehículo antes de que lo haga yo.

Van Gelder había visto la demostración de fuerza del marine espacial con el camión, así que no tuvo ninguna duda de su capacidad para hacerlo, de modo que se subió a regañadientes a la limusina.

—El mariscal fabricador se enterará de esto —soltó Van Gelder como despedida.

—Me aseguraré de que así sea —le prometió el mayor Satria.

Van Gelder entrecerró los ojos, sin saber si Satria le estaba tomando el pelo o no, antes de cerrarle la puerta de golpe en las narices. Las marchas de la limusina sonaron una y otra vez mientras el conductor se esforzaba por dar la vuelta en un espacio tan reducido.

—Creo que a lo mejor se ha molestado —dijo Satria con una sonrisa.

—Me alegro —contestó Learchus.

La nieve derretida caía chorreando por el cristal empañado de la ventana del tren y dejaba largos surcos ondulantes. El teniente Quinn se preguntó por un momento a qué velocidad estarían viajando en realidad. Era difícil de calcular cuando todo lo que se veía fuera tenía el mismo color blanco uniforme. Se agarró al pasamanos cuando el tren tomó una curva de la vía y aprovechó para pasar una mano enguantada por el cristal mientras le sonreía a la joven familia que tenía sentada delante de él.

—No hay de qué preocuparse —les dijo—. No tardaremos mucho en llegar a Erebus. Sólo queda una parada más, para que suba la gente de Prandium.

El hombre se limitó a asentir mientras la mujer miraba con temor el rifle láser de metal blanco que el soldado llevaba sobre las rodillas. Era una mirada que el teniente había llegado a conocer bien en aquel viaje, el terror que provocaba el conflicto que iba a sufrir aquel antaño pacífico mundo. Sin embargo, no lograba sentir lástima por ellos. Después de todo, ¿no era el deber de todo ciudadano imperial enfrentarse a los enemigos de la humanidad?

Entre él y su pelotón habían vaciado ya seis comunidades agrícolas y habían metido a sus habitantes en el largo tren para llevarlos hasta la seguridad de Erebus. Decenas de pelotones más estaban cumpliendo la misma misión por todo el continente, y si tenían suerte, acabarían con su tarea sin ninguna clase de incidente. Más de sesenta vagones serpenteaban detrás de la locomotora sobrecargada y ya estaban casi al máximo de su capacidad. Gente atemorizada abarrotaba cada uno de los vagones.

El teniente Quinn ya se estaba imaginando las escenas de rabia que tendría que sufrir cuando les ordenara a todos los que iban montados que se deshicieran de la mayor parte de sus posesiones para hacerle sitio a la gente de Prandium.

El sargento Klein, su ayudante, avanzó con dificultad por el pasillo central del vagón, abriéndose paso a empujones entre los ciudadanos que protestaban porque la gruesa chaqueta y el equipo de combate se enganchaban con casi todos y todo. Klein llevaba en alto el rifle.

—Señor, estamos a punto de llegar a Prandium.

—Excelente. Casi hemos acabado, sargento.

—Sí, señor.

—Ordene a los hombres que se preparen. Yo me encargaré de la primera escuadra. Usted se queda con la segunda.

Klein asintió y volvió por donde había llegado mientras Quinn sentía cómo el tren iba frenando. Se puso en pie y también tuvo que abrirse paso entre la multitud de viajeros que abarrotaba el tren en dirección a las puertas principales, donde un grupo de soldados de su regimiento, el de Logres, esperaban para bajarse. Saludó con un gesto rápido, pasó una mano por el cristal de las puertas y vio el metal plateado del andén acercarse poco a poco. Algo le pareció extraño, pero tardó uno o dos segundos en darse cuenta de lo que era.

El andén estaba vacío.

Aunque algunas de las comunidades se habían mostrado reticentes a la idea de abandonar sus casas, la mayoría estaban encantadas de que las escoltasen hasta la seguridad de Erebus. Habían encontrado los puntos de partida repletos de gente ansiosa por marcharse.

Pero no allí.

Quinn dejó escapar un suspiro cuando se dio cuenta de que tendría que convencer a los granjeros más testarudos de que evacuaran sus tierras y se marchasen con ellos. Supuso que ya debería estar acostumbrado a aquello. Cada vez que los tarellianos atacaban una de las granjas marinas de Oceanus, tenían que enfrentarse a granjeros de krill enfurecidos, que se resistían con ferocidad a abandonar las propiedades en las que sus familias habían cosechado desde hacía generaciones. Según la experiencia que tenía Quinn, esa gente acababa muerta más bien temprano antes que tarde.

El tren se detuvo sin brusquedad y las puertas se abrieron con suavidad. El aire helado absorbió todo el calor del vagón y se oyeron las quejas y los

gruñidos de descontento de los pasajeros. Quinn bajó a la plataforma helada y oyó el hielo crujir bajo las botas.

Aquello era muy poco habitual. Lo normal hubiera sido que los servidores de la estación hubiesen mantenido limpio de hielo el andén. Las ventanas de las instalaciones estaban opacas por la escarcha y unos largos carámbanos colgaban del alero del edificio principal de la estación. El cartel que chirriaba con cada golpe de viento señalaba con claridad que se encontraban en Prandium.

Vio la escuadra del sargento Klein al otro extremo del andén y le indicó con un gesto a su ayudante que se acercara.

—Esto es muy raro —le dijo.

—Sí que lo es —contestó Klein—. Por aquí no ha pasado nadie en bastante tiempo.

—No había ningún tren antes que el nuestro, ¿verdad?

Klein se sacó una libreta que llevaba en la pechera del grueso abrigo invernal y negó con la cabeza.

—No, no según lo que me dijeron, señor.

—Esto no me gusta nada.

—Vamos a entrar en el pueblo —ordenó Quinn—. Que todo el mundo se mantenga alerta. Aquí hay algo que no va bien.

Klein saludó y cruzó con cautela el andén para reunirse con su pelotón.

—Bueno —dijo Quinn—, vamos allá.

Atravesaron el andén dando pequeños pasos cuidadosos.

Quinn le quitó el seguro al rifle láser cuando llegó a la parte superior de una escalera, donde una señal indicaba la dirección que llevaba a la salida. Los peldaños de piedra estaban resbaladizos por el hielo y del pasamanos colgaban más carámbanos. Con lentitud, y con mucho cuidado, Quinn y su escuadra bajaron por las escaleras y salieron al colectivo agrícola de Prandium.

Las calles llenas de nieve estaban envueltas por un silencio inquietante, roto tan sólo por el suave gemido del viento y los pasos de los soldados que rompían el hielo. No se oía ni siquiera el canto de un pájaro. Los edificios tenían un aspecto resistente. Eran estructuras prefabricadas, parecidas a las

de un millar de otros mundos, construidas con materiales locales y con el esfuerzo y el sudor de sus habitantes. Al lado se levantaba un edificio de generadores, con aspecto abandonado, y un trío de enormes silos de grano se alzaba en el otro extremo de la calle, por encima de los demás edificios de la comunidad.

Había tensión en el aire; hasta Quinn era capaz de sentirla. Prandium olía a abandono. Allí no había habido nadie desde hacía mucho tiempo y la sensación de negligencia era dolorosamente evidente.

—¡Vamos! —dijo Quinn, y se adentró en el pueblo con la escuadra. Las botas se hundían en la nieve, que les llegaba hasta las rodillas.

Las calles les parecían estrechas y amenazadoras. Vio a través de un hueco entre dos edificios a la escuadra de Klein, que avanzaba por una calle paralela.

Una puerta se estampó contra el marco, y todos se sobresaltaron; dándose la vuelta, apuntaron con los rifles láser hacia el sonido. La sensación de Quinn de que algo iba mal allí pasó de ser una sospecha a ser una certidumbre. Incluso en el caso de que toda aquella gente se hubiera marchado en un transporte del que él no hubiera oído hablar, cualquier granjero merecedor de ese nombre habría encontrado el tiempo necesario para asegurarse de que sus propiedades estaban cerradas y protegidas contra el invierno.

Había dos grandes cosechadoras oxidándose en el extremo de la calle bajo la sombras de los enormes silos. Quinn le hizo señas a la escuadra para que se dirigiera hacia allí. Aunque el frío ahogaba la mayoría de los demás olores, era posible captar en el ambiente el hedor a grano podrido. Cuando comenzaron a rodear las cosechadoras, Quinn vio algo que lo hizo detenerse y alzar el puño.

En la base del silo más cercano había un desgarrón de unos tres metros en el metal de la pared de la torre. El metal estaba partido y doblado. De la abertura salía una gran pila de grano congelado.

Avanzó con cautela hacia el agujero desgarrado. Se estremeció, de repente, cuando quedó bajo la larga sombra de la torre. Quinn desenvainó la espada sierra y pulsó la runa de activación con el pulgar. Pisó la crujiente

capa de grano al entrar y encendió el iluminador que llevaba enganchado a la parte interior del cañón del rifle. Inspiró profundamente mientras observaba la oscuridad del silo. Un olor muy fuerte, apenas disimulado por el aire frío, le asaltó el olfato cuando, por fin, entró con precaución en el lugar. Pasó de un lado a otro del interior el foco de luz del iluminador. El estrecho haz apenas mostraba unos fragmentos de lo que había allí adentro, pero incluso eso fue demasiado.

Le indicó, aturdido, al operador de comunicaciones que se le acercara.

—Dile al sargento Klein que venga aquí —le susurró con voz temblorosa—. Y dile que se dé prisa.

El sargento Learchus, el mayor Satria y el coronel Stagler del regimiento de Krieg se encontraban en la parte superior de la primera muralla de Erebus, cubierta de escarcha. Observaban los ejercicios de entrenamiento que los soldados de la fuerza de defensa del mayor estaban realizando en la explanada que se extendía entre la primera y la segunda murallas. Los hombres sudaban y gruñían. El sonido de los ejercicios quedaba ahogado por el ruido de los martillazos y el resonar metálico de las palas al chocar contra el suelo helado, mientras otros grupos de soldados cavaban trincheras delante de las murallas.

Learchus contemplaba a los soldados con una mezcla de disgusto y de resignación.

—Veo que no está impresionado —comentó Satria.

Learchus negó con la cabeza.

—No. La mayoría de estos hombres no sobrevivirían ni una sola semana en Agiselus.

—Es uno de los campamentos de entrenamiento de Macragge, ¿no es así? —le preguntó el coronel Stagler.

—Sí. Se encuentra a los pies de las montañas de Hera, donde el propio Roboute Guilliman en persona se entrenó. Allí nos adiestramos el capitán Ventris y yo mismo.

Los soldados se entrenaban en pequeños grupos de combate. Practicaban técnicas de lucha con la bayoneta y de combate cuerpo a cuerpo entre ellos. Mostraban el poco conocimiento que tenían de las técnicas que les harían falta para mantenerse con vida en las batallas que se avecinaban.

Learchus había visto en su primera inspección de las tropas que cada pelotón efectuaba descargas de disparos perfectas y disciplinadas, que agujereaban las siluetas de los objetivos. Se acercó al primer pelotón y le quitó el rifle láser a un nervioso soldado antes de volverse a mirar al sorprendido mayor Satria.

—¿Les están enseñando a disparar?

—Sí, claro. Creía que era algo importante para un soldado —le contestó Satria.

—No contra los tiránidos. ¿Ha visto alguna vez un enjambre de tiránidos?

—Sabe que no.

—Bueno, pues yo sí, y cargan contra ti en una marea tan densa de criaturas que hasta un ciego podría acertarles diez veces de cada diez disparos. Cualquier persona que sea capaz de empuñar una arma de disparo puede acertarle a un tiránido. Pero no importa cuántos se maten desde lejos, siempre habrá más. Y lo que debemos hacer es enseñarles a los soldados cómo luchar contra los que lleguen hasta nuestras líneas.

Desde entonces, la responsabilidad de cualquier clase de programa de entrenamiento coherente había quedado en manos de Learchus, y en la semana que había transcurrido desde que había ordenado que se cerrasen las puertas de Erebus, se había tenido que enfrentar a la intransigencia burocrática y a años de dogmas fanáticos para conseguir un régimen de trabajo sostenible.

Los soldados se levantaban al amanecer y desmontaban y volvían a montar las armas antes de ponerse a realizar ejercicios físicos pensados para aumentar la resistencia y la capacidad de lucha. Los enfermeros del regimiento de Logres habían ido claves para enseñarles a los soldados a adoptar las precauciones adecuadas cuando realizasen ejercicio en medio de aquellas bajas temperaturas. Cada actividad se debía controlar de un modo

riguroso para evitar que a los soldados se les quedara una capa de sudor debajo de las ropas de invierno que más adelante se condensaría y que reduciría su capacidad de aislamiento térmico de forma importante.

—Estos soldados deben aprender con más rapidez —dijo Learchus—. A este paso, todos morirán en el primer ataque.

—Sargento, usted espera que hagan lo imposible —le contestó Satria—. A este paso, nos odiarán más a nosotros que a los tiránidos.

—Bien. Lo primero que debemos hacer es que se desprendan de toda noción de sí mismos. Debemos arrancarles todo lo que se creen que son para reconstruirlos y formar los soldados que deben ser para sobrevivir. No me importa que me odien, sólo que aprendan. Y que aprendan con rapidez.

—Eso no va a ser fácil.

—Eso es irrelevante —le replicó Stagler—. De todas maneras, lo más débiles serán los primeros en caer. Cuando hayamos quitado la broza, quedarán los auténticos guerreros.

—¿Broza? —le soltó Satria—. Son mis hombres, y no permitiré que se hable de ellos de ese modo.

—Mayor Satria, sus soldados dejan mucho que desear —le indicó Stagler con las manos unidas a la espalda.

Tenía la cara, de rasgos aristocráticos, congestionada por el frío, y la mirada ceñuda con la que observaba el campo de entrenamiento mostraba su disgusto. Learchus estaba de acuerdo con Stagler, y aunque sabía que los hombres del coronel lo estaban intentando por todos los medios, el esfuerzo debía combinarse con resultados para que significara algo.

Se quedó mirando cómo un grupo de soldados practicaba el ataque y la defensa con bayonetas. La pesada ropa de invierno les estorbaba todos los movimientos. Al principio, los soldados se habían entrenado sin la ropa de abrigo puesta ni nada más de su equipo, pero Learchus lo había prohibido con rapidez. ¿Qué sentido tenía entrenarse en condiciones ideales si ningún combate ocurría en esas condiciones?

Learchus creía firmemente en la filosofía de Agiselus: entrena con dificultad, combate con facilidad. Cada ejercicio de entrenamiento que llevaban a cabo los cadetes se realizaba con las mayores dificultades, para

que de ese modo, cuando se produjeran los combates reales, éstos no fueran tan duros.

Learchus se dio cuenta de que incluso después de una semana de entrenamiento, los soldados seguían siendo demasiado lentos. Las criaturas tiránidas eran veloces de un modo inhumano. Sus extremidades afiladas como cuchillas apenas eran un borrón cuando las lanzaban contra el cuerpo del oponente, así que Learchus sabía que la cantidad de bajas entre aquellos soldados sería extremadamente alta.

Dio media vuelta sin dar ninguna explicación y descendió por los desgastados escalones que llevaban de la muralla a la explanada. Satria y Stagler se apresuraron a seguirlo mientras bajaba los peldaños resbaladizos.

Caminó hasta colocarse en el centro del campo de entrenamiento y se quedó allí plantado, con los brazos en jarras. El entrenamiento a su alrededor fue deteniéndose poco a poco, hasta que los soldados comenzaron a reunirse, con el marine espacial en el centro.

—Os habéis desviado de los ideales de Ultramar que el bendito primarca os dejó como legado —empezó a decir Learchus—. Os han seducido la comodidad y la frivolidad, productos de una vida tranquila y en paz. He venido a deciros que todo eso se acabó. La comodidad no es más que una ilusión, una quimera nacida de las cosas y las situaciones familiares.

Learchus recorrió el interior del círculo formado por los soldados y reforzó cada palabra con un golpe del puño en la palma de la otra mano.

—La comodidad estrecha la mente, debilita el cuerpo y le roba al guerrero el espíritu de lucha y su determinación. Bien, pues eso se acabó. —Caminó hasta el centro del círculo—. La comodidad ni será bien recibida ni tolerada en este lugar. Acostumbraos.

La piel del pie del soldado tenía un aspecto parecido a la cera, con un color amarillo o blanco grisáceo. Varias ampollas se habían roto y habían derramado un fluido de color claro en la sábana. Joaniel Ledoyen meneó la cabeza ante la insensatez del soldado antes de clavarle una aguja en la carne fría de la planta del pie. El individuo no reaccionó, aunque ella no estaba

segura de si se debía a la congelación o a la media botella de amasec que se había bebido para apagar el dolor.

Pensó que probablemente sería una combinación de ambas circunstancias. Dejó caer la aguja en una caja de instrumental y anotó unos cuantos datos en el historial que colgaba de la cama del soldado.

—¿Es malo? —le preguntó él con voz pastosa.

—No es bueno —le contestó Joaniel con sinceridad—, pero si tenemos suerte podremos salvar el pie. ¿Es que no le dieron instrucciones para impedir esta clase de heridas?

—Sí, pero no sé leer muy bien, hermana. No tuve que hacerlo en Krieg.

—¿No?

—¡Qué va! En cuanto eres lo bastante mayor te envían al regimiento. Al coronel Stagler no le gustan los hombres con estudios. Dice que fueron esos hombres con estudios los que hicieron que Krieg acabara bombardeado hasta quedar hecho mierda. El coronel dice que lo único que un hombre necesita hacer es luchar y morir. Es el modo de vida de Krieg.

—Bueno, pues con un poco de suerte, pronto volverás a luchar, aunque esperemos que evites eso de morir.

El soldado se encogió de hombros.

—Que sea lo que el Emperador quiera.

—Sí —contestó Joaniel mientras asentía con tristeza y recogía el resto del instrumental—. Que sea lo que el Emperador quiera.

Hasta ese momento del día había tratado ya unos cincuenta casos de hipotermia leve y una decena de casos de congelación, desde una pérdida de sensibilidad en la piel hasta aquel desgraciado que, a pesar de sus palabras optimistas, probablemente perdería el pie.

Joaniel se quitó de un par de tirones los guantes de goma y los tiró en un contenedor mientras se dirigía al cuarto de enfermeras que había al otro lado de la larga hilera de camas. Cojeaba de la pierna derecha y caminaba con la mano apoyada en esa cadera. Observó a los enfermeros del regimiento de Logres recorrer la larga estancia abovedada. Utilizaban vendajes termales para devolver el calor a las extremidades congeladas de los heridos de forma gradual y de un modo controlado. Por suerte, la

mayoría de las camas de las instalaciones médicas del distrito quintus estaban vacías. El edificio se había construido para albergar a mil pacientes. Sin embargo, Joaniel sabía que el pequeño goteo de enfermos que iba llegando se convertiría en un torrente de heridos en cuanto comenzaran los combates. Remian IV le había enseñado que sería así.

Se masajeó las sienes y bostezó. Luego, se quitó la goma que mantenía sujeto el cabello en una cola y se pasó las manos por el pelo. Joaniel Ledoyen era una mujer hermosa, de estatura elevada y porte noble, que tenía cuarenta años estándar. Los ojos eran de color azul pálido y los rasgos de la cara hablaban de una gran dignidad y compasión. Llevaba puesta una túnica blanca amplia, ceñida con un fajín rojo. En el pecho de la prenda se veía el emblema de la Orden de la Vela Eterna, una de las órdenes hospitalarias del convento Sanctorum de las Adepta Sororitas.

A diferencia de las hermanas de batalla de las órdenes militantes, las hermanas de las órdenes hospitalarias proporcionaban cuidados médicos y apoyo a los combatientes de la Guardia Imperial, además de fundar misiones para los necesitados y pobres del Imperio.

Muchos soldados heridos les debían la vida a las hermanas de las órdenes hospitalarias, y a los soldados de primera línea los tranquilizaba pensar que los esperaba esa ayuda si caían heridos.

Una de las enfermeras noveles, la hermana Ardelia Ferria, alzó la vista y sonrió cuando vio que se acercaba Joaniel. Ardelia era joven y bonita. Acaba de llegar de su formación como novicia y hacía muy poco que había completado sus votos en Ophelia IV. A Joaniel le caía bien la muchacha, y aunque la joven todavía tenía que ser testigo de los verdaderos horrores de la guerra, estaba segura de que Ardelia sería una enfermera excelente.

—¿Se acabó por esta noche? —le preguntó Ardelia.

—Sí, gracias al Emperador. La mayoría de estos hombres vivirán para combatir otro día.

—Son afortunados de que usted los atienda, hermana Ledoyen.

—Todas cumplimos nuestro deber, hermana Ferria —contestó Joaniel con modestia—. ¿Han llegado los nuevos suministros del valle superior?

—No, todavía no, aunque el comisariado de la ciudad me ha asegurado que estarán aquí pronto —contestó Ardelia con un tono de voz que mostraba a las claras su escepticismo.

Joaniel asintió. Compartía el recelo de Ardelia y estaba acostumbrada a la incompetencia del comisariado de la ciudad, pero sabía que esos suministros serían vitales en los días venideros. Tendría que llamar al comisariado por la mañana para exigirle que le dijera qué había sido de ellos.

—Yo me puedo encargar de la guardia nocturna —le dijo Ardelia—. Debería descansar, hermana Ledoyen. Parece agotada.

Joaniel se esforzó por no sentirse dolida por el comentario de Ardelia, pero supuso que tenía razón. El peso de la responsabilidad y demasiados malos recuerdos la habían envejecido de un modo prematuro. Aunque todavía era capaz de cumplir las exigencias físicas de la orden y de desmontar y montar un bólter en cuarenta segundos, sabía que toda una vida de guerra en guerra había provocado que su rostro pareciera melancólico.

La guerra en Remian IV había sido la peor de todas. Los hombres le pedían que los matara de un modo piadoso antes que seguir soportando aquel dolor. El hedor a sangre, a entrañas vaciadas, a fluidos antisépticos y la fetidez acre de la guerra se le habían quedado pegados hasta mucho después de que la guerra hubiese acabado.

Recordó los meses y meses de conversaciones que había mantenido con los soldados después de la batalla. Había conseguido recuperar a muchos del horror de sus experiencias en Remian. Los soldados la habían bautizado con el nombre del Ángel de Remian por sus palabras tranquilizadoras y por su dulzura, y ese sobrenombre la había seguido aún después de que se acabara la guerra. Había salvado centenares, incluso miles de vidas, allí en Remian, pero al final no había encontrado a nadie que hiciese desaparecer los horrores de su propia mente.

Volvía allí en sueños, y lloraba mientras cerraba la arteria chorreante de un soldado sin rostro, intentando salvarle la vida mientras chillaba e intentaba arañarla con los dedos rotos. El olor a miembros amputados y el hedor asfixiante de la carne humana quemada le seguían asaltando el olfato,

y cada noche se despertaba con un grito suplicante a punto de salirle de los labios.

Joaniel pensó en regresar a la desnuda celda donde dormía, situada encima de la sala de enfermería, pero la perspectiva de quedarse en un sitio tan vacío fue demasiado para ella en aquellos momentos.

—Le rezaré al Emperador antes de retirarme. Llámeme si necesita cualquier cosa —le dijo a Ardelia antes de despedirse con una inclinación de cabeza.

Luego, cruzó las gruesas puertas de madera que separaban la sala principal de la enfermería del vestíbulo de suelo de piedra. Se dirigió con pasos rígidos hacia una pequeña abertura de arco y bajó por una escalerilla iluminada sólo por velas, hasta llegar a una puerta negra que había en el extremo. Una figura tallada de una persona encapuchada con alas doradas llenaba la puerta de un lado a otro. Joaniel empujó la hoja de la puerta y entró en la capilla del edificio.

El lugar era un recinto sencillo, apenas lo bastante grande como para que cupieran un par de decenas de personas. Había tres hileras de bancos a partir de la estatua de alabastro situada en el otro extremo de la nave. Decenas de velas inundaban al aire con un resplandor cálido y humeante. Encima de la estatua, una vidriera semicircular dejaba pasar un haz de luz multicolor que bañaba el suelo de madera.

Joaniel hizo una reverencia al entrar y se encaminó hacia los dos bancos de piedra que había a los lados de la estatua. Se puso de rodillas, inclinó la cabeza y juntó las manos para rezar. Susurró una de las oraciones de obediencia y devoción sin hacer caso del creciente dolor que sentía en las rodillas y del frío del suelo, que comenzaba a calarle en los huesos. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras rezaba; recordaba de una forma tan vivida lo que había visto y oído en Remian que le pareció oler el humo y notar el regusto de la sangre en el aire.

Acabó la oración y, dolorida, se puso en pie. Los clavos de metal que llevaba en la cadera derecha le hacían sufrir más todavía con aquel frío. El hospital de campaña de Remian había recibido un impacto directo de la artillería enemiga y sólo ella había salido con vida de entre los restos,

aunque con los huesos de la pierna machacados. Los soldados cuyas vidas había salvado reunieron a los mejores cirujanos, que la operaron bajo la luz titilante del fuego de artillería. Joaniel había sobrevivido, pero los miles de pacientes del edificio no lo habían conseguido, y la culpabilidad que sentía por su supervivencia le carcomía el alma como un cáncer.

Se frotó las piernas para recuperar la sensibilidad y se inclinó de nuevo ante la estatua del Emperador, antes de emprender el camino hacia la fría celda del piso superior.

—Que sea lo que el Emperador quiera.

Visto desde el espacio, Yulan, un mundo volcánico, era una visión hermosa. La atmósfera parpadeante estaba salpicada de trallazos escarlatas provocados por los relámpagos, y las formaciones nubosas de color rubí componían enormes pinceladas de tonos intensos por todo el hemisferio norte. Un puñado de naves se mantenían en órbita, aunque incluso allí se veían sacudidas por las descargas sísmicas del planeta y las explosiones de gas, en forma de llamas, surgían de la corteza fracturada.

Los capitanes se esforzaban por mantener el rumbo de las naves. Tenían los escudos a la máxima potencia para protegerse de los escombros lanzados por el planeta que quedaba a sus pies. Aunque la más pequeña de las naves medía un kilómetro, todas resultaban empequeñecidas por los tres mastodontes que permanecían en órbita geoestacionaria sobre Yulan. Los cientos de naves piloto y de potentes remolcadores procedentes de los muelles espaciales del cercano planeta Chordelis luchaban contra las turbulencias de la atmósfera inferior de Yulan para maniobrar y colocarse en posición en los grandes huecos de la parte delantera de aquellas enormes monstruosidades.

Cada uno de aquellos mastodontes era una explotación minera de plasma hidrógeno que absorbía parte de la violenta atmósfera del planeta para refinarla y convertirla en el valioso combustible utilizado por los tanques de la Guardia Imperial, las naves de la Armada y casi todas las máquinas usadas por los Adeptus Mechanicus. Estaban automatizadas casi

por completo, porque el manejo de semejantes combustibles volátiles era, como mínimo, extremadamente peligroso, por supuesto.

Pasaron varias horas, pero con un coste de decenas de servidores automatizados, finalmente consiguieron apartar la primera de las inmensas naves refinería de la órbita del planeta y la arrastraron hacia la oscuridad del espacio.

A pesar del peligro que suponía trabajar en un entorno tan hostil, la tarea de enganchar las naves remolcadoras a la segunda refinería se logró en poco menos de tres horas y la arrastraron para que se reuniera con la primera en el viaje hacia Chordelis. El magos del Adeptus Mechanicus que supervisaba toda la operación de Yulan se sintió muy satisfecho de la velocidad a la que se estaba desarrollando todo, pero sabía que se les acababa el tiempo para recuperar la tercera refinería.

La flota tiránida ya había llegado a Parosa y se dirigía hacia ellos.

El tiempo era algo esencial, pero pasaron otras seis horas frustrantes mientras las tripulaciones de los remolcadores intentaban engancharse a la última refinería en la turbulenta atmósfera inferior. Los capitanes siguieron intentándolo, y quizá la frustración que sentían unida a la orden de que se apresuraran provocó que se arriesgaran más de lo conveniente.

Pero el apresuramiento y una refinería de mil millones de toneladas repleta de combustible volátil y mortífero eran dos conceptos que no casaban muy bien.

El capitán del remolcador Truda hizo avanzar la nave con cuidado hasta colocarla en posición delante del larguero de agarre de proa de la última refinería, pero sin hacer caso del procedimiento de salvaguardia habitual del protocolo de distancia de seguridad. El capitán estaba tan concentrado en la maniobra final de aproximación a los enganches de arrastre que no se percató de la presencia del Cylla, que salió de detrás de una torre de absorción de gas.

Ambos capitanes se dieron cuenta del peligro en el último momento e intentaron inútilmente evitar la colisión. El Truda viró a estribor y se estrelló de frente contra la torre de absorción. La nave quedó destruida por completo al estamparse contra la estructura, pero rasgó el metal caliente de

la torre y atravesó las delgadas placas antes de que las células de combustible explotaran en el interior.

El Truda no podía haber perforado la refinería en un sitio peor. La torre estaba diseñada para capturar los gases calientes procedentes del planeta, y lo que hizo fue absorber buena parte de la explosión de la nave remolcadora, para luego llevar el plasma ardiente de los motores hasta el mismo corazón de las cámaras de combustión de la refinería, donde se incendió de nuevo y dio comienzo a una reacción en cadena incontrolable.

Los procedimientos de emergencia se pusieron en marcha, pero las puertas de contención de explosiones no se habían cerrado desde la construcción de la refinería, hacía ya miles de años, por lo que se quedaron atascadas. Las medidas de desconexión tampoco funcionaron: los viejos circuitos se fundieron, ya que los cables se habían desgastado hasta el punto de quedar inservibles.

A los pocos segundos del choque, las cámaras internas de la refinería comenzaron a estallar de forma secuencial, y cada explosión hacía volar nuevas cámaras de almacenamiento y multiplicaba la fuerza del estallido de un modo exponencial.

Desde la órbita superior del planeta parecía que la refinería estaba sufriendo una serie de convulsiones, y antes de que se pudiera enviar ninguna advertencia a los grupos de naves que se encontraban cerca, estalló. La explosión fue tan refulgente que eclipsó el brillo de la estrella del sistema planetario.

Todo lo que se encontraba a mil kilómetros o menos de la refinería quedó vaporizado de forma instantánea. La onda expansiva fracturó la superficie del planeta, lo que provocó la aparición de nuevos chorros de gas ardiente.

El resplandor desapareció poco a poco, y aquello reveló que no había quedado nada de la refinería o de los cientos de personas que formaban el destacamento de recuperación del Adeptus Mechanicus, aparte de una nube de plasma gaseoso ardiente en expansión.

La flotilla de remolcadores dejó atrás aquel desastre y continuó la marcha arrastrando hacia Chordelis las dos refinerías que habían

conseguido sacar de la órbita geoestacionaria de Yulan.

No sabían por qué el almirante de los Ultramarines les había ordenado aquella misión, pero no era asunto suyo discutir, sino sólo obedecer.

Los seis camiones estaban parados en un local apenas iluminado. Sólo la luz de la luna que entraba por las ventanas altas proporcionaba algo de claridad. Una docena de soldados gruñían por el esfuerzo de cargar cajas en la parte posterior del camión, supervisados por un sargento de suministros del Comisariado de Erebus, quien, a pesar de que la temperatura era bajo cero, sudaba bajo la capucha de borde forrado de piel del abrigo de invierno.

Fumaba un pitillo liado a mano y daba patadas al suelo para quitarse el frío. Los soldados cargaron la última caja en uno de los camiones. Cada una de las cajas llevaba grabado a fuego por el personal del Departamento Munitorum el número de envío y el emblema del regimiento. Cerraron las compuertas traseras de los camiones y las aseguraron con cadenas. Después, los soldados pasaron en fila delante del sargento y éste le entregó a cada uno un fajo de pagarés.

—No hagáis ninguna estupidez con esto —les advirtió.

Apagó el pitillo cuando ya no quedaba nadie y dio una vuelta por todos los camiones para comprobar que las compuertas estaban bien cerradas. Un momento después de sacudir la última surgió un grupo de personas de las sombras, en el otro extremo del garaje.

—¿Ya has acabado? —le preguntó la figura que iba en cabeza.

El sargento furriel se sobresaltó y se llevó una mano al interior del abrigo para sacar la pistola.

—Yo que tú no lo haría —dijo con un gruñido una silueta enorme que estaba detrás del que había hablado.

El sargento puso las manos en alto.

—¡Perro Blanco! —exclamó con alivio a la vez que bajaba las manos cuando el grupo quedó bajo la luz. Se puso otro pitillo entre los labios.

—¿Esperabas a otra persona, Tudeca? —le preguntó el aludido.

Perro Blanco llevaba la escopeta al hombro. El jefe de la banda de los Acechantes Nocturnos se cubría con un grueso abrigo de lana para protegerse del frío invernal y su cabello decolorado relucía con la misma intensidad plateada que el de MI compañera. Detrás de Perro Blanco, estaba el matón psicópata al que llamaba Jonny Pisotón y un trío de jóvenes muy delgados que llevaban el rostro cubierto de tatuajes coloridos pero mal dibujados. Perro Blanco hizo un gesto y los tres echaron a correr hacia la cabina de tres de los camiones. Una chica pelirroja, con un mono ceñido, se subió a la del vehículo más cercano.

—No —contestó Tudeca, por fin—. Es que me has sobresaltado. No te esperaba tan pronto.

—¿Qué puedo decir? Me gusta sorprender a la gente —dijo Perro Blanco. Luego, le hizo otro gesto a Jonny Pisotón.

El gigante brutal se subió a la parte trasera de los tres camiones y contó el número de cajas que había en cada uno de ellos. El sargento Tudeca se balanceó, nervioso, sobre un pie, y luego sobre otro, sorprendido de que Jonny Pisotón supiera contar más allá de los dedos que tenía en las manos, mientras Plata y Perro Blanco lo observaban con atención.

—¿Está todo lo que tiene que estar? —le preguntó Perro Blanco.

—Sí, está todo. Los suministros médicos, los paquetes de raciones, lo que querías. ¿No te dije que podría conseguirlo todo?

—Sí, sí que lo has conseguido —dijo Perro Blanco, mostrándose de acuerdo al mismo tiempo que le pasaba un brazo por el hombro al sargento y tomaba el paquete de pitillos del bolsillo superior de su abrigo.

Perro Blanco se quedó esperando un momento y luego alzó una ceja. Tudeca captó la indirecta y le encendió el pitillo. La llama osciló debido al temblor de las manos. Perro Blanco alzó una de las suyas para sujetar las del sargento.

—¿Estás bien, Tudeca? —le preguntó Perro Blanco con un falso tono de preocupación—. Pareces nervioso, tío. ¿Te pasa algo?

—Va a costarte más —barbotó, por fin, Tudeca—. He tenido que darle a mi gente el doble de lo habitual. Los prebostes del comisariado se cargan a

cualquiera que pillen robando, y si me pillan, fijo que me meten una bala en la cabeza.

—Tudeca, Tudeca —le dijo Perro Blanco con voz tranquilizadora—. No lo consideres un robo. Considéralo una redistribución entre la gente que lo necesita de verdad. Mira, todo esto iba destinado al hospital donde están los soldados de los regimientos de fuera del planeta. Yo me aseguraré de que llegue a las manos de los habitantes de Erebus… a precio de coste.

Tudeca lanzó una carcajada hueca que más pareció un relincho.

—¡A precio de coste! Venderás todo esto a cuatro veces su precio.

—¡Eh, ahí afuera hay un mercado! Si puedo sacar algo de dinero con esta guerra, ¿quién dice que eso es algo malo?

—Además, no te olvides de que tú también estás metido hasta el cuello en esto —le recalcó Plata, cuyo largo cabello relucía bajo la luz de la luna.

—Ya lo sé —contestó Tudeca con voz agria mientras Jonny Pisotón se bajaba de un salto de la parte trasera del último camión.

—Por lo que veo, está todo —dijo.

—¡Vaya!, ¿qué puñetas quiere decir eso? ¿Está todo o no está? —le soltó Perro Blanco.

—Significa que a mí me parece bien —gruñó Jonny.

—Bueno, supongo que eso basta —comentó Perro Blanco con un encogimiento de hombros antes de que Plata y Jonny se pusieran cada uno al volante de un camión.

Él se subió de un salto a la cabina del tercero, que estaba a su lado, y cerró la puerta de golpe. Bajó la ventanilla y se asomó. Miró por encima del hombro al sargento Tudeca mientras los motores de los camiones empezaban a rugir. Sacó un fajo de billetes, una parte del botín del bar Carne, al que también había restado lo que había pagado por un cargamento de armas robadas que le había comprado a otro sargento corrupto la noche anterior. Se lo lanzó a Tudeca, quien lo atrapó en el aire con una mueca sonriente de avaricia.

—Puedo conseguir más material dentro de poco —gritó cuando la codicia venció a su cobardía natural—. Sólo tengo que esperar a que todo se tranquilice.

Las luces de los camiones se encendieron y el primer vehículo se dirigió hacia la oscuridad.

—A mí me vale —contestó Perro Blanco mientras aceleraba el motor del camión.

—Después de todo —dijo Tudeca—, el negocio es el negocio.

—Sí —contestó Perro Blanco, mostrándose de acuerdo—. Lo de siempre.



SIETE

Los muelles orbitales de Chordelis eran una escena de anarquía controlada. Todos los técnicos, el personal de astilleros y cualquier individuo en condiciones de trabajar fueron reclutados para reparar los terribles daños causados por los tiránidos en las naves de la Armada imperial durante la batalla de Barbarus. Un piquete de cañoneras formaba un perímetro de seguridad alrededor de las naves de combate para aislarlas de la multitud de naves civiles que despegaban del planeta en una oleada incontrolada.

Los tecnomarines de los Mortificadores supervisaron la colocación de las gruesas placas de acero, que se soldaron a las secciones dañadas del Mortis Probati mientras se recargaban los depósitos de munición. Las tripulaciones del Labor Heroica y de la única nave superviviente del escuadrón Hydra se afanaban en los cascos de sus respectivas naves efectuando de forma apresurada las reparaciones que les permitirían volver a combatir. Sin embargo, nadie se hacía ilusiones. Todo el mundo sabía que esas reparaciones no eran nada más que algo temporal. Cada una de las naves necesitaría pasar muchos meses en el dique seco para volver a estar en condiciones óptimas.

El Vae Victus había escapado relativamente indemne. Le habían perforado el casco en cuatro lugares, pero ninguna de las criaturas tiránidas de abordaje había conseguido penetrar más allá de los puentes externos, y las reparaciones no serían un asunto complicado. Tampoco es que aquello fuera un consuelo para el almirante Tiberius, quien había jurado que no olvidaría el insulto que había sufrido su nave por culpa de la impetuosidad de los Mortificadores. Los trabajos de reparación del casco ya se habían acabado casi por completo, y al otro lado de la línea de cañoneras, lo esperaban las naves del escuadrón Arx Praetora y los cruceros de la clase Dauntless Yermetov y Luxor para escoltarlo a su nueva misión.

El planeta se había estado vaciando sin cesar desde el aviso de la llegada inminente de los tiránidos, y cientos de naves abarrotaban las vías de comunicación alrededor del planeta. Los ciudadanos más acaudalados, que tenían sus propias naves, habían sido los primeros en escapar, seguidos muy de cerca por los que podían pagarse un pasaje para marcharse del planeta. Los que contaban con el dinero suficiente se dirigían al centro de la

galaxia, mientras que los que no podían financiarse un viaje semejante se marchaban en naves comerciales, abarrotadas de refugiados, que iban y venían entre Chordelis y Tarsis Ultra. Los capitanes avariciosos, al ver la posibilidad de obtener grandes beneficios, elevaron los precios en consecuencia, hasta el punto de que incluso los ricos acabaron huyendo como pobres.

No obstante, aunque lograron escapar millones de personas, millones más quedaron atrapadas. Las multitudes de las diferentes ciudades, presas del pánico, huyeron hacia el espaciopuerto más cercano en un intento infructuoso por ponerse a salvo. Los hombres, ansiosos por escapar, ofrecían su servicio a cualquiera de por vida, y las mujeres se ofrecían a sí mismas. Algunas personas tenían suerte, otras no, y el miedo se extendió como una plaga entre la gente de Chordelis.

En Berlinas, el gentío angustiado se manifestó delante del palacio del gobernador y exigió que se tomaran medidas para evacuar a la población. La situación se deterioró y miles de ciudadanos enfurecidos asaltaron el palacio. Lo que descubrieron fue que el gobernador planetario ya se había marchado de Chordelis y que había emitido todos los mensajes llamando a la calma desde una nave que ya había partido.

En Dremander, la tripulación de una nave comercial independiente disparó contra una muchedumbre que pretendía apoderarse del transporte. Mataron a más de setenta personas antes de que la multitud histérica los atrapara y los despedazara.

Dos días después de ese incidente, más de once mil personas murieron en Jaretaq, el mayor espaciopuerto del planeta, cuando una multitud aterrorizada consiguió romper y atravesar las líneas de arbites que protegían la entrada. Reclamaban un pasaje en alguna de las naves que había en ese momento en las plataformas de despegue. El crucero de lujo Cherrona estaba despegando en ese momento y la horda de gente impidió que la tripulación de tierra desenganchara los cables de amarre. El motor de estribor acabó arrancado cuando el capitán intentó elevarse, y se estrelló contra el suelo, donde explotó en mitad de la muchedumbre. La pesada nave se balanceó en el aire y descendió con rapidez hacia tierra cuando la

atracción de la gravedad fue demasiado fuerte para el otro motor. Cargado hasta los topes de combustible y de refugiados, el Cherrona acabó chocando contra la torre de control más cercana antes de estamparse contra la plataforma de despegue del espaciopuerto.

La nave estalló con la potencia de un bombardeo orbital y lanzó una muralla de fuego y de fragmentos letales en todas las direcciones, que atravesaron los cuerpos de miles de personas y provocaron decenas de nuevas explosiones. La oleada de devastación recorrió todo el espaciopuerto, hasta que no quedó casi nada en pie. Las llamaradas de aquel terrible desastre se vieron desde un lugar tan alejado como la capital planetaria, Kaimes.

Por todo Chordelis se vieron escenas similares mientras la aterrorizada población se esforzaba por escapar del mundo condenado.

El puente de mando del Vae Victus permanecía en silencio, con el ambiente cargado de tensión. El almirante Tiberius mantenía la nave a una distancia prudencial de la monstruosa estructura que avanzaba por delante de ellos y ocupaba todo el ventanal de observación. Todos habían oído hablar del terrible desastre ocurrido en Yulan y de la pérdida de la tercera refinería. Tiberius estaba decidido a que no le ocurriera nada parecido a aquella.

—¿Cuán cerca estamos, Philotas? —preguntó el almirante con un susurro, como si su sola voz fuese capaz de alertar a los tiránidos de su presencia, aunque, sin duda, los alienígenas ya debían de saber que estaban allí.

Los informes de las naves del escuadrón Arx Praetora y de los cruceros de la clase Dauntless, que estaban a unos treinta mil kilómetros por delante del Vae Victus, indicaban la presencia de una flota alienígena que se movía como una única e inmensa masa sólida de criaturas, incluidas varias naves colmena dispersas por el enjambre. Probablemente estaban demasiado separadas para que el plan afectara a más de una o dos, pero incluso sólo una ya sería una victoria suficiente.

—Es difícil decirlo, almirante —contestó Philotas—. Las lecturas de los sensores son poco definidas debido a la nave refinería, pero diría que a no más de cincuenta mil kilómetros.

—Nos estamos acercando mucho —comentó Uriel mientras estudiaba la mesa de mapas—. Los primeros combates en Barbarus no fueron a una distancia mucho menor.

—Lo sé, Uriel, lo sé, pero sólo tenemos una oportunidad para lograrlo. Hay que asegurarse. Chordelis depende de nosotros.

Uriel asintió, decidido a que Chordelis no sufriera el mismo horrible destino que Barbarus Prime. A esas alturas, del planeta no quedaba más que la roca desnuda y muerta. La gente, los animales, todos sus ecosistemas habían sido devorados por aquellos monstruosos alienígenas. Chordelis también se enfrentaba a la destrucción absoluta, pero en ese caso, a manos de la misma gente que se suponía debía defender el planeta.

Recordar la lógica fría e implacable del inquisidor Kryptman hizo que Uriel se estremeciera. También recordó la última vez en que se había enfrentado a un inquisidor. Se trataba de Ario Barzano, que había propuesto la destrucción absoluta de Pavonis para impedir que un demente consiguiera apoderarse de una arma capaz de deshacer hasta las propias estrellas. Uriel había conseguido persuadir a Barzano de que les concediera una última oportunidad para salvar la situación y, gracias al Emperador, lo habían logrado: Pavonis se había librado del horror de la solución definitiva que era el bombardeo vírico.

Había tenido que enfrentarse una vez más a los que consideraba sus aliados para defender a las personas corrientes del Imperio. Le sorprendía que Kryptman fuese tan insensible como para condenar a muerte a todo un planeta tan sólo para impedir que cayera en manos del enemigo.

Sólo dos días antes, en las estancias del capitán del puente de mando del Argus, Kryptman les había comunicado su decisión de sentenciar Chordelis a muerte.

—No tenemos otra elección —argumentó el inquisidor—. Los cazas del Kharloss Vincennes han estado acosando la vanguardia de la flota alienígena desde Barbarus, pasando por Parosa y por Yulan. Los tiránidos

estarán aquí dentro de tres o cuatro días como mucho. No hay tiempo para sacar a nadie más de Chordelis. Si prolongamos la estancia, perderemos la poca ventaja que tenemos. ¿Y para qué? Podemos luchar y quizá ganaríamos un día más para los defensores de Tarsis Ultra, pero cuando seamos derrotados, los tiránidos consumirán Chordelis como lo hicieron con Barbarus Prime, e incrementarán su número gracias a toda la biosfera del planeta. —Kryptman negó con la cabeza—. No, es mucho mejor que Chordelis muera por nuestra propia mano que a manos del Gran Devorador. Créanme, el exterminatus es una muerte mucho más rápida y mejor que la que les ofrecerán los tiránidos.

Un silencio aturdido siguió a las palabras de Kryptman. El almirante Bregant de Corte se puso pálido y tomó un sorbo de amasec antes de respirar profundamente y mirar alrededor de la mesa. Los capitanes de la Armada allí reunidos parecían asombrados, pero siguieron el ejemplo del almirante y se quedaron callados. El capitán Gaiseric y Astador asintieron con gesto lento.

El almirante Tiberius carraspeó antes de inclinarse hacia delante y apoyar los brazos en la mesa para unir las manos.

—Tiene que haber otro modo —dijo con voz clara y lenta, y Uriel se vio asaltado por una nueva sensación de *déja vu* al recordar el momento en que el inquisidor Barzano había expresado una decisión similar.

—El almirante Tiberius tiene razón —dijo—. ¿Qué sentido tiene venir a este sistema planetario para defenderlo cuando nuestra primera reacción ante el avance de estos alienígenas es destruir todo lo que tienen a su paso? Quizá acabaríamos victoriosos, pero con todos los planetas muertos.

—Capitán Ventris, no es capaz de ver el cuadro completo —le contestó Kryptman, recalcando la insignificancia del rango de Uriel en comparación con el suyo propio—. Nos enfrentamos a una fuerza demasiado terrible como para ser comprendida. A veces, debemos sacrificarnos en las pequeñas batallas para ganar la gran guerra.

—Óigase hablar —le espetó Uriel—. Habla de sacrificios en las pequeñas batallas. ¿Es que no se da cuenta de que está hablando de uno de los planetas del Emperador, un mundo donde viven millones de sus

subditos, de sus soldados? Creo que es usted el que se olvida de la «gran guerra».

—No, capitán Ventris —le contestó Kryptman con un tono de voz que daba por zanjada la cuestión—. No lo hago.

Uriel se puso en pie y dio un puñetazo en la mesa que astilló la madera.

—Cada vez que estos alienígenas invaden los dominios del Emperador, retrocedemos. La gente como usted nos dice tan a menudo que no podemos enfrentarnos a ellos que hemos empezado a creerlo. Bueno, pues se acabó. Propongo que digamos basta y que no hablemos más; que esta vez nos quedemos y luchemos.

—Capitán Ventris, olvida cuál es su posición —le soltó el capellán Astador—. Hemos venido a luchar contra los tiránidos y si el inquisidor, que es un erudito en el tema, cree que éste es el mejor modo de combatirlos, ¿quién es usted para cuestionar su decisión?

—Soy un fiel servidor del Emperador y un hijo orgulloso de su progenitor, Roboute Guilliman. Yo pensaba lo mismo de usted antes, pero el hecho de que me haga esa pregunta me demuestra lo equivocado que estaba.

El rostro de Astador se ensombreció y los músculos de la mandíbula se hincharon cuando apretó los dientes para contenerse ante el insulto de Uriel.

—Mientras estemos unidos por esta causa común, le llamaré hermano, pero en cuanto derrotemos a ese enemigo, tendremos que vernos las caras —le prometió Astador.

—Estaré encantado —le contestó Uriel mientras se sentaba de nuevo—. Me dan asco.

—Caballeros —los interrumpió el almirante De Corte—, éste no es el mejor momento para discutir ese tipo de asuntos. El destino de un planeta imperial se encuentra en nuestras manos, y no nos conviene nada pelearnos entre nosotros como orkos.

—Gracias, almirante De Corte —le contestó Kryptman—. Perdemos un tiempo muy valioso con una discusión semejante. Ya he tomado una decisión.

—Inquisidor general —dijo Tiberius—, puede ser que tenga una solución alternativa, y me gustaría que la considerase. Me acordé de Ravensburg cuando pasamos al lado de las refinerías orbitales de Yulan.

Kryptman entrecerró los ojos: aquello le había llamado la atención. Sintió curiosidad por el motivo de la referencia al salvador del sector Gótico, el gran almirante Cornelius Ravensburg.

—Siga…

Tiberius les habló de la destrucción del Imperdonable y de las acciones del comodoro Kurtz durante la defensa de Délos IV. La emoción llenó el puente de mando cuando el almirante ultramarine explicó lo que se le había ocurrido al pasar por Yulan y el potencial que tenía.

Ni siquiera entonces, cuando habían pasado ya varios días, Uriel era capaz de creerse la facilidad con la que Kryptman había decidido el destino de millones de personas. Para el inquisidor, aquella gente no eran más que números, pero para Uriel eran seres humanos vivos, súbditos del Dios Emperador y merecedores de su protección. Sacudió la cabeza para salir del ensimismamiento y se concentró en el presente cuando la campana de la sacristía empezó a sonar. Tiberius bajó del púlpito de mando para colocarse a su lado en la mesa de mapas.

—Paren motores —ordenó—. Cambio de rumbo a cero seis cinco.

—Motores parados —confirmó Philotas—. Cambiamos de rumbo.

Uriel y Tiberius intercambiaron una mirada nerviosa mientras la imagen que tenían ante ellos pasaba deslizándose hacia babor. A medida que los motores iban perdiendo potencia, sólo la inercia del impulso hacía que la nave continuara avanzando. Con lentitud, pero sin pausa, la enorme refinería de plasma hidrógeno fue disminuyendo de tamaño en el ventanal de observación. Una sensación de alivio palpable recorrió todo el puente de mando cuando la distancia entre el Vae Victus y el mortífero coloso se incrementó.

A medida que la refinería se alejaba, el contorno de un halo desigual rodeó los bordes del monstruoso artefacto. Uriel pensó al principio que se trataba del aura de las estrellas lejanas que se encontraban alrededor de la

silueta de la inmensa refluí ría, pero a medida que se distanciaba, se dio cuenta de que eran los bordes de la vanguardia de la flota tiránida.

—¡Por Guilliman! —murmuró Uriel cuando se percató de forma tan evidente del tamaño de la flota alienígena.

Estaba claro que en Barbarus Prime tan sólo se habían enfrentado a una pequeña parte de ella. La superficie transparente del ventanal de observación estaba repleta de diminutos puntos de luz reflejada que sólo podían ser organismos tiránidos, y su increíble número desafiaba toda capacidad de cálculo. Parecía que el enjambre alienígena no tenía fin, y Uriel notó una sensación de miedo irracional en la boca del estómago ante la inmensidad de la flota tiránida.

Ni siquiera las fuerzas alienígenas a las que se había enfrentado en Ichar IV podían compararse con el tamaño de aquella Ilota, y por un breve instante se preguntó si Kryptman no llevaría razón. ¿Lograrían vencer a semejante horda gigantesca?

—Coraje y honor —dijo Tiberius al ver el efecto que el tamaño de la flota tiránida había tenido en la tripulación—. Son muchos, pero ya hemos visto que se les puede matar y que se les puede derrotar. Además, tenemos nuestra fe en el Emperador. Confiemos en él y en el primarca, y venceremos.

—El escuadrón Arx Praetora se está poniendo a la vista —informó Philotas—. Todas las naves han sufrido algún daño, pero nada grave.

—Bien. ¿Y los cruceros?

—El Yermetov se encuentra en posición a babor, y el Luxor está avanzando para cubrir a los cruceros de ataque rápido.

—¿Y los tiránidos?

—Muy cerca de ellos.

Las criaturas a las que el inquisidor Kryptman había bautizado como krakens flotaban en dirección a la forma inmensa de la refinería de plasma hidrógeno protegidas por una nube de esporas. En cuanto las esporas estuvieron cerca, expelieron chorros de gases y se dirigieron hacia la refinería, donde explotaron y cubrieron la estructura con metralla quitinosa.

Sin embargo, era un artefacto demasiado inmenso como para que lo afectaran unos simples arañazos.

Al darse cuenta de que las esporas apenas habían tenido efecto, unos cuantos krakens se lanzaron a por la colosal nave y la cubrieron con chorros de plasma biológico, al mismo tiempo que azotaban la estructura superior con sus tentáculos afilados. Arrancaron grandes trozos de armaplas y de acero, pero a pesar de la ferocidad de los ataques, poco consiguieron hacer que la dañara.

Unos cuantos krakens siguieron avanzando y dejaron atrás la refinería para dirigirse hacia las naves que la escoltaban, en concreto, hacia las del escuadrón Arx Praetora. Unos rayos de energía de un brillo insoportable procedentes de las poderosas armas de la proa del Luxor atravesaron un par de krakens, y los demás se dispersaron; así, abandonaron la persecución de los cruceros de ataque rápido en favor de la presa de mayor tamaño. El Luxor se ladeó mientras los motores se esforzaban por invertir el rumbo; con una maniobra suave, la popa quedó girada. Unos cuantos disparos del Yermetov acabaron con varios organismos tiránidos, hasta que no quedó ninguno lo bastante cerca como para amenazar al otro crucero.

Ambas naves se alejaron de las criaturas que estaban atacando la refinería mientras nuevos enjambres de tiránidos se abalanzaban hacia la enorme estructura. Cada organismo se agarró a donde pudo y se dedicaron a morder, disolver o explotar, según marcara su código genético. A los pocos minutos, toda la nave estaba tapada por una masa palpitante de criaturas frenéticas, desesperadas por destruir aquella amenaza para la colmena.

Pero era tal la solidez de la construcción de la refinería que ninguna de las criaturas consiguió penetrar el casco y, en poco tiempo, ya se había adentrado profundamente en el interior de la masa del enjambre, así que una de las naves colmena cambió el rumbo para atacarla. Unos chorros de ácido del tamaño de una ciudad azotaron el costado de la refinería y la materia orgánica bajó derretida junto a la inorgánica mientras la nave colmena atacaba una y otra vez a la nave humana.

Unos gigantescos tentáculos de alimentación surgieron del retorcido caparazón de la nave colmena y agarraron la enorme nave para arrastrarla

sin esfuerzo aparente hacia un gigantesco orificio en el cuerpo, que estaba rodeado de miles de dientes agudos.

Uriel y Tiberius se dirigieron al final del puente de mando y observaron cómo la inmensa nave colmena comenzaba a devorar la enorme nave refinería, apenas visible bajo la masa palpitante de organismos tiránidos. Tiberius se detuvo un momento para saborear la escena antes de iniciar la siguiente parte del plan.

Uriel vio cómo los organismos tiránidos atacaban la refinería e hizo una mueca de desprecio con el labio. Los alienígenas iban a morir, y la idea le encantaba. Se imaginó al negro espectro de la muerte flotando por encima de la flota enjambre y sintió una oleada de nerviosismo al pensar en la tremenda escala de la destrucción que estaban a punto de provocar. Experimentó la sensación de poder que confería el conocimiento de que otro ser vivo continuara con vida sólo porque se había decidido no matarlo todavía, y esa sensación le recorría todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

Cerró los puños. Notó que la rabia le corría por las venas, junto con el deseo de atacar aquellas criaturas. La cabeza se le llenó de imágenes de campos ensangrentados repletos de cadáveres de bestias tiránidas.

Uriel percibió el sabor a sangre en la boca y se percató de que se había mordido la lengua. El fuerte sabor metálico le hizo regresar de sus ensoñaciones.

Los corazones de Uriel estaban marcando un tremendo tamborileo contra las costillas que los rodeaban. Tenía la frente cubierta de sudor. Aspiró profundamente y sintió la pureza del aire cargado de incienso recorrerle como una brisa curativa.

—Uriel, ¿está bien? —le preguntó Tiberius al darse cuenta del estado de ánimo del capitán.

—Sí —logró contestar Uriel—. Lo estoy.

Tiberius se limitó a asentir antes de volver a concentrar la atención en el ventanal de observación.

—¿Tenemos una solución de disparo? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí, almirante general —contestó Philotas, que no logró ocultar el nerviosismo que sentía.

Un silencio respetuoso invadió el puente de mando cuando Tiberius dio media vuelta, regresó al púlpito y dejó a Uriel en el punto de observación. Subió los peldaños y retomó su puesto. Colocó una mano a cada lado del púlpito.

—Fuego —dijo tan sólo.

El Vae Victus se estremeció cuando el cañón de bombardeo de la proa disparó un proyectil del tamaño de un edificio. Atravesó el espacio a una velocidad increíble y cruzó la distancia que separaba al Vae Victus de su objetivo en menos de un minuto.

Habían calculado con cuidado el punto de impacto. Se trataba de la zona más débil del blindaje de la refinería, donde una explosión provocaría el mayor daño a los depósitos internos de plasma. La nave, llena de millones de toneladas de volátil compuesto de plasma hidrógeno, se había convertido en una gigantesca bomba voladora. El proyectil del cañón de bombardeo impactó en mitad de la refinería y atravesó metros de refuerzos estructurales. La espoleta retardada permitió que no explotase hasta que no se encontrase en las profundidades del objetivo.

El proyectil estalló dentro del depósito de plasma de mayor capacidad y provocó la ignición inmediata del inestable compuesto. De ese modo, se inició una reacción en cadena igual a la que había destruido la tercera refinería en órbita alrededor de Yulan.

La nave colmena pareció presentir el peligro y quiso soltar la refinería, pero ya era demasiado tarde. Millones de toneladas de productos químicos inflamables se incendiaron y estallaron como el nacimiento de una nueva estrella. Todas las criaturas que estaban atacando la refinería quedaron incineradas. La bola de fuego se fue expandiendo en una oleada mortífera que acabó con otras criaturas del enjambre. Krakens, zánganos y esporas ardieron y murieron por la explosión inicial, y miles más sufrieron heridas internas mortíferas debido a la inmensa onda expansiva que siguió a la explosión.

La nave colmena había pasado milenios viajando por el vacío entre galaxias. Su pellejo era tan grueso como el blindaje de cualquier nave estelar, pero incluso aquello era inútil ante la potencia de semejante explosión. Todo su cuerpo desapareció en mitad de la bola de fuego inicial y los restos quedaron reducidos a átomos por la onda de choque posterior.

En una fracción de segundo, una criatura que había tardado siglos en crecer y evolucionar hasta alcanzar aquella forma quedó aniquilada y borrada de las estrellas como si jamás hubiese existido.

Los defensores de Tarsis Ultra cayeron resignados y agotados por noveno día consecutivo. Learchus los observó con una gran sensación de orgullo hasta que el último soldado se derrumbó en el suelo y se quitó la mochila. Él no había sudado ni una gota, pero su condición física era tal que podría haber corrido durante días sin necesitar ninguna clase de descanso. Sonrió mientras caminaba entre los soldados exhaustos, consciente de sus miradas furiosas y de las maldiciones lanzadas entre dientes.

Los miembros de todos los regimientos lo estaban haciendo muy bien y entre ellos había nacido un sentimiento de camaradería. Que lo hubiese conseguido a costa de que lo odiaran no le preocupaba. Sabía que sería algo pasajero. Mientras el enemigo estuviese lejos, los soldados necesitaban un objetivo para su odio y sus sentimientos agresivos. Learchus recordaba con claridad al capellán Clausel en Agiselus y lo mucho que lo había odiado durante el entrenamiento. Clausel se había convertido en un amigo de confianza y había llevado la tranquilidad espiritual a los hombres de la cuarta compañía en los períodos más oscuros de su larga y orgullosa historia.

El mayor Satria se le acercó, trastabillando. Tenía la cara enrojecida y cubierta de sudor.

—¡Maldita sea!, nos lo está haciendo pasar mal —le dijo entre jadeos.

—Los tiránidos se lo harán pasar peor —contestó Learchus.

—Eso es verdad —respondió Satria, asintiendo.

El mayor se inclinó y apoyó las manos en las rodillas mientras aspiraba grandes bocanadas de aire frío para recuperarse. Había perdido peso y desde que había comenzado el entrena miento se había librado también de la placa pectoral y de la gorra de plato que le permitía llevar su rango de oficial. El cabello negro, que le llegaba hasta los hombros, estaba lacio por el sudor y ya caminaba con mayor empaque.

Los ordenanzas y los voluntarios de la ciudadanía de Erebus empezaron a recorrer los grupos de soldados jadeantes para distribuir la comida caliente y el agua potable que llevaban en los contenedores. La deshidratación entre los soldados se había convertido en un problema muy serio. Algunos tomaban puñados de nieve sin derretir, lo que a veces provocaba enfermedades y siempre bajaba la temperatura del cuerpo de un modo peligroso.

Learchus también había prohibido las raciones de amasec, de cafeína y de pitillos que recibían los soldados. Todos esos vicios hacían que los soldados fuesen más susceptibles de quedar deshidratados. Aunque la prohibición casi había provocado una revuelta cuando la había anunciado, Learchus sabía que la decisión estaba dando sus frutos, ya que el número de casos de deshidratación se había reducido de forma drástica.

Se habían producido muchos casos de podredumbre en los pies durante los primeros días de entrenamiento. Las gruesas botas de goma de muchos de los soldados no dejaban que se evaporara el sudor y causaban la aparición de hongos necróticos. Los soldados del regimiento de Logres habían consentido en que se copiara el diseño de su equipamiento para pies, y a los pocos días, las factorías de Erebus ya estaban distribuyendo a cada compañía los calcetines, el polvo fungicida y las nuevas botas que permitían que el pie transpirara.

Learchus había quedado impresionado por la eficacia de Sebastien Montante, el mariscal fabricador de Erebus. Lo había catalogado como un bobo de cabeza hueca cuando lo había conocido, pero aunque aquel individuo no era un guerrero, el talento del fabricador para las tareas logísticas de combate era excelente, y casi cada petición que Learchus le

había hecho sobre suministros o equipo se había cumplido a las pocas horas.

Montante había demostrado ser un aliado muy valioso, pero no se podía decir lo mismo de todos los miembros del consejo Industrial que ayudaban a gobernar Erebus. Learchus lo había reunido tres días atrás con los nueve miembros del consejo en la Cámara del Mosaico y les había bosquejado las lineas principales del plan de defensa de la zona interior del valle. Recordó con vergüenza cómo había perdido la paciencia por la estupidez que habían demostrado; la estupidez que había demostrado, en concreto, uno de ellos.

Simón Van Gelder.

El individuo al que Learchus le había impedido marcharse de la ciudad llevaba la espina de esa humillación clavada en el Corazón y estaba decidido a devolverle el «favor».

—No podemos permitir que el sargento Learchus derribe todos los edificios entre las murallas —dijo Van Gelder después de tomar un sorbo de vino—. Si lo hacemos, cuando derrotemos a los alienígenas nos encontraremos con que somos pobres, los señores de una ciudad en ruinas de la que sólo poseeremos los escombros.

—Si no destruyen esos edificios, no tendrán ciudad alguna —le explicó Learchus.

—Tantos años de paz nos han convertido en un pueblo autoindulgente —añadió Montante. Señaló a las paredes que los rodeaban—. Observad el mosaico. Es evidente por lo que aparece en él que no deberíamos haber sido tan descuidados con nuestros programas de construcción. Los planos originales de la ciudad, diseñados por el propio Roboute Guilliman en persona, nos muestran que no debe existir ninguna clase de edificios entre las murallas.

—¡Bah! —le contestó Van Gelder con un gesto despectivo de la mano —. Sebastien, un mosaico casi borrado, con miles de años de antigüedad, no es un motivo suficiente para llevarnos a la ruina económica. ¿Qué haremos cuando nuestros valientes defensores derroten a los tiránidos? ¿Cómo podremos fabricar productos sin factorías?

—Simón, podemos reconstruirlas, pero debemos estar vivos para hacerlo. Por favor, escucha lo que dice el sargento Learchus.

—Muchos de los edificios que posee han sido construidos demasiado cerca de las murallas, señor Van Gelder. Si nos vemos obligados a retirarnos de la muralla o los tiránidos se apoderan de uno de ellos, les habremos proporcionado una cobertura muy valiosa desde la que acercarse.

—¿Me está hablando de la zona que rodea el distrito quintus? Eso está a más de treinta kilómetros de la entrada del valle. ¿Quiere decir que piensa que esos malditos alienígenas van a adentrarse tanto en nuestra bella ciudad? ¿Me está diciendo que no van a ser capaces de detenerlos antes de llegar a eso? Perdone, es que había pensado que los Ultramarines eran guerreros de gran fuerza y valor. Al parecer, me habían informado mal.

Learchus se puso en pie de un salto, agarró a Van Gelder por las solapas de la túnica y tiró de él desde el otro lado de la mesa para gruñirle a la cara. El vino se derramó por la mesa y una copa se partió en mil pedazos al estrellarse contra el suelo.

—¿Se atreve a insultar nuestro honor? —le espetó Learchus—. Será mejor que piense con mucho cuidado lo que va a decir a partir de ahora, señor Van Gelder, porque si me vuelve a insultar, lo mato.

Todos los miembros del consejo se quedaron inmóviles mientras Learchus se esforzaba por controlar su furia. Ninguno de ellos estaba dispuesto a intervenir para ayudar a su compañero por temor a que la rabia del marine espacial se volviera en contra de los demás. Lo único que se oía era el jadeo aterrorizado de Van Gelder y el goteo del vino en el suelo. Sebastián Montante se puso en pie con lentitud y le puso una mano en el antebrazo a Learchus.

—Sargento Learchus —dijo en voz baja—, estoy seguro de que el señor Van Gelder no pretendía ofenderlo. ¿No es verdad, Simón?

Van Gelder se apresuró a afirmarlo con la cabeza.

—¿Lo ve? —siguió diciendo Montante—. Lo dijo sin pensar, en el calor del momento. Por favor, Learchus, ¿sería tan amable de devolver al señor Van Gelder a su silla?

Learchus dejó escapar un sonido sibilante y soltó a Van Gelder, que se desplomó en su asiento con un gemido lastimero. Tenía la cara de color gris, pero tan sólo pasaron unos segundos antes de que en su rostro apareciera una expresión de rabia. Montante lo vio y se apresuró a intervenir.

—Simón, antes de que digas nada más, creo que ya hemos resuelto todo lo que podíamos, y que deberíamos aplazar el resto de la sesión hasta mañana por la mañana. ¿Estamos de acuerdo?

Una serie de apresurados gestos de asentimiento recorrió la mesa y, después de una tensa pausa, Van Gelder también asintió antes de salir de la Cámara del Mosaico sin decir una sola palabra más.

La ausencia de Van Gelder en la reunión del día siguiente fue muy llamativa. La misiva que se le envió a su casa en la parte superior del valle para que asistiera fue devuelta sin abrir. Se votó sobre el asunto de la demolición de sus propiedades y el resto del consejo en pleno apoyó de forma unánime el plan de Learchus.

El recuerdo de aquella pérdida de control avergonzaba a Learchus, por lo que pasó todas las noches desde el incidente rezando como penitencia.

—¿Cómo van las tareas en la parte baja del valle? —le preguntó Learchus a Satria mientras éste se bebía con gesto agradecido y de un trago, como si fuera vino dulce, la jarra de agua que le acercó un ordenanza.

—Casi hemos acabado de preparar el terreno entre las dos primeras murallas, pero tardamos demasiado. El suelo está congelado y cuesta mucho cavar, incluso con las máquinas.

—Tenemos que acabar esas trincheras en las próximas dos semanas. Los tiránidos ya habrán llegado para entonces.

—No hay que preocuparse. Los hombres están trabajando todo lo que pueden, se lo aseguro.

—Bien. Esos hombres lo honran, mayor Satria.

—Gracias, aunque quizá sería bueno que se lo dijera a ellos.

—Pienso hacerlo, pero cuando me odien más que la peor de sus pesadillas.

—Sabe, creo que ya le odian más que eso. El hecho de que los supere con tanta facilidad en el entrenamiento los enfurece. Creo que piensan que está fanfarroneando.

—Tienen razón: estoy fanfarroneando sólo con entrenarme con ellos. Quiero que sepan que soy superior, porque cuando llegue el momento de animarlos, deben sentir que mi alabanza significa algo de verdad. Los haré sentir como si fueran héroes, les haré creer que son los mejores guerreros de la galaxia.

—Es usted bastante astuto —dijo Satria al cabo de unos instantes.

—Tengo mis momentos —contestó Learchus con una sonrisa.

La pequeña flotilla de naves imperiales se dirigió a toda velocidad hacia Chordelis. Los veloces cruceros de ataque rápido del escuadrón Arx Praetora marchaban en vanguardia, seguidos de cerca por el Vae Victus, el Yermetov y el Luxor. El ánimo a bordo de las naves era de un optimismo cauteloso. Si lograban destruir otra nave colmena del mismo modo, quizá las defensas orbitales combinadas con la flota y las naves del sistema de defensa conseguirían mantener a distancia la flota tiránida, incluso era posible que pudieran impedir que los alienígenas pusieran una sola pata sobre la superficie de Tarsis Ultra.

En el puente de mando del Vae Victus, el almirante Tiberius bebía a sorbos una copa de agua mientras discutía con Uriel las posibilidades tácticas de las que disponían.

—Uriel, es posible que podamos hacer que esos malditos alienígenas se arrepientan de haber venido.

—Creo que podemos —contestó el capitán de la cuarta compañía, mostrándose de acuerdo—. Las defensas que protegen Tarsis Ultra son muy poderosas y la última refinería irá cargada de explosivos.

—Si logramos eliminar otra nave colmena, puede ser que la mente enjambre decida pasar de largo de Chordelis.

—Y eso será una victoria en más de un sentido —añadió Uriel con un tono de voz sombrío.

—¡Cuidado, Uriel! —le advirtió Tiberius—. Kryptman no es alguien a quien convenga molestar. Tiene a su disposición el poder de la Inquisición. Si no fuese por él, es posible que Macragge hubiese caído ante la flota enjambre Behemoth.

—¿Lo conoció en la guerra?

—Sí. Entonces era joven, lleno de la pasión propia de un inquisidor que ha encontrado su verdadera vocación.

—¿Alguna vez se le ocurrió ordenar la destrucción de Macragge?

Tiberius soltó una carcajada.

—No, Uriel, no lo hizo. No creo que ni siquiera el inquisidor Kryptman, tal era su simple rango en aquel entonces, se atreviera a decir en voz alta algo semejante. Lord Calgar jamás lo hubiera permitido.

—¿Cree que Lord Calgar permitiría que destruyesen Chordelis?

Tiberius se pasó una mano por la cabeza mientras se lo pensaba antes de contestar.

—No lo sé, Uriel. El señor de nuestro capítulo es un hombre de gran sabiduría y compasión, pero también es un estratega con una lógica impecable. Creo que usted se ha aficionado demasiado a la idea de salvar a todos los que podamos. El inquisidor general Kryptman tenía razón en lo de que a veces hay que perder alguna batalla para ganar una guerra.

—No puedo aceptar algo así. La destrucción de unos subditos leales del Emperador no puede estar bien.

—Uriel, no siempre podemos hacer lo que está bien. A menudo existe una enorme diferencia entre el modo como son las cosas y el modo como nosotros creemos que deberían ser. A veces, debemos aprender a aceptar las cosas que no podemos cambiar.

—No, almirante, creo que debemos esforzarnos por cambiar las cosas que no aceptamos. Es la lucha contra lo que cree que está mal lo que hace grande a un guerrero. El propio primarca dijo que cuando un guerrero acepta su miedo y se enfrenta a él, ése es el momento en que se convierte en un verdadero héroe, ya que si no se teme a algo, ¿qué valía tiene el coraje con el que te enfrentas a ello?

—Uriel, es un idealista, y esta galaxia puede ser un lugar muy cruel con la gente como usted. Aun así, ¡ojalá hubiese más gente que pensara igual! Es un gran guerrero, capaz de matar con rapidez a sus enemigos, pero no ha perdido de vista el motivo de su lucha: la supervivencia de la raza humana.

Uriel inclinó la cabeza ante al almirante, encantado de recibir un elogio semejante. Agarró la empuñadura de la espacia cuando Philotas se acercó con cara sombría y con una placa de datos en una mano.

Tiberius la tomó y leyó con rapidez el contenido. La boca se le abrió por el horror y la incredulidad.

—¡Abrid ahora mismo el ventanal de observación! —ordenó—. ¡Máxima magnificación!

Las compuertas correderas de bronce se replegaron hacia ambos lados de la parte frontal del puente de mando mientras Tiberius bajaba hacia la mesa de mapas y pedía los despliegues tácticos de la zona circundante. Murmuraba mientras caminaba, y Uriel vio que una de las venas de la sien del almirante palpitaba con fuerza. Aquello le indicó que la furia de Tiberius era enorme. Jamás había visto al almirante tan iracundo.

—Almirante, ¿qué ocurre?

Tiberius le entregó a Uriel la placa de datos, al mismo tiempo que las compuertas correderas acababan de replegarse. Leyó lo que ponía en la placa, pese a que el mensaje era evidente a través del ventanal de observación.

Incluso a máxima magnificación, el planeta que tenían ante ellos apenas llenaba el ventanal de observación. La luz del lejano sol se reflejaba sobre su superficie ardiente y palpitante. Numerosas tormentas de fuego, alimentadas por los gases inflamables emitidos por mares de materia orgánica en descomposición, azotaban y carbonizaban la superficie de aquella roca desnuda y sin vida.

Los propios tiránidos no hubiesen realizado una tarea más exhaustiva.

—¡Por el Emperador… no! —gimió Uriel en voz baja. La placa de datos se le cayó de la mano—. ¿Cómo es posible?

—Los Mortificadores —le contestó Tiberius con voz triste—. Kryptman nos mintió. No pensaba presentar batalla aquí.

Uriel no dijo nada mientras veía cómo ardía Chordelis.



FASE III
ATAQUE



OCHO

Las habitaciones del capitán Uriel Ventris eran humildes y limpias, como correspondía al líder de la cuarta compañía de los Ultramarines. En una esquina de la celda había una sencilla cama con una simple sábana de lino por debajo del escudo de la familia Ventris. Junto a la cama se había dispuesto una mesa de patas finas sobre la que descansaba una jarra de barro llena de vino y un par de copas de plata. Varios cristales de grabación estaban bien apilados al lado de la jarra, y a los pies de la cama se encontraba un baúl abierto de bronce gris que contenía unas sencillas prendas azules y ropa de instrucción.

Uriel se echó una generosa cantidad de vino de la jarra y se sentó en el borde de la cama mientras hacía girar el líquido púrpura en la copa. Inclinó la cabeza hacia atrás y vació la copa de un largo trago. Hizo una mueca ante el fuerte sabor, en tanto volvía a él la imagen del mundo en llamas en el ventanal de observación. Se preguntaba cuánta gente había en Chordelis cuando explotaron las bombas de virus. ¿Cuántos cientos de miles había sacrificado Kryptman en nombre de una guerra más duradera?

El recuerdo lo entristeció. Se sirvió otro vaso y lo alzó para brindar por los muertos de Chordelis. Vació el vaso y se sirvió otro más; buscaba la inconsciencia que sólo podía proporcionarle el alcohol.

Había logrado impedir que el inquisidor Barzano destruyera Pavonis, pero no había salvado Chordelis y el peso de ese fracaso era una carga en su alma. ¿La gente se habría dado cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando explotaron las primeras bombas en la atmósfera?

Sin duda, el virus carnívoro había actuado de prisa; sus efectos eran completamente letales. Tal vez algunos habían sospechado lo que le estaba ocurriendo a su mundo, pero la mayoría, probablemente, había sucumbido sin darse cuenta de la magnitud de la traición que los asolaba. La atmósfera se había saturado de toxinas mutagénicas que habían atacado el adhesivo biológico que mantenía junta la materia orgánica y la habían descompuesto con terrible rapidez. Pasadas pocas horas ya no quedaba nada con vida, y el virus se había visto obligado a volverse contra sí mismo en un inimaginable acto de canibalismo viral. La superficie del planeta había quedado cubierta por una gruesa capa de fango en descomposición y por grandes nubes de

residuos tóxicos. Tan sólo había sido necesario un único disparo desde su órbita para inflamar las emanaciones tóxicas y para que las tormentas de magnitudes apocalípticas que habían sucedido a los incendios barrieran toda la superficie del desnudo planeta.

Uriel había visto el horror del exterminatus e incluso había formado parte en una ocasión de una expedición para administrar la sanción suprema a un planeta contaminado por el Caos, cuyos pobladores se habían convertido en unos viles salvajes que practicaban sacrificios humanos a sus oscuros dioses. Bajo ciertas circunstancias, ese tipo de destrucción resultaba algo apropiado, incluso necesario, pero ese acto de asesinato no era un proceder que le agradara a Uriel, y no fue capaz de perdonar lo que habían hecho Kryptman y los Mortificadores.

Cuando consideraba las ramificaciones de lo que había ocurrido en Chordelis, la mente se le llenaba de contradicciones y de dudas. Habían tomado la iniciativa y habían reaccionado a las circunstancias con una idea original cuando siguieron el plan del almirante Tiberius. Aunque no habían acudido al Codex Astartes, por mucho que odiara reconocerlo, los Mortificadores no se habían alejado del procedimiento correcto descrito en ese volumen sagrado. ¿Qué era lo que le indicaba eso entonces?

Alguien llamó a la puerta y Uriel contestó.

—Adelante.

La puerta se abrió deslizándose con suavidad, y Pasanius apareció en el umbral; la masa de su cuerpo ocupaba todo el espacio. Vestía sus ropas religiosas, ya que la armadura, que era como la de Uriel, estaba siendo reparada en la forja de la compañía, tres cubiertas más abajo. La plata de su brazo biónico reflejaba la parpadeante luz de las velas del pasillo.

—Tengo un problema, capitán —comenzó a decir Pasanius—. Tengo una jarra de vino y si hay una cosa que sé es que no es nada bueno beber solo. ¿Le importaría acompañarme?

Uriel esbozó una lánguida sonrisa y le hizo un gesto para que entrara. No había dónde sentarse, por lo que Pasanius lo hizo en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Uriel le alcanzó dos copas y las llenó de vino. Pasanius le devolvió una a Uriel y levantó la otra hasta la altura de la nariz.

Cerró los ojos y aspiró el embriagador aroma de las bayas silvestres y las grosellas negras, dotado de un suave toque de roble envejecido.

—Esto sí que es bueno —dijo Pasanius—. Embotellado en Tarentus en el año setecientos ochenta y tres, que fue, como sé de buena tinta, un buen año para los viñedos de las laderas al sur de la colina de las Flores Rojas.

Uriel sorbió el vino, asintiendo de forma apreciativa, y se quedaron en cordial silencio, ambos perdidos en sus propios pensamientos.

Pasanius interrumpió el silencio.

—¿Va a decirme lo que le está molestando o tendré que esperar hasta que esté completamente borracho?

—No me he emborrachado desde Agiselus, ¿recuerdas? —dijo Uriel.

Pasanius se echó a reír.

—Sí, el capellán Clausel nos mandó a las montañas y nos dejó allí tres días.

—Que el Emperador me proteja, ya era un cabrón duro de pelar en aquellos tiempos.

—Lo sigue siendo, aunque ahora esté de nuestra parte.

—Clausel te arrestaría un mes sin comida si te oyera decir eso.

—Puede ser, pero sé que no se lo dirá.

—Cierto —asintió Uriel, que dio otro trago.

El vino no tenía posibilidad alguna de emborracharlos. El preomnor, un estómago predigestivo implantado, analizaba y neutralizaba prácticamente cualquier toxina, incluido el alcohol.

A pesar de ello los dos amigos podían disfrutar del sabor de un buen vino.

—No dejo de tener dudas, Pasanius —dijo, por fin, Uriel.

—¿Sobre qué?

—Sobre muchas cosas —dijo Uriel—. Estaba pensando en el capitán Idaeus y en todo lo que me enseñó acerca de reflexionar sobre lo que está más allá del codex. En aquel momento no pude hacer el salto de iniciativa para creer en lo que decía, pero cuanto más entramos en batalla, más puedo poner en práctica lo que él decía.

—Sí, Idaeus era un hombre extraño —asintió Pasanius—, pero también era inteligente. Sabía cuándo incumplir las normas y cuándo respetarlas.

—Ese es el problema, Pasanius. No sé si puedo hacer lo que él hizo…, si puedo entender cuándo seguir el codex y cuándo pensar de forma paralela.

—Lo está haciendo bien, capitán. Los hombres de la compañía confían en usted y le seguirían hasta el mismo fuego del infierno. ¿No es eso suficiente?

—No, Pasanius, ni mucho menos. Yo pensaba que el capitán Idaeus estaba en lo cierto, pero ahora veo a los Mortificadores y me pregunto adonde nos conducirá su línea de pensamiento. Si seguimos sus creencias hasta su conclusión lógica, ¿acabaremos como ellos?

—No, por supuesto que no. El propio capellán Astador lo dijo: él y su capítulo son un producto de su mundo natal. Él me contó todo sobre Posul y, si le vale de algo mi opinión, suena como una visión del infierno. Completamente envueltos en la oscuridad, cada tribu lucha por matar a las demás para demostrar que es la más despiadada y que sus miembros deben ser escogidos como marines espaciales de los Mortificadores. Una cultura como ésa fomenta el desprecio por la vida, y deberíamos haberlo visto cuando se pusieron del lado de Kryptman.

—Pero no lo hicimos.

—No. —Pasanius se encogió de hombros—. A posteriori, siempre parece todo muy sencillo.

—Ya lo sé, pero mira lo que pasó en Chordelis. Nos desviamos del Codex Astartes para enviar esa refinería al enjambre; los Mortificadores siguieron las instrucciones de un inquisidor y un mundo imperial pereció. Sin embargo, sé que hicimos lo que teníamos que hacer, moralmente, cuando intentamos salvar Chordelis, a pesar de la lógica del razonamiento de Kryptman.

Uriel golpeó la mesa con la copa y salpicó de vino los cristales de datos y las sábanas de la cama.

—Me siento como un ciego que no puede ver el camino que tiene ante él.

—Bueno, nadie dijo que estar al servicio del Emperador fuera fácil —dijo Pasanius, que sirvió otras dos copas de vino.

El inquisidor general Kryptman observó cómo atracaba el Vae Victus en el muelle norte del fortín estelar a través del ventanal de observación principal de la basílica central. Sentía que una oleada de excitación poco familiar palpitaba por sus venas. Permanecía en pie con las manos cruzadas a la espalda y vestía el uniforme de un inquisidor de la Ordo Xenos. El capitán Ventris ya sabría que le había mentido sobre la posibilidad de brindar a Chordelis la oportunidad de seguir con vida, pero las recriminaciones inútiles ya no tenían sentido en ese momento. Los tiránidos tenían que ser derrotados utilizando todos los medios necesarios.

El almirante Tiberius lo entendería, pero Ventris era el protegido del capitán Idaeus, un capitán que había visto en Macragge tras la derrota de la flota enjambre Behemoth. Tendría que ser cauto con la ira puritana de Ventris.

Por fortuna, contaba con suficientes fuerzas como para garantizar que mantendría a raya a Ventris.

La curva azul y blanca de Tarsis Ultra brillaba en la parte baja del ventanal de observación. Docenas de naves de defensa del sistema y cañoneras orbitaban alrededor del planeta. La fuerza desplegada era formidable y la demostración de la efectividad de las refinerías como bombas flotantes por parte de los Ultramarines no había pasado desapercibida. La última refinería orbitaba a gran distancia, con una flota de remolcadores controlados por servidores dispuestos a arrastrarla hasta el corazón de la flota de los tiránidos y desatar su fiera destrucción.

El inquisidor se dirigió cojeando hasta su mesa y se sentó tras la amplia superficie de madera de nal. Había sido encargada hacía cientos de años para su mentor en un mundo cuyo nombre no era capaz de recordar entonces, y era una obra de impresionante maestría. Nunca dejaba de intimidar a aquellos que venían a verle. Aunque no esperaba que un marine

espacial se sintiera intimidado por una simple mesa, le brindaba una sensación de estatus siempre que se sentaba tras ella.

Sabía que los ultramarines ya estarían llegando a sus estancias.

Kryptman agarró el microtransmisor que tenía en el cuello.

—Capitán Bannon, ¿podría venir con el capellán Astador?

Uriel, junto con Tiberius y Pasanius, pasó raudo entre los asustados marineros y técnicos, de camino a la basílica del fortín estelar. La estación espacial orbital era una inmensa construcción, de imposible antigüedad; como las demás de la formación en cadena, era lo bastante poderosa como para derrotar a un navío acorazado y a la escolta que lo acompañara. Incluso a pesar de su ira, Uriel podía ver que serían unas potentes armas en su lucha contra los tiránidos.

Al acercarse al fortín estelar, vio la gran forma de la última refinería anclada a miles de kilómetros de la nave más cercana. Unas naves controladas a distancia estaban llenando su estructura con más explosivos aún, lo que era una prueba más de que Kryptman nunca había tenido la más mínima intención de salvar Chordelis.

El trío atravesó el cuadrante norte del fortín estelar y entró en la basílica central, donde esperaba el inquisidor Kryptman. Un guardia de uniforme negro los condujo a las salas que había requisado el inquisidor. Cuando se acercaban a la puerta, el almirante Tiberius agarró del brazo a Uriel.

—Recuerde, Uriel, a Kryptman no le gusta que le lleven la contraria, así que tenga cuidado con lo que dice.

—Así lo haré —prometió Uriel.

Llamó a la puerta con el guante y la empujó sin esperar ninguna respuesta. Tiberius hizo un gesto rápido a Pasanius, quien se apresuró a seguir a su capitán.

Uriel se detuvo cuando vio a Kryptman sentado detrás de una fea mesa de madera oscura, flanqueado por dos marines espaciales. Reconoció a Astador y pensó que el otro sería uno de los Mortificadores hasta que vio el símbolo plateado de los inquisidores en su hombrera izquierda. El color amarillo del capítulo de los Puños Imperiales en el otro hombro ofrecía un

marcado contraste con el profundo negro de la armadura. Su piel era muy morena y el pelo rubio estaba cortado a cepillo.

—¡Ah, capitán Ventris! —dijo Kryptman—. Permítame que le presente al capitán Bannon, de los Guardianes de la Muerte.

—Guardianes de la Muerte… —dijo en voz baja Uriel.

Era la orden militante de la Ordo Xenos, los guerreros alienígenas de élite con los que él mismo había servido durante una década. Kryptman había dicho que había pedido un grupo de combate de los Guardianes de la Muerte, pero Uriel no esperaba que llegaran a tiempo para el inminente conflicto.

Cada uno de los miembros de los Guardianes de la Muerte, formidables combatientes de criaturas alienígenas, había sido escogido entre los mejores guerreros de su capítulo para servir durante un tiempo en la Ordo Xenos y combatir la amenaza de los alienígenas por toda la galaxia. No había nadie mejor preparado para incorporarse a esa lucha que los Guardianes de la Muerte, y la visión del estilizado símbolo de un cráneo en la hombrera de Bannon inmediatamente lo llenó de una renovada esperanza.

Se abalanzó hacia la ostentosa mesa y se inclinó hacia adelante, apoyando los puños sobre la superficie. Miró fijamente al inquisidor.

—Nos ha mentido.

—Usted permitió que se le mintiera, Uriel —le dijo Kryptman—. ¿Cree, de verdad, que soy un hombre que cambia de idea por capricho?

—No, pero creía que era un hombre de palabra. Todo lo que veía en usted me hacía pensar que era un hombre de honor.

—Entonces, sí que es un ingenuo —dijo Kryptman—. Yo soy un hombre que hace su trabajo.

—¿Aunque eso signifique asesinar a gente inocente?

—Si resulta necesario, entonces sí.

—No sé a quién odio más ahora. No se ve a los tiránidos matarse unos a otros para lograr la victoria.

—Todavía no —contestó Kryptman con una artera sonrisa.

—Haría bien en controlar su tono, capitán Ventris —dijo Astador, moviéndose alrededor de la mesa para colocarse cara a cara con Uriel—. Su

capítulo debe a este hombre su propia existencia.

—Aléjese de mí, Astador —le avisó Uriel.

—Tenga en cuenta su posición, capitán Ventris —dijo Astador—. Todos tenemos un papel que cumplir en esta guerra. Debe aceptar el suyo como yo acepto el mío.

Uriel sintió cómo se inflamaba su ira hacia Astador, y antes de que supiera lo que estaba haciendo, golpeó con toda su fuerza la mandíbula del capellán. Astador dio un giro hacia atrás y se estrelló contra la pared, pero antes de que Uriel pudiera aprovechar la sorpresa de su ataque, sintió que unas poderosas manos le rodeaban el cuello y que un calor ardiente le pinchaba en la piel, justo por debajo de la línea de la mandíbula.

—Si hace un solo movimiento, le voy a atravesar el velo del paladar con este cuchillo de energía y se lo voy a meter en el cerebro —dijo el capitán Bannon.

Astador se puso en pie rápidamente, con un brillo asesino en los ojos. Uriel pudo ver en ellos el guerrero tribal indómito que había sido en Posul.

Antes de que pudiera mover un músculo, Pasanius entró en acción y su inmenso brazo rodeó el cuello del mortificador. Sostenía al capellán, que forcejeaba para soltarse con un firme puño de acero.

—No —dijo.

—¡Todos ustedes, detengan de inmediato esta locura! —bramó Tiberius, avanzando hasta el centro de la habitación. Lanzó una mirada a Bannon.

»Quite ese cuchillo de la garganta de mi capitán —y se giró hacia Pasanius—. Sargento, suelte al capellán Astador y aléjese de él.

Pasanius miró a Uriel, quien asintió, un movimiento casi imperceptible debido a la brillante hoja ámbar que tenía bajo el cuello, y soltó al mortificador. Los ojos de Astador ardían de furia, pero no hizo ningún movimiento agresivo, y Pasanius dio un paso hacia atrás, irradiando la amenaza y la promesa de más violencia si el capellán intentaba cualquier otro movimiento.

Bannon retiró el cuchillo del cuello de Uriel.

—Lo conozco, capitán Ventris, y siento un gran respeto por lo que ha hecho en el pasado, pero debemos estar unidos en esta causa común. No nos

favorecen nada estas luchas entre nosotros cuando hay un terrible enemigo que busca nuestra completa destrucción.

Uriel asintió e inconscientemente se frotó el cuello en la zona donde el filo ardiente del cuchillo de energía de Bannon le había quemado ligeramente la piel.

—El capitán Bannon está en lo cierto —dijo Tiberius—. Todos somos servidores del sagrado Dios Emperador y debemos comportarnos como tales. No somos animales o blasfemos que han rechazado los códigos de la conducta moral. No habrá más violencia entre nosotros.

La tensión en la habitación fue disminuyendo con lentitud, y Bannon le ofreció la mano a Uriel.

Uriel respiró profundamente antes de darle la mano a Bannon; sentía que la furia asesina se desvanecía de su cuerpo y lo dejaba vulnerable y avergonzado. En lo más profundo de su alma, notaba el toque de un ser antiguo y podía oír cómo resonaban sus diabólicas carcajadas.

—Vamos —dijo Kryptman cuando sintió que se había calmado la audiencia—. Tenemos mucho de que hablar. Mientras estábamos luchando con la flota de los tiránidos, el magos Locard ha estado ocupado en los laboratorios de investigación biológica de Tarsis Ultra y sus descubrimientos son muy esclarecedores…

Unas nubes cegadoras de cálido vapor llenaban la plataforma mientras otro tren se detenía en el atracadero que tenía designado y Pren Fallows, el supervisor de la plataforma, lanzaba una maldición al notar que sus gafas de nieve se le empañaban con la condensación. Se quitó las gafas y limpió la cara interna con la manga de su traje. De todas maneras, había muy poca nieve en el lugar, ya que el calor generado por los trenes y los cientos de personas que la pisaban tardaban poco en convertir la nieve y el hielo en una masa fangosa que llegaba hasta la espinilla.

Los trenes habían estado llegando de forma diaria durante el pasado mes, ocupados por asustadas comunidades agrícolas de las regiones exteriores y, como la mayor ciudad de Tarsis Ultra, Erebus estaba

recibiendo la mayoría de los refugiados; como si la ciudad no estuviera ya bastante llena. Pren se encogió de hombros, se abrió camino entre la multitud y se dirigió al puesto de control que dominaba la plataforma.

Diecisiete atracaderos para los trenes y cincuenta vías salían en forma radial de los andenes de atraque. Sus setenta hombres y él habían trabajado a doble turno durante los dos últimos meses para asegurarse de que cada tren depositaba su carga humana y luego salía puntual para recoger otra nueva. Era un trabajo sucio e ingrato que no iba a recibir gran recompensa, pero ésa era la vida que había escogido el Emperador para él, y aunque sabía que no iba a servir de nada quejarse, Pren Fallows no era la clase de hombre que permitía que eso lo detuviera.

Unas poderosas luces de arco montadas sobre torres de acero bañaban los andenes con una fantasmal luz blanca y, a pesar del calor, el aliento se le helaba. Unos funcionarios del comisariado de la ciudad, vestidos con abrigos amarillos, dirigían a los recién llegados desde la estación, tomaban sus nombres y los conducían a los campos Ministorum situados más arriba en el valle.

Era una escena de caos organizado, pero ese tren había sido el último del día y no había ninguno previsto hasta el mediodía del día siguiente, lo que permitiría a Pren y a su personal disfrutar de un bien merecido descanso.

Cuando los funcionarios escoltaron a los últimos de los refugiados desde la estación se hizo una bendita calma. Pren hizo un alto y sonrió, disfrutando de la completa tranquilidad de una noche de invierno y de una estación vacía.

Subió por la oxidada escalera de hierro que ascendía al puesto de control y golpeó el suelo para desprenderse del barro de las botas antes de abrir de un empujón la puerta.

—¡Cierra la maldita puerta! —gritó Halan Urquart, su controlador jefe, que estaba sentado ante una consola de mandos con los pies encima de la mesa y bebiendo una taza de cafeína caliente—. Estás dejando que se escape todo el puñetero calor.

—A veces me pregunto si entiendes quién está aquí al mando, Halan —replicó Pren, que se desabrochó la cremallera lubricada con cera del abrigo y lo colgó en la parte trasera de la puerta.

—Sí, yo también me lo pregunto a veces.

—¿Algo de lo que informar? —interrogó Pren, sacudiéndose el hielo de la barba.

—No, todo ha estado muy tranquilo. Parece que los funcionarios, por fin, han aprendido a sacar a la gente de aquí sin molestarnos a nosotros.

—Ya era hora —comentó Pren, mientras se servía una taza de cafeína.

Estaba templada, pero en la vida a veces no se puede escoger. Se sentó junto a la ventana, desde la que se podía ver cómo caía otra ráfaga de nieve, que recubría las plataformas con un nuevo manto de prístina blancura.

Pren recogió los registros de la estación de la bandeja situada junto a Halan y comenzó a leer por encima los garabatos que había escrito su controlador jefe. Mientras daba un sorbo a la cafeína, se dio cuenta de que los tiempos de retorno de los trenes eran tan rápidos como lo habían sido antes de la guerra. Tendría que recordarlo y decirle unas pocas palabras de ánimo a su gente cuando llegara la mañana.

Saltó a otra página y levantó la vista cuando un escalofrío le recorrió la espalda. Posó la taza y echó un vistazo por la ventana empañada, entrecerrando los ojos para mirar a través del cristal los dos diminutos puntos de luz que se estaban acercando a la estación.

—¡Qué diablos…! —murmuró.

—¿Qué ocurre, jefe?

—¡Mira! —dijo Pren, señalando en la dirección de las misteriosas luces.

—¡Qué diablos…! —dijo también Halan.

—Pensaba que hoy ya habíamos acabado —dijo Pren.

—Hemos acabado. No sé qué puede ser eso.

Los dos hombres observaban cómo se aproximaban los dos puntos de luz en la oscuridad de la noche, y sus recelos iban creciendo a medida que aquéllos ganaban brillo. Cuando entraron dentro del haz de luz que proyectaban los focos de las torres, Halan y Pren respiraron, aliviados, al

ver la silueta lisa y brillante de un tren deslizándose de forma suave en la esta ción, con sus laterales y tejados cubiertos por una gruesa capa de hielo.

El tren ralentizó la marcha y se detuvo por completo al final de la plataforma más lejana. Sus puertas se abrieron a tirones. Pren y Halan esperaron a que emergiera la inevitable multitud, pero nadie bajó del tren. Se limitó a permanecer allí, en silencio e inmóvil en el extremo más lejano de la plataforma, mientras salían chorros de vapor de las rendijas alrededor de sus motores y de las vías.

Ambos se intercambiaron una mirada de intranquilidad.

—Supongo que debemos bajar y echar un vistazo —sugirió Pren.

—Sabía que ibas a decir eso —dijo Halan, poniéndose el abrigo y los guantes.

Pren agarró un iluminador portátil, se puso la ropa de invierno y siguió a su controlador jefe hacia el penetrante frío que reinaba fuera. Descendió por la escalera helada y caminó con pesadez, junto a Halan, sobre la nieve hacia el tren inmóvil. Cuando estuvieron cerca, pudieron ver que las ventanas del tren estaban oscuras y opacas debido al hielo, incluso las de la cabina del conductor. Su sensación de intranquilidad se hizo más intensa.

La oscuridad y el silencio de la estación de atraque, que en condiciones normales eran un alivio después del frenético bullicio de un día de trabajo, entonces les oprimían. A Pren le hubiera gustado que alguno de los funcionarios siguiera todavía en la estación. Al menos, ellos estaban armados.

Agarró el brazo de Halan, y al hombre casi se le sale el corazón del pecho.

—¡Por Guilliman! —exclamó Halan—. ¡No hagas eso!

—Mira, puedes ver el número del tren en la máquina.

—Pues que así podremos saber qué coño de tren es éste y por qué está aquí, idiota.

—¡Ah, vale! —dijo Halan, a la vez que sacaba una placa de datos del abrigo y recorría una lista de números, hasta que se detuvo en el que correspondía al tren.

—Lo tengo. Tenía su llegada prevista la semana pasada.

—¿La semana pasada? ¿Y nadie se dio cuenta de que no había llegado?

—Supongo que no; hemos estado muy liados por aquí; como bien sabes.

—Cierto —dijo Pren—. Bueno, ¿de dónde viene?

—Según esto, estaba bajo la supervisión de alguien llamado teniente Quinn, del regimiento de Logres. Recogían refugiados de los distritos del nordeste. Su última parada fue en Prandium y deberían haber llegado aquí hace seis días. Supongo que el tren debe de haber venido en modo automático.

Halan guardó la placa, y ambos se dirigieron hacia el tren con pasos cautelosos y los corazones latiéndoles a toda velocidad. Las puertas del tren estaban abiertas, pero seguía sin salir nadie. Una vez que parpadeaba iluminaba de forma intermitente el interior del tren. El sonido de unos cristales rotos les hizo dar un brinco.

Una ráfaga de vapor salió de la máquina y fundó la capa de hielo que recubría el convoy. Alrededor de las puertas abiertas goteaba agua fría. Pren y Halan llegaron a las puertas y, con toda cautela, entraron en la oscuridad del tren.

Pren encendió el iluminador y movió el haz de luz por todo el interior del vagón.

Fue testigo de cómo Halan gritaba de horror y caía de rodillas mientras su mente intentaba enfrentarse a la carnicería que estaba viendo a su alrededor.

Cuerpos. Cientos de cuerpos destripados, despellejados, desmembrados y parcialmente devorados llenaban el vagón como piezas de carne en una cámara frigorífica, colgados de las paredes por hilos resinosos de reluciente mucosidad. La carne muerta, dura y rígida, estaba salpicada de ojos congelados que miraban fijamente con muda acusación a los operarios de estación.

Estalactitas de sangre congelada descendían hasta el suelo irregular. Pren sintió que le crecía en el pecho un sofocante temor. Dejó caer el iluminador, que salió rodando por el suelo del vagón y proyectó extrañas

sombras por todo el interior de la congelada morgue. El movimiento del haz de luz proporcionaba a los rictus de los cadáveres una animación espantosa.

—¡Por el Emperador…! —sollozó Pren—, ¿qué ha pasado aquí?

Pero los muertos no podían darle ninguna respuesta, tan sólo unos ojos congelados, unas tripas vaciadas, unas extremidades cortadas y una carne roída.

Y más allá, en la parte trasera del tren, una criatura que había llegado a Tarsis Ultra hacía varios meses salía como un fantasma de su guarida y desaparecía en el cálido laberinto de la ciudad de Erebus.

El poderío naval combinado de los defensores imperiales del sistema Tarsis Ultra estaba suspendido en órbita alrededor del mundo que le daba su nombre. Una cadena de estaciones espaciales unidas, que habían sido arrastradas hasta allí por una gran cantidad de remolcadores y botes piloto hasta su posición para encarar a los tiránidos que se acercaban, rodeaba el cinturón ecuatorial del planeta. Decenas de cañoneras y naves de defensa del sistema se movían pesadamente hasta encontrar su posición en el frente de batalla, junto a la nave insignia del almirante De Corte, Argus, el crucero de combate Espada de Castigo y los cruceros de la clase Dauntless Yermetov y Luxor.

Alrededor de la gigantesca forma del crucero Kharloss Vincennes estaban los Cobras del escuadrón Cypria, junto con el único superviviente del escuadrón Hydra. Los dos cruceros de ataque de los Marines Espaciales estaban anclados a la sombra del Argus. El inquisidor general Kryptman y los Marines Espaciales ya se habían desplegado por la superficie de Tarsis Ultra, donde se consideraba que su presencia sería más importante que a bordo de las naves. Como resultado, el Mortis Probati y el Vae Victus se mantenían a distancia del enfrentamiento principal y utilizarían sus temibles cañones de bombardeo, en lugar de entablar combate directo con el enemigo. Debido al número limitado de esclavos y servidores para defenderlos, no tendrían ninguna posibilidad de repeler a los enemigos que

los abordaran, y las dos antiguas naves eran demasiado valiosas para arriesgarse a perderlas de esa manera.

La flota de los tiránidos apareció primero como una diminuta fuente de luz en contraste con el fondo de terciopelo de las estrellas. La luz reflejada de las estrellas relucía en las placas córneas de las armaduras del tamaño de ciudades y brillaba en los tentáculos colgantes que babeaban una gruesa y viscosa sustancia. Enjambres de pequeñas criaturas, cuyos frentes chisporroteaban con arcos de descargas eléctricas que se movían contorsionándose, rodeaban las naves colmena y se adelantaban a la flota principal con una velocidad hasta entonces nunca vista entre los organismos que constituían la flota alienígena.

Ayudada por la potencia de decenas de remolcadores forzados al máximo y tripulados por servidores, la refinería de plasma de hidrógeno se movía lentamente hacia adelante para encontrarse con los tiránidos. Su casco estaba recubierto por más explosivos y células volátiles de plasma. Estaba claro que la magnitud de la explosión resultante iba a dejar pequeña la detonación de las anteriores refinerías.

El almirante De Corte observaba cómo se acercaban las criaturas tiránidas a la refinería con una sonrisa animal en los labios. Aunque estaba a decenas de miles de kilómetros de allí, la refinería hacía pequeño todo lo que la rodeaba, y De Corte sabía que su estallido iba a matar a cientos, si no a miles, de organismos alienígenas. Si tenían suerte, tal vez fuera atraída al ataque de la refinería una nueva nave colmena, y así otra de las criaturas principales de esa flota podría ser destruida.

Enjambres de alienígenas rodeaban la refinería; muchos pasaban cerca, pero ninguno atacaba todavía. De Corte resistía la tentación de ordenar que abriera fuego el cañón nova del Argus hasta que una de las bestias mayores se aproximara para atacar. Su ojo experto observaba cómo se dividía lentamente la vanguardia de las criaturas alienígenas cuando pasaban al lado de la refinería, con movimientos tan precisos como las maniobras del mejor escuadrón.

—No están atacándola —dijo Jex Viert.

De Corte se mordió el labio inferior mientras valoraba si debía ordenar que disparara el cañón nova. En tanto la refinería estuviera delante de su flota, estaba poco dispuesto a ordenar un avance total, y de momento, los condenados alienígenas no mordían el anzuelo.

Algo iba mal. Se decía que los tiránidos se habían apiñado alrededor de la refinería que les habían mandado los Ultramarines más allá de Chordelis, así que ¿por qué no estaban haciendo lo mismo entonces?

Cuatro enormes criaturas se acercaron a la inmensa construcción. Los orificios de sus alargadas proas estaban llenos de colmillos que rotaban como hojas de sierra. Pasaron al lado de la refinería y sus largos tentáculos colgantes se engancharon a la superestructura. De Corte no estaba seguro de si sus acciones eran accidentales o deliberadas, pero no le gustaba la sincronía con la que se colocaban en posición. Hordas de criaturas con crestas espinosas, que sobresalían de los cuerpos como unas extrañas velas orgánicas reflectantes, emergieron del numeroso grupo, moviéndose de forma grotesca y peristáltica para ocupar su sitio ante la refinería.

—En nombre de la disformidad, ¿se puede saber qué están haciendo? —se preguntó De Corte en alto mientras otro grupo de criaturas alienígenas, que portaban delante unos arcos chisporroteantes de electricidad, se pusieron a rodear los leviatanes tentaculados.

—Señor —indicó Jex Viert—, los krakens que están en la vanguardia de la flota alienígena se acercan a la distancia de combate.

De Corte miró rápidamente hacia la mesa de mapas y a los logísticos cuasiautómatas que movían las fichas que representaban la flota de los tiránidos hacia su frente de batalla. La refinería tendría que esperar.

—Señor Viert, ordene que avancen las cañoneras y conceda autorización para entrar en combate a todas las naves. Mi agradecimiento para todos los capitanes y deséeles buena caza.

—Sí, señor —asintió su teniente primero.

El almirante general Tiberius observaba la misma escena desde el puente del Vae Victus, y su confusión era equiparable a la de De Corte.

—Esto es muy extraño —dijo acariciándose la mandíbula con la mano—. ¿Por qué no dispara De Corte?

—Creo que está esperando a que alguna de las naves colmena ataque la refinería —dijo Philotas.

—Entonces, ha subestimado la capacidad de esas criaturas para adaptarse a las nuevas condiciones de batalla.

Tiberius no era consciente de la razón que tenía.

Los leviatanes tentaculados cuyos apéndices colgantes se habían agarrado a la refinería se tensaban al máximo contra su inmenso peso. Sus cuerpos eran poco más que una colosal serie de poderosos músculos interrelacionados. A pesar de que subían la rotura de alguna de sus fibras internas y de que cada criatura consumía tanta energía para detener el avance de la refinería que pronto se consumirían en el proceso, continuaron tirando de la gigantesca masa.

A la vasta mente enjambre le traía sin cuidado cada una de las criaturas que componían la mayor parte de su masa y dirigió su monstruosa voluntad a las bestias musculosas. Incluso en el caso de que murieran, esas bestias serían aprovechadas, y su masa orgánica sería reabsorbida por la flota enjambre para utilizarla en la creación de nuevos guerreros.

Las naves colmena acechaban en el centro del enjambre y se mantenían a una distancia segura del peligroso intruso que estaba en el centro de la flota.

Despacio al principio, pero aumentando la velocidad a medida que superaban la inercia de la refinería, las moribundas bestias musculosas comenzaron a arrastrarla tras ellas.

Las bestias iban perdiendo fluidos y fibras musculares de los cuerpos mientras el único propósito de la mente enjambre continuaba destruyéndolas.

Y la refinería seguía tras ellas, aumentando más y más su velocidad en su retorno hacia las líneas de las fuerzas imperiales.

El almirante Tiberius, de repente, cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Philotas, abra un canal con el almirante De Corte! ¡Ya! —gritó.

—¿Almirante?

—¡De prisa, Philotas! —gritó Tiberius, descendiendo de su púlpito de mando y corriendo hacia la estación de comunicaciones mientras Philotas sostenía los auriculares y el comunicador de mano de bronce.

El oficial de comunicaciones asintió cuando crepitaron los tonos entrecortados del almirante De Corte y la estática en el altavoz de filo de oro del panel.

—Almirante Tiberius, hable de prisa, tengo cosas más urgentes de las que preocuparme en este momento.

—Destruya la refinería. Ahora. Los tiránidos están arrastrándola hacia nuestras líneas.

—¿Qué? ¿Está usted seguro?

—Estoy seguro, almirante. Consulte con sus augures, si así lo desea, pero hágalo rápidamente.

—Debe de estar en un error, Tiberius. ¿Cómo podrían los tiránidos tener la capacidad de entender nuestras intenciones?

—Aprenden, almirante. Yo debería haber sabido que no podríamos utilizar dos veces la misma estratagema para derrotar a esas bestias. Por favor, almirante, no tenemos tiempo para discutirlo. ¡Destruyala ya!

—Haré que mis oficiales de exploración valoren lo que me está diciendo, pero no estoy dispuesto a destruir una arma tan potente por simple capricho. Corto y cierro.

Tiberius devolvió los auriculares al marine espacial de la estación de comunicaciones y se dirigió a la mesa de mapas. Rápidamente revisó la colocación de la flota imperial y sintió que se le erizaba la piel cuando se dio cuenta de la escala del desastre que podía sobrevenir si no tomaba una rápida decisión. Philotas se unió al almirante y comenzó a introducir cifras de forma frenética en la placa navegacional.

—Si nos movemos ya, podremos interceptar la refinería, almirante general —dijo.

—Hágalo. Adelante a toda potencia; desvíe toda la potencia disponible a los cargadores automáticos para el cañón de proa. Quiero hacer impacto en esa refinería con todo lo que tenemos. Y póngase en contacto con el

capitán Gaiseric, del Mortis Probati, y dígale que se una a nosotros. Vamos a necesitar su nave también.

—Sí, señor. Adelante a toda potencia —gritó Philotas, retransmitiendo la orden del almirante.

Tiberius pudo sentir el desplazamiento de la cubierta y rezó para que llegara a tiempo.

—¿Y bien? —preguntó el almirante De Corte, impaciente.

—Parece que el almirante Tiberius está en lo cierto —contestó Jex Viert con una voz que dejaba patente su ansiedad—. Parece que la refinería se está acercando a nosotros.

Un pánico frío penetró en el sistema de Bregant de Corte mando se dio cuenta de las implicaciones de esa nueva información. Asintió a su primer teniente.

—¡Ordene que abra fuego el cañón nova! —gritó Jex Viert—. Haga una señal a todas las naves para que disparen. ¡Ya, por el amor del Emperador, ya!

«No —pensó el almirante De Corte—, no por el del Emperador, sino por el nuestro».

El proyectil explosivo salió despedido por fuerzas colosales de la recámara del cañón nova situado en la proa del Argus, que lo lanzaron como una centella sobre una resplandeciente columna de humo en dirección a la flota tiránida. Volando a cerca de cinco mil kilómetros por segundo, el proyectil cubrió la distancia hasta los enemigos en poco menos de veinticinco segundos. Cuando se acercaba a unos quince mil kilómetros, unos neos centelleantes de rayos azules surgieron de las placas de las criaturas que rodeaban a las bestias musculosas que arrastraban la refinería y lo envolvieron. El proyectil, que explotó en el acto, se convirtió en una nube de plasma incandescente, y sus restos volatilizados se distribuyeron por todo el espacio.

Las chisporroteantes criaturas que lanzaban rayos y las bestias con apéndices gigantes similares a velas ocuparon su puesto ante la refinería al

mismo tiempo que una oleada de proyectiles y estallidos de energía volaban hacia ella. Se interpuso una gruesa masa de esporas y criaturas tiránidas, que explotaron y derramaron su fluido vital al absorber todo el fuego dirigido a la refinería. Los rayos de las lanzas de energía atravesaban las esporas y quemaban la carne alienígena antes de golpear, por fin, contra las velas reflectantes de las bestias aladas que escoltaban a las criaturas que lanzaban rayos. La estructura de nido de abeja de las velas disipaba buena parte de la fuerza de los rayos de las lanzas de energía y hacía que resultaran inofensivos cuando alcanzaban la estructura de la refinería, ya que no lograban penetrar en el caparazón metálico.

De los hangares de lanzamiento del Kharloss Vincennes surgieron unos bombarderos de la clase Starhawk y unos interceptores Fury, que intentaron hacer un agujero en la pantalla de los tiránidos, pero cada vez que abrían un hueco, éste era rápidamente rellenado por más bestias alienígenas. Al final, el capitán Owen Morten hizo que la nave superviviente volviera a la nodriza para cargar nuevamente combustible y rearmarse. Sólo porque una tarea fuera imposible no era razón para rendirse.

Daba igual la fuerza con la que golpeara la Armada imperial. No podían penetrar en la pantalla de criaturas tiránidas que protegían la refinería y, sin la resistencia al avance de la fricción, su velocidad aumentó hasta ir disparada hacia las líneas del Imperio.

—¡No está pasando nada! —gritó Philotas.

—Sigan disparando —ordenó Tiberius, con voz tensa.

—Sí, señor.

Los músculos de la mandíbula de Tiberius estaban tensos por la ansiedad que sentía mientras observaba las series de explosiones que estaban teniendo lugar ante el Vae Victus. Su potencia de fuego, normalmente tan temible en la batalla, no le estaba sirviendo para nada, ya que todos los proyectiles de su cañón de bombardeo eran interceptados por una criatura tiránida enviada a la muerte por el imperativo alienígena de la mente enjambre.

Nada podía tocar la refinería.

El almirante De Corte se agarró a los brazos de la silla de mando cuando el Argus se inclinó hacia estribor. La inmensa nave se estaba alejando lentamente de la ruta de la refinería, pero aunque no le pidieran su opinión, podía ver que no iba a lograrlo. La flota se estaba apartando de su camino tan rápidamente como podía, pero incluso a velocidad de crucero a una nave tan grande como un navío acorazado de la clase Victory le llevaba su tiempo girar, e incluso más si partía de estar anclado.

Las salvas abrasadoras de artillería concentrada de las cañoneras y naves de defensa del sistema habían impedido que el kraken rompiera las líneas, pero nada pudo detener el inexorable acercamiento de la refinería.

—¿Tiempo estimado para la distancia letal, señor Viert?

—Cuarenta segundos, señor.

—Sácanos de aquí, Philotas —ordenó Tiberius.

Las velocidades de aproximación de la refinería y el Vae Victus eran tales que para cuando se quisiera armar y disparar otro proyectil con el cañón de bombardeo, la inmensa estructura sería historia.

Tiberius ladeó su posición a la vez que la proa del crucero de ataque se elevaba y la refinería lentamente desaparecía del ventanal de observación. El almirante sintió que la cubierta vibraba bajo sus pies mientras el casco comenzaba a crujir bajo la presión de una maniobra tan violenta y de los golpes de las andanadas y las armas de corto alcance, ya que los organismos más pequeños de los tiránidos procedentes del enjambre prolector de la refinería amenazaban con arrollarla. Privados del complemento de las cañoneras de los Marines Espaciales, Tiberius sabía que si permitían que los tiránidos abordaran el Vae Victus, eso sellaría su futuro.

—¿Tiempo estimado para la distancia letal, Philotas?

—Veinte segundos, almirante general.

Las salvas de torpedos explotaron en la vanguardia del enjambre de los guardianes y mataron a organismos alienígenas con sus fieros estallidos,

pero nada podía penetrar en la gruesa masa de criaturas obligadas a entregar sus vidas al servicio de la mente enjambre. Menos de sesenta mil kilómetros separaban entonces a la flota de la refinería.

Y a la velocidad que llevaba, eso significaba unos diez segundos.

—¡A todos los marineros, abandonen la nave! —gritó el almirante De Corte mientras comenzaban a sonar las alarmas de proximidad del Argus.

La campana de la sacristía repicaba una y otra vez, avisando, aunque no fuera necesario, de la inminente colisión contra la refinería. Sabía que era malgastar energías, ya que ninguno de los botes salvavidas de la nave podrían alejarse de la zona de explosión de la refinería, pero tenía que intentarlo. Su destino ocupaba la totalidad del ventanal de observación y se acercaba a toda velocidad hacia ellos. En los pocos segundos que le quedaban, se puso en pie y se dirigió al centro del puente de mando.

Saludó a la tripulación.

—Ha sido un honor servir con todos ustedes. Que el Emperador los proteja.

Mientras la refinería volaba hacia la parte central de la flota imperial, las criaturas que habían protegido la gigantesca construcción se giraron con una rápida maniobra y atacaron lo que antes cargaban y protegían con unas lenguas de fuego azul. El metal se fundía donde se había producido el ataque y, como garrapatas infladas, las criaturas que lanzaban rayos se abrían camino horadando las placas reblandecidas de la estructura.

Una vez dentro, cada criatura soltó su descarga caliente como el magma, que haciendo las veces de una broca de taladro, atravesó los metros y metros de capas de metal para llegar a las cámaras de almacenamiento situadas en su corazón. El calor producido por los chisporroteantes arcos de energía era altísimo y les fundía sus propios caparazones blindados y les chamuscaba la carne de los huesos. Sin embargo, todas las bestias, impelidas por el implacable deseo de la mente enjambre, continuaron hacia adelante hasta que llegaron a su objetivo.

Cuando la primera bestia atravesó los tanques blindados de productos químicos, los brillantes arcos eléctricos iluminaron toda la cámara de combustible y, de forma instantánea, inflamaron la volátil mezcla de hidrógeno y plasma. Otras penetraron en las cámaras de combustible situadas a lo largo y ancho de la refinería y, en un santiamén, la colosal bomba de la refinería se hizo pedazos con una explosión catastrófica.

El deslumbrante resplandor de la explosión cegó a cientos mientras atravesaba los cielos sobre Tarsis Ultra. El Argus desapareció en la corona del estallido, sin que sus escudos pudieran protegerlo de la violencia de la detonación. Placas de adamantium de varios metros de grosor se evaporaron en un instante cuando el fuego de plasma engulló a la antigua nave. Los compartimentos se esfumaron en el espacio, el oxígeno se inflamó cuando el calor atravesó la nave y su inmensa estructura se vino abajo al fundirse la quilla debido al calor incandescente. Miles de hombres murieron de forma instantánea cuando su sangre se convirtió en vapor y la piel de los huesos quedó abrasada en menos tiempo del que se tarda en reunir aire antes de lanzar un grito.

Los incendios provocados por la explosión se expandieron rápidamente, eclipsaron en un instante al condenado Argus y alcanzaron a otras naves de la flota imperial. Seis cañoneras y otras tantas naves de defensa del sistema se evaporaron cuando explotaron sus depósitos de munición y de combustible, Los Cobras del escuadrón Cypria volaron en pedazos cuando su sala de torpedos se recalentó en los hangares de lanzamiento, aunque el desventurado Cobra del escuadrón Hydra sobrevivió milagrosamente.

Los hangares de lanzamiento del Kharloss Vincennes se incendiaron cuando prendieron los depósitos de combustible. Las compuertas estancas se fundieron estando cerradas e imposibilitaron la recuperación de los escuadrones de cazas y bombarderos. Los eficaces entrenamientos para casos de incendio que habían realizado salvaron la nave, y la rápida maniobra del capitán la colocó de proa a la detonación, lo que disminuyó la sacudida de la onda expansiva.

El Espada de Castigo, el Yermetov y el Luxor, protegidos casi por entero de la fuerza del estallido, se libraron de lo peor de los daños, aunque

en sus pasillos resonaron los sonidos de las alarmas de rotura de casco y los gritos de las cuadrillas de control de daños.

Una luz roja como la sangre bañaba el puente de control del Vae Victus y la campana de la sacristía repicaba como si la propia nave fuera la que estuviera gritando. Chispas y chorros de fluido hidráulico salían disparados de los paneles de control hechos añicos, pero Tiberius sabía que habían sido afortunados al estar todavía enteros.

El Vae Victus había dado la popa a la explosión y su fuerza lo había sacudido como una hoja en un huracán, pero la rapidez de pensamiento del almirante Tiberius le había librado de las principales fuerzas destructivas del infierno que había envuelto la mayor parte de la flota imperial.

—¡Informe de daños! —exclamó Tiberius.

—Tenemos roturas de casco en las cubiertas seis, siete y nueve —informó Philotas—. Los motores están funcionando al cincuenta por ciento y hemos perdido la mayoría de las torretas de la zona de popa.

—¿Qué hay del resto de la flota? —preguntó Tiberius, temiéndose la respuesta.

—No sé nada, señor. Los sensores de exploración están teniendo problemas para penetrar en la radiación electromagnética que liberó el estallido.

—Póngame con el almirante De Corte; necesitamos recuperar el control de la situación.

—Sí, señor.

Tiberius atravesó la cubierta dando bandazos y se situó junto a la mesa de mapas para intentar obtener algún sentido del confuso lío de imágenes que mostraba. Una nube rojiza ocupaba el fondo del diagrama: la placa no podía mostrar bastantes símbolos para representar la flota tiránida. Unos símbolos azules desperdigados se enfocaban y desenfocaban mientras los exploradores luchaban por localizar las posiciones de las naves imperiales.

—¡Que el Emperador nos proteja! —susurró Tiberius cuando comenzaron a parpadear los nombres de las naves situadas junto a los símbolos azules.

«Bien pocos», pensó. Frunció el ceño, buscando el símbolo que representaba el Argus. Tiberius alzó la vista cuando intervino Philotas.

—El Argus ha desaparecido, señor.

—Desaparecido… —repitió Tiberius.

—Recibió toda la potencia de la explosión. No queda ni rastro de él.

El almirante general reprimió su impresión por la destrucción de una nave tan poderosa como el Argus y por la muerte de su tripulación.

—¿Y el resto de la flota? —preguntó con voz queda.

—Parece que las naves locales se llevaron lo peor del estallido, aunque nosotros hemos perdido los Cobras y el Argus. El Espada de Castigo tiene daños, pero sigue en combate, y el Kharloss Vincennes continúa con nosotros, aunque sus hangares de lanzamiento están inutilizados.

Tiberius asintió secamente al valorar la escala de la catástrofe y ser consciente de que la campaña en el espacio había llegado a su fin.

—Mande un mensaje a todas las naves. Tomo el mando de la flota. Ordene a todas las naves que se retiren, que se alejen de Tarsis Ultra. Nos encontraremos en Calydon.

—¿Almirante?

—¡Hágalo! —replicó Tiberius—. Pelear una batalla que no se puede ganar no tiene valor alguno si haciéndolo se pierde la guerra. Ahora haga lo que le digo.

Philotas asintió y retransmitió las órdenes del almirante mientras Tiberius se agarraba al borde de la mesa de mapas. Ya no podía ganarse nada luchando contra el avance de los tiránidos en el espacio, y él no iba a ser el responsable de condenar a todos los hombres de la flota imperial.

Fuera lo que fuese lo que llegara, los defensores de Tarsis Ultra tendrían que afrontarlo solos.



NUEVE

Un viento frío soplaba sobre las cimas de las montañas Cullin, aullando entre el terreno rocoso que estaba debajo y despojando todo el calor que pudiera restarle a la brillante mañana. El aire era frío y vigorizante, pero el sol lucía bajo, lo que impedía que las aguas espumosas de los manantiales de la montaña se congelaran. Manchas de verdes bosques esmeralda salpicaban la parte baja de las laderas y algunos rebaños desperdigados de yrenbacks lanudos buscaban el camino de vuelta montaña abajo, desde los terrenos donde bebían a las llanuras más templadas.

De repente, el avance de los rebaños se detuvo. Los animales alzaron los cuellos largos y peludos, como si estuvieran olfateando un depredador. Los rebaños se arremolinaban en plena confusión, juntándose unos con otros, inquietos por su incapacidad para identificar la amenaza que sentían todos. Los animales bramaban confundidos, con las orejas apretadas contra los cráneos.

Una oscuridad dispersa cubrió los flancos de la montaña cuando una multitud de formas atravesaron el cielo con gran rapidez. De todas las cumbres salieron despedidas al cielo rocas y nieve como resultado de los tremendos impactos de los objetos que estaban cayendo. Los rebaños se desperdigaron al aumentar el número de objetos que caía del cielo y que no paraban de azotar la superficie de las montañas.

Las nubes que tenían encima parpadearon con rayos púrpura cuando las esporas al estallar diseminaron una gran cantidad de contaminantes y virus que comenzaron a alterar de forma instantánea el equilibrio climatológico de la atmósfera del planeta. La temperatura ascendió rápidamente, lo que aumentó la presión del aire y provocó relámpagos actínicos que hicieron de arco entre nube y nube y las disolvieron en una lluvia tóxica y viscosa.

En pocos minutos, el sol que acababa de salir fue oscurecido por la gran cantidad de esporas que caían de los cielos. Los aterrorizados yrenbacks corrían en todas direcciones por los laterales de las montañas y saltaban sobre la profunda nieve presos de un pánico ciego. En las esporas humeantes que habían aterrizado comenzaron a notarse unos rápidos movimientos, que precedieron las fulgurantes pinzas y los chillidos de las criaturas alienígenas antes de que emergieran y buscaran algo que matar.

Empujados a una furia asesina desenfrenada por la mente enjambre que los había creado y por sustancias químicas suprarrenales, la primera oleada de invasores tiránidos despedazaron rebaños enteros de los animales que estaban pastando allí antes de desplomarse y morir, consumidos por la furia del asalto y por la incapacidad de sobrevivir a las gélidas temperaturas.

Miles de organismos tiránidos de la primera oleada perecieron cuando el entumecedor frío de Tarsis Ultra los congeló a los pocos minutos de su llegada. Tras quemar prácticamente todas sus energías corporales en su violento arranque inicial, y sin reservas de grasa, ninguno pudo sobrevivir más de unos pocos minutos.

Pero nada de eso importaba, ya que con la muerte de cada criatura la mente enjambre se iba dando cuenta de las condiciones del lugar en el planeta atacado y, simplemente, ajustaba la psicología biológica de sus organismos guerreros y les permitía producir más tejido aislante y reservas energéticas para sobrevivir durante períodos más largos.

Entre la tierra arcillosa de los bosques de las partes bajas, la intensa lluvia biológica estaba penetrando en las copas de los árboles y saturando la tierra con su sustancia cargada de bacterias. Los microbios que contenían la huella genética de la launa tiránida se propagaron rápidamente por el terreno; analizando y digiriendo el contenido químico del suelo, convertían esa energía en horribles impulsos de rápido crecimiento.

Frondas multicolores buscaban su camino entre la corteza plateada de los árboles y las viñas y enredaderas serpenteantes que surgían de la humedecida tierra. Una vez más, el frío de Tarsis Ultra acortaba de forma drástica el ciclo de vida de las plantas, pero cuando cada hoja y cada enredadera morían, vomitaban una gran cantidad de esporas hacia la atmósfera, y el ciclo comenzaba de nuevo.

Mientras cada generación de plantas cubría su breve ciclo vital, las reacciones químicas que estaban fermentando en el suelo comenzaban a elevar la temperatura del aire que las rodeaba. Del terreno se elevaban columnas de aire caliente, que recalentaban la floreciente vida vegetal hasta hacer que el ritmo de crecimiento aumentara de forma exponencial. Unas chimeneas irregulares de esporas de gruesa materia vegetal surgieron del

terreno y se elevaron hacia el cielo. Estaban provistas de una estructura de raíces que atravesó el permafrost para llegar a la capa rica en nutrientes que estaba debajo.

Las chimeneas expulsaban vapor caliente y gases de la combustión resultante de la conflagración biológica que estaba teniendo lugar debajo, y así enviaban más esporas a la atmósfera para que fueran esparcidas por los vientos predominantes. A medida que la atmósfera se recalentaba más aún, ascendían fuertes corrientes verticales de aire caliente, que se encontraban con el aire frío que descendía de las cimas de las montañas y provocaban unos alocados modelos climáticos que extendían más aún la contaminación de los organismos tiránidos.

La invasión de Tarsis Ultra había comenzado.

A pesar de la incapacidad de la flota imperial para repeler a los invasores tiránidos, Tarsis Ultra no carecía de defensas propias. Baterías terrestres de láseres de defensa disparaban hacia el cielo y cientos de torpedos orbitales rugían hacia la parte superior de la atmósfera a modo de centelleantes penachos alargados.

Los láseres de defensa atravesaban el cielo, pero el contenido del aire en rápida mutación tenía preparada una sorpresa para los defensores de Tarsis Ultra en relación con la adaptación.

Uno de los mayores problemas de las armas láser terrestres era la reducción de potencia que sufrían en distancias largas, lo que se conocía como «distorsión termal». Cuando un rayo láser viajaba por el aire, se perdían pequeñas cantidades de energía en la atmósfera que lo rodeaba en forma de calor, lo que provocaba alteraciones en el aire y perturbaba el recorrido óptico del rayo. No sólo impedía la precisión, sino que hacía que el rayo se expandiera, por lo que se debilitaba la energía lanzada contra el objetivo. Debido a las colosales energías producidas por los láseres de defensa, eso no era normalmente un problema; pero cada rayo pasaba a través de zonas del aire donde se producían rápidas fluctuaciones de temperatura, lo que hizo que impactaran con una gran reducción de potencia.

Muchos de los organismos de menor tamaño sufrieron bajas debido a los láseres de defensa, pero la mayoría de las criaturas tiránidas tuvieron poco que temer de ellos.

Sin embargo, los torpedos carecían de esas barreras en su rendimiento y causaron un elevado número de bajas entre la creciente cantidad de depredadores. Cientos de torpedos explotaron entre las naves llenas de esporas de la flota tiránida; destruyeron algunas y causaron graves daños a otras. Decenas de criaturas alienígenas perecieron y cayeron al vacío cuando aquellos gruesos meteoros brillantes les produjeron una hemorragia de su fluido vital que les hizo parecerse a las colas de los cometas.

Los cielos sobre Tarsis Ultra estaban, como decían los estrategas imperiales, «repletos de objetivos», y cada torpedo encontraba su destino en una criatura tiránida. En el plazo de dos horas, los comandantes de los silos habían confirmado unas quinientas muertes, junto a peticiones desesperadas de más munición. Dado el alto número de objetivos, cada uno de los silos agotó su suministro de proyectiles tras otra hora de disparos.

Contra cualquier invasor convencional, las defensas de Tarsis Ultra hubieran causado una completa devastación y hubieran cercenado cualquier intento de invasión.

Sin embargo, los tiránidos estaban muy lejos ser unos invasores convencionales.

Desde el aire, el hidroesquife se parecía a una veloz bala plateada mientras rugía sobre la superficie helada de la hidropista. Sus compartimentos de pasajeros estaban repletos de soldados del regimiento de Logres de vuelta a Erebus. Su velocidad se acercaba a los doscientos kilómetros por hora, arrastrado por sus gigantescos motores propulsados por hélice sobre la helada superficie del canal.

El hidroesquife fue dejando tras de sí una nube de crista les de hielo cuando los hidroesquís se inclinaron para permitir que el esquife tomara una curva del canal para rodear una se ríe de colinas bajas coronadas por una pequeña zona de abetos de hoja perenne. Saltaron chispas cuando el esquí

exterior rozó los raíles magnéticos del lateral del canal, ya que el piloto había hecho el giro un poco demasiado de prisa. Pero las cuestiones de seguridad tenían entonces menos peso que la necesidad de velocidad. Habían contemplado los brillantes rayos de fuego láser que atravesaban los cielos y el azul pálido hacia el oeste estaba surcado por pilares nubosos causados por los disparos de los silos de torpedos. Nadie necesitaba decirles a los hombres del regimiento de Logres lo que estaba ocurriendo y que era el momento de buscar la seguridad de Erebus.

Un crepúsculo poco normal estaba cayendo a medida que las esporas tiránidas llenaban el cielo que tenían encima, formando unas chirriantes nubes negras que giraban y descendían en picado como manchas volantes de petróleo que proyectaban largas sombras. Los soldados miraban con nerviosismo por las ventanas empañadas a la creciente oscuridad, deseando que el piloto del esquife lograra que su máquina fuera a una mayor velocidad.

Un par de nubes negras bajaron del aire, serpenteando en dirección descendente para volar de forma paralela al esquite, y una tercera descendió mediante una lenta espiral delante de él. Los oficiales que estaban observando por los periscopios del techo gritaron a sus hombres que estuvieran alerta, y les ordenaron que fueran a las ventanas y que dispararan a discreción.

Ráfagas de aire helado barrieron el esquife cuando abrieron las ventanas para sacar por ellas los cañones de los rifles láser. Los rayos láser apuntaron hacia arriba y agujerearon las bandadas negras que perseguían el esquife. De vez en cuando, una forma retorcida se estrellaba contra la nieve, pero esas preciosas victorias eran pocas, y a pesar de la tremenda velocidad del esquife, las bandadas se acercaban cada vez más.

A lo largo de los compartimentos de pasajeros resonaron gritos de terror cuando las bandadas comenzaron a adelantar al esquife y los soldados alcanzaron a ver al enemigo. Unas grotescas criaturas de alas membranosas, con unas fauces horribles, llenas de colmillos, y extremidades terminadas en pinzas los rodeaban. Los rayos láser alcanzaron a los alienígenas, pero por cada uno que caía, quedaban cien más. Descendieron en picado por

encima y alrededor del esquife mientras escupían gotas negras por los orificios de sus armas que acribillaban la piel metálica como manojos de piedras. El fuego de los alienígenas rompió cristales y provocó gritos de los hombres cuando los alcanzó. Sus armaduras se resquebrajaban y disolvían con los impactos.

Los médicos corrieron a atender a los heridos. Despegaron los chalecos antibalas llenos de sangre para aplicar presión a los irregulares agujeros que tenían los soldados en sus cuerpos, pero retrocedieron, horrorizados, cuando vieron puñados de criaturas similares a escarabajos retorciéndose y penetrando en la carne de los hombres.

Unas pinzas forcejeantes rasgaron el techo del esquife e hicieron unos largos desgarrones en el fino metal. El esquife se balanceó de lado a lado, lanzando más chispas mientras el piloto intentaba compensar el peso adicional y los tirones de los atacantes. Los soldados dispararon a través del techo y mataron a docenas de bestias voladoras, pero sin ser capaces de desalojarlas a todas.

Unos brazos musculados provistos de pinzas atravesaron el techo y agarraron a un soldado que no paraba de gritar a través de un agujero en el techo. Sus gritos se acallaron cuando el fuerte viento le dejó sin respiración. Su camaradas lucharon para recuperarle, pero otra descarga de las criaturas comedoras de carne envolvió a quienes querían rescatarle en una lluvia de fuego.

El esquife aulló al tomar otra curva del canal helado, sólo para encontrarse con otra bandada de los monstruos alados; revoloteaban en una impenetrable nube y bloqueaban el camino del esquife con sus cuerpos. El piloto reaccionó de forma instintiva: accionó los aerofrenos y tiró de los controles hacia un lado. Los frenos de púas que se desplegaron de los esquís hicieron que el esquife patinara de forma descontrolada.

La parte trasera del esquife dio un bandazo y el compartimento de pasajeros hizo un giro brusco hasta colocarse y desplazarse completamente de lado. La parte trasera, que era más ancha que el canal, topó con el borde de los raíles magnéticos, saltó por encima y cayó sobre uno de sus laterales. A una velocidad tan alta, el impacto partió por la mitad el compartimento

de pasajeros y arrancó el enganche con la máquina, que salió dando vueltas por el aire, hasta que se estrelló sobre el hielo, a unos cien metros más allá en el canal, donde al explotar formó una abrasadora bola de fuego naranja.

Las llamas se alzaron hacia el cielo mientras los restos del vehículo se deslizaban otros seiscientos metros por el canal y el calor de las llamas iba fundiendo el hielo. Entre la carnicería del choque, unos pocos lastimeros supervivientes salieron arrastrándose de los restos, cubiertos de sangre y aturdidos.

Incluso antes de que tuvieran la oportunidad de congelarse hasta morir, las gárgolas aladas cayeron sobre ellos, los mordieron y les clavaron las pinzas, hasta que no quedó nadie con vida.

Habían caído las primeras víctimas de la guerra terrestre en Tarsis Ultra.

Desde su posición privilegiada en el tejado del almacén donde se habían escondido, Perro Blanco y Plata observaban las distantes estelas de los torpedos en su ascensión por los cielos púrpura a las capas superiores de la atmósfera.

Los hologramas piadosos, normalmente llenos de predicadores anónimos que exigían oraciones para el Emperador, habían mostrado una continua procesión de avisos contra los peligros del contacto con las especies xenos.

Perro Blanco no sabía qué estaba ocurriendo con la guerra, pero estaba bastante seguro de que alguien había metido la pata en todo eso, porque nadie empezaba a disparar armas terrestres, excepto cuando se quería impedir una inminente invasión.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Perro Blanco.

—No —asintió Plata—, está claro que no.

El inquisidor general Kryptman permanecía en pie junto a un ventanal blindado de observación en la parte superior del palacio del gobernador; contemplaba las mismas escenas con sensaciones similares. Con las noticias

de que la flota se había visto obligada a retirarse, sus esperanzas de que se pudiera contener aquella invasión antes de que alcanzara la superficie del planeta habían quedado destrozadas. Volvió a contemplar el paisaje una última vez, sabiendo que aunque fueran capaces de derrotar a los alienígenas, aquel mundo nunca volvería a ser el mismo.

Se habían dictado órdenes a todos los oficiales sobre la doctrina táctica y la conducta que se debían seguir durante el conflicto con los tiránidos. Incluso entonces, la experiencia adquirida con un número incontable de vidas estaba circulando entre los soldados de Tarsis Ultra, y Kryptman esperaba que no fuera en vano el sacrificio de aquellos que habían muerto para conseguir la información.

El magos Locard se unió a él en el ventanal, con las manos unidas y apoyadas en el pecho y los mecadendritos oscilando suavemente por encima de su cabeza, mientras observaba el inicio de la invasión de los tiránidos.

—Así que empieza otra vez —murmuró el inquisidor, en tanto contemplaba los remolinos del cielo multicolor.

—Ya lo creo —dijo Locard—. Si no fuera una cosa tan monstruosa, podría decirse que es estéticamente agradable. Se trata de la naturaleza empujada a los paroxismos de la creación.

—Creación, sí, pero no hay nada natural en esto. Es una creación diseñada para destruir y para devorar.

—Una interesante dicotomía, ¿verdad? —observó Locard.

—Sí, pero una tal vez para otro momento. ¿Cómo va su investigación?

—Está avanzando. Las instalaciones que tenemos aquí carecen de algunas herramientas, pero son suficientes para mis necesidades. Las muestras que tomamos de las criaturas alienígenas recuperadas del Vae Victus han sido de inmensa ayuda, pero su estructura genética muestra pruebas de mutación. Evidentemente, los tiránidos han entrado en otra iteración de evolución desde la aniquilación de Barbarus Prime.

Kryptman se dio la vuelta para mirar al magos y asintió.

—Ya lo sospechaba.

—Para lograr nuestro objetivo, parece claro que necesitamos obtener de alguna forma una muestra genética que sea tan cercana a la estructura original de la colmena como resulte posible, una que no haya sido sometida a mutación a instancias de la mente enjambre.

—¿Y cómo pretende obtener ese espécimen?

—¡Ah, bueno!, eso no lo sé todavía —admitió Locard.

—Encuentre la forma —ordenó Kryptman.

Uriel observó la marcha de Learchus y Pasanius hacia las primeras líneas de las defensas de la ciudad y luchó por combatir el impulso de unirse a ellos. Había pasado poco tiempo desde que él mismo había dejado de ser un sargento veterano y el viejo deseo de pasar revista a los hombres que tenía a su mando seguía asaltándole en la víspera de la batalla. Se dijo a sí mismo que entonces tenía mayores preocupaciones, mientras comprobaba la placa de datos para asegurarse de que todo en su sector estaba como debía estar.

Desde arriba, la llanura situada ante las murallas de la ciudad parecía la parte superior de un circuito de carreras debido a las trincheras curvas que unían los dos laterales del valle. La cruzaban tres trincheras, que se iban estrechando según se acercaban a las murallas de la ciudad, pero Uriel sabía que no eran más que defensas temporales. La primera oleada de tiránidos les llegaría desde el aire y los inmovilizaría mientras se acercaba por tierra el grueso del ejército alienígena. Sebastien Montante le había asegurado que los laterales del valle estaban bien defendidos, con armas suficientes para hacer que cualquier ataque aéreo fuera inviable. Uriel tenía sus dudas, sabedor de que la auténtica escala de una invasión tiránida se escapaba a la comprensión de la mayoría de las personas que nunca habían sido testigos de una.

Siete mil hombres ocupaban la primera trinchera; seis mil la segunda, y otros dos mil, la tercera. El resto de los soldados esperaba dentro de las propias murallas de Erebus, aguardando en reserva hasta que se les necesitara. Delante de las murallas retumbaba el Capitol Imperialis del coronel Octavius Rabelaq, sus flancos blindados erizados de armas y sus

almenas pobladas de soldados. Blasonado con la heráldica del regimiento de Logres, la inmensa forma romboidal del vehículo de mando se elevaba cerca de cincuenta metros sobre el terreno. Rabelaq podía dirigir desde allí a sus soldados y mantener el mando y el control de la batalla. Sus orugas eran más anchas que una carretera y en el interior del cañón de su arma principal podían caber cuatro tanques de batalla Leman Russ. Era un temible recordatorio del poder del Imperio y su capacidad de destrucción quedaba patente para que todos pudieran verla. Los tanques más pequeños que atravesaban las puertas de la muralla de camino a la primera línea rodeaban el Capitol Imperialis como hormigas alrededor de un elefante.

Aquellos tanques que ya habían ocupado su puesto estaban parados en unos terraplenes bien emplazados. Detrás de ellos se iban ensanchando unas explanadas de nieve compactada para permitirles dar marcha atrás y retirarse hasta la línea más cercana.

Los soldados, vestidos con sucios abrigos, se apiñaban en los refugios subterráneos; reunidos alrededor de generadores de ondas de plasma, cocinaban sus raciones. Los hombres claramente saboreaban lo que podía ser su última comida caliente durante algún tiempo, y Uriel sabía que pocas cosas mejoraban más la moral que una comida caliente y unas bebidas. En eso, Montante se había superado; se había ocupado de la pesadilla logística de alimentar y equipar a decenas de miles de soldados con la sabiduría de un veterano intendente. Había organizado unas grandes cocinas para proporcionar comida caliente de forma regular a los soldados que defendían la ciudad y se había asegurado de que los comandantes tuvieran un tren de suministros fiable.

Todo se había organizado con una admirable eficacia. Observó las enseñanzas del Codex Astartes en la precisa disposición de las defensas. A Uriel le recordaba los esquemas que había visto representando las defensas de la fortaleza de defensa polar del norte en Macragge durante la Primera Guerra Tiránida, aunque esperaba evitar el resultado de aquella batalla.

Satisfecho de que todo estuviera como tenía que estar, avanzó por el camino de tablones cubierto de nieve fangosa de las trincheras en dirección a la primera línea. Delante de la trinchera se había construido una gruesa

repisa de nieve de dos metros de longitud para absorber el fuego, ya que en vez de explotar por causa de los proyectiles, como la arena, la nieve se endurecería y la barrera se volvería más fuerte y eficaz.

Se habían echado calderos y calderos de agua por la pendiente de la barrera de nieve y delante del borde de la trinchera, con lo que se había conseguido una superficie tan lisa como un cristal que se esperaba que resultara extremadamente difícil de escalar para los alienígenas.

—¿Alguna idea de cuándo los veremos? —preguntó Pasanius, uniéndose a Uriel en la banqueta de la trinchera.

—Pronto —contestó Uriel mientras se acercaba Learchus.

—Has hecho un buen trabajo, Learchus —dijo Uriel, agarrando la mano del sargento a modo de bienvenida.

Learchus asintió.

—Los soldados que tenemos aquí son unos buenos hombres, hermano capitán. Tan sólo necesitaban que se les recordaran las enseñanzas del Codex Astartes.

—Estoy seguro de que les has dado un buen recordatorio —apuntó Uriel.

—Cuando fue necesario —admitió Learchus—. No he sido más duro que ningún otro sargento de instrucción de Agiselus.

Pasanius y Uriel hicieron una mueca de dolor cuando recordaron la dureza de su entrenamiento en Macragge. Ninguno de ellos tenía la menor duda de que Learchus se lo había hecho pasar muy mal a los soldados para prepararlos para la inminente guerra, pero si eso les hacía mejor soldados, en ese caso era un precio que tenían que pagar del que deberían estar agradecidos.

—¿Dónde están emplazados los Mortificadores y los Guardianes de la Muerte? —preguntó Learchus.

Uriel señaló hacia la parte sur de las trincheras. Frunció el entrecejo al recordar el enfrentamiento que había tenido con Astador y con Kryptman en la estación espacial orbital. Había perdido el control y la vergüenza de esa pérdida seguía escociéndole por dentro. Él era un marine espacial al servicio del Emperador y estaba por encima de aspectos tan triviales como

el buen o el mal humor, pero la muerte de tantos inocentes en Chordelis y la mancha que había dejado el Portador de la Noche en el interior de su alma habían vencido a su normalmente inquebrantable código de honor.

Recordar cómo había perdido el control y cómo se había convertido en poco más que un asesino sin conciencia lo asustó mucho. Por un momento pensó en confesar la creciente oscuridad de su interior, pero se mordió la lengua al no estar muy seguro de cómo expresar sus sentimientos. Una debilidad como ésa era algo extraño para un marine espacial, y él no tenía la humanidad para llegar y explicarlo.

Los tres marines espaciales observaban el hirviente cielo a lo lejos con temor. Ninguno olvidaría nunca los horrores de los que habían sido testigos en Ichar IV y sólo pensar en hacer frente de nuevo a un enemigo como aquél los llenaba de aprensión.

Aunque sabían que podían combatir contra cualquier enemigo y triunfar, no eran más que un centenar de soldados que, frente a una horda sin fin como esa, sólo podían hacer su parte de la lucha.

Eran muchos los soldados que tenían alrededor, pero de ninguna manera eran tan numerosos como los tiránidos. Sin embargo, donde los defensores de Tarsis Ultra tenían una ventaja sobre la horda alienígena era en su humanidad básica, en el coraje que los alentaría para defender su propio corazón y su hogar.

Exactamente lo mismo de lo que carecían Uriel y sus sargentos.

Las montañas occidentales se retorcían con el movimiento. Miles y miles de esporas micéticas martilleaban el terreno. Cada una vomitaba una criatura recubierta de mucosidad, que siseaba y chillaba con hambre salvaje. Enjambres de bestias se congregaron a la sombra de los retorcidos bosques coronados por el humo. La belleza natural del terreno había quedado distorsionada por la acción de una monstruosa flora alienígena que consumía los nutrientes del terreno y extendía una mancha oscura de crecimiento necrótico por todo el paisaje. Se habían formado charcos burbujeantes de ácidos y enzimas en zonas hundidas del terreno, y

pequeños organismos devoradores se zambullían en esas bañeras ácidas para dejar allí la energía que habían consumido y así alimentar el voraz apetito de la flota alienígena.

Cuando ya se habían reunido suficientes criaturas en una masa chasqueante y mordiente, la horda salió disparada a una señal invisible; unos miembros posteriores propulsaban el brinco del enjambre a través de la profunda nieve de las montañas y hacia la llanura que tenían debajo. Las criaturas más grandes apisonaban la nieve mientras sus bestiales mandíbulas resonaban al cerrarse y sus extremidades, dotadas de pinzas, barrían hacia los lados a los alienígenas más pequeños según avanzaban entre el enjambre. Decenas de miles de alienígenas bajaron desde las montañas a la carrera, dirigidos hacia sus presas por cordones invisibles de hambre psíquica que los conectaban con miles de gárgolas voladoras que se movían por delante del enjambre y les acercaban a sus víctimas.

Por todo Tarsis Ultra, las bestias de la invasión tiránida se aproximaban a sus objetivos.

El guardia Pavel Leforto, de la Legión de Defensa de Erebus, se humedeció nerviosamente los labios, aunque luego deseó no haberlo hecho cuando sintió que el frío helaba la humedad en segundos. Necesitaba de forma desesperada vaciar su repleta vejiga, pero los pozos de letrina estaban a trescientos metros detrás de la sección de la trinchera delantera correspondiente a su pelotón. Maldijo la necesidad de beber tanta agua. A su edad, su vejiga no era la más fuerte del mundo y la necesidad de beber cinco cantimploras de agua al día para combatir la deshidratación, un verdadero peligro en aquel clima tan frío, era una continua molestia.

El problema era que los enfermeros del regimiento de Logres eran unos cabrones sin sentido del humor cuando se trataba de lesiones relacionadas con el clima frío. Ya era un delito de tribunal militar sufrir deshidratación, congelación o hipotermia.

La trinchera no estaba tan fría como lo había estado las semanas anteriores, aunque en lo alto de la plataforma del periscopio un viento frío

le congelaba hasta la médula, a pesar de los abrigos térmicos de múltiples capas que llevaba puestos. La presencia de tantos soldados elevaba la temperatura varios grados y los tanques se habían convertido en un imán para los soldados que tenían frío, ya que podían disfrutar del calor que irradiaban sus motores. Sólo en aquella sección de la trinchera había unos trescientos soldados, una mezcla de escuadras de los regimientos de Logres y de Krieg. Ninguno de los soldados extraplanetarios era muy amistoso y trataban a la mayoría de los soldados de la Legión de Defensa como a guerreros de fin de semana, aficionados jugando en la liga de los mayores. Eso, combinado con los ánimos exaltados causados por las míseras condiciones, había hecho que las relaciones entre los defensores de Tarsis Ultra se hubieran vuelto tirantes, por decir algo. Su entusiasmo inicial por abandonar su puesto habitual en la fundición de Erebus se había evaporado hacía ya mucho tiempo y entonces echaba de menos la predecible monotonía de su trabajo.

Pero había algo más. Echaba de menos volver a casa con su mujer y los niños al final de la jornada, y el estrecho aunque hogareño habitáculo que tres familias y ellos compartían en lo alto de la cara norte del distrito secundus. Sonya estaría preparando la cena en esos momentos y sus dos hijos, Hollia y el pequeño Solan, estarían de camino a casa de vuelta de la scholam. Sentía el dolor de su ausencia, y Pavel estaba deseando que esa guerra acabara para reunirse con ellos.

Apartó aquellos pensamientos sobre su casa y la familia y apretó la cara contra la pieza de bordes de goma de los magnoculares del periscopio montado sobre un bípode. Pulsó el botón que levantaba las tapas de las lentes polarizadas. Se arregló el pasamontañas que tenía bajo el casco para echar un buen vistazo por el aparato. El calor procedente de la piel empañó durante un momento el cristal antes de que la imagen fuera recuperando su claridad.

No se veía nada en la blancura triste e intacta del paisaje, al menos, nada que él pudiera ver, aunque sabía que las gélidas temperaturas reducían la percepción de profundidad y agudeza visual. Aun así, él no era el único

que estaba observando el sector, por lo que no le molestaba demasiado no poder ver nada. De todas formas, no ver nada era una buena cosa, ¿o no?

—¿Ves algo? —le preguntó su compañero de escuadra, Vadim Kotash, quien sostenía una humeante taza de aluminio llena de cafeína en dirección hacia Pavel.

Con cuarenta y cinco años, Vadim era un año más joven que Pavel, y probablemente ambos eran los mayores del pelotón. El pasamontañas y las gafas de nieve ocultaban la cara de su amigo y un pañuelo que le cubría la boca casi tapaba sus palabras.

—No —dijo Pavel, volviendo a cerrar las tapas de los magnoculares. Agarró la taza y le dio un sorbo a la bebida caliente, después de quitarse el pañuelo de la boca—. No puedo ver nada con este tiempo.

—Sí, ya te oigo. Me ha dicho que ayer volvieron a llevar a Kellis al médico. Tenía ceguera causada por la nieve. Ese idiota no dejaba de quitarse las gafas.

—Los prebostes lo van a poner a caldo.

—Pues a mí no me importaría que me dieran un caldo calentito, tal vez así pueda calentar un poco mis viejos huesos —se rio entre dientes Vadim.

—Haría falta un horno de la fundición para eso —dijo Pavel.

Vadim asintió al mismo tiempo que un oficial vestido con un largo abrigo típico del regimiento de Krieg manchado de barro y un grueso gorro de piel tachonado de estrellas de teniente se acercaba por la trinchera. Llevaba el rifle láser colgado del hombro y avanzaba con el entrecejo fruncido en gesto de desaprobación.

—¡Eh!, es Konarski —susurró Vadim, tocando el hombro de Pavel, pero ya era demasiado tarde.

—¡Tú! —dijo Konarski con brusquedad—. ¿Por qué demonios no estáis observando al enemigo?

Pavel dio un respingo al oír la voz iracunda de Konarski y se salpicó cafeína sobre el abrigo.

—¡Ah!, perdone, señor. Estaba…

—Me importa un bledo lo que estabas haciendo; se supone que tienes que estar vigilando al enemigo. Puede ser que tú sólo nos estés condenando

a muerte a todos con tu falta de atención. Voy a dar parte de ti por esto, vas a ver.

—Muy bien, soldado, nombre, rango y número de…

Konarski nunca tuvo la oportunidad de finalizar su pregunta ya que las sirenas de alerta comenzaron a sonar por toda la primera línea. Las aullantes bocinas lanzaban un aviso para todos los soldados y las trincheras entraron en erupción con movimientos nerviosos cuando los soldados recogieron torpemente sus armas y escalaron a la banqueta de la trinchera. Pavel dejó caer la taza y apretó la cara contra el periscopio de la trinchera; el altercado con Konarski quedó olvidado.

Levantó las tapas y dio un grito ahogado cuando vio el enjambre de formas negras que atravesaba el aire hacia las trincheras. Toda la mitad superior del visor estaba ocupada por las criaturas alienígenas y se oía el susurrante sonido de miles de alas al batir a medida que se iban acercando.

Una vez que se percató de que ya no necesitaba el periscopio, Pavel se bajó a la banqueta y alzó el rifle al hombro. Los motores de los tanques antiaéreos de la clase Hydra echaron humo cuando comenzaron a avanzar e hicieron volar nieve y barro congelado cuando sus orugas revolvieron el suelo. Siguiendo a los tanques iban los camiones de municiones, que transportaban tres mil proyectiles en cargadores circulares de municiones de fácil carga, ya que un Hydra podía disparar hasta mil veces por minuto.

Pavel observaba la cercana nube de alienígenas voladores con una mezcla de terror y de expectación. Como nunca había salido muy lejos de las murallas de Erebus, estaba ansioso ante la oportunidad de ver a los verdaderos alienígenas venidos de tan lejos. Sin embargo, si sólo la mitad de la información proporcionada en las reuniones del pelotón sobre esas criaturas era verdad, entonces sabía que con todas probabilidades no iba a disfrutar de un encuentro demasiado cercano con un organismo tiránido.

El ruido de las sirenas llegó a su fin y el horroroso sonido del batir de alas de los alienígenas resonó en los laterales del valle, junto con el ruido chasqueante y agudo de millones de pinzas abriéndose y cerrándose.

—Que nadie dispare hasta que estén más cerca —ordenó un capitán del regimiento de Logres, que caminaba lentamente detrás de ellos con la

espada desenvainada y la hoja apoya da en el hombro—. No malgastéis ni uno solo de vuestros disparos; los vais a necesitar todos.

Pavel intercambió una mirada con Vadim y vio el miedo tras la sonrisa nerviosa de su amigo.

—No te preocupes, Vadim —dijo Pavel—. No habrá ningún problema si te ocupas de tener una célula de energía a mano.

Vadim asintió con gesto tembloroso al mismo tiempo que comenzaban a disparar los Hydras. El ruido de las armas de cañones cuádruples cuando empezaron a lanzar proyectiles era ensordecedor. Cientos de explosiones estallaron entre las criaturas voladoras, pintando el cielo de sucias manchas, y los distantes chillidos de las criaturas moribundas se deslizaron a través del aire frío. Desde los cañones refrigerados por aire se elevaban columnas de vapor, y los sacerdotes ingenieros vestidos con túnicas rodeaban cada uno de los tanques y rociaban sus cascos con agua bendita procedente de un hisopo, mientras las armas salpicaban el aire con proyectiles explosivos.

Pavel contempló cómo se convulsionaba el enjambre en lo alto cuando lo atravesaron los disparos de los Hydras, que hacían volar en pedazos a cientos de criaturas cada segundo que pasaba. La carnicería que se desencadenó entre ellos fue terrible y fueron cientos los objetos negros que cayeron deslizándose por el aire. Se preguntó cómo podían recibir un castigo tan grande y aun así seguir llegando.

Con una sincronía perfecta, una parte del enjambre bajó en picado del cielo mientras otra ascendía, dirigiéndose a las cumbres de la ciudad. El enjambre inferior rápidamente perdió altitud hasta pasar casi rozando el hielo y volar cual balas negras hacia las trincheras.

Los Hydras continuaron rociando el aire con sus proyectiles, y la trayectoria de sus cañones fue bajando a medida que descendía el enjambre que se dirigía hacia las trincheras. La distancia se estrechó rápidamente y los agudos chillidos de los alienígenas desquiciaron los nervios de los miles de hombres que les hacían frente.

Pavel observó a los alienígenas a través de la mira telescópica de su arma láser. El parpadeante punto de mira cambió a verde cuando los alienígenas entraron en la distancia de tiro de las armas.

—¡Fuego! ¡Fuego a discreción! —chilló un oficial, y miles de armas láser abrieron fuego de forma simultánea.

El negro enjambre se estremeció, y por el hielo rodaron cientos y cientos de las bestias. Disciplinadas ráfagas de disparos rasgaron el enjambre. Pavel abrió fuego sin apuntar. Simplemente, no era necesario cuando el número de enemigos que venían era tan enorme.

Los chillidos de los alienígenas se convirtió en un vendaval de aullidos y, de repente, ya los tenían encima de ellos.

Vadim se agachó cuando un monstruo volador se estrelló contra el borde de la trinchera y sus rudimentarias patas traseras pugnaron por agarrarse al hielo. Las extremidades membranosas aletearon al mismo tiempo que los brazos fibrosos apuntaron hacia él, directamente al corazón, con una arma simbiótica que lanzaba baba.

Pavel disparó a la bestia en la cabeza, y el cuerpo cayó retorciéndose en la trinchera. Un par de siseantes monstruos pasaron por encima a poca altura, salpicando los muros de la trinchera de pedazos de baba negra, a la vez que Pavel empujaba a Vadim a la nieve fangosa que estaba en el fondo de la trinchera. Abrió fuego en modo automático, llenó la trinchera de brillantes rayos láser que partían a la criatura en dos.

Vadim disparó a otra bestia cuando se agarraba a la repisa de nieve. Tiró de Pavel hasta ponerlo en pie. El aire estaba lleno de gárgolas que volaban bajo y descendían hacia las trincheras, arañando, mordiendo y disparando sus asquerosas armas biológicas. Los gritos atravesaban los sonidos sibilantes de los monstruos y el aire apestaba a sangre y a miedo.

Un grupo de aquellas ruidosas bestias salió volando en picado del enjambre cada vez más pequeño. Los chorros brillantes de plasma biológico fundían la nieve y la carne con la misma facilidad. Vadim lanzó un grito al ser levantado en el aire por una gárgola. Sus piernas patalearon y Pavel oyó sus lastimeros chillidos mientras lo sacaba de la trinchera. Dio un salto y agarró por las piernas a Vadim, pero los gruesos mitones que llevaba no le dejaron hacer fuerza y a su amigo se lo llevaron por el cielo. Pavel volvió a caer en la trinchera cuando otra gárgola descendió en picado sobre él. Se lanzó hacia un lado, y alzó desesperadamente el rifle láser para bloquear las

pinzas que barrían el aire a su lado. Salieron volando chispas por los aires cuando las garras del alienígena atravesaron el cañón del arma y le desgarraron el abrigo, aunque no llegó a cortarle el pecho. Dio un traspié y cayó de espaldas sobre la banqueta. Lanzó a un lado el arma inutilizada y sacó el cuchillo de combate mientras la bestia se giraba en el aire y volvía para hacer otra pasada.

Las tripas del alienígena le salpicaron cuando la gárgola explotó en el aire, estallando desde dentro, como si le hubiera alcanzado el disparo del bólter de un marine espacial. Se limpió los restos que habían caído sobre sus gafas a tiempo para ver un capitán y un sargento de los Ultramarines abrirse camino por la trinchera, matando alienígenas y haciendo caso omiso de sus ataques, como si estuvieran en un desfile.

—Gracias —farfulló Pavel, pero los guerreros ya habían seguido su camino.

Se puso de rodillas, sintiendo náuseas cuando se dio cuenta de lo cerca que había estado de morir y la conmoción comenzó a adueñarse de él. Un temor enfermizo lo invadió y un intenso miedo penetró en su sistema nervioso cuando se percató de lo cerca que había estado de dejar viuda a Sonya.

Sintió que las piernas le temblaban y se puso a rebuscar entre los muertos que había en el suelo de la trinchera para encontrar una arma, consciente de que esa acción era su única esperanza de evitar la aparición de un miedo paralizador.

Pavel cargó apresuradamente un rifle láser que encontró y se puso en pie. Volvió a subirse hasta la banqueta y abrió fuego contra la masa de criaturas que se arremolinaba encima de él. Disparó y recargó, y perdió la cuenta de cuántos cargadores de energía cambió, hasta el punto de tener que recoger más de las mochilas de los caídos cuando se acabaron los suyos. Pero incluso él podía ver que el número de los alienígenas del enjambre estaba disminuyendo.

Las gárgolas eran incapaces de posarse y de luchar, así que no había modo alguno de que pudieran hacerse con las trincheras, por lo que Pavel se preguntó cuál era exactamente el objetivo de aquel ataque.

La respuesta estaba horriblemente clara. Los alienígenas estaban probándolos…, aprendiendo. Aquel ataque no era más que una exploración de la capacidad de respuesta de sus víctimas, un simple indicio de lo que estaba por llegar. Esa vanguardia sólo era una maniobra de distracción, y las bestias que habían muerto a miles eran prescindibles, carne de cañón utilizada para decidir cómo atacar mejor a las criaturas que defendían ese mundo.

Pensar en una lógica tan fría e insensible le dio escalofríos. Si se podía sacrificar a miles por tan poca información, ¿qué más horrores podían desencadenar los líderes de los alienígenas?

Los sonidos de la batalla estaban comenzando a disminuir, y Pavel podía ver en varios sitios las formas blindadas de los Ultramarines y los Mortificadores despachando los últimos elementos del enjambre, moviéndose y abriendo fuego con sus voluminosas armas con una eficiencia procedente de décadas de práctica constante.

Se apoyó en el lateral de la trinchera para recomponerse mientras le invadía una agobiante lluvia de sensaciones: alivio por haber sobrevivido, dolor por su familia y una profunda pena por Vadim, aunque no tenía ni idea de si su amigo estaba vivo o muerto.

Se desplomó sobre la banqueta de la trinchera. El agotamiento le ponía plomo en las extremidades y las manos comenzaron a temblarle.

Pavel lloró por su amigo muerto, y las lágrimas se convirtieron en hielo sobre las mejillas.

Perro Blanco soltó una gran descarga de fuego con la ametralladora pesada. Los proyectiles cortaron en dos a una sibilante gárgola, que salió despedida dando vueltas desde la ventana tapada con tablas que había estado intentando derribar a golpes para atravesarla. Plata le impactó dos veces a otra cuando abría un agujero en el techo, y Tigrilla dio vueltas y zigzagueó para abrirse camino entre los alienígenas, atravesando alas y sacando ojos con sus finas dagas.

Jonny Pisotón y Trask luchaban espalda con espalda, disparando las armas que habían robado contra las criaturas de extraña apariencia que estaban intentando entrar a golpes en el almacén donde se habían escondido. Las detonaciones de las armas eran ensordecedoras, y los gritos de pánico y miedo de aquellos civiles que habían sido lo bastante afortunados como para alcanzar la seguridad del almacén retumbaban entre los estallidos de fuego.

La madera de la puerta, finalmente, cedió, y media docena de chirriantes monstruos intentaron entrar por la abertura. Perro Blanco se dio la vuelta y se preparó, abriendo bien las piernas mientras apretaba el botón de disparo en la empuñadura granulada de la ametralladora pesada. Una lengua de fuego de un metro de largo saltó del cañón perforado y aniquiló a los alienígenas en una nube manchada de sangre y humo. Incluso preparado, el retroceso hizo tambalearse a Perro Blanco. La ráfaga de proyectiles salió hacia arriba, y grandes trozos de escayola se desplomaron del techo.

Volvió a dirigir el arma hacia abajo, buscando nuevos objetivos, pero en ese momento no encontró ninguno. Los gimoteos y los ahogados sollozos de las dos docenas de civiles que estaban en la parte trasera del almacén ya estaban irritándolo. Dejó escapar un profundo suspiro tranquilizador y corrió hasta el borde del marco de la ventana rota para arriesgarse a echar un vistazo.

Había oído el rugido de las armas de defensa desde primera hora de la tarde resonando desde los laterales del valle y había visto cómo entraban en erupción en una furiosa tormenta de disparos la parte superior de las laderas rocosas. Al principio no podía ver a qué estaban disparando, pero en seguida pudo ver una nube de criaturas. Tras los monstruos venía una lluvia negra, miles de esporas, que caían sobre la ciudad a un ritmo terrorífico.

Las explosiones pintaban el cielo y los proyectiles estallaban entre los organismos que caían al suelo y mataban a miles de alienígenas. Perro Blanco jamás había visto antes una demostración tan increíble como aquélla de la capacidad de las defensas de la ciudad y la potencia de fuego que estaban haciendo soportar a las esporas no era menos que asombrosa.

La dimensión de la invasión tiránida era mayor de lo que los arquitectos de la ciudad nunca imaginaron, por lo que bolsas aisladas del bombardeo aéreo pudieron penetrar en la cobertura del fuego antiaéreo, la mayor parte en las zonas más bajas de la ciudad, lejos de donde rechazaron la primera oleada los cañones adicionales que jalonaban los muros del palacio imperial de Sebastien Montante.

Algunos espectadores curiosos rodearon las esporas que consiguieron aterrizar, ávidos de ver, en persona, esa amenaza a su mundo. La mayoría lo pagó con la vida cuando de las esporas salieron los asesinos alienígenas: bestias que acuchillaban y monstruos armados con guadañas, de ojos despiadados y voraz apetito.

Perro Blanco había visto cómo un manojo de esporas atravesaba los finos tejados de chapa de zinc de las viviendas cercanas y sintió un estremecimiento por los impactos, sabiendo que sus habitantes ya estaban muertos. La gente huía, horrorizada por la violencia que los rodeaba.

Cerca de un centenar de las sibilantes bestias saltadoras abarrotaban las estrechas calles situadas ante el edificio del almacén que les servía de base. Gente dando gritos y acarreando niños y patéticos bultos de objetos personales había huido de los alienígenas, y en un momento de debilidad que sabía que iba a lamentar, Perro Blanco les había permitido que se refugiaran en el almacén.

Desde entonces, su banda y él habían estado luchando por sus vidas, ya que los alienígenas habían intentado entrar encarnizadamente. Jonny les había mantenido a raya el tiempo suficiente para que Perro Blanco preparara las armas que habían conseguido de uno de los muchos corruptos sargentos de suministros que había en las ajetreadas instalaciones del puerto. Una vez que todos habían empuñado aquellas armas tan poderosas, habían mandado a los alienígenas a freír espárragos con los rabos verdaderamente entre las piernas.

A Perro Blanco le dolía utilizar esas armas, ya que el valor de reventa sería mucho menor después de que hubieran sido disparadas. Aun así, tenía almacenadas un montón de cajas de raciones de comida y de medicinas, y

lo apostaría todo a que habría una gran demanda de esas cosas en los días siguientes.

Tosió al mismo tiempo que se imponía un repentino silencio en el habitáculo. Tenía los pulmones llenos de un acre humo producido por los disparos de las armas de gran calibre. Trask y Jonny Pisotón chocaron las manos.

—¿Viste a ese al que le he dado entre los ojos? —gruñó Trask—. ¡Le he volado la puñetera cabeza!

—Ya. Pero ¿y al que he trincado yo con el lanzagranadas? ¡Eso sí que ha estado bien! —dijo Jonny mientras hacía que disparaba con su arma una y otra vez.

Perro Blanco les dejó con sus bravatas, se puso al hombro la humeante ametralladora pesada y sonrió a Plata, que asintió con la cabeza y volvió a cargar sus pistolas. Lex y Tigrilla se desplomaron en el suelo y encendieron un par de pitillos de obscura. Perro Blanco les dejó, pensando que por el momento había cesado la amenaza.

Plata se acercó sigilosamente a él, le frotó la parte trasera del cuello y se inclinó para besarlo en la mejilla. Ella sonrió y asintió con la cabeza en dirección a la aterrorizada gente situada en la parte trasera del almacén. Su expresión facial, normalmente gélida, se relajó.

—Eso que has hecho ha sido algo realmente bueno, lo de dejar entrar a esa gente —dijo ella.

—Sí, ¿no soy un héroe? —replicó Perro Blanco.

—No —contestó Plata—, pero me parece que tal vez seas un sentimental.

—¿Yo? No te apuestes nada, cariño. Ni siquiera sé por qué lo hice. Si hubiera tenido tiempo para pensarlo, les habría cerrado la puerta en la cara.

—¿De verdad?

—De verdad.

Plata buscó en sus ojos algún signo de que estaba bromeando, pero retiró la mano cuando no logró encontrar ninguno. Él vio que el gesto distante de ella reaparecía mientras su mirada penetraba en el aparente altruismo de él hasta el rojo blanco de su interés personal.

Plata se dio la vuelta.

—¡Ojalá lo hubieras hecho!

Perro Blanco se volvió para mirar la ciudad cubierta de nieve a través de la ventana. No culpaba a Plata por pensar bien de él; podía ser encantador cuando quería, pero sabía que él era básicamente un individuo cuyo egoísmo estaba demasiado arraigado como para cambiar. Conocía sus defectos y no eran las características que le definían; eran atributos superficiales, un monumento a su deseo para ser el número uno.

Se maldijo suavemente cuando recordó cómo le había mirado Plata al creer que él había dejado entrar a la gente en el almacén por motivos desinteresados. No había ninguna malicia en esa mirada y su desnuda honestidad lo asustaba con lo que le hacía sentir. Perro Blanco apoyó la ametralladora contra la pared y sacó un paquete de pitillos del bolsillo del pantalón; encendió uno mientras se planteaba lo que ocurriría después.

Tendría que alimentar a esas personas, y mantenerlas a salvo, un deber que iba contra cada instinto de su cuerpo. Buscó a sus personas más queridas y tenía claro que entre ellos no se incluía ningún civil. Maldición. Echó un vistazo a Plata, sintiendo el frío de sus ojos y volvió a maldecir.

Se atusó el pelo decolorado con la mano; se oía el sonido de los gritos y los disparos cuando los alienígenas encontraban resistencia en otras partes de la ciudad. Miró a la gente acurrucada y sacudió la cabeza.

¿En qué había estado pensando? ¿En qué estaba pensando?

Las cajas apiladas se extendían hasta la parte trasera en la oscuridad del almacén. Era un auténtico tesoro escondido de armas, medicinas, comida, ropa, mantas…, todas las cosas que una ciudad asolada por el invierno y la invasión necesitaría de forma desesperada.

Pasó la vista de las cajas a la gente apiñada y, cuando vio el ansia desesperada en sus ojos, se imaginó los contenidos de las cajas.

Perro Blanco sonrió. De repente, se multiplicaban las oportunidades.



DIEZ

Uriel y Learchus supervisaron con ojo práctico los destrozos sufridos por las líneas de trinchera y se dieron cuenta de que probablemente podrían resistir frente a otro ataque aéreo, pero que sin duda no lo harían ante un asalto combinado de criaturas terrestres y aladas. Los vuelos de reconocimiento efectuados por los pilotos Fury que habían acabado en Tarsis Ultra debido a la imposibilidad de aterrizar en el Kharlos Vincennes indicaban la presencia de una marea quitinosa de proporciones inimaginables a unos sesenta kilómetros al oeste.

Un cálculo estimado de la velocidad de avance situaba a la horda tiránida a menos de una hora de distancia. Tres naves habían caído durante el reconocimiento, derribadas por enjambres de gárgolas que acechaban entre las nubes multicolores que surgían de los organismos en continuo crecimiento propagados por las esporas alienígenas.

—Hermano capitán, no podremos resistir en esa línea —le dijo Learchus.

—Lo sé, pero será un golpe terrible para la moral de los soldados tener que retirarse tan poco tiempo después del primer ataque.

Los camilleros y los médicos de combate recorrían las trincheras efectuando la selección de heridos que pudieran salvarse y marcando con varitas de carbón a los que necesitaban el traslado inmediato a las instalaciones médicas. Todos los soldados de los diferentes regimientos se habían comportado de un modo heroico, pero Uriel sabía que aquella guerra no se ganaría sólo con heroísmo.

Uriel vio al otro extremo de las trincheras al capellán Astador de rodillas y rezando, rodeado por un grupo de Mortificadores. Una columna de humo procedente de un brasero de hierro colocado delante de Astador se elevaba hacia el cielo, y los sentidos potenciados de Uriel distinguieron incluso en mitad del hedor de la batalla el olor a sangre hirviendo.

Learchus siguió la mirada del capitán y frunció los labios con gesto de disgusto cuando notó el olor a sangre en el aire.

—¿Qué clase de rito estarán llevando a cabo ahora? —se preguntó en voz alta.

—No lo sé, sargento, pero seguro que no hay nada que se le parezca en las páginas del Codex Astartes.

Learchus se mostró de acuerdo con un gruñido. El mayor Satria, de la Legión de Defensa de Erebus, y el capitán Bannon, de los Guardianes de la Muerte, se acercaron a ellos. Bannon se movía con la agilidad confiada de un guerrero experimentado. Llevaba la armadura cubierta de salpicaduras de sangre alienígena, hasta el punto de que el símbolo amarillo y negro de los Puños Imperiales apenas era visible bajo el fluido de color púrpura. Satria tenía el rostro ensangrentado y parecía agotado. El vendaje del brazo izquierdo estaba manchado de sangre y el casco mostraba unos grandes arañazos producidos por las garras alienígenas.

—Sargento Learchus —dijo a modo de saludo.

—Mayor Satria. Sus hombres han luchado con valentía.

—Gracias —contestó Satria—. Esos chavales son de acero. No les defraudaremos.

—Su espíritu de lucha es de elogiar, mayor, pero me temo que esto no es más que un aperitivo de lo que se avecina —le advirtió Uriel.

—Puede ser que tenga razón, capitán Ventris. Me acaban de informar de que ya están atacando otras siete ciudades, y no podemos ponernos en contacto con muchos de los asentamientos de menor tamaño.

—Ya han sido destruidos —comentó Bannon.

—No puede saberlo con certeza —protestó Satria.

—Pues lo sé, mayor Satria —insistió Bannon—. Ya me he enfrentado antes a los tiránidos y nos atacarán de nuevo y muy pronto, con mayor ferocidad y astucia si cabe.

—¿Qué podemos hacer?

—Luchar —contestó Bannon de un modo que no admitía réplica alguna —. Estamos en el mayor asentamiento de población de Tarsis Ultra, y los tiránidos lo considerarán el órgano más vital de su presa. Atacarán por todo Tarsis Ultra, por su puesto, pero su mayor esfuerzo lo sufriremos nosotros.

Uriel asintió. Noto que el ánimo se le encendía al oír la certidumbre y la pasión en la voz de Bannon y sintió que el odio y la rabia asesina contra los tiránidos le hacía hervir la sangre.

—¿Dónde están sus hombres? —le preguntó Learchus.

—Los he desplegado en los puntos clave de la línea de defensa. Cada uno lleva grabada la Letanía del Odio al Alienígena en la placa pectoral de la armadura y se la recitarán a los soldados que estén a su alrededor mientras combaten. La ira sagrada del Emperador le infundirá a cada hombre el valor para cumplir con su deber.

—Lo harán de todas maneras —le prometió Satria.

Uriel dejó de prestar atención a las palabras de sus cantaradas cuando el olor a sangre que percibía de repente se hizo más intenso y llenó su percepción hasta que no fue capaz de ver ni sentir nada más aparte del deseo de derramarla. Notó que al ritmo cardíaco de ambos corazones se incrementaba, hasta que se dio cuenta de que corría el riesgo de empezar a hiperventilar.

—¿Capitán Ventris? —le preguntó Bannon—. ¿Se encuentra bien?

Uriel tuvo que emplear a fondo su fuerza de voluntad para regresar al momento presente y sintió que el mundo real volvía de pronto mientras el tremendo poder del olor a sangre retrocedía como un sueño olvidado. Abrió los puños y asintió.

—Sí, sí, me encuentro bien —respondió con lentitud—. Es que estoy ansioso por derramar más sangre alienígena.

Uriel estuvo seguro por un momento de que había sentido la diversión burlona de un espíritu siniestro que acechaba detrás de sus propios ojos.

Pasanius, que se encontraba en otra sección de las trincheras, se limpió los goterones de sangre alienígena que le manchaban el brazo biónico de color plateado. Frunció el entrecejo con un sentimiento de consternación. Tomó un puñado de nieve y lo pasó por encima del metal reluciente. Se quedó mirando cómo se derretía y arrastraba los últimos restos de sangre. Luego, se agachó y recogió del suelo una bufanda para limpiar aún más la superficie del brazo.

El metal relucía como si fuese nuevo, con la superficie lisa y pulida, sin asomo de un solo arañazo.

Pasanius se quedó sin aliento y cerró los ojos.

Se pegó el brazo al cuerpo y rezó.

Las sirenas de alarma resonaron de nuevo y los soldados corrieron a ocupar sus puestos en las trincheras. Varios enjambres de gárgolas todavía lejanos descendieron desde las nubes al mismo tiempo que un sonido susurrante creció hasta convertirse en un rugido. Uriel reconoció lo que era: el sonido de millones de criaturas que corrían de un modo frenético rozándose entre sí, avanzando como una masa imparable, impelida a luchar y a matar por la voluntad implacable de la mente enjambre.

Una línea negra y serpenteante apareció en el horizonte, una marea ondulante de garras, caparazones blindados y monstruos que avanzaban a saltos. Cerró la mano alrededor de la empuñadura de la espada y pasó el pulgar por encima de la runa de activación, ansioso porque los tiránidos se acercasen más para saciar su ansia de sangre con sus entrañas.

El horizonte palpitaba de movimiento. Toda la entrada del valle estaba repleta de monstruos alienígenas deseosos de matar. Las piezas de artillería imperiales, situadas cerca de las murallas de la ciudad, rugieron, y comenzaron a aparecer columnas de humo negro y explosiones de hielo en la llanura congelada. Las torretas de defensa y las casamatas de disparo construidas a toda prisa abrieron fuego y llenaron el aire de aullidos ensordecedores y de proyectiles mortíferos. Las aullantes aeronaves Marauder y Fury pasaron por encima de las trincheras para acribillar a los grupos de vanguardia del enjambre tiránido o para soltar las bombas de gran poder explosivo que reventaban el hielo e incineraban a los alienígenas a centenares. Los tanques de la Guardia Imperial dispararon en una trayectoria parabólica, ya que los comandantes de los vehículos blindados sabían que acertarían sus objetivos sin necesidad de apuntar. El enorme cañón frontal del Capitol Imperialis del coronel Rabelaq abrió fuego y el estampido del disparo resonó como un trueno ensordecedor. En las laderas de las montañas, se produjeron varios aludes de hielo y nieve cuando la tremenda descarga de artillería de aquel ejército bien atrincherado lanzó toda su potencia de fuego contra el enemigo.

Miles de criaturas tiránidas murieron y sus cadáveres acabaron pisoteados por la carrera enfurecida de las supervivientes en su frenesí por alcanzar a sus presas, pero Uriel se dio cuenta de que las bajas eran

insignificantes. Habían muerto miles, pero quedaban más de cien veces ese número.

En varios puntos del enjambre se veían unas bestias de mayor tamaño y aspecto amenazador. La silueta de cada una parecía la de un ariete gigantesco y vivo. Sin duda, eran criaturas con un sistema nervioso tan rudimentario que sus cuerpos tardarían minutos en darse cuenta de que estaban muertos. En ciertas partes de la horda chasqueaban rayos de energía azul y los aullidos chirriantes de los alienígenas resonaban en los costados del valle y azotaban los nervios ya de por sí tensos de los soldados.

Miró a los rostros temerosos que tenía a su alrededor y vio las insignias de los regimientos de Krieg, de Logres y de las unidades de la Legión de Defensa de Erebus. Todas las caras estaban tapadas por gafas para la nieve, por bufandas y por cascos, pero se podía notar el miedo que sentían.

—Confiad en el Emperador —les gritó Uriel—. Es vuestro escudo y vuestra arma. Confiad en su sabiduría de que existe un motivo para todo y venceréis. Matad a vuestros enemigos con su nombre en vuestros labios y lucharéis con la fuerza que os ha dado. Y si es vuestro destino entregar la vida en su nombre, regocijaos de que la hayáis entregado a su servicio. —Uriel activó la espada, y la hoja quedó envuelta por un intenso fulgor de energía letal—. Que vengan esos alienígenas. Les demostraremos lo que significa enfrentarse a los soldados del Emperador.

El capellán Astador captó el pulso del planeta a través de las placas de ceramita de la armadura y sintió el dolor provocado por la invasión en cada forma de vida que se sustentaba de su esencia. El aroma de su propia sangre hirviendo le llenaba los sentidos y permitía que su espíritu entrase en comunión con los de los que lo habían precedido, que habían llevado aquella armadura sagrada, cuya percepción del universo no estaba reducida por los límites de la carne mortal.

Sintió la energía radiante de los soldados que lo rodeaban, el miedo ansioso, pero también valor y decisión. Era una combinación poderosa, pero Astador todavía no sabía si sería suficiente para hacer frente a unas

criaturas que ni pensaban ni respetaban los espíritus de los muertos y, por tanto, despreciaban todo lo que les podían enseñar.

Aunque sentía las inteligencias individuales que componían el enjambre, existía una única voz que atravesaba toda la horda, una única voluntad que dotaba a sus componentes de la fuerza de decisión, pero no de carácter propio. La notó como un trozo de acero, como estaca glacial que le atravesaba el espíritu. El increíble horror de aquella conciencia tan alienígena estuvo a punto de apoderarse de Astador, y la impresionante escala de semejante dominación era increíble.

No había hambre, ni rabia, ni valor, ni ambición en esa voluntad. Sólo existía el deseo de devorarlo todo.

Aquello era su fortaleza, sin duda, pero también su debilidad.

Si aquella voluntad de hierro se rompía, ¿qué podrían conseguir unas criaturas esclavas semejantes, sin voluntad propia?

Astador introdujo su espíritu hacia el interior helado de la horrible psique alienígena y buscó el modo de lograr precisamente eso.

El capitán Owen Morten empujó con fuerza la palanca de mando del caza Fury y entró en una maniobra de picado agudo. Un gran borrón blanco pasó a ambos lados de la carlinga cuando niveló el aparato a unos cuarenta metros por encima de la nieve. Niveló también la potencia de los motores y viró antes de mirar por encima del hombro derecho. Una hilera de explosiones cegadoras siguió al paso de la aeronave. Morten vio cómo los cadáveres alienígenas saltaban por los aires y su mirada fría se endureció todavía más.

El escuadrón de naves de caza había sufrido unas rápidas y apresuradas modificaciones para transportar munición para bombardeo a tierra después de aterrizar en Tarsis Ultra, pero el capitán Morten y los suyos ya podían atacar a los tiránidos. Lo último que había visto del Kharlos Vincennes habían sido las pistas de lanzamiento envueltas en llamas antes de que la violencia de la explosión de la refinería hubiese eclipsado la escena. Los alienígenas tendrían que pagar con sangre por todos sus camaradas muertos,

y el escuadrón ya se estaba cobrando ese precio entre aquellas criaturas despreciables.

El Fury de Erin Harlen le pasó por encima y por un lado, y las bombas del soporte central cayeron de forma secuencial. Una serie de explosiones se fundieron en una sola detonación continuada.

Morten viró sobre las trincheras y comprobó que sus dos hombres de ala se mantenían en posición. Los interceptores de la clase Lightning, que volaban muy por encima de ellos, realizaban acrobacias de locura en sus combates contra las banda das de gárgolas. Los pilotos mantenían ocupadas a las criaturas aladas mientras ellos bombardeaban a los tiránidos de tierra. Un simple vistazo bastó para que se diera cuenta de que los Lightnings no serían capaces de mantener alejadas de los cazabombarderos a las bandadas de monstruos mucho tiempo más.

Pulsó el botón del comunicador.

—Vamos a hacer otra pasada —ordenó—. A baja altitud, para acribillarlos. Seguidme.

—Capitán —le advirtió Kiell Pelaur, su oficial artillero—. Nos hemos quedado sin cohetes. No podemos soltarles nada.

—Lo sé, teniente. Lo haremos con los cañones.

Morten bajó el morro de la nave hacia tierra, y el enjambre se abalanzó hacia él. El estremecimiento del fuselaje aumentó, y una luz roja parpadeante en el panel de control, acompañada de las alarmas de proximidad, le indicó que el Fury había descendido a treinta metros nada más. Volar a semejante altitud requería un pulso muy firme, ya que el más mínimo error provocaría que el Fury acabara esparcido por el hielo.

Sin embargo, el comandante de los escuadrones Ángel era uno de los mejores pilotos del grupo de combate del Kharlos Vincennes y su capacidad de control sólo era superada por la de Erin Harlen. Los tiránidos corrían hacia ellos mientras las naves dejaban una columna de hielo en el aire a su paso.

El capitán Morten apretó el gatillo de la palanca de mando y disparó una andanada de rayos de energía incandescente contra la horda de criaturas con el cañón láser del Fury. Varias explosiones de sangre y de hielo las

atravesaron cuando la poderosa arma disparó una y otra vez. Morten gritó mientras disparaba. Sentía la necesidad de acabar con todas y cada una de aquellas abominaciones de una sola pasada. Se imaginó una enorme bola de fuego rojo, la destrucción que podía provocar si dejaba ir al Fury y permitía que tuviera una muerte gloriosa en el calor del combate.

Otra luz roja comenzó a parpadear cuando la última carga de energía para el cañón se agotó y salió expulsada por la panza de la nave. La frecuencia de la alarma de proximidad se intensificó.

—¡Capitán! —le gritó Pelaur—. ¡Ascienda! ¡Ascienda, por el amor del Emperador!

El grito de Pelaur sacó a Morten de su visión sobre la muerte. Inspiró profundamente y tiró de la palanca de mando para hacer que el Fury ascendiera.

—¡Imperator! ¡Capitán! Eso sí que ha sido volar bajo. Es el tipo de maniobra que me esperaría de Harlen.

El capitán Morten no le contestó. Se estaba imaginando una gigantesca explosión final de despedida.

Pavel Leforto disparó contra la masa de alienígenas, aterrorizado más allá de lo imaginable por la escala de lo que estaba viendo. Unos monstruos gigantescos avanzaban con pasos pesados entre la multitud de criaturas lanzadas a la carga. Las garras de esas criaturas eran más grandes que las pinzas de las grúas de arrastre que tiraban de las vigas en la fundición.

El avance de los alienígenas se había detenido a unos diez metros de las trincheras. La pulida capa de hielo que cubría el terraplén había hecho fracasar todos sus intentos por cruzar ese último tramo. Sin embargo, las criaturas de menor tamaño habían empezado a clavar las garras en el hielo para lograr acercarse. Morían en manadas, pero las criaturas que las seguían aprovechaban los cadáveres para acercarse más todavía. El avance se había detenido, pero aquello sólo representaba un breve respiro para las fuerzas imperiales.

El estruendo de la batalla era ensordecedor: cañones rugientes, explosiones, aullidos y el jadeo inhumano de los tiránidos. Una gigantesca nube en forma de hongo surgió en el centro de la horda alienígena cuando el Capítol Imperialis disparó de nuevo y lanzó cadáveres tiránidos y nieve cientos de metros por el aire.

En las reuniones de pelotón le habían indicado que debía disparar contra las criaturas tiránidas de mayor tamaño. Los sargentos decían que eso desorganizaría a las bestias más pequeñas. Para él, era un misterio que aquello fuera posible, pero había pasado toda su vida, incluso siendo ya adulto, obedeciendo órdenes, y no iba a empezar a desobedecerlas en un momento como ese.

Sacó el cargador de energía ya vacío y metió otro con manos temblorosas. Se llevó el rifle al hombro y apuntó contra un monstruo enorme con una tremenda cresta que se alzaba en la parte posterior de la cabeza. Sus poderosas garras empuñaban un largo tubo de aspecto asqueroso, de cuyo extremo salía goteando un poco de limo verde. Varias criaturas de cráneo redondo y abultado lo rodeaban. De sus extremidades superiores surgían unas protuberancias huesudas. Apuntó al cráneo de la criatura más grande y abrió fuego, pero el disparo rebotó en la gruesa capa de hueso. Un cohete pasó aullando por encima de Leforto hacia el gigantesco monstruo, pero se estrelló contra la excrecencia ósea de uno de sus protectores quitinosos.

Se dio cuenta de que no lograría herir a aquel monstruo, así que cambió de objetivo en cuanto un alienígena siseante clavó las garras en la parte superior del terraplén, después de conseguir escalar por la montaña de cadáveres. Le disparó en plena cara y le reventó la cabeza. El cuerpo se quedó anclado en el borde de la trinchera con las grandes garras clavadas en la tierra.

Los soldados que lo rodeaban disparaban sin cesar a la masa de alienígenas. Sabían que para sobrevivir tenían que conseguir que llegaran a sus líneas.

Pero Pavel se dio cuenta de que no iban a lograrlo.

Uriel atravesó el torso de un hormagante con la espada y a otro le arrancó la cabeza de los hombros de una patada cuando intentó cruzar el borde del terraplén. Pasanius, que estaba a su lado, achicharró con el lanzallamas a un puñado de alienígenas que trepaban por encima de sus compañeros muertos. El hielo y la nieve se evaporaron por el calor al mismo tiempo que las gotas de promethium que caían al suelo lo derretían y abrían pequeños agujeros.

El capitán vio que unos cuantos monstruos lograban entrar en la trinchera un poco más allá de donde él se encontraba.

—¡Sargento, conmigo! —le gritó a Pasanius.

Se bajó de un salto de la banqueta de la trinchera y echó a correr hacia la brecha en la línea de defensa, sin dejar de disparar con la pistola bólter. Los proyectiles explosivos destrozaron a unas cuantas criaturas un momento antes de que él se arrojara en mitad del grupo como un obús y empezara a lanzar con furia tajos a diestro y siniestro con la espada de energía. Los alienígenas murieron a decenas cuando los dos marines espaciales empezaron a abrirse paso entre ellos.

Las garras arañaron las armaduras a una velocidad inhumana, pero aquellos guerreros se contaban entre los mejores soldados del Emperador, así que ninguno de los golpes del enemigo logró detenerlos. Uriel sintió el odio ancestral por aquellas bestias recorrerle las venas y mató con un ataque incesante tras otro, sin parar, sin tener en cuenta su propia seguridad.

Una progenie de hormagantes se abalanzó contra él y lo hizo caer de rodillas. Una lluvia de garras quitinosas cayó sobre la armadura, y una de ellas consiguió atravesarla en la juntura entre la placa pectoral y la pieza de la cadera. De la herida saltó un chorro de sangre que se detuvo de forma casi inmediata por la rápida coagulación, que formó una capa protectora encima de la herida. Rodó sobre sí mismo y aplastó a unas cuantas bestias bajo su peso mientras manoteaba y pataleaba como un loco para librarse de las demás. Dio un codazo y sintió que se le rompía un hueso; luego, blandió la espada en un arco amplio que dejó miembros alienígenas amputados y cuerpos desventrados al paso de la afilada hoja.

Se puso en pie con la espada en alto y notó que algo fuerte le rodeaba el brazo. Rugió de odio y lanzó un mandoble, que desvió en el último momento y clavó en la nieve de la pared de la trinchera al ver que era Pasanius. El sargento pasó al lado de Uriel y disparó un chorro de fuego a lo largo de toda la sección de la trinchera. Las tablas de madera se incendiaron y los alienígenas aullaron de forma chirriante mientras se quemaban, pero aparecieron más por encima del borde del terraplén y entraron de un salto en la trinchera.

Los marines espaciales dieron media vuelta y lucharon con toda la habilidad y la ferocidad por las que eran famosos los Adeptus Astartes. Hacían caso omiso de golpes que eran capaces de matar a un humano dos veces seguidas y combatían más allá de los límites del valor y de la resistencia física.

De repente, unos instantes después, las pequeñas criaturas se hicieron a un lado y apareció una enorme bestia que avanzaba aplastando con sus patas acabadas en garras la masa de cadáveres alienígenas en su camino hacia ellos. El organismo guerrero medía tres metros de alto y estaba cubierto de placas de armadura. Los órganos internos relucientes de humedad se encontraban debajo de un exoesqueleto quitinoso seguido de un tejido grasiento. Abrió las fauces y soltó un chillido terrorífico al mismo tiempo que alzaba las extremidades rematadas en garras para atacar. La bioarma babeante que empuñaba escupió un pequeño chorro de algo parecido a una mucosidad verde.

Uriel se echó a un lado, y la mucosidad arrancó un gran trozo de hielo de la pared de la trinchera que estaba a su espalda. Se puso de pie mientras el monstruo acababa de subir el terraplén y llegaba al borde de la trinchera, abriéndose paso a través de la nieve que cubría la parte superior. Le disparó a la enorme criatura los proyectiles que le quedaban y logró arrancarle unos cuantos trozos de armadura quitinosa, pero no consiguió detener su avance asesino. Pasanius bañó a la bestia con un chorro del lanzallamas, y el tejido graso que rodeaba los huesos chisporroteó y llenó el aire de la trinchera con un olor repugnante. Decenas de hormagantes la seguían.

Uriel saltó hacia adelante para enfrentarse al monstruo y le lanzó un mandoble contra el tórax. Una de las extremidades acabadas en garras bajó con rapidez y bloqueó el ataque al mismo tiempo que la otra lo golpeó de lleno en la placa pectoral, lo que agrietó la ceramita y lo derribó al suelo. Rodó para amortiguar la caída, y luego se colocó a un lado de la bestia para propinarle un tremendo tajo en las patas a la altura de las gigantescas pezuñas. La criatura aulló de dolor y cayó de rodillas en la trinchera, donde manoteó en vano con las extremidades superiores.

Pasanius se enfrentó a los hormagantes que intentaban aprovechar el hueco que había abierto la criatura de mayor tamaño.

—¡Capitán! —gritó el sargento.

—¡Lo sé! —contestó Uriel, que se colocó de un salto sobre la espalda del monstruo.

La bestia tiránida se estaba esforzando por ponerse en pie, pero Uriel colocó la espada con la punta hacia abajo y se la clavó en el cráneo.

El monstruo se quedó inmóvil de forma inmediata, y Uriel dejó escapar un rugido al sacar la espada seguida de un chorretón de sangre negra. Se bajó de un salto de la espalda de la criatura mientras Pasanius se abría paso a golpes entre los repentinamente aturdidos hormagantes. Uriel y el sargento no les dieron tiempo para recuperarse a las desorientadas criaturas y las mataron sin piedad.

Uriel las mató sin compasión y odiándolas por haberlo llevado hasta aquel frenesí de matanza. La espada subía y bajaba de forma incesante, y la hoja quedó cubierta por completo de sangre a medida que avanzaba entre los cadáveres alienígenas. El combate que se estaba desarrollando a su alrededor fue desapareciendo, hasta que no logró ver más allá de la muerte que lo rodeaba, la sangre y el repentino miedo de las criaturas que no tenían voluntad propia y que habían perdido la capa protectora que suponía la comunicación con la mente superior.

Unos pasos atronadores lo sacaron de su ensoñación sanguinaria. Vio que Pasanius salía volando por los aires y la sombra de otro monstruo gigantesco se alzaba en mitad de la niebla de hielo y de sangre.

El carnifex, con un tamaño mayor que el de un dreadnought, chilló raspando entre sí las placas que tenía en el interior de una mandíbula parecida a la de un tiburón. Tenía el caparazón agrietado y dañado. Su sangre alienígena salía por las numerosas heridas que había sufrido por todo el cuerpo. Se alzó por completo y tapó la luz del sol mientras cuatro garras gigantescas le apuntaban a la vez.

La mandíbula se abrió todavía más, y un torrente de fuego bioplásmico de color verde esmeralda surgió del interior de la enorme boca.

Uriel levantó los brazos para protegerse de la descarga de bioplasma, pero la fuerza del ataque alienígena lo tiró al suelo.

Se esforzó por ponerse en pie. Un fluido verde le cubría el visor y lo había dejado ciego a efectos prácticos. Dio un tajo a ciegas y notó que atravesaba carne alienígena.

El suelo se estremeció cuando el carnifex se le acercó y los sensores del casco de Uriel detectaron delante de su cara el calor del aliento de la bestia.

Astador sintió que perdía el control de su forma espiritual a medida que se acercaba al fuego frío que había en el centro de la mente enjambre. Una presencia gigantesca con la frialdad propia del corazón de un glaciar bañó su alma con agua helada y sintió el eco de esa presencia rebotar contra los lados del valle como un río subterráneo en una caverna profunda. Allí estaba, aquello era el control, aquello era el corazón de esa fría mente.

Sintió su percepción sólo como parte de algo de un tamaño mayor hasta un punto inimaginable, y en los límites de esa percepción supo que aquello también era consciente de su presencia. Unos fríos tentáculos de horror se dispusieron a atraparlo, pero su espíritu ya estaba regresando al cuerpo.

Astador abrió los ojos y se puso en pie sin dificultad.

Los guerreros que le habían prestado parte de su fuerza también se pusieron en pie. El capellán parpadeó al recobrar la visión normal. A su alrededor rugía la batalla, pero él se sentía desconectado de todo aquello: su espíritu se resistía a las barreras de la carne mortal y a las limitaciones que imponía.

Los Mortificadores y los Guardianes de la Muerte combatían contra los tiránidos que los rodeaban, en un esfuerzo por impedir que rompieran el trance en que se encontraba momentos antes.

El capitán Bannon se acercó hasta él, con la armadura cubierta de sangre.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Ya lo sabe?

—Ya lo sé —le contestó Astador.

Pavel lanzó su última granada hacia la masa de criaturas y se agachó cuando la onda expansiva de la explosión desmontó parte de la trinchera. Ya no tenía miedo. Actuaba simplemente en respuesta al entrenamiento y a la adrenalina. Le habían ocurrido tantas cosas que ya no podría hacer nada si el miedo se apoderaba de su cuerpo. El propio sentido de conservación había atenazado el pavor y lo hacía seguir adelante.

Disparaba, acuchillaba y empalaba a todas las criaturas alienígenas que se le ponían por delante. Recuperaba de los muertos la munición y las armas que podía cuando se quedaba sin ellas. Tropezó y cayó sobre los cadáveres en proceso de disolución de dos soldados vestidos con los abrigos del regimiento de Krieg. Se golpeó la cara con el arma de los muertos al caer. Notó la frialdad del metal mientras veía cómo un cieno apestoso carcomía la carne de sus camaradas. Pavel se echó atrás y escupió un poco de sangre mientras se ponía en pie.

Una luz verde jade iluminó la trinchera y vio un monstruo gigantesco con un caparazón de colores intensos que se abría paso a través del terraplén de la trinchera al mismo tiempo que vomitaba un fuego verde por entre sus enormes mandíbulas. Varias decenas de criaturas siseantes esperaban detrás de ella, preparadas para inundar la trinchera. Distinguió a un sargento de los Ultramarines tumbado sobre la nieve, inconsciente, y al mismo capitán que lo había salvado de las gárgolas, que estaba tirado en mitad de un charco humeante de la sustancia verde disparada por el monstruo.

Pavel actuó sin pensar y se colocó al hombro el arma de los artilleros de Krieg. Rezó para que hubieran cargado el lanzacohetes antes de morir.

Uriel se arrastró hacia atrás con patadas desesperadas mientras se intentaba limpiar el visor del bioplasma siseante.

Levantó la vista y vio la muerte reflejada en los ojos del carnifex. Eran de color negro, sin párpado y desprovistos de vida, como los de una muñeca. Notó la pared de la trinchera en la pared y supo que no tenía adonde ir.

Alzó el brazo de la espada, pero ya sabía que era demasiado tarde.

Un instante después, sintió pasar una corriente abrasadora delante de la cara y algo impactó al carnifex en mitad del cráneo. Una potente onda expansiva azotó a Uriel y le cayó encima una lluvia de fragmentos de hueso. Cuando la bola de fuego de la explosión se disolvió, levantó la vista de nuevo y vio a través de una nube de humo que la cabeza del gigantesco cuerpo había desaparecido. En su lugar, no quedaba más que una cuenca ósea quemada y ensangrentada, desde donde salían regueros de cerebro derretido y esquirlas de hueso.

El carnifex se tambaleó unos momentos, hasta que el cuerpo se dio cuenta de que estaba muerto y las rodillas se doblaron. La gigantesca criatura se derrumbó, y Uriel rodó hacia un lado para que no lo aplastara. El impacto lanzó por los aires hielo y bioplasma manchados de sangre.

Al otro lado de la trinchera, vio a un soldado con la insignia de la Legión de Defensa de Erebus pintada en el casco y un lanzacohetes al hombro.

Se levantó en el mismo momento en que una horda de hormagantes se colaba por el agujero abierto por el carnifex.

Alzó la espada y cargó contra ellos.

Pavel tiró a un lado el lanzacohetes humeante y le dio la vuelta con prisas a uno de los cadáveres de los artilleros del regimiento de Krieg en busca de más armas. Desenfundó la pistola láser y le sacó de un tirón la espada que llevaba en una vaina ancha. El filo de la hoja era serrado y pesaba bastante. Pavel reconoció lo que era, aunque jamás había utilizado una arma semejante: una espada sierra.

Buscó el botón dé encendido y lo encontró en la base de la empuñadura. La espada rugió al ponerse en marcha. Echó a correr hacia donde el capitán de los Ultramarines luchaba de forma desesperada con la horda de bestias que entraban en la trinchera.

Dio un tajo horizontal con la pesada espada sierra y sintió cómo el arma se estremecía mientras atravesaba los huesos alienígenas y lo empapaba de fluidos vitales. Disparó contra la masa de criaturas; mató a una y arrancó la espada del cadáver de otra al mismo tiempo.

Pavel luchaba sin la habilidad del capitán de los Ultramarines, pero el miedo y el deseo de proteger su hogar le proporcionaban la furia y el valor que lo compensaba.

Entre los dos contuvieron a los alienígenas como héroes de leyenda. Empezó a dolerle el brazo por el peso y empuñó la espada con las dos manos cuando la pistola láser se quedó sin carga.

Partió por la mitad a otra criatura aullante a la vez que un gigante de armadura azul se unía a ellos, un sargento con un brazo plateado reluciente. Sonrió al matar otro alienígena y pensó en lo que le contaría a Hollia y a Solan cuando todo aquello acabara.

Intentó sacar la espada sierra del pecho de otra criatura, pero la hoja aserrada se había quedado atascada en el exoesqueleto óseo. Tiró de nuevo con desesperación en el mismo momento en que otra criatura pasaba de un salto la barricada de la trinchera.

Le atacó con las garras a la cabeza, y Pavel se tuvo que echar a un lado.

Pero no fue lo bastante veloz y una de las garras lo golpeó en el casco y se lo arrancó. Otro par de patas con garras situadas a la mitad del cuerpo le atravesaron la ropa. Pavel sintió un fuerte dolor en las terminaciones nerviosas. Un chorro de sangre saltó y cayó al suelo. La nieve derretida por las entrañas le golpeó en la cara.

Pavel rodó sobre sí mismo, desenvainó el cuchillo de combate y lo empuñó por delante en mitad de una neblina de agua roja y lágrimas de dolor a tiempo de meterlo en la garganta de la bestia cuando se abalanzó sobre él. Las garras lo arañaron mientras moría. Pavel sacó de un tirón el cuchillo y se lo clavó en el cráneo.

Soltó el cuchillo y se puso en pie con debilidad, utilizando la pared de la trinchera para apoyarse. Tenía la visión enturbiada y las piernas le temblaron cuando una oleada de náuseas lo invadió. Se desabrochó con dedos torpes el abrigo y vio que por la profunda herida salía un reguero de sangre pegajosa. Una garra negra rota sobresalía del corte. Pensó, somnoliento, que aquello era muy raro.

La herida no le dolía. No sentía nada.

Se preguntó el motivo, pero no le llegó la respuesta porque se desmayó y cayó boca abajo en la nieve ensangrentada.

Estaba inconsciente antes de llegar al suelo.

Uriel corrió por los pasillos serpenteantes de las trincheras hacia donde vio que un grupo de guerreros de armadura negra estaba montando en un escuadrón de cinco transportes blindados de personal Rhino. El coronel Rabelaq estaba enviando a las reservas de la segunda trinchera para estabilizar el frente y también estaba movilizando a la tercera línea. Las defensas aguantaban, pero por los pelos. Si los tiránidos mantenían aquel feroz ritmo de ataque, tan sólo era cuestión de tiempo que la línea del frente cayera.

Saltó por encima de montones de cadáveres dejando atrás combates desesperados para llegar al saliente sur, donde los Rhinos rugían mientras los conductores aceleraban los motores. Vio al capitán Bannon, de los Guardianes de la Muerte, y la armadura con rebordes de hueso del capellán Astador, que recorría las filas de marines arrodillados y administraba la bendición del Mortis Astartes a cada uno de ellos.

El capitán Bannon se levantó al ver que Uriel se acercaba y se puso en su camino.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Uriel.

—Lo que debe hacerse para mantener la línea —contestó Bannon mientras le impedía el paso.

—Van a adentrarse en las líneas alienígenas, ¿verdad?

—Sí. El capellán Astador ha localizado al que al parecer controla esta parte del enjambre tiránido.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Los espíritus de sus antepasados lo han guiado hasta la criatura.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto —afirmó Bannon—. Confío por completo en su juicio al respecto.

Uriel se quedó sorprendido. Oír que un marine espacial era capaz de poner tanta fe en semejante ritual supersticioso le parecía increíble, pero estaba ocurriendo delante de sus propios ojos. Se preguntó qué habría hecho Idaeus. Uriel asintió y frunció el entrecejo.

—Muy bien; voy con ustedes.

Bannon arqueó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí. Si podemos acabar con esto, necesitarán toda la ayuda que puedan tener.

Bannon miró con atención el rostro de Uriel en busca de una señal, por si tenía algún otro motivo para acompañarlos, pero al no verlo, le dio una palmada en la hombrera.

—Que así sea. Busque un transporte y vámonos.

Uriel trotó hacia donde se encontraban los Rhinos y, al darse cuenta de que no cabría en el interior, se subió al techo del más cercano. Estaba pintado por completo de negro y las placas de metal estaban ancladas con pequeños pernos con la punta moldeada en forma de cráneo de bronce; el extremo de cada tubo de escape estaba rematado con una calavera sonriente. El humo azul y aceitoso salía de la boca de cada una de ellas. El motor rugió, y Uriel se agarró al reborde del techo mientras los demás mortificadores y los siete miembros de los Guardianes de la Muerte se subieron a bordo de los cinco transportes.

El Rhino giró un poco cuando las orugas intentaron encontrar agarre en el suelo cenagoso, antes de salir disparado hacia adelante cuando por fin lo lograron. Habían colocado unas gruesas planchas de madera sobre la trinchera, y el Rhino pasó de un salto el reborde helado para caer sobre la nieve del otro lado. El Rhino de Uriel se puso en cabeza de una cuña de transportes que se dedicó a aplastar a los alienígenas que no fueron lo bastante rápidos para apartarse.

Los chillidos alienígenas se hicieron más agudos cuando reaccionaron a la amenaza de los intrusos que tenían entre ellos, y una parte del enjambre cambió de dirección para lanzarse a la carga e interceptar a los Rhinos. Decenas de monstruos armados con garras se acercaron a grandes saltos, y Uriel se irguió un poco al mismo tiempo que la escotilla frontal superior se abría y un guerrero de los Mortificadores se asomaba para empuñar el bólter de asalto allí montado. Amartilló el arma y comprobó que el cargador estaba lleno antes de apretar el gatillo y mover el bólter de izquierda a derecha para abrir un camino por el que pudiera pasar el Rhino.

Uriel tuvo que agarrarse con fuerza para mantenerse encima del vehículo cuando éste comenzó a dar bandazos al atravesar la horda de alienígenas. Empuñó la espada con la otra mano mientras los vehículos aplastaban a los alienígenas en su camino hacia la monstruosa criatura jorobada que se encontraba en el centro del enjambre. Aquel cuerpo segmentado y reluciente por la mucosidad que lo cubría retemblaba al moverse, y Uriel sintió, a pesar incluso de lo lejos que estaba todavía, que una sensación de miedo le impregnaba el alma a medida que el Rhino se acercaba.

El centelleo de unas garras lo llevó de regreso al presente con un sobresalto cuando un hormagante saltó hacia él desde el enjambre. Alzó la espada justo a tiempo y partió a la criatura por la mitad.

La velocidad del Rhino había disminuido. Las decenas de bestias habían conseguido agarrarse a los costados del vehículo a medida que se acercaba. Los cadáveres alienígenas estaban empezando a atascar las orugas, lo que había permitido que treparan para colocarse en el techo.

Uriel dio mandobles a diestro y siniestro para impedir que los monstruos llegasen hasta el artillero que seguía disparando contra la masa de criaturas. El viento lo azotaba mientras el Rhino continuaba avanzando.

La onda expansiva de una explosión a su espalda bamboleó el vehículo. Se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro y vio que el segundo Rhino ardía por los cuatro costados. Las llamas salían con fuerza por el casco partido. Varios marines espaciales envueltos en llamas lograron escapar de aquel infierno, pero sin dejar de disparar mientras ardían.

Decenas de criaturas siseantes los rodearon y, muy poco después, los guerreros desaparecieron bajo una oleada de cientos de garras y de mandíbulas.

Uriel intentó adivinar de dónde había procedido el disparo y vio un monstruo grotesco que se deslizaba flotando a poca altura por encima de la nieve. Su larga y sinuosa cola azotaba el aire por debajo de la cabeza bulbosa. Debajo de la boca siseante, se asomaban unas extremidades inútiles, y un halo de energía chisporroteante rodeaba los repliegues de piel que tenía bajo el cráneo.

El monstruo soltó un siseo más fuerte todavía y se giró hacia el Rhino, como si hubiera percibido el escrutinio de Uriel. El capitán de los Ultramarines se echó hacia adelante y golpeó con el puño la hombrera del artillero.

—¡A la una en punto! —le gritó mientras le señalaba con la espada a la bestia.

El artillero asintió y el bólter de asalto rugió de nuevo al disparar un huracán de proyectiles explosivos contra el monstruo. Uriel vio que alrededor de la bestia chasqueó una descarga de luz púrpura y soltó una maldición cuando se dio cuenta de que estaba indemne. A continuación, de forma casi inmediata, apareció una aura de energía psíquica centelleante rodeando la cabeza de la criatura. Uriel se agarró con más fuerza todavía al Rhino: sabía lo que vendría a continuación.

Un rayo de pura luz blanca surgió de la deforme cabeza del monstruo e impactó contra la parte frontal del vehículo. Uriel salió despedido por los aires a causa del impacto. Logró agarrarse a una barra lateral del Rhino en el último momento y pataleó intentando posar las piernas en el reposapiés de ese lado.

El Rhino se desplazó hacia un costado, pero el blindaje, bendecido hacía poco, logró resistir ante el ataque de aquella abominación. Bajo los pies de Uriel saltaron chorros de nieve manchada de fluidos corporales mientras seguía esforzándose por mantenerse agarrado.

Una criatura aullante se lanzó a por él, pero la mató de una patada mientras más hormagantes se acercaban. Repartió más sablazos y patadas, y

partió huesos y abrió cráneos.

Recuperó el equilibrio y envainó la espada para subirse al techo de nuevo, al mismo tiempo que el Rhino se enderezaba. Uriel sabía que no tendrían la suerte de sobrevivir a otro impacto de un disparo de la criatura de la disformidad. Al levantar la vista se dio cuenta de que el conductor había llegado a la misma conclusión.

La bestia flotante se encontraba ya delante de la parte frontal del Rhino. Levitaba hacia atrás en un intento de huir, pero no había escapatoria posible. El parachoques dentado del transporte se estampó contra el cuerpo deforme y lo arrastró debajo de las orugas blindadas del vehículo lanzado a toda marcha. Uriel oyó un satisfactorio crujido cuando la criatura quedó aplastada bajo el peso del Rhino. Miró atrás y vio la mancha del cadáver machacado sobre la nieve mientras el vehículo seguía la marcha.

La carga había quedado detenida, pero los cuatro Rhinos supervivientes estaban a distancia de ataque de su objetivo. Uriel vio, desde la posición ventajosa que tenía sobre el techo del Rhino, un rápido movimiento en el enjambre cuando su dirigente alertó a sus criaturas gregarias del peligro en que se encontraba. Con una precisión que no había visto más que en los desfiles más exactos, secciones enteras del enjambre de bestias alienígenas cambiaron de dirección y abandonaron su ataque a las trincheras para acudir en ayuda de la criatura principal.

Los disparos de los Rhinos acribillaron a la asquerosa bestia, que retiró la cabeza con antenas al interior del caparazón mientras los proyectiles estallaban a su alrededor. Un momento después, una energía chisporroteante relució alrededor de esa cabeza, y la sensación de temor que Uriel había notado hasta ese momento se incrementó todavía más. Le pareció que el horror natural que sentía hacia aquella criatura iba a vencerlo debido a lo extremadamente ajeno que era a cualquier sentimiento humano, hasta que de repente pensó en el Portador de la Noche sin querer, cuya maldad tan increíble le hizo reírse ante la insignificancia de aquella criatura.

Los organismos guerreros que la protegían se apresuraron a defenderla mientras los Rhinos se detenían casi en seco al lado de la enorme bestia. Los Marines Espaciales desembarcaron con rapidez y precisión. Uriel se

bajó del techo del transporte de un salto y cayó sobre la cabeza del monstruo más cercano. Sintió que los colmillos se partían bajo las botas y rodó para amortiguar el impacto.

Le atravesó la cabeza ensangrentada con la espada reluciente y cargó sobre la nieve hacia la siguiente bestia. Unas garras gigantescas rasgaron el aire en su dirección, pero Uriel se agachó y esquivó el ataque, para luego propinar un tremendo tajo en el abdomen del monstruo. De la herida saltó un colosal chorro de sangre. El fuerte chillido de dolor alienígena lo cortó Uriel en seco al clavarle la espada en plena garganta.

Se vio rodeado por más criaturas y se esforzó por abrirse paso hacia la gigantesca bestia dominante. Varias garras y pezuñas afiladas lo golpearon, pero no le importó el dolor. Sintió que lo envolvía de nuevo una neblina negra y blandió la espada de un lado a otro, cortando miembros y abriendo vientres en su carga frenética.

Oyó un rugido de odio animal y se giró para localizar el origen de un aullido tan primitivo antes de darse cuenta de que era él. Asombrado de aquella pérdida de control, el combate se convirtió en una danza que se desarrollaba a paso lento y con claridad absoluta. Vio que los Mortificadores formaban un cordón de seguridad alrededor de los siete miembros de los Guardianes de la Muerte, que se dedicaron a meter bombas de fusión en la carne segmentada y temblorosa de la bestia dominante.

Vio los ojos negros y sin alma del monstruo, que se había dado cuenta de que estaba a punto de morir. Mientras lo miraba, la cabeza cornuda parecida a la de un escarabajo salió del caparazón y le golpeó en el pecho; clavándole los cuernos en profundidad, lo alzó en el aire. Un enorme orificio repleto de dientes se abrió bajo los cuernos y Uriel se vio impotente para impedir la caída en aquellas fauces. Se agarró a uno de los cuernos con una mano e intentó por todos los medios salir de allí.

Los ojos del monstruo desaparecieron detrás de unas membranas cuando parpadeó antes de cerrar el orificio alrededor del cuerpo del marine espacial. Uriel sintió que los colmillos atravesaban la armadura y supo que la increíble fuerza de aquella bestia partiría en muy poco tiempo las placas

blindadas. El capitán le dio la vuelta a la espada y apuntó hacia abajo con ella.

Notó cómo los colmillos le llegaban a la carne y la sangre comenzaba a manar.

Clavó la hoja en el cráneo quitinoso de la bestia. Rugió mientras se la clavaba en el cerebro al mismo tiempo que un brillo cegador iluminaba, de repente, el mundo.

Una ola de calor repentino lo azotó cuando estallaron las bombas de fusión que habían colocado los Guardianes de la Muerte y sintió que la bestia aflojaba su presa. El suelo nevado subió a su encuentro y dejó escapar un gruñido cuando le golpeó con fuerza en la cara. Un silencio sepulcral envolvió el valle, y hasta Uriel fue capaz de sentir la aguda sensación de pérdida que atravesó todo el enjambre tiránido.

Se soltó a sablazos de la enorme mandíbula que lo mantenía inmovilizado y sacó las piernas del orificio gelatinoso. Sintió que una mano lo agarraba por el hombro y lo ayudaba a ponerse en pie. Vio al capitán Bannon y al resto de los Marines Espaciales alejarse del cadáver quemado de la monstruosa criatura en dirección a los Rhinos.

—Vámonos —le dijo Bannon con voz enfadada—. Está muerta. Debemos irnos.

—Sí —contestó Uriel con un jadeo, y caminó trastabillando detrás del capitán de los Guardianes de la Muerte.

Lo único que sentía mientras se subía al Rhino chamuscado y cubierto de fluidos alienígenas era vergüenza mientras recordaba el ataque de furia incontrolada que había sufrido.

Ya habían pasado unas cuantas horas desde que había anochecido para cuando resonó la señal que indicaba que todo estaba despejado. Al morir la criatura que dirigía el enjambre, el ataque de los tiránidos se había derrumbado y los alienígenas habían echado a correr en círculos, presas de la confusión y del pánico, al haberse quedado la mayoría sin una voluntad que los controlara. Los feroces contraataques de los Marines Espaciales y

las andanadas disciplinadas de artillería acabaron en poco tiempo con las escasas criaturas que parecían capaces de actuar de un modo independiente, y cuando la temperatura bajó a veinte grados bajo cero, la mayoría de los tiránidos se quedaron congelados en el mismo sitio donde estaban.

Algunos sobrevivieron al excavar agujeros en la nieve, donde las reservas aumentadas de grasa les permitieron entrar en una especie de estado de hibernación muy corto, pero eran muy pocas criaturas y estaban muy alejadas entre sí. Sin embargo, no existían los recursos necesarios para buscarlas, ya que aquellas temperaturas tan bajas prohibían toda clase de operaciones que no fuesen esenciales entre los defensores.

Una operación de ese tipo era la que estaban llevando a cabo las fuerzas imperiales, que se estaban retirando hacia la segunda línea de trincheras. Los coroneles Stagler y Rabelaq se habían dado cuenta de que la primera línea no resistiría otro ataque y habían tomado la decisión de retirarse a continuación de lo que proclamaron como una gran victoria.

Sin embargo, el reconocimiento aéreo había informado de la llegada de más enjambres, de al menos el triple de tamaño del de aquella vanguardia que habían derrotado, y en cada uno de ellos había bestias que rivalizaban en tamaño con los titanes de combate. El alto mando no se hacía ilusiones: aquella victoria no era más que el aplazamiento de la ejecución.



ONCE

Un brillo azul inundaba el puente de mando del Capitol Imperialis y mostraba con ángulos duros los rostros aliviados del personal de estado mayor. Los servidores encapuchados seguían sentados e inmóviles delante de sus respectivas consolas, con los manojos de cables cubiertos de aislante saliendo de la parte posterior de las capuchas y serpenteando hacia las tomas que asomaban en el suelo de rejilla. Un canturreo monótono en honor al Dios Máquina resonaba por doquier procedente de los altoparlantes de bronce del techo. Las unidades de reciclaje se esforzaban por mantener fresco el aire, pero la temperatura en el puente de mando seguía siendo asfixiante.

A Uriel no le gustaba encontrarse en el interior del leviatán blindado. Aquello no se ajustaba en absoluto a la forma de hacer la guerra de un marine espacial, ya que el Codex Astartes insistía a menudo en la necesidad de mantener la movilidad en el campo de batalla. Sin embargo, en los últimos tiempos apenas había prestado atención a las enseñanzas contenidas en el sagrado tomo redactado por el primarca. Learchus no ocultaba su disgusto por el improvisado modo de viajar de Uriel sobre el techo del Rhino de los Mortificadores, y expresaba con claridad que aquello era más propio de uno de los locos Hijos de Russ que de un orgulloso ultramarine, y Uriel se mostraba de acuerdo con él.

Sacudió la cabeza para olvidar aquello y volver a concentrarse en los asuntos que tenía entre manos.

La situación no era nada buena.

Un mapa holográfico de color verde que representaba la zona que rodeaba a Erebus llenaba el centro de la estancia repleta de pilares. La imagen se veía distorsionada cada pocos segundos por una descarga de estática granulosa. La información recibida de diversas fuentes se iba incorporando al mapa, donde aparecían las unidades imperiales y las posiciones de los diferentes enjambres. El coronel Rabelaq estaba de pie a un lado del mapa, flanqueado por sus asistentes y ayudantes, mientras que Uriel y el coronel Stagler se encontraban al otro lado, junto al capellán Astador y al capitán Bannon.

—Por lo que parece, tanto Puerta de Hera como Parmenis han caído —explicó Rabelaq—. No hemos logrado ponernos en contacto con las fuerzas imperiales de ninguno de esos dos lugares, y el escuadrón de Lightnings que enviamos para que efectuara un reconocimiento visual de Konoris y de Inyriam no ha regresado. Debemos suponer que las fuerzas que destruyeron ambas ciudades se dirigen hacia aquí.

—¿Y qué hay de las fuerzas que ya venían hacia aquí antes que esas? —preguntó Stagler, que todavía llevaba puesto el abrigo largo y el gorro de piel propios del regimiento de Krieg a pesar del calor que hacía.

Rabelaq no contestó de forma inmediata. Era evidente que estaba consternado.

—Bueno, no estamos seguros de dónde están. Al parecer, muchas de las criaturas se han dispersado o han desaparecido. Suponemos que se han enterrado en la nieve para protegerse del frío, lo mismo que hacen los animales en invierno, y que están esperando la llegada de otros enjambres. Ya hemos perdido muchos de los aparatos de reconocimiento, y creo que sería una insensatez perder más en una búsqueda inútil con la que no obtendríamos mucha más información de la que tenemos ahora.

Un asombrado silencio siguió a sus palabras. Bannon se inclinó sobre el mapa.

—Coronel Rabelaq, es un error suponer que estos alienígenas se comportarán como animales, y si hay algo que he aprendido de los tiránidos es que no hay que perderlos de vista ni por un momento.

—Sí, capitán Bannon, quizá sea así, pero si mira el mapa verá que hay tres enjambres diferentes que se dirigen hacia nuestra posición. En un principio, el enjambre del sur hubiera sido el primero en alcanzar nuestras posiciones, pero por lo que parece, las criaturas han frenado su avance para que los tres lleguen a la vez.

—Son listas —comentó Astador—, muy listas. Han aprendido que podemos derrotar a un enjambre, así que se reúnen para destruirnos en una sola carga masiva.

Uriel observó los iconos del mapa holográfico cruzar con lentitud la representación de la superficie de Tarsis Ultra. Algo lo inquietaba, pero no

lograba darse cuenta de qué era. Sabía que era algo muy sencillo, pero de gran importancia.

—¿Qué está ocurriendo en el espacio? —preguntó Bannon—. ¿Hemos conseguido ponernos en contacto con la flota?

—A los astrópatas les es imposible comunicarse debido a la Sombra en la Disformidad, pero hemos conseguido llevar a cabo una breve transmisión con el almirante general Tiberius gracias a un comunicador de largo alcance. Sin embargo, la comunicación sigue siendo muy fragmentada y tenemos problemas para mantener la línea debido a la interferencia electromagnética provocada por la flota enjambre.

—¿Y cuál es la situación? —quiso saber Astador.

—El almirante ha anclado con la flota en la órbita del mundo agrícola de Calydon, pero me ha informado que muchas de las naves tienen daños muy graves.

—¿Los tiránidos no les han atacado? —le preguntó Bannon.

—No con grandes efectivos. Por lo que parece, sólo quedan dos naves colmena en órbita, así que los alienígenas no disponen de la capacidad de controlar de un modo eficaz a todas sus fuerzas y de enviar a la vez una flota de ataque para destruir a nuestras naves.

—Entonces, ¿la flota puede apoyarnos?

—Es posible. El almirante Tiberius ha ideado un plan de ataque, pero antes de exponerlo debo hablar con el fabricador Montante. De momento, estamos solos en esto.

Las cabezas de los asistentes se inclinaron alrededor del mapa a medida que los oficiales asimilaban la información que les había proporcionado Uriel.

—Así pues, caballeros, y en resumen, debemos retirarnos detrás de las murallas de la ciudad —expuso Rabelaq—. Las trincheras no resistirían ante semejante número de criaturas. Las murallas impedirán que los alienígenas de menor tamaño ataquen de forma directa y disponemos de grandes armas bien situadas que pueden eliminar a las de mayor tamaño.

—Estoy de acuerdo con el coronel Rabelaq —declaró Astador—. Debemos aceptar que la ciudad sufrirá debido al ataque, pero es mejor que

luchemos en nuestras condiciones que en la suyas.

El coronel Stagler lo aceptó a regañadientes, aunque Uriel se dio cuenta de que le reconcomía la idea de ceder terreno, aunque fuese un suicidio mantener las posiciones y luchar.

—El regimiento de Krieg se encargará de la retaguardia de la retirada —dijo casi escupiendo las palabras.

Uriel miró de nuevo el mapa y, de repente, se dio cuenta de lo que lo tenía preocupado.

—¿No eran cuatro los enjambres que se acercaban a nosotros?

—Sí, capitán Ventris —le contestó Rabelaq—, pero creemos que el enjambre situado más al norte, el de menor tamaño, se ha unido al que procedía de Parmenis. Después de todo, tan sólo estaban separados por treinta kilómetros.

—¿Está seguro?

—Bueno, no, pero ¿dónde iban a estar si no? Las montañas septentrionales son impenetrables. El fabricador Montante me lo ha asegurado.

—Con todo el respeto debido al fabricador Montante, él no es un soldado. ¿Podemos confiar nuestra seguridad a las conclusiones de un especialista en logística?

—Posee conocimiento del terreno, capitán Ventris. El mayor Satria se ha mostrado de acuerdo, y después de ver un holograma de la topografía de la región, yo también estoy de acuerdo.

Uriel vio que los demás asistentes a la reunión estaban alarmados por la posibilidad de que hubiera un enjambre perdido por algún lugar, pero ya que no había prueba alguna de su existencia, nadie podía sugerir qué se podía hacer al respecto.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que lleguen hasta nosotros? —preguntó Bannon.

—Cinco horas, quizá seis como mucho —contestó Rabelaq.

—Pues entonces, pongámonos manos a la obra —dijo Stagler.

La nieve se arremolinaba en pequeñas ventiscas cegadoras alrededor de las ruinosas unidades habitáculo del distrito secundus, y se acumulaba luego en montículos que apagaban los sonidos producidos por la columna de refugiados que atravesaba la alfombra blanca que les llegaba hasta las rodillas y rodeaba Erebus.

Casi seiscientas personas que habían sido ahuyentadas polla lluvia de bombas orgánicas y por las criaturas que habían salido de los capullos que habían esquivado la barrera antiaérea caminaban bajo la ventisca hacia un grupo de edificios corrientes construidos sobre la superficie rocosa de la ladera sur. Unos individuos armados montaban guardia en los postes astillados que protegían la entrada. Una lona rasgada ondeaba al viento detrás de ellos.

Desde el primer día del ataque tiránido se había extendido el rumor de que un héroe llamado Perro Blanco había salvado a la gente de los suburbios del distrito secundus de la marea de bestias alienígenas que había caído desde el cielo. Que todo el mundo conociera su reputación de asesino y ladrón era secundario respecto al hecho de que todos dijeran que tenía comida y medicinas.

Los inviernos en Tarsis Ultra eran muy crudos, y aquellos que no tuvieran riquezas o un refugio morirían sin cobijo.

Además, había un asesino suelto por las calles de Erebus.

Sus ataques no habían pasado desapercibidos ni siquiera entre la confusión del ataque alienígena. Se habían descubierto pequeños grupos de ciudadanos aislados a los que habían matado como si fueran ganado. Los cuerpos estaban despedazados y habían sido devorados en parte. El miedo se apoderó de los barrios más pobres de la ciudad, y aquellos que no pudieron escapar a la parte alta del valle, donde los soldados del mariscal fabricador patrullaban las calles y las avenidas en las que habitaban los ciudadanos más acaudalados de Erebus, se vieron obligados a agruparse para protegerse en ellos.

A medida que aumentaba el miedo al misterioso asesino carnicero, también lo hacía su violencia, como si el mismo terror que provocaba lo impeliera a llegar a nuevas cotas en sus matanzas. Comunidades enteras fueron aniquiladas en sus propios hogares y sólo la zona patrullada día y noche donde se encontraban los Acechadores Nocturnos parecía librarse de la presencia del asesino.

Para la gente que ya estaba desesperanzada, Perro Blanco se había convertido en la única esperanza.

Papa Gallo, el jefe oficioso aunque reconocido del grupo, se bajó la capucha y se acercó a los dos individuos armados que montaban guardia en la puerta. El más bajo de los dos le colocó el cañón de la escopeta en la cara.

—Hemos venido en busca de refugio frente a los monstruos —le explicó Papa Gallo.

—Ningún refugio sale barato hoy día —le contestó con voz apagada.

Papa Gallo se echó a reír y se giró hacia la gente andrajosa que lo seguía.

—Míranos. ¿Qué crees que podemos ofreceros? No nos ha quedado nada.

—Pues no sé —se rio el otro sin dejar de mirar a las mujeres más jóvenes—. ¿Tú qué dices, Lomax? Es seguro que podemos llegar a alguna clase de acuerdo con esta buena gente.

—Cállate, Trask —le espetó el hombre que había hablado en primer lugar—. Quien decide eso es Perro Blanco.

Papa Gallo suspiró. Quizá sobrevivirían al invierno, pero si lo lograban, lo harían más desesperados que cuando entraron.

En las profundidades de los habitáculos en ruinas, agazapada detrás de una lámina doblada de hierro corrugado, la criatura observaba la columna de refugiados con sus ojos multifacetados, a la vez que captaba los distintos grados del olor a miedo y a desesperación gracias a su agudo sentido del olfato. El tono de la piel ondulaba en distintas escalas del color gris

plateado debido a que las escamas camaleónicas que la componían imitaban las superficies que la rodeaban. Salió de su escondrijo con una agilidad y un sigilo sorprendentes para una criatura de su tamaño.

Le quedaban pocas reservas de tejido graso, así que tendría que matar de nuevo para recuperarlas. La bajísima temperatura de Tarsis Ultra casi era demasiado dura incluso para su tremenda capacidad de adaptación.

La bestia había permanecido casi en hibernación en los silos de grano de Prandium. Era una especie a la que las tropas imperiales habían bautizado con el nombre de espectro o de mantis acechadora, pero cuya denominación correcta era líctor. La criatura cruzó en silencio la nieve siguiendo a la columna de gente. Se subió de un salto a lo que quedaba de la pared de ladrillo de un edificio en ruinas. Los poderosos músculos intercostales lanzaron unos tendones acabados en garfios que se clavaron en la parte superior de la pared. Luego, se retrajeron y ayudaron a subir a la bestia por la superficie plana y lisa.

Unas largas garras parecidas a guadañas surgieron de las vainas quitinosas que tenía en las extremidades superiores y se hincaron a medida que ascendía con facilidad hasta llegar al techo.

Los zarcillos parecidos a tentáculos que le rodeaban la boca paladearon el aire y la bestia se puso en movimiento de nuevo para continuar siguiendo a la columna de refugiados desde lo alto.

Los sacos de feromonas que tenía a lo largo de la espina dorsal expelieron unas potentes sustancias que servirían para atraer a más criaturas tiránidas hacia aquel lugar. Hasta ese momento había recorrido la ciudad sin que lo vieran y procurando esquivar los múltiples peligros que existían en un lugar tan poblado.

Sin embargo, la mente enjambre, para quien había viajado desde tan lejos, ya se encontraba allí, por lo que podía permitirse abandonar el sigilo y matar con toda la ferocidad con la que podía actuar.

El líctor se acercó con cuidado al borde del tejado y se quedó agazapado sobre las patas traseras mientras observaba a uno de los humanos separarse de los demás y acercarse a un edificio que olía a muchas presas.

Trask dejó que Lomax hablara mientras él se dedicaba a pasear la mirada entre las mujeres, aunque era difícil adivinar cuáles eran atractivas debajo de toda aquella ropa de invierno que llevaban puesta. Se colocó la escopeta al hombro y se preguntó de nuevo cómo era posible que Perro Blanco se hubiese dejado liar por toda aquella gente. Había sufrido un momento de altruismo estúpido y el rumor se había extendido por toda la ciudad: Perro Blanco estaba al cargo de una especie de refugio frente al frío y los alienígenas.

A Trask le entraban ganas de echarse a reír hasta reventar ante la idea tan equivocada que tenía aquella gente. Los que habían sido autorizados a quedarse estaban pagando con todo lo que tenían lo que necesitaban: cobijo, comida e incluso suministros médicos básicos. Algunos pedían narcóticos para escapar del terror que sentían, y también disponían de esas sustancias. Por un precio, claro. Si alguien no podía pagar en metálico o con alguna mercancía valiosa, siempre había otros métodos. Un hombre con una esposa o con una hija atractiva podía conseguir cosas que un hombre soltero no lograría, y en la banda de Perro Blanco había muchos más que dispuestos a aceptar esa clase de trueque.

Perro Blanco había acabado prohibiéndolo porque no reportaba ningún beneficio. Por supuesto, aquello no impidió que Trask continuara haciéndolo, tan sólo lo había obligado a ser más discreto.

Era seguro que en un grupo tan numeroso habría posibilidad de conseguir algo de dinero y unas cuantas chavalas interesantes. Estaba disfrutando de la idea de lograr unas cuantas conquistas más cuando distinguió algo en movimiento sobre el tejado de una manufactoría de munición en ruinas. Se puso una mano sobre los ojos para proteger la vista del resplandor de la nieve y las ocasionales ráfagas.

¿Qué demonios había sido aquello?

Ya no veía ningún movimiento, pero estaba seguro de que no se lo había imaginado.

¡Allí estaba! ¡Otra vez! Algo cayó desde el techo del edificio y aterrizó sobre un montículo de nieve lanzando un aullido. Fuese lo que fuese, se movía como un rayo y cargó contra la masa de refugiados antes de que le diera tiempo a avisarlos. Empuñó la escopeta a la vez que empezaron a sonar los gritos.

La nieve quedó manchada por chorros de sangre brillante, y Trask vio cómo una cabeza salía volando por los aires y cruzaba la calle. Los chillidos de terror resonaron contra la ladera del valle mientras la gente corría para alejarse del asesino que estaba en mitad del grupo. Trask se quedó mirando el espacio abierto alrededor de los restos destrozados que unos momentos antes habían sido una persona. Una criatura borrosa saltó desde el centro de la carnicería sobre la espalda de un hombre que llevaba un bebé en brazos.

El individuo cayó derribado al suelo y el enorme monstruo lo clavó al suelo con dos de sus garras. El grito que lanzó al morir hizo que Trask se estremeciera de miedo.

La criatura se movía con rapidez y atravesó el grupo de víctimas destripando a todo aquel que tenía a su alcance. Papa Gallo agarró a Trask por la pechera del abrigo y se puso a gritarle.

—¡Tienes una escopeta! ¡Usala, joder!

El agarrón del anciano lo sacó de su estado de parálisis. Lo apartó de un puñetazo y bajó a la carretera, donde se llevó la escopeta al hombro. La gente pasaba gritando a su lado. Eran demasiados para intentar detenerlos, así que los dejó marchar. Supuso que Perro Blanco se encargaría de solucionar más tarde todo aquel lío. Lomax se puso a su lado.

—¿Qué mierda es eso? —le preguntó.

—¿Y yo qué coño sé? —le contestó Trask mientras más y más gente lo zarandeaba casi haciéndole perder el equilibrio.

Un puñado de personas que intentaba huir por uno de los callejones laterales murió bajo las garras despiadadas del atacante. Trask logró ver, por fin, de un modo claro, a la criatura y volvió a llevarse la escopeta al hombro. Tenía el pellejo cubierto de sangre y de restos de vísceras, y las propiedades camaleónicas que tuviera habían desaparecido bajo esa capa.

Se erguía sobre dos piernas y medía casi tres metros de alto. El cuerpo era musculoso y fuerte, y estaba cubierto de placas de armadura óseas. Tenía un tamaño mayor que el de cualquiera de las bestias que Trask había visto hasta ese momento. Las garras superiores eran enormes, unas cuchillas que partían por la mitad a las personas con cada golpe. Los brazos fornidos acabados en unos puños con grandes zarpas situados bajo las garras se llevaban a las personas aullantes hasta las fauces repletas de dientes afilados.

Aquel ser se giró con rapidez en cuanto acabó con las víctimas que tenía al alcance y echó a correr hacia Lomax y él.

De repente, Trask se dio cuenta de lo absurda que era la situación. ¿Por qué demonios iba a arriesgar la vida por aquellos desconocidos?

Se dio media vuelta y corrió hacia el almacén mientras la bestia cargaba hacia ellos.

Lomax se giró, pero para gritarle.

—¿Dónde cojones v…? —empezó a decirle a Trask mientras éste corría, pero lo interrumpió algo que salió disparado del pecho de la criatura, algo que le atravesó el cuerpo de parte a parte.

Lomax soltó el arma y se quedó mirando, incrédulo, a los dos garfios que le sobresalían del pecho, antes de que lo arrastraran por los aires y acabara muriendo entre las garras de la criatura.

Trask corrió como jamás lo había hecho antes en su vida. Tiró a un lado el arma y movió los brazos para tomar más impulso. Subió de dos en dos los escalones que llevaban al almacén y resbaló en la superficie helada del último. Cayó de bruces sobre el cemento.

Eso le salvó la vida. Una garra gigantesca atravesó la pared del almacén en el punto donde se habría encontrado su cabeza si hubiera estado de pie. Gimió de miedo y rodó hacia un lado en el preciso instante en que las garras lo atacaban de nuevo. El borde óseo afilado hizo saltar chispas del suelo cuando esquivó de aquel modo desesperado el ataque del alienígena. Cerró los ojos con fuerza y notó que se meaba encima por el terror que sentía.

Una escopeta disparó de manera ensordecedora muy cerca de él, y Trask soltó un chillido. Oyó más disparos de escopeta y un aullido chirriante de

dolor.

Algo le mojó la cara; era un chorro de líquido tibio. Se encogió sobre sí mismo y esperó la muerte.

Pasaron unos largos segundos hasta que se atrevió a abrir los ojos de nuevo. La criatura se había marchado y sintió que lo invadía el alivio. Se limpió la cara del fluido pegajoso y alzó la mirada. Vio a Perro Blanco y a Plata, que a su vez lo estaban mirando, de pie, con un gesto de desprecio evidente en la cara.

Del cañón de la escopeta de Perro Blanco salían unas cuantas volutas de humo, y Plata tenía las dos pistolas desenfundadas.

—Tío, no sé para qué te quiero en la banda —le dijo Perro Blanco mientras alargaba una mano para ayudarlo a ponerse en pie.

Le sonrió un poco a Plata, pero ella ni siquiera se dignó mirarlo y prefirió quedarse contemplando el horror de la matanza que tenían ante ellos.

—¿Dónde está Lomax? —le preguntó Perro Blanco.

Trask intentó responder, pero no le salieron las palabras.

—Te he hecho una pregunta —le insistió el jefe de la banda.

—Ya…, ya no está —consiguió decir Trask, por fin—. Ese bicho se lo comió.

—Es seguro que tú no tuviste nada que ver —comentó Plata con voz burlona.

Trask intentó mirarla de un modo amenazador, pero sólo logró parecer engreído.

—¿Has visto lo que era? —quiso saber Perro Blanco.

—No —contestó Trask, negando con la cabeza—. No, pero algo grande, tío, algo muy grande, más grande que nada que haya visto. Y también era muy rápido, como si se hubiera metido una dosis de espuela o algo así.

—Sí que era rápido —le soltó Plata—, pero no era lo bastante rápido como para atraparte. ¿A que no, Trask?

—Que te den, Plata —le contestó él.

El monstruo ya había desaparecido, así que había recuperado parte de su actitud arrogante.

—No será en esta vida —dijo ella antes de dar media vuelta y meterse otra vez en el almacén.

—Trask, límpiate —le ordenó Perro Blanco—. Tenemos trabajo que hacer. ¿O te crees que toda esa gente se va a despojar por propia voluntad de todo lo valioso que esconde?

Perro Blanco también dio media vuelta y lo dejó allí solo, en los escalones helados. La humedad de la entrepierna se le empezó a congelar.

Trask notó que el miedo se le transformaba en ira y en resentimiento mientras seguía a Perro Blanco al interior del edificio y se rascaba para calmarse el picor que sentía en el cuello y en la cara.

Las puertas estaban adornadas con el símbolo del caduceo, una vara con dos serpientes aladas enroscadas alrededor. Uriel oyó los gritos y percibió el hedor a sangre y a muerte antes incluso de empujarlas para abrirlas.

Por las paredes del hospital del distrito quintus resonaban los gritos agónicos de más de mil heridos. El fuerte olor a líquido antiséptico y a aceites alcanforados no era capaz de ocultar el penetrante hedor de la carne infectada y de las heridas supurantes. Cada respiración exhalada formaba una nube de vaho en el aire: la temperatura de la estancia estaba cerca de los cero grados. Las hermanas de una de las órdenes hospitalarias recorrían con rapidez los pasillos del gran recinto abovedado. Sus largas túnicas blancas, antes vaporosas, estaban tiesas y enrojecidas por las manchas de sangre seca. La desesperación y el miedo en aquel lugar eran casi palpables, y a Uriel le partió el alma ver a tantos hombres valientes caer en aquel estado por culpa de los viles alienígenas.

Los gritos de los heridos y los quejidos de los que en poco tiempo iban a sufrir una amputación con la sierra se oían por doquier. Tres enfermeros mantenían inmovilizado a un guardia del regimiento de Krieg que no dejaba de aullar. Tenía las piernas convertidas en poco más que un par de muñones e intentaban cortarle la hemorragia que salía a chorro por una de las arterias femorales. Varios camilleros pasaron corriendo al lado de Uriel; llevaban a una mujer cuyo brazo estaba cortado por encima del hombro. Uriel vio que

la herida se había gangrenado, sin duda debido a la congelación que había sufrido mientras esperaba que la rescatasen. El muñón no paraba de manchar de pus la manta que la cubría.

Varios sacerdotes canturreaban el Finis Rerum desde unos púlpitos elevados, pero las palabras eran inaudibles debido al coro de gritos de dolor.

Parecía que los gemidos aullantes no cesarían nunca. Observó cómo una de las hermanas tapaba el rostro de un muerto con una sábana antes de hacer un gesto de asentimiento a dos enfermeros. Uriel conocía muy bien la muerte, pero aquella sencilla muestra de sufrimiento humano le llegó al alma de un modo que no pudo explicar.

La mujer alzó la vista del cadáver y lo vio. Se pasó una manga sucia por los ojos y rodeó la cama cojeando para acercarse a él. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo sucia, y Uriel se dio cuenta de que apenas había dormido en varios días. Los ojos azules tenían una mirada apagada y estaban enrojecidos, pero traslucían una fuerza interior que era evidente a todas luces.

—Hermano capitán, soy la hermana Joaniel Ledoyen, oficial enfermera superior. Estoy a su servicio, pero estamos desbordados de trabajo, así que, sea lo que sea lo que necesite, que sea rápido.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —le preguntó Uriel.

—Porque una de esas malditas… criaturas acertó de lleno en nuestro generador de energía y los puñeteros tecnosacerdotes no han sido capaces de traernos uno nuevo —le soltó Joaniel de mal humor—. ¿Tiene más preguntas estúpidas o puedo seguir intentando salvar algunas vidas?

—Le pido disculpas, hermana. Estoy cansado por el combate y he perdido los modales. Soy el hermano capitán Uriel Ventris y necesito encontrar a un soldado que traje aquí. Se llama Pavel Leforto y pertenece a la Legión de Defensa de Erebus. Me salvó la vida y quiero darle las gracias.

La expresión ceñuda de Joaniel se suavizó y le indicó un puesto de enfermeras que se encontraba en el centro de la estancia.

—Es allí. Mi encargada, Ardelia, procurará encontrarlo, aunque debería prepararse, porque quizá haya muerto.

—Que se haga la voluntad del Emperador —contestó Uriel.

La mujer sonrió con una comisura de los labios al oír la frase y asintió.

—Y ahora, si me disculpa, me queda mucho trabajo —le dijo antes de darse la vuelta.

Uriel se quedó mirando cómo la hermana Joaniel Ledoyen se alejaba cojeando hacia la siguiente cama y hacia el siguiente soldado ensangrentado, y luego se giró para dirigirse hacia el puesto de enfermeras.

Tardó una hora en localizar a Pavel Leforto. En la cama que Ardelia le indicó en primer lugar había un desgraciado con la cara quemada y tapada por vendas, pero era evidente que no se trataba de Pavel porque tenía el hombro sano. Uriel lo localizó, por fin, en la segunda planta del edificio, con la parte superior del hombro y el cuello cubiertos por unas vendas ceñidas de plascarne. Tenía colocada debajo del brazo una bolsa de goteo intravenoso, probablemente para impedir que el líquido se congelara. El brazo estaba encima de la sábana para que el goteo pudiera fluir.

Tenía los ojos cerrados, pero respiraba de forma lenta y regular. Incluso el escaso conocimiento de la fisiología humana que Uriel poseía le indicaba que viviría, aunque conservaría una tremenda cicatriz que le recordaría el combate contra los tiránidos. Uriel recordó la última vez que había visto el rostro de Pavel, contraído por el dolor agónico y un grito aullante mientras Pasanius lo llevaba en brazos hasta el centro de atención. La cara estaba en calma en esos momentos y no mostraba señal alguna de prestar atención al eco de los gritos procedentes de la sala inferior y al hedor a muerte que llenaba el lugar.

El soldado agarraba en una mano una placa hololítica. Uriel se agachó. En ella se veía la imagen de una mujer de aspecto hogareño, pero atractiva, al lado de dos niños sonrientes. Uriel se quedó mirando la placa durante varios minutos y se percató, aun siendo una imagen tan borrosa, del amor que aquellas personas sentían por el soldado. Pavel Leforto tenía una familia a la que amar, un hogar que defender y un futuro que proteger…

Él no tendría nada de eso jamás.

Uriel le puso la placa de nuevo en la mano y se quitó un sello de pureza de la armadura. Lo dejó encima del pecho de Pavel antes de retirarse en silencio para no perturbar el descanso del soldado herido. Bajó de la planta

superior y cruzó el vestíbulo del edificio. Vio a la izquierda una entrada abovedada, que daba a un pasillo corto que llevaba a una puerta abierta, de la que salía una luz cálida y suave. Captó el aroma calmante del incienso por encima de la fetidez de la sangre y cruzó el umbral de la pequeña capilla del edificio.

La estancia era simple y elegante, con un mobiliario exiguo. La única concesión a la decoración recargada era una ventana de vidriera semicircular que mostraba a las hermanas de las órdenes hospitalarias cuidando de los enfermos y entregando limosna a los necesitados. Uriel sintió una paz y una serenidad que no había experimentado en muchos meses, como si la sombra oscura que ahogaba la mejor parte de su alma fuese incapaz de entrar en aquel recinto sagrado. Cerró la puerta y cruzó la estancia hasta el final de la nave, donde hizo una reverencia delante de la efigie del Emperador, antes de arrodillarse bajo su mirada majestuosa.

—Emperador de la Humanidad, en esta época de guerra busco el refugio que tan sólo vos sois capaz de dar. A menudo siento que el odio envenena mis sueños. Se está formando una oscuridad en mi interior y temo por mi alma en estos días venideros. Ayudadme a superar la mancha que quedó dentro de mí y salvadme de convertirme en lo que me he pasado toda mi vida combatiendo. —Uriel respiró de forma profunda y entrecortada—. Temo perder dentro de poco la noción de lo que es serviros, de ver que no soy merecedor de vuestro amor.

—No, capitán Ventris —dijo una voz a su espalda—. Todos aquellos que sirven al Emperador se merecen eso.

Uriel se puso en pie y se dio la vuelta. La figura de la hermana Joaniel estaba recortada bajo la luz de la vidriera. Los colores cálidos le imprimían un brillo rojizo y saludable a su piel.

—Hermana, no me he dado cuenta de su presencia.

—Lo sé. Le pido disculpas por interrumpirlo. ¿Quiere que me vaya?

—No, por supuesto que no.

—¿Puedo sentarme con usted?

—Sí, por favor.

La hermana Joaniel asintió y se acercó cojeando hacia el final de la nave. Hizo una genuflexión delante de la imagen del Emperador y en el rostro le apareció una mueca de dolor cuando la cadera le crujió. Se sentó en el banco delantero.

—Vengo a menudo aquí, en cuanto tengo tiempo. Es un lugar muy apacible.

—Lo es —contestó Uriel, mostrándose de acuerdo mientras se sentaba a su lado y empequeñecía a la enfermera de las Adepta Sororitas. La madera crujió bajo su tremendo volumen—. Siento que aquí puedo descargar un gran peso que tengo encima.

—¿Un gran peso? —inquirió Joaniel.

Uriel no contestó y mantuvo los ojos fijos en el suelo de madera pulida.

—Ha oído lo que decía cuando entró —le respondió por fin.

—Sí, pero no sé a qué se refería. ¿Quiere hablar de ello? He ayudado a muchos grandes guerreros que sufrían heridas emocionales además de las físicas. Le aseguro que puede ser muy catártico expresar en voz alta aquello que a uno le preocupa.

—No sé, hermana… No soy… muy bueno expresando algo así.

—¿Tiene algo que ver con el soldado que ha venido a ver?

—No. Más bien, con un alienígena monstruoso contra el que combatí en un planeta lejano.

—¿Qué clase de alienígena era? ¿Un tiránido?

Uriel negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera ahora tengo muy claro lo que era. Lo único que sé con seguridad es que era una criatura muy antigua, ya vieja cuando la galaxia era joven, y que vivía para matar y disfrutaba de las matanzas. Un inquisidor al que conocí la llamó «El Portador de la Noche», y el nombre era muy apropiado, ya que podía llegar a lo más profundo del alma de cualquier hombre y sacar a flote sus instintos más bajos.

Las manos de Uriel comenzaron a temblar mientras recordaba el combate bajo la superficie de Pavonis.

—Vi a muchos hombres desgarrar sus propios cuerpos en una orgía de destrucción sangrienta. Sentí cómo mi ansia por matar alcanzaba cotas

inimaginables que me avergüenzan incluso hoy día. La criatura estaba rodeada por visiones de locura y muerte, y cuando su mente tocó la mía por un breve instante, lo vi todo, todas las matanzas en el universo, y bañó mi alma en sangre.

—Pero ¿la derrotaron?

—En cierto modo. La expulsamos del lugar y vivimos para contarlo, pero no sé lo que ha sido de ella.

—Te acosan las visiones que tuviste por su culpa —dijo Joaniel, tuteándolo por primera vez.

—Sí —contestó Uriel, y luego colocó la cabeza entre las manos—. Cierro los ojos y lo único que veo es sangre, muerte y mutilación. Cuando combato, apenas logro contener la furia asesina provocada por la corrupción del Portador de la Noche.

—No voy a decir que comprendo la naturaleza de un ser tan monstruoso, pero creo que te estás atormentando de un modo innecesario, Uriel. Que algo de semejante poder te to que la mente, aunque sea tan sólo por un instante, te dejará una cicatriz sin duda alguna. Creer que no ocurrirá es una tontería. —Joaniel alargó una mano y tomó una de las manos de Uriel—. Todas las heridas, ya sean físicas o psicológicas, dejan una señal, y a veces aparecen de nuevo como demonios en la oscuridad. Uriel, las heridas se curan, pero sólo si se les deja.

—¿No crees que esté corrompido?

Joaniel sonrió.

—No, no lo creo, Uriel. El poder del Portador de la Noche debe de ser prodigioso, pero lo derrotaste. Sí, es cierto que te mostró lo mucho que una persona puede llegar a desear la sangre y las matanzas, pero esa posibilidad está en todos y cada uno de nosotros. Debes aceptar ese aspecto de tu personalidad y comprender que esa parte del Portador de la Noche siempre estará contigo. Con la aceptación llega la liberación. Que sientas ese dolor me indica que no estás corrompido.

Uriel asintió. Notaba que la sombra de su interior retrocedía ante las palabras de Joaniel. Los dos se quedaron sentados en un silencio

compartido durante varios minutos, basta que el microrreceptor que Uriel llevaba en el oído resonó.

—Hermano capitán —dijo la voz seca de Learchus—, solicitan su presencia en la muralla principal.

Se puso en pie y contestó al mensaje. Luego, se inclinó ante la mujer sentada.

—Te agradezco tu comprensión, hermana Joaniel, pero debo irme.

Joaniel se puso en pie y le ofreció la mano. Uriel la estrechó. El guantelete de la armadura cubrió por completo la delicada extremidad.

—Si necesitas hablar otra vez, siempre estoy por aquí, Uriel.

—Gracias. Me gustaría hacerlo —le contestó Uriel antes de inclinarse de nuevo y salir de forma apresurada de la capilla.

Mover miles de hombres junto a los suministros, a las municiones y a los vehículos era una pesadilla en potencia, pero los prebostes de Erebus, bien entrenados, dirigieron a los soldados de la Guardia Imperial y apenas se produjeron atascos en las carreteras que llevaban al interior de la ciudad.

Mil hombres del regimiento de Krieg ocupaban la segunda línea de trincheras mientras los combatientes del regimiento de Logres y de la Legión de Defensa de Erebus se retiraban. Los suministros que no podían ser trasladados hacia el otro lado de las murallas eran incendiados, y el brillo de varias piras acompañó al resplandor del sol del atardecer. Los camiones de suministro transportaban a los soldados hasta los barracones del interior de Erebus con una presteza admirable, y el coronel Rabelaq, en lo más alto del Capitol Imperialis, se sintió satisfecho de que la evacuación de las trincheras se estuviese produciendo todo lo bien que cabía esperar.

Sin embargo, la casualidad y la mala fortuna siempre han formado parte de cualquier operación militar, y estaban a punto de ocurrir dos sucesos que les costarían mucho a los defensores imperiales.

Los camiones cargados con los proyectiles para los tanques transitaban por la carretera elevada que cruzaba la puerta norte. La superficie de la calzada estaba llena de baches y socavones debido a la enorme intensidad

del tráfico, por lo que los vehículos avanzaban casi a saltos. Uno de los camiones de suministro cayó en uno de los baches más profundos y salió con una tremenda sacudida. Nunca se supo si uno o más de los proyectiles tenía la espoleta defectuosa, o un soldado descuidado había retirado por accidente una de las clavijas de armado, pero cuando los proyectiles chocaron entre sí, el camión estalló de repente en una explosión devastadora. Las explosiones secundarias destrozaron lo poco que quedaba del camión cuando los demás proyectiles estallaron a causa del calor en una serie de deflagraciones que destruyeron la carretera y todo lo que se encontraba a ciento cincuenta metros a su alrededor. Los vehículos que se libraron de la hecatombe se detuvieron para luego retroceder medio kilómetro y quedaron atrapados en una carretera estrecha con muy poco espacio para maniobrar y dirigirse hacia otra puerta.

Mientras los prebostes se esforzaban por despejar aquel inmenso atasco, una nube negra, de un kilómetro de ancho, apareció arremolinándose sobre el horizonte hacia el este; pasó aullando muy cerca de las cimas de las montañas del valle superior. Las sirenas de alarma resonaron y las armas de los puntos de defensa de la ciudad abrieron fuego. Muchas de las unidades imperiales temieron encontrarse bajo un ataque y adoptaron posiciones defensivas a la vez que los vehículos blindados cerraban las escotillas y preparaban las armas para disparar.

Sin duda alguna, aquella reacción les salvó la vida en muchos casos.

Cientos de organismos tiránidos descendieron por las traicioneras laderas rocosas que bajaban de las montañas septentrionales y cayeron sobre las fuerzas imperiales desplegadas en una línea extendida.

En poco tiempo, empezaron a librarse feroces combates delante de las murallas de la ciudad cuando una marea de guerreros alienígenas, después de atravesar las supuestamente infranqueables montañas, atacaron a los guardias casi desprevenidos.

La sangre humana y alienígena fluyó a mares cuando ambas fuerzas se enfrentaron.

Pero lo peor estaba por llegar.

—Dulce nombre del Emperador… No… —murmuró Rabelaq cuando las imágenes del holomapa se agrandaron.

Habían aparecido nuevos iconos enemigos en las montañas septentrionales y se dio cuenta de que el capitán Ventris había estado en lo cierto al dudar de la certeza del fabricador Montante sobre lo infranqueables que eran aquellas cimas. Sintió una punzada de miedo en la boca del estómago y la cara se le quedó blanca. Los tiránidos los habían engañado. Las máquinas de cálculo lógico del Capítol Imperialis habían determinado la velocidad de avance de los enjambres tiránidos y habían supuesto que era su velocidad máxima. Él había pensado lo mismo de un modo ingenuo, pero al observar los tres enjambres que se acercaban con rapidez a Erebus se dio cuenta de que había cometido el error fatal de subestimar la astucia de aquellos alienígenas.

Se apresuró a ponerse al lado del puesto de comunicaciones y agarró la empuñadura tallada en madera de nal del micrófono.

—¡A todas las unidades de Krieg! ¡Los tiránidos están a punto de llegar a sus posiciones! ¡Repito! ¡Los tiránidos van a atacar las posiciones dentro de pocos minutos! ¡Salgan de ahí ahora mismo!

—¿Qué demonios está diciendo? —le soltó el teniente Konarski al operador de comunicaciones mientras se colocaba los auriculares que le había quitado.

Abrió los ojos de par en par cuando oyó la voz atemorizada del coronel Rabelaq que les ordenaba a gritos la evacuación de las trincheras.

Se quitó de un tirón los auriculares y se acercó corriendo al periscopio de la trinchera. Pegó los ojos a la placa óptica y contuvo una maldición mientras movía el aparato de izquierda a derecha. Sintió que el miedo le helaba el pecho cuando vio la marea de monstruos alienígenas que se abalanzaba a la carrera contra las posiciones imperiales.

—¡Mierda! —murmuró Konarski, y se descolgó el rifle láser del hombro.

Echó a correr por la trinchera gritándoles a los hombres que se colocaran en sus puestos.

—¡Señor! —lo llamó a gritos el operador de comunicaciones—. ¿Es que no nos retiramos?

El teniente miró a un lado y a otro de la trinchera y vio a otros oficiales del regimiento ordenando a los soldados que se subieran a las posiciones de disparo.

—No, chaval, no nos retiramos.

—Pero la orden del coronel Rabelaq…

—¡Que le den al coronel Rabelaq! Escucha, somos el Korps de la Muerte de Krieg. ¿Es que te creías que sólo era un nombre bonito? Jamás nos retiramos. Luchamos y morimos. Así lo hacemos los de Krieg.

A pesar de lo terrorífico que había sido el primer ataque contra las trincheras, no fue más que una sombra de aquel asalto frontal. Una gigantesca bestia de múltiples miembros avanzaba dando grandes pisotones que dejaban enormes cráteres en el hielo a su paso. Los chorros ardientes de ácido hirviente que disparaba desde unos tubos orgánicos de aspecto grotesco situados bajo la enorme mandíbula disolvían la nieve, el hielo y la carne en estallidos humeantes. Cientos de espinas lanzadas mediante espasmos musculares monstruosos se estrellaron contra las paredes de las trincheras y atravesaron varios metros de nieve para ensartar tanto a hombres como a tanques.

Una marea hirviente de criaturas hormigueaba a los pies de la gigantesca bestia. Unos organismos cubiertos de placas quitinosas con unos morros huesudos y unas patas delanteras curvadas arrojaban cápsulas carnosas que estallaban en letales explosiones de fragmentos de hueso afilados como navajas y chorros de ácido biológico. Se movían con lentitud, pero cada criatura expulsaba otro proyectil orgánico mientras avanzaba sin cesar.

Otras criaturas de tamaño similar, con unas extremidades fusionadas entre sí para formar lo que parecían unos largos cañones también orgánicos,

disparaban chasqueantes proyectiles quitinosos que, al estrellarse, cubrían los tanques en retirada con una lluvia de ácidos corrosivos. Unas gruesas criaturas serpenteantes lanzaban desde sus enormes garras unos centelleantes rayos de energía eléctrica mientras sus costados blindados arrojaban al aire nubes de cristales de hielo a su paso.

Sin embargo, a la cabeza de la carga, más veloces todavía que la multitud de organismos enloquecidos que constituían el grueso del enjambre tiránido, se encontraba un puñado de criaturas enormes que avanzaban gracias a unas gigantescas garras que clavaban en la nieve y que las hacían correr a una velocidad de vértigo. Los nidos de progenies palpitaban con un movimiento peristáltico repugnante entre las placas óseas de sus pellejos, y las contracciones musculares arrojaban afiladas espinas contra las trincheras.

Una oscura nube de gárgolas se agrupó sobre los alienígenas lanzados al ataque. Una inmensa madre de progenie de color negro volaba entre ellas, aleteando con las enormes extremidades mientras descendía hacia los hombres de Krieg.

El teniente Konarski dio unas cuantas arcadas después de empujar los restos en disolución del cuerpo del operador de comunicaciones, que cayeron en un charco de ácido humeante que estaba atravesando la madera del suelo de la trinchera. Intentó ponerse en pie, pero el hedor acre de la carne achicharrada lo obligó a inclinarse al provocarle un tremendo ataque de tos. La sangre y el humo llenaban la trinchera mientras los proyectiles tiránidos seguían destrozando las defensas a su alrededor. Algunos soldados aquí y allá respondían a los disparos enemigos, pero eran como una gota en el océano en comparación con el volumen de fuego que estaban recibiendo.

Superó, por fin, la náusea y gritó: «¡Por Krieg!». Entonces, se puso a disparar por encima del borde de la trinchera. Una sombra oscura le tapó la luz del sol, y Konarski alzó la vista a tiempo para ver una monstruosidad colosal con unas alas de varias decenas de metros abatirse sobre la trinchera. Decenas de otras criaturas de menor tamaño le colgaban del vientre y, entre las fauces, le apareció una bola de fuego incandescente.

Konarski se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro para saber por qué nadie derribaba a aquella abominación. Cuando se fijó en el Hydra más cercano, comprendió el motivo.

Toda la sección frontal del blindaje se había convertido en una masa fundida debido a los ácidos corrosivos. Del interior salían varios regueros humeantes de un fluido pastoso y sanguinolento: la carne en desintegración de los tripulantes que se enfriaba al aire. Pero Konarski vio que la sección con el montaje de cañones cuádruples del Hydra estaba intacta.

Dejó caer el rifle y echó a correr hacia el vehículo. Tenía que hacer que disparara de nuevo. Unas enormes criaturas aullantes, con brazos como guadañas y unas horribles armas orgánicas, invadieron la trinchera y empezaron a destrozar a sus hombres. Varios enjambres de criaturas de menor tamaño entraron a saltos y se unieron a la matanza.

Comenzó un combate cuerpo a cuerpo desesperado, mientras los soldados intentaban en vano contener la oleada de alienígenas. Unas monstruosidades gigantescas descargaron hordas de criaturas con garras, a las que reconoció como genestealers. Los estaban derrotando por todos lados.

Konarski avanzó medio agachado y tapándose la nariz y la boca con una mano, ya que el hedor a carne derretida era casi insoportable. Subió pasando por encima de los pestilentes restos de la tripulación y se metió en el compartimento del artillero.

—¡Sí! —gritó de alegría al comprobar que los cañones funcionaban y que los cargadores estaban a tope.

Agarró las empuñaduras de disparo y giró la torreta con los cuatro cañones hacia el gigantesco monstruo aleteante. Konarski apretó los botones de disparo, y una lengua de fuego de cuatro metros de longitud salió rugiendo de la boca de cada cañón; y la munición acribilló el cielo con tremendas explosiones. El montaje se estremeció por el potente retroceso de las armas mientras disparaban centenares de proyectiles cada pocos segundos. Konarski lanzó un aullido a la vez que disparaba, y el horror sufrido a lo largo de los días anteriores desapareció con la tremenda descarga de adrenalina.

Vio a través del visor cómo la bestia alada era despedazada cuando las descargas casi a quemarropa le atravesaban las placas óseas de la armadura corporal para estallar dentro de los órganos internos. Cayó chillando del cielo y se estrelló contra el suelo en un estallido de nieve y de sangre alienígena al aplastar a las progenies que llevaba consigo. En el vientre se produjeron varias explosiones que arrojaron humos de distintos colores, y unas cuantas nubes de letales toxinas alienígenas cubrieron el suelo mientras unas volutas verdes serpentearon hasta entrar en las trincheras.

Giró el arma de izquierda a derecha y acribilló a todos los alienígenas que se le pusieron a la vista. Mantuvo pulsados los botones de disparo mucho después de que se acabara la munición.

El coronel Rabelaq contempló la escena desde el puesto de observación del Capítol Imperialis y se dio cuenta de forma inmediata de que la retaguardia del regimiento Krieg iba a ser aniquilada sin duda alguna si no recibía refuerzos. Los gritos pidiendo ayuda y apoyo de la artillería llenaban los canales de comunicación. La escala del desastre lo aturdió.

Las fuerzas que habían sido emboscadas en la carretera que llevaba a la ciudad habían contenido, y en muchos casos rechazado, a los tiránidos. Rabelaq calculó que con un poco más de tiempo serían capaces de replegarse hasta las murallas de la ciudad, pero el tiempo era algo de lo que carecían.

Los soldados de Krieg no podrían contener al enemigo el tiempo suficiente.

Tan sólo quedaba una solución.

Se dirigió al centro del puente de mando y se abrochó el abrigo hasta el cuello. Se tiró bien de las puntas y se quitó una pelusa de las hombreras.

—Todo avante. Preparen el cañón principal.

—¿Disculpe, señor? —le preguntó su ayudante personal.

—¡Ya me ha oído! Todo avante. No voy a permitir que esos valientes luchen y mueran solos. Eso no lo hace el regimiento de Logres. ¡Cumpla mi orden!

—Ahora mismo, señor —asintió el hombre antes de apresurarse a obedecer.

El coronel Octavius Rabelaq se puso en posición de firmes cuando sintió la vibración rugiente de las gigantescas cadenas, y el Capitol Imperialis comenzó a avanzar con lentitud.

El suelo se estremeció. La carga de cientos de monstruos alienígenas arrancó la nieve, el hielo y la madera de las paredes de las trincheras. Konarski reunió a todo los hombres que pudo encontrar en mitad de las apestosas nubes de humo alienígena y los condujo hacia las murallas de la ciudad. Habían hecho todo lo que habían podido y había llegado el momento de llevar a sus hombres a un sitio seguro.

Unas enormes vibraciones sacudieron el suelo y se preguntó por un momento si estaban sufriendo los efectos de un terremoto. Un rugido aullante repleto de hambre alienígena resonó a su espalda y se dio la vuelta para disparar el rifle láser en un último gesto de desafío.

De repente, el suelo dio un salto, y una serie encadenada de explosiones llenó el mundo de estruendo. Un resplandor brillante estalló detrás de él y el restallido de una onda expansiva estuvo a punto de dejarlo sordo. Sintió cómo volaba por los aires cuando varios temblores enormes sacudieron el suelo. Cayó con fuerza, pero logró rodar sobre sí mismo. Tragó una bocanada de nieve mientras la vista se le llenaba de puntitos luminosos.

Vio una pared de llamas delante de él y se puso de rodillas, aturdido.

¿Qué demonios había ocurrido?

El humo se disipó y vio que ante él se alzaba un enorme risco de acero. La mole avanzaba sobre unas orugas gigantescas que aplastaban la tierra, partían hasta el lecho rocoso con su enorme peso y lanzaban al aire trozos de hielo y de piedra del tamaño de tanques. La monstruosa máquina mostraba el bendito signo del aquila debajo del gigantesco tubo humeante del cañón Behemoth montado en el Capítol Imperialis. Konarski se echó a reír cuando la retumbante máquina pasó a su lado. El grito de alegría se

cortó en seco cuando el cañón disparó de nuevo y la onda expansiva lo arrojó de nuevo al suelo.

El impacto lo dejó sin respiración, pero se puso en pie con rapidez impulsado por la adrenalina y empezó a correr trastabillando hacia la ciudad.

El coronel Rabelaq les había dado el tiempo que necesitaban, y no iba a desperdiciarlo.

El coronel Stagler mantuvo apretada la venda contra el estómago. Estaba algo mareado por la pérdida de sangre, pero se negaba a aceptar ninguna clase de atención médica hasta saber con exactitud lo que les estaba pasando a sus hombres. La vista del lugar estaba tapada por las nubes de humo y de gases, incluso desde un punto de observación tan ventajoso como era la torre defensiva coronada de nieve de la muralla donde se encontraba. No captaba nada en el comunicador, aparte de los gritos humanos y de los aullidos alienígenas. Lo más probable era que sus hombres ya estuviesen muertos, pero lo habían hecho a la manera de Krieg: luchando con valor y con una buena muerte.

El idiota de Rabelaq lo había sorprendido al hacer que avanzara su preciado centro de mando móvil hacia la masa de alienígenas. La maniobra les había proporcionado a los guardias que se estaban enfrentando a las criaturas enemigas el tiempo suficiente para escapar de la trampa y replegarse hasta la relativa seguridad de la ciudad. Progenies enteras de alienígenas habían rodeado las murallas y se habían dejado caer desde los riscos que la rodeaban para penetrar en el interior, pero no podía preocuparse de aquello en esos momentos.

El Capítol Imperialis disparó de nuevo, y una nueva oleada de nieve se desprendió de las cimas de las montañas. Cientos de alienígenas se arracimaban en los costados del poderoso vehículo y muchos más arrojaban sus grandes cuerpos contra las orugas. Alrededor del casco centelleaban poderosas descargas eléctricas, al mismo tiempo que varias explosiones brillantes lo rodeaban. Las torretas de defensa cercana abatían enjambres enteros de alienígenas, pero no podían hacer nada ante el ingente volumen de atacantes.

Stagler chasqueó los dedos para llamar la atención del operador de comunicaciones.

—Ponme con el coronel Rabelaq —le ordenó al mismo tiempo que veía algo que recordaría hasta el día de su muerte.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no avanzamos? —exigió saber el coronel Rabelaq.

—Señor, las unidades de oruga están atascadas. No podemos movernos —fue la respuesta.

El comandante del regimiento de Logres se apresuró a acercarse al puesto de control, donde decenas de pequeñas placas de visión mostraban las imágenes de lo que ocurría en el exterior. Todas y cada una de ellas estaban llenas de la matanza que se estaba produciendo. Miles de criaturas de progenie tiránida rodeaban el Capítol Imperialis. Cientos de bólters de corto alcance disparaban un chorro continuo de proyectiles explosivos contra la horda alienígena, pero no podían detener a todos los atacantes.

Sintió la vibración amortiguada del cañón principal y oyó incluso, a través del grueso blindaje del vehículo de mando, los aullidos de los mortíferos alienígenas mientras se esforzaban por meterse en el monstruo blindado para enfrentarse a los humanos que había en su interior.

Cientos, quizá miles, de alienígenas, se habían arrojado a las enormes cadenas del Capitol Imperialis para impedir que escapara. La escala de una devoción tan absoluta aterrorizó a Rabelaq hasta la médula de los huesos. Ni siquiera el implacable Macharius ni el carismático Slaydo habían inspirado semejante obediencia en sus soldados.

Un jadeo de horror lo sacó de su ensimismamiento. Alzó la mirada y vio a una bestia colosal surgir de las nubes de humo venenoso y de polvo de hielo, y aplastarlo todo a su paso.

Varias mandíbulas múltiples rodeaban una boca con forma de esfínter y con el tamaño de una cueva repleta de miles de grandes colmillos. Un fluido espeso caía del orificio en gruesos hilos de baba corrosiva. Las piernas quitinosas, con unas articulaciones hacia atrás parecidas a las de las arañas, arrastraban al gigantesco cuerpo por encima de la nieve, al mismo

tiempo que cientos de organismos correteaban por las gruesas placas óseas de la armadura superior.

—¡Por todos los santos! —murmuró Rabelaq—. ¡Toda la energía a los cargadores automáticos! ¡En nombre del Emperador, disparad el cañón principal! ¡Ahora mismo!

—¡Señor! ¡El coronel Stagler por el canal de comunicaciones!

—Ahora no tengo tiempo para hablar con ese fanático —contestó—. ¡Disparad el cañón principal!

A pesar de los metros de grosor del puente de adamantium y de los amortiguadores de sonido, notó el tremendo retroceso del cañón Behemoth. El monstruo se tambaleó bajo el impacto del disparo y se oyó un gran aullido de alegría en el puente de mando. Unos trozos de carne enormes salieron despedidos por el aire y unos chorros brutales de sangre alienígena brotaron por el enorme agujero abierto en el costado del monstruo.

Cayó hacia un lado. Una de las patas delanteras se quedó colgando de varias tiras grandes de músculo sanguinolento. El fluido oscuro siguió saliendo de la herida, inundó las trincheras y derritió la nieve con su calor. Se abrió una fisura en el saco que llevaba en la tripa. La grieta se hizo más grande cuando la bestia aullante se arrastró en dirección al Capítol Imperialis. Miles de criaturas de fauces chasqueantes y de hinchados sacos de huevos salieron de la herida, pero quedaron aplastados por el brutal peso del monstruo.

—Vamos, vamos —murmuró Rabelaq, mirando las luces indicadoras del panel principal que mostraban el avance del proceso de recargado del cañón.

Deseó que el capataz artillero azotara con más fuerza a sus hombres para que recargaran de una vez el puñetero cañón. Se obligó a sí mismo a apartar la mirada del panel y vio horrorizado cómo el monstruo tiránido se ponía en pie de nuevo. La carne se estaba recomponiendo en los puntos donde había sufrido los cañonazos. Del vientre ya no le surgía fluido alguno, y unas nuevas tiras de músculo y de tejido estaban creciendo a lo largo de la pata herida para volver a unir los huesos y los tendones partidos.

—¡Señor, brechas en el casco en los puentes dos, tres y cinco!

—¡Señor, el compartimento de máquinas informa que hay intrusos!

Rabelaq se quedó escuchando los informes a medida que iban llegando. Cada uno era peor que el anterior, y supo que su carrera en el ejército del Emperador había llegado a su fin. No saldría con vida de aquella batalla para celebrarlo brindando con los demás oficiales a lo largo de los años venideros.

Le pareció extraño, pero la idea no lo intranquilizó tanto como se esperaba.

Sintió un impacto terrorífico que hizo estremecerse el puente de mando: la gigantesca criatura tiránida había estrellado el cuerpo contra un costado del Capítol Imperialis. Se agarró al pasamanos de bronce que rodeaba la mesa del mapa holográfico cuando el puente de mando empezó a inclinarse hacia un lado.

Los servidores se cayeron de las sillas y se quedaron colgando de los cables que los mantenían unidos a las consolas de mando. Los demás oficiales gritaron al salir despedidos hacia las paredes cuando la poderosa máquina de guerra comenzó a volcarse. En las placas de observación no se podía ver otra cosa que no fuera una masa de carne purulenta. Las sirenas de alarma sonaban a la vez que de las consolas destrozadas empezaban a surgir llamaradas. Una lluvia de cristales rotos cruzó el lugar cuando un trozo de metal retorcido cayó sobre la mesa de mapas. Varios chorros de humo salieron a presión de las tuberías rotas.

El puente de mando continuó inclinándose, y Rabelaq tomó el micrófono que había a un lado de mesa de mapas, que no dejaba de echar chispazos.

—Aquí el coronel Octavius Rabelaq —dijo con voz tranquila—. Coronel Stagler, si me oye, ya sabe lo que debe hacer. Cambio y corto.

El coronel soltó el micrófono y finalmente tuvo que soltarse de la mesa de mapas cuando el Capitol Imperialis cambió de centro de gravedad y se volcó contra la nieve. Rabelaq cruzó por los aires el puente de mando y se estrelló contra la esquina de una consola destrozada. Se quedó allí, inmóvil, en mitad del puente de llamas envuelto en explosiones y en llamas, con la sangre y el cerebro saliendo por el cráneo partido.

Lo único que lo consoló mientras perdía la conciencia fue que hablarían de su muerte durante muchos años en los comedores de oficiales.

Uriel vio con una mezcla de horror y de pena cómo el enorme corpachón del titán tiránido atacaba al Capitol Imperialis derribado. El coronel Rabelaq había sido un buen hombre, y los hombres del regimiento de Logres lamentarían mucho su pérdida.

Todos habían oído la última orden del coronel Rabelaq, y el coronel Stagler transmitió la orden de disparar a las torres de defensa. Los aullidos alienígenas resonaron en las laderas del valle cuando el titán tiránido empezó a destrozar el caído Capítol Imperialis con sus gigantescas garras y le arrancó las gruesas placas de blindaje con la misma facilidad que un niño le quitaría el papel de envolver a un regalo.

La penumbra se transformó en la brillante luz del día cuando todas las piezas de artillería pesada de las murallas abrieron fuego contra la zona de motores del vehículo derribado. Las explosiones sacudieron los restos del Capitol Imperialis e incineraron a cientos de criaturas de menor tamaño mientras se esforzaban por adentrarse en el interior del vehículo. Uriel sabía que era probable que quedaran unos cuantos supervivientes en el interior, pero también sabía que aquélla era una muerte más misericordiosa que la que sufrirían bajo las garras de los tiránidos.

Una enorme nube en forma de hongo se alzó hacia el cielo cuando la potencia de fuego combinada penetró, por fin, en las entrañas del Capitol Imperialis e hizo estallar el reactor de plasma que había en lo más profundo.

Diversos rayos de luz cegadora surgieron del lugar cuando el reactor de plasma explotó y vaporizó todo lo que se encontraba a medio kilómetro de distancia. Cuando la luz se desvaneció, Uriel vio un cráter profundo lleno de carne derretida y siseante. El titán tiránido, herido de muerte, se hundía en una especie de sopa de plasma al rojo vivo. El hielo se convertía directamente en un vapor de agua tan caliente que escaldaba la carne y la arrancaba de los huesos. Ni siquiera la increíble capacidad regenerativa de

aquel monstruo podía salvarlo de aquello y aullaba en su agonía mientras pataleaba de forma frenética en medio de espasmos de muerte.

La nieve y el hielo fundidos entraron a raudales en el cráter y formaron un pequeño lago antes de que el agua se congelara con rapidez. Se formaron más nubes de vapor cuando el plasma vaporizó buena parte del agua, pero a los pocos minutos no quedaba nada que marcara el lugar del titánico combate, salvo un cráter lleno de agua helada que contenía los cuerpos de miles de alienígenas y los restos mortales del coronel Octavius Rabelaq.

—In mortis est gloriam —susurró Uriel.



DOCE

Durante los siguientes cuatro días, los tiránidos se lanzaron contra las murallas de la ciudad; en cada intento, sufrieron miles de bajas. Sin embargo, en ningún momento disminuyó el volumen o la ferocidad de sus ataques. Junto a la base de la muralla se apilaban montones de cadáveres tan altos que su peso agrietaba el hielo del foso. Unidades con lanzallamas incineraban los restos lo mejor que podían, pero nunca despejaban la ingente cantidad de cuerpos antes del siguiente ataque.

Cada asalto comenzaba con un bombardeo de crepitantes proyectiles orgánicos disparados desde hinchadas criaturas, cuyas cabezas estaban rodeadas por unos huesudos flecos que se movían violentamente y cuyas extremidades delanteras habían evolucionado hasta transformarse en enormes cañones nervudos. Enormes trozos de muralla volaban por los aires, pero ya que estaba construida como una estructura inclinada en la pendiente del suelo, hacían poco más que explotar en el lecho de roca de la montaña. Sobre los defensores caía además una lluvia de carnosas vainas disparadas desde la parte de atrás de monstruos cubiertos de bultos y con extremidades largas y huesudas.

Cada proyectil explotaba en el aire, esparciendo nubes de veneno que envolvían la primera línea, mataban a veintenas de soldados y herían a cientos más. Ya que las instalaciones médicas estaban abarrotadas por soldados cegados por humos corrosivos o con ataques de tos tan fuertes que parecía que iban a echar los pulmones derretidos, fue necesario que los guerreros del Adeptus Astartes se hicieran cargo de los primeros momentos de cada asalto. Sólo ellos tenían esperanzas de sobrevivir a las letales toxinas en los instantes preliminares del ataque.

Detrás del bombardeo, la llanura que había frente a la ciudad se llenaba rápidamente de silbantes asesinos alienígenas que salían de sus heladas cuevas, creadas por ciegas criaturas excavadoras. Pocas especies de tiránidos podían sobrevivir por la noche sin protección cuando la temperatura caía hasta cuarenta grados bajo cero. La oscuridad era el único descanso de ese horror para los defensores de Erebus.

Fuegos eléctricos, gotas de ardiente veneno, aullantes criaturas voraces y bombas de huesuda metralla manchaban las murallas de forma incansable,

y cuando las bajas llegaron a las decenas de miles, se tomó la decisión de abandonar la primera muralla. No quedaba apenas nada del parapeto y las criaturas más pequeñas habían vuelto a evolucionar: habían desarrollado espontáneamente tendones carnosos equipados con afilados ganchos que les permitían escalar las escarpadas superficies de las murallas. Los numerosos cañones emplazados en los lados del valle mantenían a raya a casi todas las criaturas aéreas, y tras la emboscada en las murallas de la ciudad, nadie descartaba la posibilidad de que los tiránidos atacasen desde accesos que antes se consideraban seguros.

Algunos grupos de alienígenas habían penetrado en la ciudad por las alcantarillas de drenaje, por cuevas olvidadas e incluso desde los altos picos de las montañas, y aunque sembraban el pánico entre la población civil, no se podía prescindir de ningún hombre de la línea del frente para darles caza.

Por el momento, las gentes de Erebus tendrían que ocuparse de su propia defensa.

Uriel notó el frío en la piel como una sensación ardiente, pero recibió el dolor como una señal de que seguía vivo. Tenía la armadura abollada, desgarrada y mellada en innumerables sitios, manchada con tanta sangre alienígena que su color original apenas era visible. Los accionadores de su hombrera izquierda resollaban a medida que caminaba, como resultado de las en absoluto cariñosas atenciones de un gigantesco organismo guerrero tiránido. El tecnomarine Harkus había hecho todo lo posible para permitir que la hombrera izquierda autorreactiva se moviera perfectamente, pero sin los instrumentos benditos apropiados, se vio obligado a suplicar el perdón de la armadura y a realizar una reparación temporal.

No había dormido desde la destrucción de la Capitol Imperialis del coronel Rabelaq y, aunque su nodo catalepsiano le había permitido seguir funcionando mediante la influencia de los ritmos circadianos de su cerebro y de su respuesta ante la falta de sueño, sintió que un profundo cansancio invadía su cuerpo.

Al mirar a los miles de hombres reunidos alrededor de las hileras de llameantes braseros, sintió que aumentaba su respeto por ellos. Si él estaba así de cansado, no podía imaginarse lo que debían estar sintiendo los

soldados humanos. Learchus, cuya armadura había sufrido un trato brutal semejante, parecía bien descansado. Sus ojos brillaban y marchaba con paso seguro junto a su capitán.

—¡Por Guilliman!, estos hombres están cansados —dijo Uriel.

—Sí —admitió Learchus—. Lo están, pero aguantarán. Sé que lo harán.

—Los has entrenado muy bien, hermano sargento.

—Tal como lo exige el codex —contestó Learchus con un ligero tono de reproche.

Uriel pasó por alto esa sutil reconvención de su sargento mientras salían de los edificios del distrito quatros en dirección a la explanada en ruinas que había ante la segunda muralla.

Antes el área estaba atestada de fábricas, hangares de producción y viviendas; en esos momentos, sólo había rectángulos de rococemento congelados que indicaban el lugar donde previamente se alzabán los edificios. Hileras de barriles de aceite en llamas alimentados con todo tipo de materiales inflamables que hubiera a mano mantenían el aire justo por debajo del nivel de congelación. Ya habían caído muchos soldados en las frías noches, que morían por congelación allí donde se tumbaban. Sus compañeros se veían obligados a despegar sus cuerpos del suelo cuando llegaba el amanecer.

El consejo de Erebus, que inicialmente apoyó la decisión de Learchus de demoler los edificios para que los tiránidos no pudieran hallar cobertura entre las construcciones, se retractó cuando se dio cuenta de verdad de lo que eso suponía para la ciudad. Simón Van Gelder era el líder del grupo de oposición más activo y, en un movimiento de sorprendente valentía, Sebastien Montante había disuelto el consejo de Erebus y había dado el mando de la ciudad al coronel Stagler hasta que los tiránidos fueran rechazados.

A Uriel le sorprendió pensar que, al borde de la aniquilación, los hombres pudieran seguir riñendo por asuntos tan insignificantes como las propiedades y la riqueza. Ese mundo podría llevar el nombre de los Ultramarines, pero sus líderes hacía mucho que habían abandonado las enseñanzas del primarca.

Pero a medida que él y Learchus marchaban hacia la muralla, se sintió lleno de afecto por los soldados que se alzaban desafiantes frente a la marea de invasores alienígenas. Ahí era donde estaba el mejor ejemplo del espíritu de Ultramar, en el hombre corriente que se enfrentaba a los horrores de la galaxia y estaba dispuesto a morir para proteger aquello en lo que creía.

Los dos marines espaciales se pararon junto a una de las llameantes hogueras que había en el extremo de la muralla y saludaron con la cabeza a los soldados reunidos en torno al fugaz calor. Uriel echó una mirada sobre el suelo en ruinas que había entre las dos primeras murallas, a las masas de alienígenas que se reunían ante él. Las exhalaciones colectivas de millones de criaturas que respiraban a la vez llenaban el valle y los rodeaban como un solo monstruo adormecido.

Seguramente no sería así de simple, pero si el plan del almirante general Tiberius tenía éxito, entonces había una posibilidad de que así fuera. Había hablado con Sebastien Montante después de la disolución del consejo. Le encontró poniéndose torpemente un traje de camuflaje blanco y abrochándose un cinto con munición.

—¿Qué está haciendo, fabricador Montante? —le preguntó Uriel.

—Bueno, ahora que se ha disuelto el consejo, creo que ya es hora de que coja una arma y de que empiece a luchar, ¿no cree?

Uriel se cruzó de brazos.

—¿Cuándo fue la última vez que disparó una arma, fabricador?

—¡Ah!, déjeme pensar… Probablemente en el entrenamiento básico, cuando realicé mi servicio regular en la Legión de Defensa.

—¿Y cuántos años hace de eso? —insistió Uriel.

Montante tuvo la decencia de parecer avergonzado mientras contestaba.

—Hace unos treinta años, pero es que necesito luchar, ¿no lo entiende?

—Lo entiendo, Sebastien; no tema. Es uno de los mejores encargados de logística que he conocido y su sitio está aquí. Ha mantenido suministrados a los soldados con alimentos y munición, ha invertido tiempo, esfuerzos y dinero para asegurarse de que se cubren todas nuestras necesidades militares. Pero no es un soldado, Sebastien, y morirá en los primeros minutos del asalto.

—Pero…

—No —lo cortó Uriel firmemente pero sin rudeza—. Puede servir mejor a su ciudad de otras formas.

—¿Cómo?

—Bueno, puede empezar por contármelo todo sobre las defensas orbitales de Erebus: dónde están, su estado y cómo hacemos que vuelvan a disparar.

Montante parecía confundido.

—Pero no queda nada de ellas, Uriel. Los silos de torpedos emplearon todas sus reservas de munición y los láseres de defensa dispararon hasta que sus capacitadores de energía se agotaron.

—Hágame ese favor —le contestó Uriel.

Y lo hizo. Uriel y Montante pasaron las siguientes dos horas estudiando minuciosamente mapas, intervalos computacionales, proporciones de peso y combustible, introduciendo todo tipo de variables en su conversación hasta que establecieron el curso de acción más adecuado. Satisfecho porque el plan del almirante podía llevarse a cabo, Uriel se marchó, aunque antes obligó a Montante a jurar que no intentaría unirse a los hombres que luchaban en las murallas hasta que llegase el fin.

Entonces, explicó su idea a los otros comandantes. Escépticos en un principio, una cauta emoción se extendió entre los oficiales superiores a medida que presentó el resultado del trabajo con Montante y empezaron a entender las posibilidades del plan.

Los preparativos ya estaban en camino, y todo lo que podían hacer era aguantar hasta que los maltrechos restos de la flota estuvieran en posición para atacar. La operación se planeó para dos días después, y Uriel estaba ansioso por empezar. Habían estado retrocediendo ante los alienígenas durante demasiado tiempo. Tenían la oportunidad de contraatacar.

El magos preferido de Kryptman les había prometido una arma para utilizarla contra los tiránidos, pero todavía no la había entregado. El tiempo se estaba agotando para Locard, y Uriel sabía que el plan del almirante era la mejor oportunidad que tenían de acabar con esa guerra. Era una

oportunidad remota, pero al mirar la inmensidad del enjambre de tiránidos, supo que era la única que tenían.

Volvió la mirada y vio a Learchus junto a un brasero con las palmas extendidas cerca de las llamas. La frente de Uriel se arrugó con asombro ya que sabía que Learchus estaba perfectamente aislado contra el frío y el calor dentro de su servoarmadura, antes de darse cuenta que su sargento estaba imitando de forma inconsciente a los hombres que lo rodeaban. Sonrió y escuchó lo que Learchus estaba diciendo, y vio a lo lejos al capellán Astador y al mayor Satria acercarse por la muralla. Se aproximaron más hombres de otras hogueras a medida que Learchus alzaba la voz y proseguía.

—Habéis peleado con valor y con honor —decía Learchus—. Lo habéis dado todo en la lucha y ningún hombre puede hacer más. Esos asquerosos alienígenas nos asaltan por todos lados, aunque a pesar de la muerte y la carnicería, ninguno de vosotros está dispuesto a dar un paso atrás. Estoy orgulloso de todos vosotros.

—Nos ha enseñado bien, sargento Learchus —gritó el mayor Satria.

—No, la grandeza estaba en todos vosotros; yo sólo supe dónde buscarla. Se os conoce como la Legión de Defensa de Erebus, los protectores de vuestro pueblo. Pero sois más que eso. El juramento de hermandad realizado entre vuestro mundo y el mío en el amanecer del Imperio es seguro que nos une más que las más fuertes cadenas de adamantium. —Learchus alzó el puño y gritó—. ¡Sois guerreros de Ultramar y me enorgullezco de llamaros hermanos!

Un enorme clamor resonó por todos los lados del valle.

Perro Blanco sacó el último par de rifles de una caja antes de convertirla en astillas a patadas. Tigrilla y Lex recogieron la aplastada madera en grandes bolsas de plástico para venderla como leña a las miles de personas que entonces llenaban el almacén y los edificios adyacentes. Dio a Jonny Pisotón uno de los rifles láser sin estrenar con un par de células de energía

pegadas con cinta aislante a la culata. El arma parecía absurdamente minúscula en las enormes manos de Jonny, y Perro Blanco sonrió.

—Intentaré encontrarte algo mejor pronto, grandullón —le prometió.

—¡Bien! —gruño Jonny—. Estos rifles de pacotilla no sirven para nada, Perro Blanco.

—¡Eh!, es lo único que tenemos.

La munición para el lanzagranadas de Jonny hacía tiempo que se había acabado y no se contentaba con nada menos destructivo. Y desde luego, debían hacerse con algo más potente: los ataques al almacén habían aumentado en ferocidad y en número a lo largo los últimos días, ya que los alienígenas sabían que allí dentro les esperaba un festín de presas.

Hasta el momento las armas que habían robado a la guardia cumplían bien su función y las bombas de Lex estaban demostrando ser igual de eficaces contra los alienígenas que contra los arbites, pero Perro Blanco sabía que pronto necesitarían más.

—¡Eh, Trask!, pilla esto —dijo, y le tiró una pistola automática reluciente con una bolsa de cargadores.

Trask falló al cogerla, ya que estaba demasiado ocupado rascándose una fea erupción roja que le había salido en el lado de la cara y en el cuello.

Aquello hacía que sus rasgos de perro fuesen aún más desagradables de ver y no dejó de rascarse la despellejada y manchada piel.

—¡Maldita sea, Trask!, tienes que estar más atento —le dijo Perro Blanco.

Trask le hizo un gesto obsceno y se dio la vuelta para dirigirse al ruidoso interior del almacén. Perro Blanco se quitó a Trask de la cabeza y se encaminó al lugar en el que los hombres que había considerado de relativa confianza estaban vigilando el resto de sus suministros robados.

Todavía quedaban bastantes y cada día llegaban más personas. Su bolsa crecía rápidamente a medida que la gente desesperada le daba todo lo que tenían a cambio de lo que necesitaban. ¿Spray analgésico? Eso cuesta. ¿Raciones de comida para dar de comer a tus hijos? Eso cuesta.

En realidad, era economía básica: oferta y demanda.

Ellos querían sus suministros, y él quería su dinero.

Para cuando aquella guerra hubiera acabado, él sería rico, y entonces no habría nada que no pudiera hacer. Legalizar a los Acechadores Nocturnos o deshacerse de ellos y seguir adelante. Todavía no sabía qué hacer, pero con sus bolsillos repletos de dinero, todo eran oportunidades. Tal vez incluso podría abandonar ese planeta y marcharse a un territorio virgen que esperara que un hombre con su talento lo abriera al mundo.

Satisfecho porque todo iba como debía, se colgó la escopeta al hombro y se dirigió al almacén. Confinadas en el interior, cerca de tres mil personas cubrían prácticamente cada metro cuadrado del suelo. Los braseros ardientes las protegían de lo peor del helado frío nocturno y las raciones imperiales de alto valor calórico que había robado, diseñadas para operaciones invernales, se estiraban para dar de comer a familias enteras. Lonas harapientas brindaban un poco de intimidad a los que pudieron hacerse con ellas. Sólo el frío evitaba que el lugar apestase debido al olor de tantos cuerpos sin lavarse.

Tigrilla se abría camino por el abarrotado almacén y, aunque sabía que estaba regalando leña sin aceptar nada a cambio, la dejó estar, suponiendo que también estaba bien conservar su cariño. No había nadie mejor con el cuchillo, y había visto su trabajo lo bastante como para saber que no era buena idea que se enfadara. Leves sollozos y voces llenaban el almacén. Miradas hostiles lo seguían de todos lados, pero a él no le importaba.

Tal vez lo odiaran, pero también lo necesitaban. Sin él, estarían todos muertos. Así de sencillo, y si mataba a alguien por el camino, estaba bien y no pasaba nada.

Mientras se dirigía a la parte frontal del almacén, escucho un llanto ahogado que procedía de detrás de una lona atada.

Era un sonido bastante habitual allí y Perro Blanco no hizo caso, hasta que escuchó el susurro de una voz familiar.

—Cierra el pico, chica. Tu viejo accedió a esto, de modo que cierra la puñetera boca y túmbate.

Perro Blanco se giró inmediatamente y amartilló la escopeta. Arrancó la lona, y gruñó de furia al ver a Trask agarrar a una niña que lloraba con el vestido arremangado por encima de las rodillas.

—¡Trask, cabronazo! ¡Te dije que esto se había acabado!

—Que te den, Perro Blanco —le soltó Trask mientras se incorporaba—. ¡No tienen dinero!

—He dicho que no —le repitió Perro Blanco.

Dio un paso adelante y golpeó a Trask en la cara con la escopeta. La gruesa culata de madera le rompió la nariz con un crujido seco. A eso le siguió una patada en la ingle. Trask cayó al suelo con las manos en la entrepierna y chorreando sangre por la nariz. Perro Blanco giró la escopeta y colocó el cañón de acero azulado entre las piernas de Trask.

—Si creo que lo has vuelto a hacer, la próxima vez apretaré el gatillo. ¿Lo pillas?

Trask tosió una masa de sangre y flema.

—¡He dicho: «¿Lo pillas?»! —le gritó Perro Blanco.

—Sí, sí —contestó Trask tosiendo—. Lo pillo, cabrón.

—Fuera de mi vista, Trask —le ordenó Perro Blanco con brusquedad.

Trask se incorporó con la cara cubierta de sangre y con gesto dolorido, y se alejó tambaleándose, gritando a aquellos que se reían que cerraran la boca. Perro Blanco tomó aliento y le ofreció la mano a la chica que lloraba. Ella se negó con la cabeza, mientras las lágrimas dibujaban rayas tras arrastrarle la suciedad de la cara.

—Da igual —le dijo Perro Blanco, encogiéndose los hombros. Se sacó un par de billetes arrugados de los pantalones y se los arrojó—. Puede ser que yo sea muchas cosas, pero no me rebajo tanto, ¿entiendes?

La chica asintió apresuradamente mientras se guardaba el dinero en el vestido. Luego salió disparada.

Perro Blanco la vio irse mientras Plata se acercaba a él por detrás y le deslizaba los brazos por la cadera.

—Te va a matar si no le matas tú primero —le comentó.

—Trask, no —contestó Perro Blanco—. No tiene agallas para enfrentarse a mí cara a cara.

—Lo sé, por eso deberías vigilar tu espalda.

—Lo haré —le prometió Perro Blanco.

El inquisidor general Kryptman se estremeció a pesar de la gruesa túnica que llevaba y del generador termal que tenía encendido al lado. El aliento formaba vaho en el aire y el olor de la enorme pila de cuerpos amontonados en la explanada detrás del muro de las instalaciones del magos Locard empezaba a darle náuseas. Había estudiado, había diseccionado y había matado tiránidos durante unos dos siglos, pero no podía acostumbrarse a su asqueroso olor alienígena. Cuanto antes se exterminara esa raza, mejor.

Su séquito personal de tropas de asalto y dos miembros de los Guardianes de la Muerte mandados por el capitán Bannon formaban un cordón a su alrededor, con rifles infierno y bólters apuntando al frente en la noche.

—¿Algo de interés? —gritó a Locard, que estaba metido hasta la cintura en vísceras de tiránidos.

Tenía la túnica sucia, sus brazos mecánicos se movían con rapidez por los despojos orgánicos y una genosonda le tintineaba levemente en las manos.

—No, señor. Todas las criaturas que he examinado hasta el momento son de iteraciones de seis generaciones y, por lo tanto, inútiles.

—¡Maldición! —exclamó Kryptman—. Muy bien, quémalas. Quémalas a todas.

Escondido en las sombras de la noche, el líctor se deslizó por la oscura ciudad, abriéndose camino hasta donde el rastro de feromonas de su raza alienígena era más fuerte.

Empujado hacia la entrada del valle, el líctor se movió en silencio y con rapidez, como una parpadeante sombra que se lanzaba de cobertura en cobertura sin ser vista ni oída, ni si quiera por aquellos a los que asesinaba. A veces encontraba presas y las mataba para rellenar sus reservas de energía antes de continuar.

El líctor dobló la esquina de un edificio en ruinas y sintió en un segundo la escena que había ante él a través de sus receptores sensoriales. Sentía calor, hermanos muertos y una señal de feromona que indicaba a ciencia cierta una bestia líder de las presas.

Los ojos del capitán Bannon examinaban el entorno de lado a lado mientras el inquisidor Kryptman y el magos Locard realizaban sus desagradables autopsias a los cuerpos de los ti ránidos que les habían ordenado recoger. Bannon desconocía el propósito y no le importaba mientras ayudase a los defensores a exterminar a esos xenos. El y sus hombres habían recorrido las fuerzas armadas de la ciudad a lo largo y a lo ancho, enseñando a cada unidad los mejores métodos de combatir a los tiránidos e indicando puntos débiles en su armadura natural, órganos vulnerables y los himnos adecuados para recitar antes y después del combate.

Había sido una tarea laboriosa, pero estaba dando resultados, ya que los partes diarios de bajas, aunque seguían siendo horribles, no eran tan altos como podrían haber sido. Bannon entendió que eso podía deberse en parte a que los hombres más débiles ya habían caído y que quedaban los más fuertes, pero los hombres de Erebus habían aprendido de prisa y sabía que las pérdidas alienígenas eran muy superiores.

Le habían impresionado los Ultramarines y los Mortificadores, aunque le costaba creer que los dos fuesen descendientes del mismo material genético. El orgulloso linaje del capitán provenía del bendito Rogal Dorn y se preguntó por un momento cuántos de los capítulos descendientes de los Puños Imperiales se habrían desviado de las enseñanzas originales. No tantos, supuso, si se tenía en cuenta a los Templarios Negros.

—Capitán Bannon —lo llamó el inquisidor Kryptman.

—¿Señor?

—Aquí no hay nada de valor. Quémenlo todo.

—Ahora mismo —contestó Bannon, e hizo un gesto de asentimiento al hermano Elwaine, perteneciente al capítulo de los Salamandras. Este alzó su lanzallamas y lanzó un chorro de promethium sobre la pila de cadáveres.

Su boca se torció con una sonrisa de satisfacción a medida que los veía arder.

—Hermano capitán —gruño Henghast, de los Lobos Espaciales—, ¡el enemigo está cerca!

Bannon sabía que no se debía dudar de los sentidos de los Lobos Espaciales, pero antes de que pudiera darse la vuelta, ya estaba sobre ellos.

Uno de los soldados de asalto de los inquisidores fue levantado del suelo cuando numerosas espinas salieron disparadas de su espalda dispersando hueso y sangre. Los rifles infierno dispararon a ciegas en la oscuridad, ya que los soldados habían perdido su visión nocturna por estar mirando el fuego. Cayó otro soldado, con las piernas separadas del cuerpo por un golpe fortísimo de garras quitinosas.

Lo vio en el parpadeante brillo de las llamas. Era un líctor, con las garras superiores a la vista y ensangrentadas. Alzó su bólter, apuntó a la unión de tórax y piernas, y disparó una salva de proyectiles. El líctor se alejó por los disparos, corriendo alrededor de la llameante pila de cuerpos alienígenas.

Bannon rodeó corriendo el fuego.

—¡Henghast, por la izquierda! ¡Elwaine, cúbrenos!

Elwaine se afianzó en su posición y empuñó el lanzallamas mientras Henghast llegaba al otro lado. Kryptman tenía desenfundada la pistola, y Locard movía la cabeza de izquierda a derecha parloteando excitadamente con el inquisidor.

Examinó el suelo que tenía delante haciendo caso omiso de los gritos de los heridos por el líctor. Maldición, era rápido. ¿De dónde había salido?

Bannon lo oyó un segundo antes de que atacase.

Unos poderosos músculos impulsaron al líctor a través de la pira, con sus garras apuntando al corazón. Se tiró al suelo, rodando y disparando a la vez. Las garras se clavaron en el rococemento, atravesaron su hombrera e hicieron que derramara sangre. Sus disparos salieron desviados cuando una llamarada se levantó por encima del líctor.

Pero ya no estaba allí. Se apartó de la línea de fuego de Elwaine de un salto y aplastó al marine espacial. Unas zarpas con forma de garra le

arrebataron el lanzallamas y le arrancaron los brazos desde la articulación; quedó inundado de color escarlata. Elwaine cayó al suelo gruñendo de dolor, pateando a la bestia mientras lo desmembraba.

Bannon volvió a disparar, y esa vez consiguió hacer gritar de dolor al líctor cuando sus disparos le penetraron en la piel quitinosa. Retrocedió con una rapidez increíble y arrojó unos tendones espinados que le partieron el bólter. El arma explotó cuando el propergol de sus balas destrozadas estalló, lo que hizo que Bannon cayese hacia atrás con los guanteletes derretidos por la explosión.

El fuego de los rifles infierno cayó sobre el líctor y, por encima de los gritos, Bannon escuchó la voz de Kryptman.

—¡No lo maten! ¡Por el Emperador, no lo maten!

Rodó mientras el líctor se le acercaba, blandiendo su cuchillo de combate listo para hacerle frente.

Cuando saltó se dio cuenta de que el líctor no iba a por él.

Iba a por el inquisidor Kryptman.

Kryptman disparó a bocajarro con la pistola y le reventó una parte del muslo al líctor. El monstruo se tambaleó, aunque sus garras superiores, parecidas a las de las mantis, bajaron en picado para destripar al inquisidor. Pero Henghast estaba allí, e hizo un barrido con la espada de energía para detener el golpe. El antiguo lobo espacial dio un giro y cortó con su espada las garras superiores del líctor, que derramó chorros de sangre negra. Rugió con furia alienígena y, de nuevo, sus espinados ganchos volvieron a dispararse enredando el brazo de la espada del marine espacial. Sus extremidades inferiores lo golpearon, desgarraron la armadura de Henghast y lo lanzaron por los aires. La sangre salió a borbotones de sus seccionadas garras mientras Bannon intentaba empuñar su propia espada con las manos abrasadas. Su propia servoarmadura le suministró a su organismo drogas retardantes de dolor.

El líctor se apartó del fuego. Las heridas que había sufrido le hicieron abandonar la pelea antes de que Bannon pudiera alcanzarlo. Se dirigió tambaleándose hacia el inquisidor y Locard. Los dos estaban vivos, aturdidos, pero vivos.

—¡Atrápelo, Bannon! —siseó Kryptman—. Pero por el amor del Emperador, no lo mate. ¡Lo necesitamos vivo!

Dando tumbos, siguió al monstruo en su camino a las murallas de la ciudad; entretanto, iba gritando por el comunicador.

—¡Uriel, Astador, cualquiera! Necesito ayuda. Estoy persiguiendo a un líctor que se dirige hacia el noroeste en dirección a las murallas. Acérquense a mi posición. Si lo ven, conténganlo. Repito, conténganlo. ¡No lo maten!

Uriel, Pasanius y diez guerreros de la cuarta compañía corrieron desde las murallas hacia el origen de la desesperada petición de ayuda de Bannon. Estaba dirigiendo a sus hombres en una oración, y se había sentido sorprendido por la última parte del mensaje de Bannon. ¿Un líctor suelto y no debían matarlo?

—Dispersaos —ordenó Uriel.

—En el nombre de todo lo sagrado, ¿por qué no podemos matar a esa maldita bestia? —preguntó Pasanius.

—No lo sé, pero Bannon debe de tener una buena razón para ello.

—¿Cómo se supone que vamos a verlo? Creía que esas cosas eran como los camaleones.

—Sigue los gritos —le contestó Uriel al escuchar unos aullidos de dolor a unos cien metros a su izquierda.

Los sentidos automáticos de su armadura penetraban la oscuridad con facilidad y vio el resplandeciente contorno de la criatura a medida que se abría camino despedazando la línea de escuadras que protegían la retaguardia del ejército.

—¡Seguidme, vamos! —gritó Uriel, y se lanzó a por el líctor. Abrió un canal de comunicación con Bannon—. Lo veo, está al norte del sector delta.

Uriel desconocía si el monstruo necesitaba matar o simplemente se regodeaba al hacerlo, pero se había parado a destrozar a los hombres posicionados allí. Uriel levantó su arma. El dedo se le tensó en el gatillo, pero recordó que no debía matar a la criatura. El monstruo se alejó de él y

dio un salto hacia el lado de la pared de piedra. Sus largos ganchos se clavaron en la roca y lo impulsaron rápidamente hacia arriba.

—¡Se escapa! —gritó Pasanius.

—No, si puedo evitarlo —gruñó Uriel mientras cambiaba el selector de su bólter a disparo sencillo.

El líctor escalaba la pared a saltos entrecortados. Muchos de sus carnosos ganchos colgaban inútiles en un costado.

Uriel dijo «enlace de bólter» y apuntó con cuidado a lo largo del cañón de su arma. En su visor aparecieron vectores de distancia y una retícula para apuntar, que señalaba el punto en el que debía impactar el proyectil. Esperó a que el punto parpadease en rojo y apretó el gatillo.

El arma se sacudió en sus manos, y una porción de la parecí de piedra voló por aires gracias al proyectil. El líctor lanzó un chillido de frustración cuando sus carnosos ganchos fueron separados de la roca y cayó decenas de metros hasta estrellarse contra el suelo con un estremecedor ruido sordo.

El líctor intentó levantarse torpemente cuando Uriel y Pasanius saltaron sobre él y lo inmovilizaron contra el suelo con su peso. Se sacudió levemente, arañando sus armaduras, pero llegaron más ultramarines y forcejearon con la criatura hasta finalmente inmovilizarla por completo.

Bannon se acercó al grupo de Ultramarines seguido de más hombres de los Guardianes de la Muerte. Tres de sus guerreros llevaban cables de gran tensión capaces de soportar el peso de un land raider.

—Atadlo —ordenó.



TRECE

En un hangar grande y tenebroso excavado en la ladera de piedra de las propiedades de la montaña de la familia Van Gelder, un verdadero ejército de servidores levantadores y sirvientes en prácticas cargaban una nave estelar alargada de color gris plateado llamada Magnificencia con veintenas de cajas selladas. Los costados de la nave estaban estampados con emblemas heráldicos que describían a heroicos Van Gelder de la historia y su inconmensurable valor.

Receloso de confiar la carga de toda su propiedad a unos simples trabajadores, Simón Van Gelder, antiguo consejero de la ciudad de Erebus, observaba impacientemente desde un elevado puente cómo sus agobiados capataces comprobaban cada caja mientras era subida por la rampa al interior de la espaciosa bodega de carga de la nave Magnificencia. La operación de carga de la nave iba ya con varias horas de retraso, y Simón sabía que la abundancia de sus posesiones significaría que se tendría que quedar por algún tiempo todavía.

Bueno, no importaba. Todo lo que le preocupaba era que se terminase de cargar antes de que esa invasión llegase más lejos. Sería idiota si se quedase a morir con esos estúpidos en nombre de una anticuada noción del honor. Un juramento hecho a una figura muerta hacía mucho, probablemente mítica, no era un juramento en absoluto y, desde luego, a él no lo vinculaba.

No, él iba a sobrevivir a esa guerra, y si por una casualidad esos estúpidos eran capaces de expulsar a los alienígenas de Tarsis Ultra, volvería con su riqueza intacta, sin que fuera aplastada en nombre de la estrategia militar. Esas mansas ovejas que seguían ciegamente las lisonjas de Montante sobre los Marines Espaciales, seguramente acabarían arruinados por esa guerra y, si sobrevivían, no podrían acudir a otro que no fuese él para regresar a su anterior nivel de vida.

Pensar que Montante le suplicó que volviera al consejo y apoyo económico para salvar su infecto régimen lo satisfizo enormemente y se preguntó cuánto tiempo debería pasar para que se encontrase en una posición desde la que maniobrar para echar a Montante del cargo. No mucho; estaba seguro. Los bloques industriales tenían fama de inconstantes

y, con los sobornos adecuados y los bolsillos llenos, sería un juego de niños asegurarse de que su nombramiento se llevase a cabo.

Simón sacó un grueso puro de su larga levita, lo encendió con un encendedor de oro y lanzó una serie de caros anillos de humo.

Al oler el humo, un servidor del protocolo de seguridad se dirigió rápidamente hacia él. Una luz roja parpadeó en el panel de su pecho.

—Esta área es una zona protegida —le advirtió— y la ignición de materiales combustibles está prohibida. Extinga todas las llamas y prepárese para ser censurado.

Simón hizo una seña al servidor para que se fuera.

—Lárgate. Código de autorización Gelder nueve-alfa-principal.

El servidor se dio la vuelta mientras Simón negaba con la cabeza y caminaba despreocupadamente por el puente en dirección a una puerta blindada que llevaba a un balcón orientado hacia la ciudad. Otro servidor, conectado a la roca de la pared, abrió la puerta con los brazos sustituidos por poderosos pistones que giraron con facilidad la pesada rueda de cierre.

La puerta se abrió dejando entrar un aire frío. Simón se arropó con su levita y caminó hacia la cada vez más débil luz de la tarde. A esa altura en el valle, el viento cortaba como un bisturí y su helada cuchilla le llegó hasta la médula. A lo lejos, en el oeste, podía escuchar el timbre metálico de la batalla. Los gritos de los hombres que peleaban eran llevados hacia el este por el viento que aullaba a través de Erebus. Su desprecio por el extremo al que habían llegado esos hombres de guerra no conocía límites, y su deseo de vivir se apoderó de él una vez más.

Un tableteo de disparos le ensordeció desde lo más alto del valle, cerca del palacio de Montante. Simón observo cómo un grupo de alienígenas voladores sobrevolaban a gran velocidad el nacimiento del río Nevas. Los cañones manejados por servidores apostados a los lados del valle seguían sus movimientos y llenaban el cielo de proyectiles explosivos que reventaban formando nubes letales de metralla. Despedazaron a docenas de bestias antes de que se retiraran. Simón vio que esos alienígenas eran listos. Recorrían todas las áreas del valle en busca de puntos débiles para encontrar una forma de penetrar.

Pero Simón sabía que no había puntos débiles. Su consorcio, junto con los Adeptus Mechanicus, habían suministrado y construido las armas además de los servidores que controlaban los cañones. Sabía que su cobertura era impenetrable.

Todo lo que volase por encima de una cierta altura era interrogado por los espíritus máquina ligados a cada cañón, y si no había respuesta a ese interrogatorio, los cañones abrirían fuego. Sin permiso, todo lo que volase era atacado y destruido sin piedad en el momento en que entrase dentro del alcance de los cañones.

Simón sonrió mientras sus dedos jugaban sobre una sencilla caja metálica que tenía en el bolsillo de la levita.

A menos que se supiera cómo desactivarlos.

Los tecnosacerdotes se arremolinaban alrededor de la Thunderhawk de los Ultramarines desmontando paneles blindados del casco y quitando tolvas de munición de su armazón bajo la atenta vigilancia del tecnomarine Harkus. Parecía ansioso, y Uriel oía cómo Harkus y los cortadores del Adeptus Mechanicus intercambiaban frecuentemente palabras furiosas.

Volaban chispas mientras se quitaba peso adicional de la Thunderhawk con equipo de corte pesado. Se quitaron las gruesas planchas de blindaje y las armas para reducir el peso total del vehículo de setenta y seis toneladas a tan sólo cuarenta.

Una grúa gigantesca crujió al levantar el cañón de batalla principal, al mismo tiempo que varios servidores levantadores oruga descargaban la munición por la rampa frontal. Los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus trabajaban en lo alto de un andamiaje levantado alrededor de la cabina para quitar los dos bólters pesados montados en el frontal mientras abajo una procesión de ingenieros desmontaba cualquier pieza innecesaria. Equipos de soldadores rodeaban el desguazado vehículo, soltando chispas azuladas al reemplazar las más pesadas planchas de blindaje por delgadas placas de metal de poco peso.

Las láminas se doblaban cuando los servidores las levantaban y las colocaban en su sitio para que las soldaran, y Uriel supo que serían una protección escasa, incluso contra el más leve de los impactos.

—Me rompe el corazón ver un vehículo tan noble tratado de un modo tan cruel —dijo Uriel—. Debemos reverenciar a su espíritu de la guerra para que sepa que hacemos esto en una situación extrema.

A su lado, el capitán Bannon asintió mostrándose de acuerdo.

—Sí. El tecnomarine se asegurará de que se hacen las súplicas apropiadas y nos preparará con las oraciones más adecuadas que ofrecer.

Agachado bajo el motor de proa, Harkus parecía angustiado por las medidas drásticas que se habían tomado para aligerar la carga.

—Me pregunto de quién estará más asustado ahora mismo —comentó Bannon—, del espíritu de la guerra de la Thunderhawk o de su maestro de forja.

—Un poco de ambos diría yo —contestó entre risas Uriel, pensando en el irascible Fennias Maxim de vuelta a Macragge, que se sorprendió ante la idea cuando Uriel insistió en forjar su propia espada a pesar de que había docenas de artificieros que podrían hacer un trabajo mejor.

Harkus se levantó y corrió un poco alrededor de la nave herida. Su consternación era evidente. Señaló con una mano a la Thunderhawk.

—Estos…, estos carniceros están destruyendo mi nave. Novecientos años de edad, alrededor de doscientas campañas, y así es como la tratan. Habrá mucho de lo que hablar cuando todo esto acabe, lo prometo. No puede sufrir esta clase de trato.

—¿Cuánto pesa? —le preguntó Uriel.

—Demasiado —respondió con brusquedad Harkus—. Sigue pesando unas cincuenta toneladas.

—Necesitamos que pese cuarenta, hermano Harkus —le recordó Bannon.

—¿Cree que no lo sé? —respondió Harkus, exasperado—. Pero soy un tecnomarine, no un obrador de milagros; no puedo cambiar las leyes de la aerodinámica. Sólo podemos quitarle algunas cosas antes de que pierda la facultad de volar.

—Encuentre un modo, hermano —le dijo Uriel con amabilidad—. Déjela en los huesos si tiene que hacerlo. Todo depende de que logre que esta honorable nave pese cuarenta toneladas y pueda seguir volando.

Harkus negó con la cabeza.

—Lo intentaré, pero no puedo garantizar nada. Noto la ira de su espíritu de guerra y no será fácil apaciguarlo.

—Sé que lo hará lo mejor que pueda, hermano Harkus —dijo Uriel mientras el furioso tecnomarine volvía a gritar a los grupos de cortadores al oír cómo otra plancha de blindaje caída ruidosamente en la plataforma de aterrizaje.

—¿Puede hacerse? —preguntó Bannon—. De eso, dependen muchas cosas.

—Fue aprendiz de Sevano Tomasen, uno de nuestros mejores tecnomarines, quien murió en Tracia. Si alguien puede lograr lo imposible, ése es Harkus.

Bannon asintió.

—Aunque lo logre, puede ser que no regresemos. ¿Lo sabe?

—Lo sé —contestó Uriel con lentitud—, pero si podemos acabar con esto, tal vez valga la pena.

Bannon asintió; después hizo una pausa antes de hablar.

—No es necesario que venga en esta misión, Uriel. Somos los Guardianes de la Muerte, y es para esto para lo que nos han entrenado.

—Yo también he servido en los Guardianes de la Muerte y, si usted va, yo voy. Además, Harkus querrá que haya otro ultramarine allí para asegurarse de que los Guardianes de la Muerte tratan su nave con el debido respeto.

Perro Blanco cambió con rapidez el cargador de energía del rifle láser. Su velocidad de recarga hubiera dejado en ridículo a muchos guardias imperiales veteranos. Disparó por encima de la barricada que habían levantado alrededor de la entrada del almacén y devolvió a otro asesino con cuchillas a la sangrienta nieve. Jonny Pisotón disparó una ráfaga en fuego

automático, y Plata reventó a los alienígenas con certeros disparos de sus pistolas gemelas.

Había reclutado a un centenar de los refugiados más hábiles y les había entregado rifles antes de mandarlos a las barricadas a luchar. Algunos se quejaron explicando que ya que le pagaban por protegerlos, no debían luchar. Perro Blanco les explicó con el cañón de una arma que no tenían otra opción.

Los alienígenas salían de todas las calles a terreno descubierto delante del almacén, cargando a través de la lluvia de fuego que les esperaba, sin miedo o preocupación por sus vidas. Antes de que todo eso estallase de aquel modo, había oído que se suponía que había criaturas más grandes que controlaban a las más pequeñas, pero por suerte aún no habían visto ninguna. Tal vez estuvieran todas en la línea del frente, que a juzgar por los ruidos que venían del oeste, se acercaba más cada día.

Se preguntó por qué no habían venido soldados a ayudarles, pero supuso que sabían que se trataba de un gueto apestoso y que la ciudad estaría mejor si los tiránidos eliminaban convenientemente a unos miles de apestosos como ellos. Parecía que tendrían que enfrentarse a aquello sin ayuda. Hasta ese momento, todos los ataques habían sido rechazados por Perro Blanco y su banda, y cada vez había más alienígenas muertos en el suelo.

Lo que no podía imaginar era por qué atacaban con tanta furia ese lugar.

Trask disparó su escopeta en medio de los alienígenas que cargaban; incluso con un ojo hinchado y cerrado por la erupción que cubría la mitad de su rostro, no podía fallar y no darle a algo. Un puñado de alienígenas atacaban esa sección de la barricada y Perro Blanco abrió fuego en modo automático, cortó a dos por la mitad y le voló la pierna a otro limpiamente.

Tigrilla, Renzo y una docena de miembros de los Acechadores Nocturnos esperaban en la puerta del almacén como reserva, con el miedo grabado en las caras.

Otra oleada de chillones alienígenas entró en la plaza, y Perro Blanco supo que no se estaba imaginando cosas; los ataques al almacén se estaban haciendo más frecuentes y feroces.

Parecía que todos los alienígenas de la ciudad iban a por él. ¿Qué demonios les pasaba a esos alienígenas? ¿Les molestaba que hiciera algo de dinero a costa de su invasión o algo así?

Plata se agachó para recargar las pistolas y alzó las cejas.

—Vaya día, ¿eh? —dijo.

—Sí, vaya día —repitió él.

La Thunderhawk era una sombra oscura que se perfilaba en la negrura de la noche. El azul del casco blindado sólo era visible en los extremos de las alas y de los alerones principales; el resto de los paneles habían sido desmontados para reducir su peso. Uriel y los miembros de los Guardianes de la Muerte formaban un amplio círculo con las manos entrelazadas en una oración. Todos estaban en paz con el Emperador y listos para la misión.

Uriel había limpiado y arreglado su armadura lo mejor que había podido, pero seguía estando en mal estado y necesitaría pasar meses en la forja. Varios equipos de esforzados servidores levantadores llevaron a bordo lo que faltaba del cargamento de la Thunderhawk. Los patines de aterrizaje crujieron bajo la carga.

Cuando terminaron de cargar la nave, Harkus se acercó e hizo un gesto de afirmación con la cabeza a Uriel. Todo estaba cargado y firmemente asegurado. La Thunderhawk iba a tener un vuelo turbulento y lo último que necesitaban era que la carga se soltara detrás. Al mirar los delgados paneles de los costados de la nave, Uriel tuvo la certeza de que la carga pasaría a través de ellos.

—Estamos listos —dijo Bannon, colgándose el arma.

—Sí —confirmó Uriel, revisando su propia arma y asegurándose de que su espada estaba en su vaina.

El resto de los Guardianes de la Muerte revisó su armamento y el de los otros con el cuidado propio de los soldados de élite. Satisfechos, cada hombre recitó los cinco primeros versos del Catecismo del Xeno antes de volverse y subir a la nave.

Uriel respiró profundamente y miró las elevadas cumbres de las montañas. A lo lejos, hacia el oeste, pequeñas manchas inundaban el cielo estrellado. Movió la cabeza cuando una repentina premonición de muerte lo atravesó y siguió caminando hacia miembros de los Guardianes de la Muerte que ocupaban el compartimento de la tripulación de la nave.

Apenas había espacio para que los marines espaciales se moviesen en su interior debido a que los contenedores que se apilaban hasta el techo y el resto de pasajeros de la nave ocupaban mucho sitio. No había bancos reforzados en los que sentarse. Su peso se había considerado innecesario, de modo que se agachó apoyando la espalda en el ruidoso fuselaje.

La rampa chirrió al cerrarse, apagando la luz de las estrellas. Los autosentidos del casco de Uriel se hicieron cargo de todo.

Los motores aceleraron con un ensordecedor zumbido para reunir la potencia suficiente para el despegue vertical. Uriel recitó una oración rápida para que Harkus no les fallase y para que el almirante general Tiberius estuviese cerca. Sintió cómo la Thunderhawk daba bandazos mientras se levantaba con facilidad por el aire y giraba sobre su eje después de que Harkus estableciese el rumbo. Se sorprendió de la facilidad con la que la nave había despegado antes de recordar que el problema no estaba en el peso, sino en la autonomía.

El problema era si podrían alcanzar su objetivo, llevar a cabo su misión y que les quedase combustible para traerlos de vuelta.

Uriel notó la aceleración de la nave cuando los motores aumentaron la potencia al máximo y los impulsaron hacia el este a través de las cumbres de las montañas. A gran altura estaba todo cubierto de nubes, y aunque volar a ras del suelo podría evitar que los detectasen, no era muy eficaz y consumía enormes cantidades de combustible.

Mientras la nave se dirigía rápidamente hacia el este, el magos Gossin, el pasajero de los Adeptus Mechanicus de mayor rango a bordo, le dio unos golpecitos en el hombro y señaló a través de la escotilla de observación.

—Aunque lo logremos aquí, ¿este mundo volverá a ser realmente nuestro?

A lo lejos se veía un hervidero de nubes moradas y columnas de humo tóxico de colores que cubrían el horizonte y se alzaban hasta la atmósfera como si se tratara de un cuadro embadurnado.

Uriel quiso mentir, pero sintió que se atragantaría con las palabras.

—No, no lo será.

La Thunderhawk surcó el cielo nocturno.

El Vae Victus estaba lejos de ser la nave que había partido de Macragge hacía muchos meses. Su nave central estaba retorcida, se desprendían pedazos de metal y las pulidas cuadernas estaban quemadas y ennegrecidas. Muchas de sus consolas previamente manejadas por hombres estaban entonces vacías; sus sistemas estaban tan dañados que necesitarían meses de reparaciones. Chorros de vapor salían disparados de las tuberías selladas apresuradamente y muchas armas no podían abrir fuego.

Sus sensores funcionaban a la mínima capacidad, pues la mayor parte de los augurios externos habían sido incinerados en la ardiente explosión provocada por la destrucción de la refinería. Gran parte de su casco se había fundido o desprendido por la explosión, y los motores sólo permitían al capitán realizar las maniobras más básicas.

Y Tiberius sabía que habían salido relativamente bien parados.

Habían perdido el Argus y la mayor parte de la flota local, y el Kharlos Vinceness nunca volvería a lanzar cazas. Se había visto obligado a ordenar a toda la tripulación que abandonase el crucero de la clase Dauntless Yermetov cuando se descubrió que sus motores de salto habían resultado dañados en la explosión y que pronto harían implosión. La tripulación había escapado al Espada de Castigo antes de enviar a la nave a su último viaje por la disformidad.

Las dos naves restantes del escuadrón Arx Praetora y el Mortis Probati de los Mortificadores renqueaban junto al Vae Victus. El capitán Gaiseric y su tripulación estaban deseosos de llevar a cabo represalias contra los tiránidos.

Un crucero de batalla de la clase Overlord, dos cruceros de choque dañados de los Marines Espaciales y un portanaves que no podía lanzar ninguna nave de combate, no formaban en absoluto una flota que pudiera contener toda la fuerza de una flota enjambre, pero era todo lo que tenían.

Tiberius se pasó la mano por su calvo cráneo lleno de cicatrices y se mordió el labio superior.

—¿Alguna noticia de Uriel? —preguntó.

Philotas levantó la vista del luminoso tablero de trazado de rumbos. La placa estaba apagada y el oficial de cubierta había extendido las cartas estelares encima. Negó con la cabeza.

—No, almirante general. Recibimos el último mensaje hace aproximadamente una hora y media, y decía que seguían según lo planeado.

—No me gusta esto, maldita sea. ¡Nos podríamos estar metiendo en una trampa!

—Desde luego, podría ser eso.

—¿Está seguro de que no hay noticias de Uriel?

—Todo lo seguro que puedo estar. La mayor parte de nuestros comunicadores fueron aplastados por la explosión o sus terminales de servicio quedaron abrasadas por el pulso electromagnético. Tuvimos suerte de establecer contacto.

—Entonces, vamos a tener que hacer esto a la vieja usanza —dijo Tiberius.

Philotas asintió y volvió a sus cartas mientras Tiberius miraba con anticipación por la cubierta de observación. El mundo de Tarsis Ultra se extendía lentamente ante él, salpicado de varias áreas de color que se extendían por la superficie. Pudo ver lejanos puntos de organismos tiránidos y sintió cómo su odio crecía. Se alimentaban de este mundo como parásitos, drenando su vida sin pensar en los billones de criaturas que lo llamaban hogar. Mientras los miraba, varios de los organismos de vanguardia alteraron su rumbo para enfrentarse a la flota imperial que se acercaba.

—A todas las naves, aquí Tiberius. A sus puestos de batalla. Ya vienen.

Cerró los ojos y susurró una oración para que Uriel estuviera dirigiéndose hacia su objetivo.

Tanto si era así como si no, no había nada que Tiberius pudiera hacer al respecto.

Todo lo que podía hacer era dirigir a sus naves en la batalla y luchar.

Varios chorros de agua y de barro salieron despedidos cuando la Thunderhawk se posó en la ladera superior de las montañas del este formando una nube de agua y vapor. Sus patines resbalaron levemente sobre el suelo mojado antes de asentarse. La rampa frontal se abrió enterrándose en el fango, y Uriel y los cinco miembros de los Guardianes de la Muerte salieron del interior.

Uriel corrió a tomar una posición con cobertura, y se agachó tras una escarpada piedra negra, donde apoyó el bólter mientras examinaba las pendientes en busca de amenazas. Caía una lluvia espesa y viscosa, y Uriel pudo apreciar que la temperatura allí estaba muchos grados por encima de la de Erebus. Los virus mutagénicos de los tiránidos ya estaban funcionando para elevar la temperatura de Tarsis Ultra a fin de facilitar el consumo.

Las densas cortinas de lluvia restaban visibilidad de un modo drástico y sólo podía ver a trescientos metros a través de la lluvia. Sonó un trueno, seguido poco después de relámpagos entrecortados que atravesaron el cielo e iluminaron algunas zonas de la llanura que había abajo. Maldijo al darse cuenta de que sería difícil, si no imposible, prevenir un ataque.

Hizo señas a uno de los Guardianes de la Muerte para que ocupara su puesto y subió la resbaladiza pendiente llena de barro hasta donde Bannon coordinaba la descarga de la carga del Thunderhawk. Otro relámpago iluminó el cielo, y Uriel vio aquello a por lo que habían venido, proyectado en sombras por la brillante descarga atmosférica.

Desde el exterior no era nada que destacase, tan sólo un bunker de rococemento de gran tamaño, de unos treinta metros cuadrados, con una puerta blindada que llevaba al interior. Vio un domo hemisférico coronado por ocho largos cañones colocados en la parte superior del bunker, cuya superficie de bronce estaba manchada de óxido.

Cuatro servidores alzadores se debatían bajo el peso de los contenedores de la carga mientras el magos Gossin y sus tres empapados tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus se remangaron la túnica y se dirigieron apresuradamente hacia el búnker. Tras ellos, con extremo cuidado, los servidores llevaban a la fortificación la preciada carga: capacitadores plenamente cargados para activar los láseres de defensa.

Bannon bajó la colina para reunirse con Uriel. La lluvia hacía que su negra armadura brillase.

—¿Se ve algo?

—No, pero podrían estar justo encima de nosotros y no lo sabríamos —respondió Uriel, gritando para que se le oyese por encima de la lluvia y del zumbido de los motores de la Thunderhawk.

Pasó otra tensa media hora hasta que finalmente el último de los capacitadores fue descargado de la panza de la Thunderhawk y llevado al interior del búnker. Los Adeptus Mechanicus ya deberían estar conectándolos a la red de energía principal. Uriel rezó en silencio para que trabajasen con rapidez.

Se deslizó colina abajo a través del espeso barro hasta su anterior punto estratégico y miró fijamente a la oscuridad. Había oleadas de movimiento frente a él, pero ¿se trataba de un ataque tiránido que se avecinaba o de un truco jugado por la luz y la lluvia?

Entonces, un relámpago acompañado de truenos iluminó vividamente la noche.

Las resbaladizas pendientes de la montaña eran un hervidero de criaturas tiránidas que subían como un numeroso enjambre. La carga estaba encabezada por veloces hormagantes, pero también tuvo tiempo de ver tres lentos carnifexes con pinzas como las de los cangrejos y una rugiente bestia alada de gran tamaño con una larga cola espinada y una enorme cresta de hueso que se extendía hasta sus mandíbulas. Cuchillas gigantes en sus extremidades superiores cortaban la lluvia y una humeante bioarma sobresalía de la sección central.

Volvió a subir a la colina, luchando con el espeso y pegajoso barro.

Abrió un canal de comunicación con el capitán de los Guardianes de la Muerte y el tecnomarine Harkus.

—¡Bannon, prepare a sus hombres! Harkus, despegue la Thunderhawk —gritó.

Segundos más tarde, los motores de la nave rugieron al despegar, a fin de mantenerse a la espera, hasta que los marines espaciales estuviesen listos para la extracción.

Uriel volvió a mirar hacia la pendiente de la montaña.

—Y dile a Gossin que trabaje con más rapidez —añadió—. Ya están aquí…

—¡Abran fuego con el cañón de bombardeo! —gritó Tiberius mientras dos krakens con pinzas se movían lentamente por delante de la cubierta de observación.

Sin muchos de sus augurios para apuntar, la artillería estaba lejos de ser una ciencia exacta y sólo su experiencia y la de Philotas les daba la oportunidad de impactar en su enemigo.

El puente se estremeció cuando el cañón principal de la nave disparó. Tiberius hizo un gesto de dolor al ver un nuevo conjunto de runas rojas parpadear en los paneles de control de daños.

—¡Se ha vuelto a abrir la brecha del casco en la cubierta seis!

—Cambio a nuevo rumbo, cero-cinco-siete —ordenó Tiberius—. Velocidad de flanqueo. Tenemos que atravesar el perímetro.

Todo el puente crujió a medida que la dañada nave se esforzaba en realizar el giro. Su retorcida quilla hizo ruidos de protesta.

—Vamos, aguanta —susurró Tiberius al espíritu del Vae Victus.

Unos chorros de líquido salieron despedidos ante la nave cuando las bombas disparadas impactaron en la piel del primer kraken y produjeron gigantescas explosiones de carne y sangre al detonar. Una proa angular quedó a la vista cuando el Mortis Probati cruzó por la proa de la nave de los

Ultramarines. Sus cañones de estribor machacaron los restos del kraken y convirtieron su destrozado cuerpo en una nube de carne abrasada que se expandía.

El segundo kraken se movió con lentitud para trabarse con la nave de los Mortificadores. Sus alas falcadas ondeaban a medida que cambiaba el rumbo. Tiberius vio detrás de la criatura el contorno de una de las enormes naves colmena resaltado por el brillo de la atmósfera del planeta.

—¡Avante toda! —gritó Tiberius—. Veinte grados en ángulo inferior. ¡Atravesemos el hueco!

Tiberius se agarró las resquebrajadas cuadernas de su púlpito de mando cuando el Vae Victus se estremeció al acelerar a través del hueco que los cruceros de ataque habían abierto.

Los organismos de combate más pequeños cesaron su ataque contra el Espada de Castigo y se lanzaron en picado hacia la nave de Tiberius.

—¡Almirante general!

—Los he visto, Philotas. Que abran fuego las baterías de babor.

—No vamos a lograr muchos impactos sin los sensores de puntería.

—¡Que abran luego de todos modos!

—Si nos abordan, no podremos repeler a los asaltantes.

—¡Al infierno con ellos! Nuestra única prioridad son las naves colmena. ¡Mantengan el objetivo!

El Espada de Castigo penetró más en el enjambre de criaturas tiránidas. Disparando salvas devastadoras desde sus numerosos cañones, llenó el espacio que lo rodeaba de enormes explosiones. Era la nave que menos había sufrido de la flota imperial y su capitán se había ofrecido voluntario para encabezar el ataque.

Las letales andanadas disparadas por las armas dorsales abrieron un agujero en la flota tiránida a través del cual entraron las naves más pequeñas de la flota imperial. Las naves alienígenas se apresuraron a cerrar el hueco, pero las naves de los Marines Espaciales eran demasiado rápidas y se adelantaron a los organismos de vanguardia y avanzaron en dirección a las naves colmena.

El Kharlos Vincennes seguía lentamente al Espada de Castigo. Su casco estropeado y sus motores dañados lo hacían ir con más lentitud que las naves de los Marines Espaciales. A la vez que los tiránidos cerraban el hueco en sus fuerzas, también se acercaban inexorablemente al portanaves herido. Incapaz de lanzar cazas o bombarderos que lo defendiesen, era una presa fácil. Las torretas de fuego cercano y las baterías de los costados todavía mantenían a las criaturas alienígenas a raya, pero no había duda de cuál sería el resultado de la batalla.

Unos serpenteantes tentáculos salieron disparados de una docena de cónicas naves de combate y se pegaron como lapas al casco de la aguerrida nave. Sus secreciones ácidas unieron las criaturas a la nave, al mismo tiempo que sus fauces se abrían revelando dientes gigantescos que se hundieron en su presa a una velocidad terrorífica.

Se acercaron naves más grandes pero, de repente, cambiaron el rumbo para dirigirse otra vez al planeta, llamadas por la mente enjambre para encerrar a sus atacantes en una trampa.

Mientras el Kharlos Vincennes entablaba una batalla perdida por su vida, el resto de la flota imperial se adentró en el enjambre.

La nave colmena más cercana estaba ante el Vae Victus. Su titánica figura llenaba la cubierta de observación. Las criaturas guardianas formaron una impenetrable barrera entre ella y sus naves escolta.

—Todas las naves, ¡abran fuego con todo! —gritó Tiberius—. Tenemos que abrirnos paso.

Unos enormes proyectiles cruzaron el espacio y estallaron formando vividas flores de fuego, pero ninguna alcanzó su objetivo. El kraken y las naves soldado se movieron como en un intrincado baile que, para la flota imperial, habría sido imposible de emular: formar una pantalla para proteger a la nave colmena de los disparos.

Tiberius vio que algunos disparos penetraban el escudo viviente, pero muy pocos hicieron verdadero daño.

Tiberius abrió un canal de comunicaciones con el capitán del Espada de Castigo.

—Capitán, ¡tiene que abrirnos paso! Utilice todos los medios que sean necesarios. —Cerró el canal sin esperar respuesta—. Philotas, intente contactar con Uriel. Dígale que sea lo que sea lo que esté haciendo, que lo haga de prisa, porque no aguantaremos aquí mucho tiempo.

La lluvia azotaba la ladera de la montaña y los relámpagos proporcionaban una iluminación estroboscópica a lo largo de las rocosas pendientes mientras una horda de miles de criaturas subía en dirección al bunker. Ríos de agua espumosa corrían colina abajo y arrastraban bastantes alienígenas a su paso.

Uriel observó que, por una vez, la metamorfosis tiránida de la superficie de un planeta se había vuelto en su contra. El pegajoso barro era un estorbo tanto para ellos como lo era para los marines espaciales. Los disparos de bólter barrían las pendientes haciendo volar por los aires a los termagantes y a otros horrores innombrables con densas ráfagas de proyectiles. Uriel arrojó un par de granadas, cubriéndose tras una roca cuando detonaron. Las explosiones despidieron oleadas de barro y partes corporales alienígenas.

Los carnifexes chillaban y forcejeaban en el barro porque su peso los hacía hundirse hasta las rodillas. El monstruo volador aleteaba sobre la horda mientras fuertes vientos le impedían avanzar.

Los Guardianes de la Muerte eliminaban a los alienígenas con disparos certeros en los órganos vulnerables, procurando conservar la munición. Bannon se deslizó por la ladera hasta la posición de Uriel. Su armadura estaba cubierta de barro y el símbolo de los Puños Imperiales apenas era visible.

—Nos están rodeando. ¡Tenemos que meternos dentro!

Uriel levantó la vista y, a través del sucio aguacero, vio formas irreconocibles saltando por las rocas en dirección al bunker. Bannon tenía razón, dentro de unos minutos estarían rodeados.

—Entonces, larguémonos —dijo mientras se levantaba detrás de la roca.

Uriel sintió cómo cedía el suelo bajo sus pies y saltó hacia atrás a la vez que una enorme porción de barro se separaba de súbito de la pendiente y

caía colina abajo a medida que la lluvia torrencial la arrastraba por la ladera de la montaña. Cayó de espaldas y giró, agarrándose a la roca mientras notaba que resbalaba. Su bólter cayó detrás de la roca haciendo un ruido metálico.

Oyó a Bannon gritar y vio al capitán de los Guardianes de la Muerte revolviéndose desesperadamente en el fango para evitar resbalarse y caer en la masa alienígena que había debajo. Uriel se asió a la roca y alargó la mano hacia Bannon. Los dos guerreros se agarraron de las muñecas y Uriel comenzó a tirar.

—¡Uriel! —chilló Bannon.

Alzó la vista y vio la boca llena de colmillos de una bestia monstruosa que trepaba por la pendiente. Su alargada garra se ciñó alrededor del tobillo de Bannon y apretó. La ceramita crujió ante la tremenda fuerza y fijó sus negros ojos en los de Uriel.

Varios proyectiles de bólter de los Guardianes de la Muerte volaron por el aire y le dieron algo de tiempo a Uriel para que rescatase al capitán.

Uriel rugió mientras luchaba contra la fuerza del tiránido a sabiendas de que no podría superarla. Tensó los músculos del muslo y apoyando las botas en la roca, dio un empujón tremendo que le permitió alcanzar el bólter con la mano libre.

Al sentir cómo los tendones de su brazo crujían estiró las piernas, como contrapeso del guerrero tiránido, lo que hizo que la bestia adoptara una posición enderezada. Sosteniendo el bólter con una mano apuntó a la cabeza de la criatura.

—¡Suéltanos! —le dijo mientras le vaciaba el cargador en la cara.

El cerebro salió despedido por detrás de su cabeza después de que los proyectiles le detonasen dentro del cráneo. La garra se aflojó, y Uriel subió a Bannon a la roca. El capitán se incorporó al mismo tiempo que otro relámpago iluminaba el cielo.

Los dos marines espaciales caminaron resbalando y tambaleándose hacia el búnker, atravesando torrentes de agua y barro. En dos ocasiones, las criaturas tiránidas estuvieron a punto de atraparlos, pero los más que precisos disparos de los Guardianes de la Muerte mantuvieron a raya a los

alienígenas. Uriel oyó palabras llenas de estática a través del comunicador del casco, pero no pudo entenderlas. Reconoció la voz de Philotas, el oficial de puente del Vae Victus, pero fuera lo que fuese lo que estaba diciendo, era incomprensible.

Al fin alcanzaron la protección de rococemento que rodeaba al búnker y se tiraron tras la protectora solidez de su masa. Cayeron más relámpagos mientras las criaturas tiránidas se deslizaban colina abajo por las pendientes; resbalaban por culpa del barro e intentaban recuperar el equilibrio. Perfiladas gracias al resplandor, Uriel vio que el carnifex y la monstruosa bestia alada finalmente habían alcanzado la explanada y avanzaban lentamente hacia el búnker.

—¡Todo el mundo dentro! —gritó Bannon antes de disparar contra el carnifex mientras se echaba hacia atrás.

Uriel estaba detrás, disparando otro cargador que tuvo poco efecto. El agudo rugido del monstruo resonó por las montañas mientras cargaba a través de la lluvia. Uriel se cubrió dentro del búnker y agarró la gigantesca manivela.

—¡Bannon! ¡Entre ahora mismo!

El capitán de los Guardianes de la Muerte siguió disparando, y Uriel estaba a punto de repetir su orden cuando Bannon se giró y corrió al interior, soltó el bólter y ayudó a Uriel con la puerta. Blindada y recubierta con una capa doble de adamantium, la puerta pesaba unas cuatro toneladas y solía cerrarse utilizando pistones hidráulicos, pero Uriel y Bannon la cerraron en cuestión de segundos gracias a la fuerza adicional que la desesperación daba a sus extremidades.

La puerta se cerró de un portazo, y Uriel giró la rueda de cierre.

—Eso ha estado demasiado cerca —dijo Uriel, entrecortadamente.

—Sí —afirmó Bannon, recogiendo su arma.

La rueda de la puerta se dobló hacia dentro y produjo un ruido metálico ensordecedor. Estremecedores impactos la sacudieron haciendo que cayese polvo del techo. Las luces del techo parpadearon con cada golpe.

—Vamos —dijo Bannon—. Esta puerta no les detendrá por mucho tiempo.

Se alejó por el desnudo pasillo de rococemento. Uriel lo siguió sin dejar de echar atentas miradas a la retumbante puerta, hasta que llegaron a la húmeda cámara de control de fuego. La sala octogonal estaba rodeada por hileras de teclados de tecnología antigua y una escalerilla de hierro llevaba a una trampilla enmarcada en bronce en el techo.

El magos Gossin estaba sentado delante de lo que presumiblemente era el panel central de disparo. Tenía la cabeza inclinada y rezaba; sus tecnosacerdotes, arrodillados detrás de él, cantaban en contrapunto a las palabras del maestro. Los marines espaciales, cubiertos de barro, prestaron atención a medida que el monótono mantra continuaba sin que pareciese ir a ningún sitio.

—Magos Gossin —lo interrumpió Bannon—, ¿cuándo podrá disparar esas armas?

Gossin se giró en el asiento. Era evidente que estaba molesto por haber sido interrumpido.

—Los capacitadores están conectados a la red principal, pero las oraciones necesarias para comenzar la secuencia de disparo son largas e intrincadas. Sería preferible que no me interrumpieran mientras las llevo a cabo.

Bannon se acercó a Gossin cuando otro impacto golpeó la puerta principal.

—¿Oye eso? —preguntó, furibundo—. Con suerte tendremos unos minutos antes de que los tiránidos se nos echen encima. Dispare esos cañones ahora o no los disparará nunca. ¿Me entiende?

Un terrorífico aullido metálico resonó a través del bunker. Gossin miró con miedo por el pasillo y asintió.

—¡Guardianes de la Muerte, seguidme! —gritó Bannon, dirigiéndose hacia la puerta.

El puente de observación del Vae Victus se iluminó con la destrucción del Kharlos Vincennes. La luz de la explosión se reflejó en los brillantes caparazones de las bionaves de los tiránidos.

—Que el Emperador cuide de vosotros —susurró Tiberius cuando otro impacto sacudió su nave.

Una mortífera luz roja bañó el puente de mando a medida que más y más armas tiránidas impactaban. Sus capacidades defensivas se habían visto reducidas debido a cientos de esporas y no había nada que pudiera hacerse para evitarlo.

Él Espada de Castigo seguía luchando. Su capitán había logrado evadir con habilidad a las criaturas tiránidas y había aplastado a la escolta de la nave colmena.

—Está luchando para alcanzar a la segunda nave enjambre —le dijo Philotas.

Pero Tiberius se dio cuenta de que no lo conseguirían. Ya había organismos rodeando el casco y sofocando la potencia de fuego.

¡Habían estado tan cerca de conseguirlo! La primera nave colmena estaba justo delante. El Vae Victus y el Mortis Probati la habían despojado de una gran cantidad de sus defensas y habían atraído a gran parte de las defensas que la protegían de posibles ataques desde la superficie del planeta.

Pero no se había producido ningún ataque desde el planeta, y Tiberius sintió como se hundía su corazón al pensar que habían fracasado.

—Todas las naves, prepárense para retirarse —ordenó.

La puerta salió despedida hacia el interior, partida en dos por unas enormes garras. La lluvia y el viento aullaron dentro del búnker mientras una docena de hormagantes luchaba por escurrirse hacia el interior del búnker por los lados del aullante carnifex que acababa de derribar la puerta y había clavado las garras alrededor del marco en un intento de derribar su enorme masa.

Una ráfaga de disciplinados disparos de bólter acabó con la primera y la segunda oleada.

Una enorme grieta dividió el techo. Era el carnifex que avanzaba.

El estrecho pasillo se llenó de estridentes aullidos y de ensordecedoras explosiones.

Uriel apuntó a la cabeza del carnifex, de contundentes e inexpresivos rasgos, mientras se abría paso hacia el interior. Su disparo le sacó un ojo y voló un pedazo de cráneo. La bestia se estremeció, pero agachó su huesuda cabeza y golpeó con más fuerza la estructura del búnker.

El pasillo se llenó de feroces hormagantes que chillaban con furia alienígena mientras los marines espaciales cedían terreno lentamente ante ellos. Las bombillas se hicieron añicos y el techo se partió en dos con un ruidoso crujido. Enormes trozos de roca cayeron en el pasillo. Uriel se lanzó al suelo para apartarse antes de que toneladas de rocas se viniesen abajo. El aire se llenó de nubes de polvo.

Se arrastró en busca de su bólter caído a la vez que un organismo embarrado saltaba sobre la pila de escombros de acero. Le enseñó los comillos y lo atacó con una segunda mandíbula, que perforó bastante el casco de Uriel. El visor se rompió y sintió cómo la sangre fluía en su cara cuando la mandíbula se apartó. Se arrodilló contra la pared, aflojó los cierres del cuello y soltó el casco.

El guerrero tiránido saltó y una salva de proyectiles de bólter le atravesó el pecho; al explotar en su interior, salpicó a Uriel de sangre. Bannon tiró de él y lo puso a su lado, a la vez que los tiránidos trepaban por los escombros. Los miembros de los Guardianes de la Muerte los recibieron con más proyectiles.

Sin la protección de los autosentidos de su casco, el sonido era ensordecedor. Los disparos y las explosiones de las armas, en combinación con los relámpagos, formaban un telón de fondo cacofónico en la batalla. Uriel oyó débilmente cómo Bannon llamaba a la Thunderhawk a medida que se retiraban hacia la cámara de control.

Mientras los marines espaciales se retiraban, Uriel notó un regusto amargo y metálico en el aire al mismo tiempo que una fuerte carga estática crecía a su alrededor. Le cosquilleó la calva e, incluso por encima del ruido de la batalla, oyó que, detrás de él, un repiqueteo grave e intenso se hacía más fuerte.

Miró a través del destrozado techo a tiempo de ver un incandescente rayo de luz dirigiéndose hacia el cielo, igual que la ira manifiesta del Emperador.

El puente de observación se volvió a iluminar, y Tiberius necesitó un momento para darse cuenta del motivo. Otro rayo de luz pasó junto al Vae Victus e impactó limpiamente en el cuerpo de la nave colmena. Se produjo un nuevo disparo, seguido de otro más. Uriel salió de su púlpito de mando y dio un puñetazo al aire.

—¡Maldita sea, Uriel! ¡Sabía que podía hacerlo! —gritó por encima del estruendo de las alarmas.

Con las condiciones atmosféricas más o menos estables en la región seleccionada por Uriel y Sebastien Montante, los rayos del silo de defensa láser no se vieron afectados por los efectos termales que tanto habían disminuido las defensas en las primeras fases de la invasión.

En una órbita baja y con las defensas planetarias empleadas para protegerla de la flota imperial, la nave colmena había quedado muy vulnerable y estaba pagando el precio. Explosiones de carne desgarraron el cuerpo de la nave a medida que las explosiones de los láseres de defensa la destruían.

—A todas las naves, ¡anulen mi última orden! —gritó—. ¡Apunten con todo lo que puedan a esa nave colmena! ¡La tenemos, por el Emperador, la tenemos!

Uriel subió por la escalerilla del centro de la cámara de control, se impulsó con la oxidada palanca de apertura y salió polla trampilla. El zumbido estático era incluso más fuerte allí, y un ligero brillo azulado iluminaba el domo que había sobre la cámara de control. Entonces, estalló una luz deslumbrante, y Uriel cerró los ojos y siguió viendo imágenes, fruto del destello del disparo del láser de defensa que llenó el interior del domo. Los

cañones disparaban de forma automática y seguirían así hasta que se agotasen los capacitadores que habían llevado.

—¡Todo despejado! —gritó.

Los sonidos de los disparos de bólter se intensificaron a medida que los tiránidos, tal vez sintiendo que su presa se escapaba, aumentaban sus ataques.

Uriel subió al domo y luego se dio la vuelta y ayudó a subir a los tecnosacerdotes que a duras penas trepaban por la escalera. Fuera del domo, escuchó el rugido de los motores de la Thunderhawk, que flotaba por encima.

Uno a uno, los integrantes de los Guardianes de la Muerte subieron al domo, hasta que sólo quedó Bannon. Disparó una última descarga de su bólter antes de soltarlo y subir por la escalera. Subió rápidamente mientras lo tiránidos inundaban la cámara más abajo. Uriel y otro marine espacial subieron a Bannon por la trampilla y la cerraron.

—Va siendo hora de marcharse, ¿no? —dijo Bannon sin aliento.

—Sí, va siendo hora —contestó Uriel mientras los cañones volvían a disparar.

Con Uriel en cabeza, el exhausto grupo llegó hasta el techo del búnker. El viento y la lluvia habían disminuido y el tamaño del enjambre que rodeaba el búnker se hizo patente en ese momento. El aullante impulso de los motores de la Thunderhawk amenazaba con hacerles caer del tejado. Varios hormagantes intentaban trepar frenéticamente hasta el techo del búnker mientras los carnifexes golpeaban sus paredes. Como mucho, tenían segundos.

Varios gruesos cables de escalada colgaban de la rampa de acceso de tripulantes de la nave. Uriel los agarró rápidamente y los repartió entre los miembros de los Guardianes de la Muerte mientras veía cómo enjambres de gárgolas atravesaban el aire en dirección a la nave.

—Allí —dijo señalándolas.

—Las veo —asintió Bannon, cogiendo un cable.

Los Guardianes de la Muerte reunieron a los tecnosacerdotes y al magos Gossin mientras Harkus activaba el cabestrante para subirlos. Uriel se

preguntó cómo le habría ido a la flota mientras se balanceaba en el aire bajo la nave y se acercaban a la rampa. Las bandadas de gárgolas se aproximaban rápidamente, e instó en silencio al cabestrante para que los subiera con más rapidez.

Harkus decidió que no podía esperar más, giró la nave y aceleró los motores para ganar altura. Uriel no lo culpó. El suelo pasaba a sus pies, donde miles de alienígenas silbaban con malevolencia al cielo a medida que su presa escapaba.

Entonces, el mundo se dio la vuelta.

Algo enorme lo golpeó en la espalda y lo hizo girar desenfrenadamente.

Oyó un aullido de ira y un gruñido de dolor. Se le nubló la vista, pero pudo ver al gigantesco monstruo alado destrozando los cables que salían de la rampa de acceso de tripulantes de la Thunderhawk.

Sus alas chorreaban sangre, hechas jirones por los cables mientras peleaba con una figura de armadura oscura que luchaba con igual ferocidad. En tanto los combatientes luchaban girando en el cable, Uriel vio en el destello de un relámpago la insignia de los Puños Imperiales.

El capitán Bannon apuñaló a la criatura con su cuchillo de energía, y lo hundió una y otra vez en su duro caparazón huesudo. A cambio, las garras del monstruo le partieron la armadura, lo que hizo que cayesen placas de ceramita y ensangrentados trozos de su cuerpo.

Enjambres de gárgolas se lanzaron en picado para atacar.

La Thunderhawk se balanceó en el aire, incapaz de escapar.

Unas manos lograron agarrar la armadura de Uriel y subirlo a bordo. Se derrumbó exhausto sobre el puente blindado, respirando a grandes bocanadas mientras rodaba sobre el extremo de la rampa.

Abajo, hombre y monstruo se enfrentaban en una batalla que Uriel nunca antes había visto. La nave cambió el rumbo, intentando poner la máxima distancia posible entre ellos y los cientos de gárgolas que se acercaban. Pero con la rampa abierta, no podía acelerar con suficiente rapidez.

Uriel pudo ver cómo el capitán de los Guardianes de la Muerte se daba cuenta de eso.

Adivinó las intenciones de Bannon.

—¡No! —gritó.

Pero fue demasiado tarde. Bannon se estiró y cortó el cable con el cuchillo de energía.

El y su monstruoso oponente se desplomaron sobre la montaña, en medio del enjambre de criaturas.

Maldiciendo a los tiránidos con toda su alma, Uriel se incorporó valiéndose del fuselaje de la Thunderhawk y golpeó el mecanismo de cierre de la rampa. Al ya ser capaz de alcanzar la velocidad de escape, Harkus giró la nave sobre su eje, aceleró los motores y puso al máximo los dispositivos de poscombustión. Bandadas de gárgolas se agarraban a las alas de la nave, pero pudo zafarse, girar por completo y poner rumbo a Erebus perseguido por cientos de monstruos.

Uriel miró por la escotilla de observación.

Allí abajo, el capitán Bannon libraba su última batalla contra cientos de aullantes asesinos.



FASE IV
SOMETIMIENTO



CATORCE

La Thunderhawk cruzó el cielo cada vez más claro y dejó atrás estelas de condensación provocadas por los bordes de las alas. La huida de las gárgolas había quemado gran cantidad del preciado combustible, y Harkus se había visto obligado a ascender hacia donde la capa de aire era más leve y donde cada kilómetro de alcance se podía exprimir con mayor facilidad del poco combustible que quedaba en los depósitos de la cañonera.

Si eso no era suficiente, no tendrían modo alguno de sobrevivir para llegar hasta Erebus.

El interior de la cañonera estaba inquietantemente vacío. Los cinco miembros de los Guardianes de la Muerte, los tecnosacerdotes y Uriel eran lo único que ocupaba el amplio espacio de almacenaje. Al quedar libre del gran y pesado volumen de carga anterior, la Thunderhawk era capaz de volar a mayor velocidad, por lo que había dejado atrás con facilidad a las gárgolas que la perseguían antes de ocultarse en una capa de nubes.

El aullido del viento era ensordecedor, pero Uriel oyó incluso por encima del tremendo rugido las despedidas que los demás miembros de los Guardianes de la Muerte murmuraban, y aunque él también sentía mucho la pérdida del capitán Bannon, respetó la necesidad que tenían de decirle adiós en privado.

Uriel cerró los ojos y rezó una plegaria corta por el fallecido capitán de los Guardianes de la Muerte.

Era lo menos que podía hacer por honrar su recuerdo.

Las pesadas compuertas blindadas se deslizaron con suavidad y el frío helado del amanecer en Erebus se apresuró a entrar en el amplio hangar mientras la Magnificencia se alzaba de los anclajes envuelta por el torbellino de los cohetes impulsores y los deflectores de chorro enviaban el humo de la combustión hacía el frío exterior.

La nave salió con lentitud del hangar, ya que el piloto la manejaba con cuidado adicional debido a que el propietario estaba sentado precisamente detrás de él y a que llevaba el compartimento de carga hasta los topes de toda clase de riquezas, y eso la hacía menos manejable de lo habitual. El

individuo estaba conectado de modo directo a los mandos de la nave, por lo que controlaba todos los sistemas de la Magnificencia, pero con un dueño tan volátil como Simón Van Gelder, nunca merecía la pena correr riesgos.

Van Gelder se quedó mirando cómo el interior rocoso del hangar se deslizaba por la portilla de observación hasta quedar sustituido por el blanco limpio del cielo. Sonrió al ver bajo la nave sus propiedades en la montaña, protegidas por su propio ejército particular. Aunque esperaba que Erebus cayera al final, no había motivo alguno para dejar sin protección sus posesiones. Si regresaba, le haría falta residir en cualquiera de sus prestigiosas mansiones.

El suelo se fue alejando con lentitud a medida que el piloto iba ganando altitud. Van Gelder observó a unas cuantas figuras diminutas que señalaban la nave desde el valle y sintió una oleada de satisfacción al imaginarse la desesperación que sentirían por su huida.

Un zumbido de alarma sonó en los altoparlantes y le apartó la atención del paisaje de Erebus.

—Las armas defensivas del valle nos están exigiendo una identificación —le dijo el piloto con cierto nerviosismo en la voz.

Van Gelder asintió y miró por la portilla de observación para ver cómo las enormes torretas de armas giraban sobre su eje para apuntar a la nave. Sonrió de nuevo y se sacó del abrigo una caja metálica lisa. Luego, desenrolló un cable de un extremo y lo conectó a la consola de mando del piloto. Por último, apretó un botón negro que tenía en un lado.

—Envía esta señal por todas las frecuencias. Apagará los protocolos de fuego que controlan esas armas. Estaremos a salvo —dijo Van Gelder antes de decidir retirarse a sus suntuosos aposentos en la cubierta superior de la nave.

—¡Agarraos bien! —gritó Harkus un momento antes de que la Thunderhawk virara alrededor de la cima más alta al este de Erebus—. ¡Enemigos a la vista!

Uriel se dirigió a la cabina para reunirse con el piloto. Delante de ellos se veía el valle entre las montañas donde se encontraba Erebus. Varias bandadas negras de gárgolas se alzaron desde sus cubiles en las montañas,

junto a otras criaturas voladoras más letales, y se arremolinaron sobre las cimas más elevadas.

Luego, se lanzaron hacia la Thunderhawk, y Uriel se dio cuenta de que si llegaban a la cobertura que proporcionaban las armas de la ciudad antes de que aquellas criaturas los alcanzaran sería por muy poco.

—¿Cómo vamos de combustible? —le preguntó al piloto.

—Los depósitos de reserva están prácticamente secos. Volamos por la gracia del Emperador —le contestó Harkus con un bufido.

—¿No es suficiente para utilizar los posquemadores?

—Apenas llega para que aterricemos de forma segura.

Uriel asintió y se quedó mirando cómo el valle de Erebus aumentaba de tamaño en el parabrisas, pero también lo hacía el enjambre de monstruos voladores que intentaba interceptarlos.

La velocidad de la Thunderhawk aumentó cuando Harkus picó el morro y la ladera de la montaña se abalanzó hacia ellos. Las rocas cubiertas de nieve pasaron por debajo con una tremenda rapidez. Habría dado algo en esos momentos por tener algunos de los sistemas de armas de la cañonera en un momento como aquel.

De pronto, el suelo desapareció bajo sus pies cuando Harkus tiró de la palanca de mando y utilizó los frenos aéreos para que la cañonera efectuara un viraje cerrado. La luz del día entró en la nave cuando los disparos de las armas biológicas atravesaron las delgadas hojas de metal y se oyeron nuevos gritos.

—¡Por la sangre del Emperador! —grito el tecnomarine.

Uriel alzó la mirada justo a tiempo de ver una enorme nave plateada con un símbolo heráldico grabado a lo largo del casco que ascendía en línea recta hacia ellos.

Van Gelder oyó el grito de alarma del piloto y se giró dispuesto a reprenderlo, pero las palabras murieron en su boca al ver la rugiente Thunderhawk que se abalanzaba sobre ellos y los miles de monstruos negros y alados que la perseguían.

Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas.

—No, así no… —gimió.

La Thunderhawk viró a babor y bajó en picado. Harkus llevó el casco de la aeronave más allá de su capacidad de resistencia. La presión arrancó los delgados paneles de los costados y un viento huracanado azotó el interior de la nave. Uriel vio el casco plateado reflectante de la astronave pasar tan cerca que podría haberlo tocado con sólo alargar la mano. Los Guardianes de la Muerte lograron agarrarse a las vigas y soportes de la estructura, pero el viento arrancó a los tres tecnosacerdotes de su sitio y los lanzó a una muerte aullante por el aire.

Uriel se estrelló contra un poste al que se agarró después de resbalar un poco por el suelo metálico. Oyó a Harkus blasfemar y rezar al Dios Máquina a la vez.

El suelo de la nave dio otro salto, y Uriel vio por el espacio abierto en el casco de la Thunderhawk que la tierra estaba muy cerca. Pasó a toda velocidad antes de desaparecer cuando Harkus logró nivelar de nuevo la nave. El capitán se puso en pie sin soltar el poste.

El rugido del viento disminuyó de volumen. Harkus bajó la velocidad y estabilizó del todo la aeronave.

—¡Por el Emperador! ¡Eso estuvo cerca! —jadeó Uriel.

—¡Pues agarraos otra vez! —chilló de nuevo Harkus—. ¡Vamos a aterrizar y no va a ser fácil!

Miles de gárgolas cubrieron la Magnificencia, taparon las tomas de aire y destrozaron las superficies de control. Las criaturas de mayor tamaño se agarraron con las uñas y mordieron y atravesaron la cubierta metálica con saliva ácida y dientes duros como diamantes.

Decenas de criaturas se colocaron en la panza de la aeronave, donde arrancaron con las garras los paneles de control antes de colarse por los huecos del tren de aterrizaje. En pocos segundos, la nave comenzó a sufrir un sobrepeso de varias toneladas, y la Magnificencia, ya sobrecargada de por sí, se inclinó hacia babor.

El piloto de Van Gelder aceleró al máximo los motores en un intento por librarse de las criaturas, pero con la nave tan desequilibrada y repleta de alienígenas, uno de ellos simplemente estalló en llamas, lo que provocó que el artefacto virara de forma incontrolada.

El parabrisas de la nave estalló. Una bandada de criaturas aullantes entró en tropel y Van Gelder se puso a chillar mientras le arrancaban la carne de los huesos.

La punta de una de las afiladas alas plateadas golpeó la ladera rocosa y salió despedida del casco.

La Magnificencia, ganando velocidad a medida que caía, se estrelló entre los edificios del distrito secundus y se convirtió en una bola de fuego.

Unas siluetas negras y aladas cruzaron el cielo mientras Perro Blanco se esforzaba por abrirse paso entre las ruinas del almacén destruido. Los escombros humeantes caían de las paredes destrozadas y, gracias al brillo rojizo anaranjado de los restos envueltos en llamas, aquello verdaderamente parecía un pedazo del infierno.

Las familias llorosas abrazaban los cuerpos aplastados de sus seres queridos mientras otros supervivientes aturdidos vagaban por las ruinas, cegados y quemados por el accidente de la aeronave. Una ala plateada apuntaba hacia el cielo y una sección en llamas del casco estaba medio enterrada delante del almacén.

Las cajas rotas procedentes de la bodega de la nave estaban esparcidas por todo el lugar. Las piezas de porcelana rota y de vajillas de reborde dorado cubrían la nieve sucia. El retrato enmarcado de un noble anciano yacía partido entre las ruinas, mientras que unas cuantas alfombras y tapices ardían en un charco de combustible y las páginas de los libros de toda una biblioteca revoloteaban a causa del viento. Numerosas prendas de tejidos carísimos estaban empapadas por la nieve derretida, estropeadas más allá de todo posible arreglo. Por todas partes se veían objetos valiosos de todo tipo, desperdigados por el infierno llameante que era el distrito secundus.

Delante de él, había una pequeña fortuna en el suelo, así que Perro Blanco metió todo lo que le cupo en la mochila sin apenas perder de vista las siluetas oscuras que sobrevolaban la zona y sin dejar de maldecir al puñetero piloto que había estrellado la nave contra ellos. La parte trasera del almacén había desaparecido, destrozada por completo por el impacto. Todas

las cajas de suministros que había robado, las que había comprado a los sargentos furrieles corruptos o por las que simplemente había matado, estaban destruidas, convertidas en cenizas por la explosión que siguió al accidente.

Tigrilla estaba de pie, aturdida por la escala de la destrucción provocada por la colisión, mientras que Lex y Trask agarraban puñados enteros de gemas del suelo y se los metían en los bolsillos. Jonny recuperó un rifle de caza que asomaba de una caja rota. El tamaño de los proyectiles que llevaba en dos bandoleras sobre el pecho era increíble.

—¡Jonny! ¡Podrías matar a un gras furioso con ese cacharro! —le gritó Perro Blanco.

Jonny se echó a reír y se llevó el rifle al hombro para imitar el tremendo retroceso de una arma semejante.

La sonrisa desapareció de la cara de Perro Blanco cuando vio a Plata tumbada debajo de una pila de piedras rotas. Tenía la cara ensangrentada y los brazos extendidos. Corrió hacia ella y le comprobó el pulso. Era irregular, pero fuerte. Plata gimió y Perro Blanco se fijó en la pequeña viga metálica que le atravesaba el costado. De la herida manaba algo de sangre. Le sacó con cuidado la barra de metal y frunció el entrecejo al ver que eran unos quince centímetros en total los que tenía clavados.

Se quitó la bufanda y tapó la herida. Luego, la ató alrededor de la cintura. No era gran cosa, pero sí lo mejor que podía hacer en esos momentos.

Una mano lo agarró por el brazo y se giró a la vez que alargaba la suya para empuñar la pistola; se tranquilizó cuando vio que era el anciano.

—¿Qué quieres, abuelo? ¿No ves que estoy ocupado?

Papa Gallo le dio una fuerte bofetada en la cara.

—Apestoso, le debes mucho a esta gente. Les cobraste dinero y posesiones a cambio de su seguridad.

—¿Qué? —le contestó Perro Blanco a la vez que se libraba de él de un tirón y señalaba al cielo—. ¡Eh!, les proporcioné un lugar donde protegerse del frío y evitar que esos puñeteros bichos los matasen. Creo que ya he cumplido mi parte. Tengo problemas propios ahora mismo.

Tigrilla se colocó a su espalda y le dio un par de golpes en el hombro, pero Perro Blanco no le hizo caso, ya que estaba demasiado concentrado en Plata y en el enfrentamiento que tenía con el anciano.

—A mí me parece que no —le contestó Papa Gallo, cruzándose de brazos.

—Me da igual —le replicó Perro Blanco—. De todas maneras, todo lo que me dieron se ha convertido en humo.

—No es nuestro problema. Nos lo debes.

Tigrilla volvió a darle un par de golpecitos en el hombro, y Perro Blanco se giró para mirarla con furia. Ella le indicó con un gesto de la barbilla el almacén en llamas. Él siguió su mirada y sintió que el miedo le recorría el cuerpo. Había cientos de ciudadanos sucios por el hollín, con los cuerpos recortados por el fuego, muchos de ellos armados, armados con las armas que el mismo Perro Blanco les había entregado.

Estaban nerviosos y parecían dispuestos a utilizarlas.

Perro Blanco fijó la mirada en los ojos de Papa Gallo y vio en ellos una determinación inflexible.

También vio que Jonny metía un proyectil en la recámara del rifle de caza, pero le hizo gesto negativo con la cabeza.

—Vale, tío. Tú ganas —le dijo Perro Blanco al anciano mientras se ponía de rodillas al lado de Plata, que seguía inconsciente—. Dime qué quieres, pero de prisa.

—Hay muchos heridos y ya no tienes suministros para cuidarlos.

—Y necesitamos que toda esta gente reciba ayuda. Quiero que los conduzcas a las instalaciones médicas más cercanas.

—¡Joder, tío!, la más cercana que todavía sigue en pie está en el distrito quintus.

—No es nuestro problema —repitió Papa Gallo.

Perro Blanco miró a la mujer ensangrentada que tenía al lado y después a las muchas armas que había a su alrededor, y se dio cuenta de que no tenía otra opción.

—Vale —dijo encogiéndose de hombros. Se echó la mochila a la espalda y tomó en brazos a Plata—. Vámonos ya. No quiero quedarme por

aquí con todos esos bichos volando alrededor.

El líctor forcejeó para librarse de las ataduras. Los garfios de carne arañaron el cristal blindado que lo separaba de la gente que lo estaba observando. Estaba atado a tres mesas de operaciones colocadas juntas y hacia arriba. Sus poderosos músculos se hinchaban cada vez que intentaba liberarse, pero las ataduras lo mantenían bien inmovilizado. A pesar de ello, había matado a dos magosbiologis que se habían olvidado de cumplir los procedimientos de contención xenológica y había herido a un tercero, al que posteriormente se había ejecutado por su error.

La tarea del magos Locard después de la captura del líctor se había visto impulsada por la urgencia provocada por el intento fallido de destruir ambas naves colmena con los láseres de defensa y las naves de la Armada imperial. La situación había ido de mal en peor cuando el cobarde Simón Van Gelder había intentado huir de Tarsis Ultra y había cometido la traición de desconectar las defensas del valle.

La zona de exclusión aérea había sido restablecida, pero no antes de que cientos de gárgolas y sus monstruosas nodrizas de progenie hubieran penetrado profundamente en el valle de Erebus. Al parecer, estaba fuera del control de la mente enjambre, ya que la mayoría de las criaturas habían involucionado a sus instintos animales básicos, habían anidado en las cuevas de las laderas de las montañas y acosaban a grupos pequeños de ciudadanos. Otras se habían dedicado a atacar los distritos más poblados de la ciudad en una orgía de violencia aleatoria durante dos días antes de que acabaran con ellas los grupos de voluntarios de la Legión de Defensa de Erebus.

Los combates en la muralla del distrito quintus seguían librándose con una ferocidad inaudita. El enjambre tiránido casi había doblado su tamaño al llegar más criaturas a Erebus atraídas por la nave colmena que quedaba. A los defensores de Tarsis Ultra se les acababa el tiempo y el magos Locard era su única, su última esperanza.

El magos se encontraba en las profundidades de la zona de vivisección del Adeptus Mechanicus y estaba a punto de dirigirse a una audiencia compuesta por el coronel Stagler, el mayor Satria, el inquisidor general Kryptman, el capellán Astador y Uriel. Un servidor sin expresión en el rostro, con varios implantes biónicos añadidos a la cabeza y a la parte superior del cuerpo, estaba al lado del magos con una caja plateada que tenía una pistola en el interior. Todos contemplaron con asco al líctor que estaba al otro lado del cristal. Su fisiología era repugnante, con unos procesos mentales más allá de toda comprensión humana.

—Como pueden observar —comenzó diciendo Locard—, el organismo llamado líctor, incluso inmovilizado por una contención xenológica de nivel tres, por desgracia, la única disponible en esta instalación, sigue siendo un cuarenta y cinco coma cuarenta y tres por ciento letal.

—Entonces, ¿por qué mantienen con vida a ese ser asqueroso? —quiso saber Stagler—. ¿Por qué no lo matan?

—Para derrotar a estos alienígenas, antes debemos comprenderlos —le explicó Kryptman—. Cuando combatimos contra los orkos, los hruds, los galthitas o los lacrymoles, lo hacemos armados con el conocimiento de sus puntos débiles. Enfrentarse a un tiránido no proporciona conocimientos sobre otro. Su naturaleza adaptativa es lo que los convierte en unos depredadores superlativos. Es su mayor ventaja y, en este caso, es probable que también sea el punto débil que podamos aprovechar.

—¿De qué modo? —le preguntó Uriel.

—Dígame, capitán Ventris, ¿ha oído alguna vez la frase «volver la fuerza del enemigo contra él»?

—Por supuesto.

—Eso es exactamente lo que pretendemos hacer —le contestó Kryptman con una sonrisa astuta—. Magos Locard, por favor.

Locard asintió y se giró hacia el servidor. Sus mecadendritos abrieron la caja de la pistola con unos cuantos giros precisos de las llaves que surgieron en la punta de cada dedo artificial. Sacó del interior acolchado de goma una pistola plateada de magnífica manufactura y un proyectil vitreo de gran calibre. Metió el proyectil en la recámara de la pistola con un cuidado

exagerado y le entregó el arma al servidor, a la vez que tomaba la caja en sus manos. Locard se dio la vuelta a un gesto de Kryptman y giró la manivela que abría la puerta que daba paso a la celda del líctor.

—Cumple la orden número uno —le dijo al servidor.

Este se giró y abrió de un empujón la pesada puerta. Entró y se colocó al lado de las mesas de operaciones. Locard selló la puerta de nuevo mientras el líctor redoblaba sus esfuerzos por liberarse. El servidor se le acercó un poco más y puso la pistola contra una zona carnosa en el torso del líctor.

—En nombre del Emperador, ¿qué está haciendo? —preguntó Uriel.

—Observe con atención —le dijo Locard con una voz evidentemente llena de orgullo. Apretó el botón del intercomunicador—. Cumple la orden número dos.

El servidor apretó el gatillo y el proyectil vitreo perforó el pellejo y se clavó en el interior del líctor. De la herida surgió un pequeño chorro de fluido que cayó al suelo de la estancia, donde se quedó siseando. El servidor dejó la pistola en el suelo sin titubeo alguno, y Locard soltó las ataduras de las mesas de operaciones.

El líctor se abalanzó contra el servidor convertido en un borrón de movimiento y lo envió al otro lado de la estancia con un golpe de sus extremidades superiores. El cuerpo lleno de implantes se estrelló contra el cristal blindado. Lo agrietó, lo que provocó unos cuantos gritos de alarma entre los presentes.

Uriel y Astador desenfundaron las pistolas bólter y apuntaron a la criatura a través del cristal.

—¡Quietos! —les ordenó Kryptman.

El líctor cargó contra el servidor y las extremidades inferiores empezaron a despedazar la carne de color grisáceo en un frenesí violento. La sangre salpicó las paredes con grandes chorros mientras la bestia arrancaba trozos de cuerpo y perforaba y desgarraba a su presa, hasta que no quedó nada que se pareciese ni por asomo a un ser humano. Él monstruo se irguió y estrelló dos garras contra el cristal blindado, lo que provocó la aparición de nuevas grietas que se extendieron con rapidez por la superficie.

—¡Mátenlo! ¡Mátenlo! —gritó el coronel Stagler.

Antes de que Uriel o Astador pudieran abrir fuego, el líctor se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo de la celda. La bestia soltó un largo aullido quejumbroso, y todo su cuerpo comenzó a convulsionarse en un frenesí de movimiento ondulado bajo la piel.

—¡Ah, sí! Por fin comienza —comentó Locard—. Es resistente, pero era de esperar, ya que su genoma es relativamente fijo.

—¿Qué le está ocurriendo? —le preguntó Uriel mientras miraba asqueado al monstruo azotado por convulsiones.

El líctor se desplomó sobre la espalda, sacudido por unos tremendos espasmos, hasta que el cuerpo quedó convertido en una enorme U invertida. Uriel oyó, a pesar del cristal blindado, el fuerte chasquido que sonó cuando se le partió la espina dorsal. El pellejo del líctor se abrió y unas excrecencias monstruosas surgieron del interior de su cuerpo mientras la carne se retorcía en una evolución descontrolada. Varios miembros a medio formar surgieron entre las vísceras, y otros órganos innombrables brotaron del cuerpo en mutación.

El monstruo soltó un último chillido torturado antes de que una explosión de sangre negra surgiera vomitada por todos y cada uno de sus orificios. Luego, se quedó quieto por fin.

Uriel estaba asqueado más allá de lo que creía posible. Sin duda, el líctor estaba muerto, pero ¿qué era lo que lo había matado? ¿Un simple veneno? De repente lo invadió una sensación de esperanza cuando pensó que disponían de una arma con la que podrían erradicar a toda la raza tiránida.

—Un trabajo excelente, magos —comentó Kryptman mientras la sangre del servidor caía goteando por el cristal fracturado.

—Gracias, mi señor.

—¿Qué le ha hecho?

Locard sonrió.

—He utilizado la secuencia genética del líctor para conseguir aislar los filamentos básicos de la mutación original de la flota enjambre. Con esa clave, por así llamarla, he logrado generar una enorme sobrestimulación de

sus procesos adaptativos. A efectos prácticos, lo ha llevado a un frenesí de hiperevolutivo que ni siquiera un organismo tiránido es capaz de soportar. La estructura genética de un líctor suele ser muy estable, y ése es el motivo por el cual la infección tardó un poco más de lo que había previsto en tener efecto, pero creo que todos se mostrarán de acuerdo en que los resultados hablan por sí solos.

—Es algo increíble —comentó Uriel.

—Sí que lo es, capitán Ventris —respondió el magos Locard, mostrándose de acuerdo y sin un atisbo de falsa modestia.

—¡Con esta arma podremos derrotar, por fin, a toda la raza tiránida!

—Por desgracia, me temo que no es así —siguió explicando Locard—. La secuencia genética de cada flota enjambre es muy distinta de las demás, y sólo hemos tenido éxito cuando hemos capturado a una criatura de las primeras generaciones y hemos logrado aislar la base genética de la flota enjambre.

—¿Así que sólo podemos utilizar el arma contra esta flota? —quiso saber Stagler.

—Lamentablemente, así es, y quizá no sea eficaz contra los alienígenas que están aquí ya. Muchas de las criaturas presentes en Tarsis Ultra han evolucionado hasta una sexta o incluso séptima generación, y es posible que se hayan alejado demasiado de la base genética para que mi mutación las afecte.

—Entonces, ¿es posible que no funcione en absoluto? —preguntó Uriel.

—Creo que sí lo hará, aunque nunca se puede estar seguro, por supuesto.

—Deberíamos empezar a distribuir esta munición lo antes posible —comentó el mayor Satria, lleno de emoción.

Uriel vio la mirada que Kryptman y Locard intercambiaron y, de repente, le quedó claro el motivo de aquella demostración.

—No es tan fácil, mayor Satria —le dijo.

—¿No?

—No, no lo es. ¿Verdad que no, inquisidor general?

Kryptman se quedó mirando a Uriel durante unos largos segundos antes de asentir con gesto sombrío.

—El capitán Ventris tiene razón. No tendría sentido ponerse a producir munición con este veneno genético a estas alturas de la batalla. No. Debemos llevarlo hasta el corazón del enemigo, donde más daño hará.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Satria.

—Significa que vamos a tener que abrirnos paso hasta la nave colmena —le contestó Uriel—. Significa que debemos infectar a la reina de la colmena.

En tu gloria imperecedera siempre había sido una de las plegarias favoritas de la hermana Joaniel, ya que hablaba de la alegría del servicio al Emperador. Había dedicado casi toda su vida a conservar la vida y a curar a todos aquellos cuyas débiles mentes y cuerpos habían regresado rotos de los horrores de la guerra. En Remian había salido con vida mientras que los que estaban a su cargo habían muerto, y había llorado mientras rezaba y sentía la misma culpabilidad arder en su interior cuando pensaba en los pobres desgraciados que yacían desangrándose y muriendo por todas las instalaciones del hospital.

Tal como ella había previsto, el flujo de heridos se había convertido en un torrente tumultuoso, y cada día llegaban cientos de soldados. No importaba lo mucho que se frotase cada vez que se limpiaba: no conseguía librarse del hedor de la sangre en las manos. No importaba cuántos soldados curaba: siempre llegaban más llevados por los camilleros.

Además, a medida que la línea del frente se acercaba más y más al distrito quintus, tanto ella como su personal se habían visto obligados a trabajar bajo el retumbar de la artillería y de los disparos. El estruendo de la guerra, de los gritos, de las explosiones y de los gemidos siempre la acompañaba, y la visión de tantas personas heridas la acosaba en sueños.

Los rostros de todos ellos se volvían borrosos hasta el punto de no saber quiénes vivían y quiénes morían. Había pensado rendirse muchas veces, derrotada en un mar de lágrimas por la imposibilidad de la tarea. Sin

embargo, cada vez que sentía aquello, rezaba su plegaria favorita, y las dudas y la culpabilidad desaparecían durante un tiempo.

Empezó a rezar por cuarta vez y estaba a mitad del segundo verso cuando oyó el sonido de varios portazos y de un incierto tumulto en el vestíbulo de la entrada. Se puso en pie con el cuerpo dolorido y salió cojeando de la capilla para ver qué ocurría.

Subió los escalones que llevaban al vestíbulo y vio una muchedumbre de heridos que se agolpaban ante las puertas de la enfermería. Los enfermeros los habían detenido y estaban discutiendo con un individuo joven con el cabello decolorado que llevaba una muchacha de melena también decolorada con un costado sangrante.

—En nombre de lo más sagrado, ¿qué ocurre aquí? —dijo en voz lo bastante alta como para cortar en seco todas las discusiones del lugar.

El hombre que llevaba la muchacha en brazos se giró para mirarla de arriba abajo. Una mujer con el cabello teñido de rojo fuego y cortado en franjas estaba a su lado, con el rostro contraído por el agotamiento.

—Traigo bastantes heridos y he pensado que aquí se ocuparían de ellos —dijo el individuo.

—¿Quién eres? —le preguntó Joaniel.

—¿Yo? Yo soy Perro Blanco, pero eso no es importante. Me tuve que encargar de traer a toda esta gente, y eso es lo que he hecho. Esta chica está malherida. ¿Puede ayudarla?

Uno de los enfermeros se abrió paso hasta ella a través del vestíbulo abarrotado. Era evidente que estaba muy molesto. Hizo un gesto con la mano hacia la multitud, muchos de cuyos miembros se encontraban en el exterior del edificio.

—No son personal militar. No podemos ayudarlos. Ya estamos abarrotados ahora mismo.

—¡Eh, tío!, tenéis que ayudarnos —le dijo Perro Blanco—. ¿Adonde puñetas vamos a ir si no?

—No es mi problema —le replicó el enfermero.

—He oído hablar de ti —comentó Joaniel—. Eres un asesino y traficas con drogas y con narcóticos.

—¿Y qué?

—Que por qué debería ayudarte cuando hay miles de personas arriesgando la vida cada día para luchar contra los tiránidos.

—Porque eso es lo que hacéis: ayudáis a la gente —respondió Perro Blanco como si fuera lo más evidente del mundo.

Joaniel sonrió ante la sencilla respuesta de Perro Blanco. Estaba a punto de replicarle ante la ingenuidad de la contestación cuando, de repente, se percató de que así era, de que eso era lo que ella hacía. Era así de sencillo, y se dio cuenta de que no podía echar a toda aquella gente. Hacerlo supondría traicionar todo lo que defendía su orden, y eso era algo que ella jamás haría.

Joaniel asintió y le señaló con un gesto unas amplias escaleras que llevaban a los pisos superiores del hospital.

—Él piso más alto no está tan abarrotado como los demás. Enviaré comida y enfermeros para que atiendan a los heridos. Disponemos de poco personal y de menos suministros todavía porque los roban, pero prometo que haré lo que pueda.

—Pero ¡si no son personal militar! —protestó el enfermero.

Ella se giró hacia él.

—No me importa. Tendrán un refugio aquí y les daremos todo lo que podamos, ¿entendido?

El enfermero asintió y tomó en sus brazos la mujer herida que llevaba Perro Blanco para llevársela a una cama.

—Gracias, hermana —le dijo Perro Blanco.

—Cállate —le espetó ella—. No hago esto por ti, lo hago por ellos. Que te quede bien claro esto: te desprecio a ti y a todo lo que representas, pero como muy bien has dicho, hay gente herida, así que será mejor sacarla del frío.

Unas enormes excavadoras de color amarillo acabaron de limpiar la mayor parte de los escombros de la gran avenida que llevaba a la primera línea del frente. Los equipos de ingenieros del Departamento Munitorum comprobaron por última vez las pistas de despegue improvisadas en busca de posibles cascotes. Una roca suelta o un bache podían ser la causa de la destrucción de cualquier aeronave que tuviera la mala suerte de tropezar

con ellos, y la misión era demasiado importante como para permitirse perder ni una sola de ellas. Los camiones de combustible y las carretillas de munición se cruzaban en la franja de rococemento en su tarea de llevar las últimas cargas a la multitud de naves cuyos motores rugientes llenaban el aire de un estruendo ensordecedor. Todo el ambiente estaba cargado de una sensación de urgencia mientras las tripulaciones de tierra y los pilotos preparaban los artefactos para el combate.

El capitán Owen Morten, comandante de los escuadrones Ángel del Kharlos Vincennes, dio una última vuelta alrededor del interceptor de la clase Fury para comprobar que los tecnosacerdotes habían retirado las clavijas de armado de la punta de los cohetes y que los bordes de las alas estaban libres de hielo. El mayor peligro de volar en unas condiciones de frío tan extremo no era el peso adicional del hielo, sino la disrupción del flujo del aire sobre el ala y la consiguiente pérdida de capacidad de sustentación. Morten quedó satisfecho al ver que la nave estaba preparada para el despegue y se abrochó el traje de vuelo hasta el cuello antes de dar unas cuantas palmadas en el fuselaje blindado del interceptor.

—Esta va por el Vincennes —murmuró para sí mismo.

—¿Me ha dicho algo? —le preguntó Kiell Pelaur desde la cabina, donde estaba acabando de atender el logistro de ataque de la nave.

—No —contestó Morten mientras observaba cómo los ingenieros continuaban la revisión de la rampa de hielo que, con un poco de suerte, les permitiría despegar sin la longitud de pista que habitualmente les hacía falta.

Las plazas, las explanadas y las calles que los rodeaban estaban repletas de una auténtica flotilla de aeronaves. Cada esquife, caza, bombardero o nave de reconocimiento con posibilidades de volar estaba preparado para despegar de inmediato.

Owen sabía que la mayoría de ellos no regresarían y que acabarían sacrificados con el fin de asegurar que los Marines Espaciales lograran llegar a su objetivo. Aquello no le preocupaba. Ya se había resignado hacía mucho tiempo a que sería su última misión. El cielo era donde debía estar, y donde siempre había sabido que moriría.

La idea de que en poco tiempo vería a sus camaradas muertos animó a Owen Morten mientras subía por la escalerilla hasta la cabina.

La Thunderhawk de color negro no mostraba ninguna insignia u ornamentación. O eso parecía, hasta que uno se acercaba para mirar con mayor atención. Cada centímetro cuadrado del casco estaba cubierto por una escritura de filigrana, hecha a mano con un cuidado exquisito. El fuselaje de la aeronave estaba decorado desde la proa hasta la popa por prédicas y plegarias de odio contra el alienígena.

Varios tecnosacerdotes que no cesaban de cantar daban vueltas alrededor de la nave al mismo tiempo que varios armeros inscribían palabras de furia en las cabezas buscadoras de los cohetes montados en las alas. Cada proyectil de grueso calibre que acababa en los cargadores de munición de los cañones automáticos era mojado con agua bendita antes de colocarse en su lugar mientras se entonaban cánticos que asegurarían su detonación.

Los cinco miembros supervivientes del destacamento de los Guardianes de la Muerte estaban arrodillados delante de la cañonera y rezaban para que los llevara hasta su objetivo. Henghast dirigía la plegaria. Las heridas todavía le dolían, pero ya estaba lo bastante recuperado de su combate contra el líctor como para acompañar a sus hermanos de batalla. El hermano Elwaine de los Salamandras también había sobrevivido y lo estaban operando en esos momentos para colocarle unos implantes que le sustituyeran los brazos. A pesar de las protestas de Elwaine, Henghast no había permitido que participara en la misión.

Cinco hombres contra el poder de una nave colmena. Esa era la clase de desafíos que forjaban las leyendas sobre los Guardianes de la Muerte. La proximidad de los combates que estaban a punto de librar llenaba de ánimo el espíritu fenrisiano de Henghast. Si sobrevivían, se podría componer una saga magnífica para que los sacerdotes rúnicos la cantaran en las mesas de festín del Colmillo.

Henghast unió las manos y se las llevó al pecho.

—Lamentamos la pérdida del capitán Bannon, y reverenciamos su recuerdo. Era un magnífico jefe y un valioso hermano de armas. Ojalá

estuviese con nosotros para dirigirnos en combate una vez más, pero los deseos pertenecen a los poetas de las sagas y lo honraremos librando esta batalla en su nombre.

Una larga sombra cayó sobre Henghast, quien frunció los labios y dejó los colmillos al descubierto mientras se ponía en pie dispuesto a amonestar de un modo furibundo a quien se hubiese atrevido a interrumpir la plegaria de sus hombres.

Pero se quedó callado al ver la figura que tenía ante él.

Era un marine espacial, con la armadura pintada de negro a excepción de una hombrera, de color azul marino.

—Prepare a sus hombres, hermano Henghast —dijo el capitán Ventris, de los Guardianes de la Muerte—. Marchamos al combate.



QUINCE

Uriel sintió el tirón de la Thunderhawk al despegar y apoyó la cabeza protegida por el casco contra el costado rugiente de la aeronave. Una suave luz azul llenaba el compartimento de la tripulación mientras un beatífico coro de ángeles resonaba procedente de las unidades recicladoras por las que circulaba un incienso sagrado hostil a los alienígenas. Los Guardianes de la Muerte estaban sentados en la otra parte del fuselaje con las cabezas inclinadas y preparándose para el combate que se avecinaba.

El hermano Henghast, el lobo espacial, dirigía la plegaria, y a Uriel no le sorprendió oír en el rezo las peticiones propias de un guerrero que se preparaba para la muerte en combate. Paseó la mirada por el resto de los hermanos con los que iba a luchar en aquella batalla final, a sabiendas de que si servían en los Guardianes de la Muerte debían estar entre los guerreros más valientes y capacitados de sus respectivos capítulos.

El hermano Jagatun, de los Cicatrices Blancas, estaba afilando su largo tulwar curvado. Del pomo en forma de cráneo del arma colgaba un mechón de pelo de caballo. El hermano Damias, un apotecario de la Guardia del Cuervo, era un individuo solitario y taciturno. Su puño de combate estaba cubierto de extrañas cicatrices que a Uriel le recordaron las que se infligían los sacerdotes más fanáticos cuando entraban en un frenesí de devoción automortificadora. A su lado estaba el hermano Alvarax, de los Grifos Aullantes, y el hermano Pelantar, de los Cónsules Blancos. Cada uno de ellos estaba cargando la munición de la clase «fuego infernal» en sus bólters pesados. El ácido mutagénico que contenían los proyectiles de cubierta plateada era letal para los organismos alienígenas.

El marine espacial que iba al lado de Uriel era el último miembro del grupo. Era el único de ellos que conservaba los colores originales de su capítulo, y su presencia confortaba a Uriel tanto como los otros guardianes de la muerte.

El sargento veterano Pasanius tenía agarrado el cañón del lanzallamas pesado con el brazo biónico plateado y esperaba en silencio la batalla que iban a librar.

Uriel había intentado disuadir a su viejo amigo para que no fuera, pero Pasanius se había mostrado imposible de convencer. Además, el hermano

Elwaine no podría apoyarlos con su lanzallamas, por lo que Henghast se había mostrado encantado de que Pasanius se uniera al grupo. En un espacio tan cerrado como sería el interior de una nave colmena tiránida, un lanzallamas supondría un elemento vital del ataque.

Al ver a Pasanius tan obcecado en su decisión de ir, Uriel se dio cuenta de que tendría que ordenar que se lo llevasen a rastras para impedir que lo acompañara, así que había aceptado a regañadientes, aunque agradecido en su fuero interno, que participara en la misión. Astador y Learchus eran más que capaces de organizar y de mantener las defensas, por lo que su presencia en Erebus no afectaría al destino del planeta de ningún modo.

Astador lo había abrazado y le había prometido que sus restos mortales tendrían un lugar de honor en la Galería de Hueso. A Uriel no le había gustado nada el tono de despedida que sonaba en la voz del capellán mientras recitaba la bendición del Emperador para él.

Learchus no le había ofrecido ninguna clase de bendiciones en la despedida. Sentía una furia tremenda por lo que consideraba una deserción de su capitán respecto a sus propios hombres.

—¡Su sitio está con los suyos, no con los Guardianes de la Muerte! —le había argumentado.

—No, Learchus; mi sitio está donde pueda ser más útil —le había contestado Uriel.

—Muéstreme dónde pone eso en el codex.

—Sabes que no puedo, sargento, pero esto es algo que debo hacer.

—Lord Calgar se enterará de su transgresión.

—Learchus, debes hacer lo que consideres que es justo, lo mismo que hago yo —le dijo a modo de despedida antes de dejar atrás al furioso sargento para que se ocupara de preparar a los Ultramarines para la última batalla.

Uriel se sintió entristecido por la incapacidad que mostraba Learchus de ver más allá de lo que ponía el codex. Estaba seguro de que Roboute Guilliman hubiera aprobado su decisión de encabezar a los Guardianes de la Muerte en aquella misión. Sabía que en las páginas del Codex Astartes existía una enorme sabiduría, pero también sabía que se trataba de un

conocimiento del que debía aprenderse, y que una adhesión tan dogmática a aquellas enseñanzas no era, como había dicho Astador, sabiduría, sino una mera repetición.

Pero existía un peligro en todo ello: que una forma de pensar como ésa llevaba de un modo inevitable al modo de vida de los Mortificadores. Uriel no tenía ningún deseo de sumarse a ese estilo de hacer las cosas, pero sabía que debía encontrarse un equilibrio, un punto intermedio, entre seguir el espíritu del codex y cumplir lo que había escrito en él. Sonrió al imaginarse la silenciosa aprobación del capitán Idaeus y contempló por la portilla de observación cómo el cielo de color violeta de Tarsis Ultra era sustituido por la negrura del espacio.

Miró a de nuevo su alrededor, a sus camaradas. Siete magníficos guerreros que marchaban al combate.

Un combate que decidiría el destino de un planeta.

Learchus se quedó mirando cómo la Thunderhawk se dirigía a toda velocidad hacia la atmósfera superior rodeada de cientos de naves que brillaban como puntos de luz recortados contra la oscuridad. El amanecer ya comenzaba a despuntar en el horizonte iluminándolo con una difusa luz ambarina y vio los primeros movimientos en la nieve a medida que los tiránidos salían a la superficie.

Los restos agrietados de la muralla estaban a punto de venirse abajo en muchos puntos, pero poco se podía hacer al respecto. Se había trabajado un poco para prepararla para el ataque que se avecinaba, pero el grueso de las tareas realizadas durante la noche se habían dirigido a la preparación de las pistas para que despegaran las naves.

Agarró con fuerza la empuñadura de la espada sierra. Seguía furioso con Uriel y Pasanius a pesar de su marcha. El y los ochenta miembros que quedaban de la cuarta compañía estaban descansando en posición de firmes detrás de la parte norte de la muralla del distrito quintus, listos para repeler el ataque de los tiránidos. El capellán Astador y lo sesenta y tres guerreros de los Mortificadores defendían la parte sur de la muralla. Learchus se

recordó a sí mismo que debía vigilar a los imprudentes descendientes de su propio capítulo.

Astador le había ofrecido la oportunidad de participar en uno de sus bárbaros rituales sangrientos previos a una batalla, pero había rechazado la invitación y se había marchado asqueado antes de cometer algo de lo que quizá se arrepentiría más tarde.

—¡Valor y honor! —gritó cuando la primera de las criaturas hinchadas avanzó y tensó sus huesudos brazos para arrojar las bombas orgánicas.

El capellán Astador, con la boca todavía llena del sabor de la sangre, observó la figura firme de Learchus, inmóvil entre sus guerreros. Sabía que el sargento era un gran guerrero, pero Astador también sabía que jamás llegaría a ser algo más que eso.

Su cuerpo astral acababa de regresar al cuerpo y su espíritu todavía se rebelaba ante la idea de estar encerrado de nuevo en una prisión corpórea. Astador pensó por un momento en contarle a Learchus lo que le habían mostrado los ancestros, pero meneó la cabeza y se volvió para mirar a los tiránidos, que ya avanzaban.

¿Para qué serviría decírselo?

No le agradecería el hecho de saber que su capitán iba a morir.

Una barrera de disparos de esporas que duró dos horas machacó la muralla del distrito quintus y envolvió las almenas con nubes de vapores tóxicos. El potente viento que soplaba en el valle dispersó la mayor parte de las sustancias venenosas, pero entre las esporas gaseosas había unas cuantas que esparcían ácidos corrosivos al estallar. Enormes trozos del parapeto se disolvieron en montones de rocas fundidas, que se deslizaron por las caras de la muralla como gruesos chorros de cera.

Una sección entera de la parte sur de la muralla se desprendió, y arrastró en la caída a tres mortificadores hasta la base de la muralla. El trío atravesó

la delgada capa de hielo del foso y se hundió en las gélidas aguas, para reaparecer pocos minutos más tarde.

Learchus observó cómo los Marines Espaciales de armadura negra tomaban posiciones de disparo cuando las hordas de alienígenas se lanzaron a la carga formando una única masa homogénea. Se dio cuenta, de inmediato, que aquél no era un ataque normal más, sino una ofensiva pensada para atravesar las defensas. Los pequeños organismos que avanzaban a saltos formaban una marea negra que cubría todo el suelo. Los disparos diezmaron su número, pero aquellas bajas eran insignificantes comparadas con el tamaño total de los atacantes.

El peso de tantas criaturas rompió la cubierta de hielo del foso con un tremendo crujido chasqueante, y miles de tiránidos se hundieron en las aguas a temperaturas bajo cero. Los demás siguieron avanzando y la enorme cantidad de cuerpos congelados del foso les proporcionó un modo seguro de cruzar a los que los seguían.

Unas bestias con garras gigantescas y con progenies enteras de alienígenas siseantes agarradas entre las placas de sus armaduras óseas siguieron lanzadas a la carga, levantando grandes trozos de hielo mientras avanzaban. Unas criaturas parecidas a escorpiones, y que Learchus no había visto jamás, caminaban arrastrando la panza mientras disparaban sin cesar contra la muralla con unas excrecencias óseas que les crecían a lo largo del lomo.

Unos monstruos envueltos en arcos de luz eléctrica y armados con grandes pinzas deslizaban como serpientes sus cuerpos alargados. Los disparos de energía que lanzaban arrancaban trozos de rococemento grandes como tanques de la muralla.

Learchus abrió el canal de comunicación con el mayor Satria, de la Legión de Defensa de Erebus.

—Mayor, ya puede avanzar con sus hombres. Formación alfa uno.

—¿Está seguro de que se encuentra preparado para algo así, señor? —le preguntó el mayor Satria mientras corría hacia la muralla.

—Estoy seguro, mayor. Deje de estorbarme —lo cortó Sebastien Montante mientras intentaba seguir casi sin aliento el ritmo de carrera del mayor y de los cinco mil soldados de la Legión de Defensa. Llevaba el equipo bastante suelto y sudaba de forma profusa debajo del abrigo.

Le parecía que el rifle láser pesaba tanto como un cañón, pero se alegró de notar aquel peso tranquilizador. Se sentía solo por el hecho de llevarlo y lo único que le preocupaba era recordar cómo se disparaba cuando llegara el momento del combate.

En las profundidades de la multitud de cuevas que existían en las altas cimas de la parte oriental del valle comenzó a sonar un chillido penetrante que se convirtió en un aullido ensordecedor que resonó en la zona superior de la ciudad. La mayoría de las gárgolas que habían penetrado en Erebus gracias a la traición de Simón Van Gelder habían muerto después de ser perseguidas, pero algunas habían conseguido escapar. Casi todas eran simples organismos guerreros alados, pero nueve de ellas eran mucho más.

Ocultas en las cuevas más profundas, las madres de progenie gárgolas habían obedecido la orden de la mente enjambre de anidar y de producir más de su especie. Las madres de progenie se habían visto impelidas a un frenesí reproductor y habían acabado muertas, pero no antes de dar a luz a miles y miles de nuevas gárgolas.

Cuando comenzó el ataque contra la muralla, una urgencia imperativa se apoderó de las criaturas escondidas, y alzaron el vuelo en enjambres de miles de monstruos negros y aullantes que salieron a la luz para lanzarse también al ataque.

—¿Los capta, teniente? —le preguntó el capitán Morten apretando los dedos alrededor de la palanca de mando del Fury.

—Sí —respondió con ferocidad Kiell Pelaur—. El logistro de ataque no puede actualizar todos los objetivos que está captando. Las naves tiránidas están cambiando la formación para enfrentarse a nosotros, pero reaccionan con lentitud. Caeremos sobre ellas antes de que estén alineadas de forma apropiada.

Morten sonrió bajo la máscara de oxígeno.

La información de objetivos de la placa de Pelaur aparecía en su propia pantalla y el increíble número de enemigos a los que se iban a enfrentar no tenía parangón en los anales del escuadrón.

Resultaba apropiado, ya que era su última batalla.

Una runa del panel de armamento empezó a parpadear para indicar que los objetivos ya se encontraban dentro del alcance óptimo para los cohetes.

Abrió el canal de comunicación con las aeronaves de las que estaba al mando.

—¡Fuego!

Apretó dos veces en rápida sucesión el botón de la palanca de mando al mismo tiempo que gritaba: «¡Por el Vincennes!». Decenas y decenas de cohetes saltaron desde las alas de los cientos de naves y cruzaron el espacio en dirección a la flota tiránida. Tenían que abrir un hueco por el que se pudiera colar la Thunderhawk. Todo lo demás era secundario.

La distancia entre las dos fuerzas se acortaba con rapidez, y Morten sabía que la situación se iba a poner mal, muy mal, en muy poco tiempo. Mientras seguía mirando, las criaturas enemigas se colocaron con rapidez en posiciones de bloqueo, al mismo tiempo que decenas de criaturas de menor tamaño y de mayor velocidad avanzaron para interceptarlos.

—Atentos —advirtió Morten—. El enemigo viene a por nosotros.

La andanada inicial había abierto una brecha en la parte exterior de la formación de esporas, pero quedaban cientos de ellas, y todas se acercaban a la flotilla imperial. Un individuo de menor valentía se hubiera acobardado, pero Owen Morten había nacido para ser piloto de Fury.

Comenzó un leve ascenso y preparó sus últimos cohetes.

Momentos después de hacerlo, tanto él como su escuadrón quedaron inmersos en un combate aéreo contra decenas de criaturas espora carnosas que viraban y giraban casi con tanta rapidez como los interceptores Fury. Morten hizo un viraje cerrado a babor y vio un organismo veloz al que se puso a seguir de forma inmediata.

—¡Estoy demasiado cerca para disparar un cohete! —avisó al mismo tiempo que cambiaba de armas mientras la criatura procuraba deshacerse de

él.

Cada movimiento que hacía el organismo lo seguía el Fury. Giraban y giraban como insectos en mitad de un extraño ritual de procreación. La bestia apareció por un momento en el punto de mira y apretó el gatillo.

—¡Te pillé, cabrón! —gritó cuando los rayos láser la partieron por la mitad.

—¡Capitán! ¡Vire a estribor! —le chilló Pelaur cuando un rayo espumeante de energía pasó rozando la cabina del Fury.

Morten hizo un tonel y respiró profundamente, sorprendido por lo poco que había faltado. Disminuyó de velocidad y volvió al control de cohetes.

Un tintineo en el microrreceptor del oído le indicó que el espíritu de combate de un cohete había localizado un objetivo, así que apretó el gatillo de nuevo.

—¡Capitán! —Era Erin Harlen—. ¡Tiene uno justo a las seis!

Morten viró a estribor y echó un vistazo atrás al mismo tiempo que hacía girar al Fury de un lado a otro en un intento por librarse de su perseguidor.

—¡No me lo puedo quitar de encima! —soltó Morten cuando vio que el organismo seguía todas sus maniobras, hasta las más cerradas.

—¡Nos dispara! —le advirtió Pelaur.

—¡A babor! —contestó Morten, al mismo tiempo que efectuaba un viraje brusco y encendía el posquemador. Sintió que el traje de vuelo se expandía y que el corazón le palpitaba con mayor rapidez.

Un rayo de energía chasqueante pasó por debajo de ellos. Obligó a la nave a que realizara un giro cerrado a la vez que bajaba de velocidad y detenía casi el motor.

La criatura intentó imitar la maniobra, pero fue demasiado lenta.

Morten efectuó un tonel y se situó detrás del organismo palpitante. Lo colocó en mitad del punto de mira y apretó el gatillo.

Los disparos del cañón láser partieron por la mitad a la criatura, que estalló con un gran chorro de sangre.

Oyó por el canal de comunicaciones los gritos y las maldiciones procedentes del resto de las aeronaves. Los tiránidos estaban

aniquilándolos, pero no podía prestar atención a aquello en esos momentos, no mientras todavía quedara batalla por librar. Sin embargo, se percató al mirar a su alrededor que habían conseguido abrir un hueco. La Thunderhawk lo estaba atravesando en ese momento, con el brillo azul de sus motores de plasma reluciendo en contraste con la oscuridad del enorme caparazón pétreo de la nave colmena.

Un instante después vio una gigantesca criatura alada, con unas mandíbulas capaces de escupir rayos eléctricos, comenzar a perseguir a la cañonera de los Marines Espaciales. Varias descargas de energía azotaron una y otra vez a la Thunderhawk, y Morten se dio cuenta de que no conseguiría aguantar mucho tiempo.

Tenía el traje de vuelo empapado por el sudor y sabía que estaba al borde del agotamiento, pero aceleró al máximo los motores para seguir a la Thunderhawk.

Uriel sintió que la cañonera se estremecía. El fuselaje comenzó a desprender chispazos azules. El piloto empezó a realizar una serie de giros cerrados, pero la Thunderhawk no se había diseñado para luchar en combates aéreos. Uriel sabía que tan sólo era cuestión de tiempo que la criatura que los perseguía fuese capaz de destruirlos. Las armas y las cajas de munición cayeron de los armarios que tenían sobre las cabezas.

Se quitó el arnés de sujeción y se puso en pie para asegurar el arma que les había entregado el inquisidor Kryptman. Perderla en ese momento sería acabar con la misión antes de que ni siquiera comenzase. Trastabilló cuando otro impacto hizo que la cañonera se estremeciera. Una tubería de combustible se partió y se inició un incendio. Un instante después comenzaron a sonar las sirenas de alarma.

Una nueva explosión sacudió la parte posterior de la Thunderhawk, y una de las portillas de observación voló en pedazos con un estallido descompresivo.

El aire salió rugiendo de la cañonera, y Uriel sintió que le aumentaba la furia. No podían fallar, no cuando estaban tan cerca.

Pero a medida que nuevos impactos hacían que la Thunderhawk se estremeciera, supo que no podrían sobrevivir a muchos más.

El capitán Owen Morten hizo que el Fury volara a la máxima velocidad posible. El caza pasó de largo al lado del organismo tiránido que estaba machacando a la Thunderhawk a la vez que armaba el último cohete.

Un resplandor azulado iluminó el interior de la cabina cuando varios rayos salieron disparados de las mandíbulas de la criatura. Tenía un tamaño seis veces mayor que el del Fury, así que Morten sabía que sólo un impacto directo en su punto más vulnerable sería capaz de destruirla.

—¡Capitán! —gritó Pelaur—. Afloje la velocidad o no tendremos combustible para regresar al planeta.

—No vamos a regresar —le contestó Morten con tranquilidad mientras colocaba el Fury entre la Thunderhawk y la gigantesca criatura tiránida.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Lo que hay que hacer —respondió Morten mientras apagaba los motores y hacía que la nave girara sobre su eje ciento ochenta grados.

La mandíbula chasqueante de la criatura tiránida ocupó la visión de la cabina. Unos gigantescos arcos de energía envolvieron al Fury. La carlinga se llenó de chispas y de llamas.

El capitán Morten apretó el gatillo y disparó el último cohete directamente a la garganta del monstruo.

Uriel sintió una enorme explosión detrás de la cañonera y esperó la inevitable destrucción de la Thunderhawk. Sin embargo, el impacto definitivo no llegó jamás y la nave se estabilizó y atravesó la nube de esporas que rodeaban la monstruosa nave colmena.

El capitán cruzó el pasillo central de la cañonera hacia la cabina de mando. Lo único que se veía delante de ellos era el relieve escarpado del pellejo de la nave tiránida. El inquisidor Kryptman les había mostrado los

posibles puntos de entrada y observó con detenimiento el paisaje gris que se extendía ante ellos en busca de uno.

La improvisada flotilla imperial les había abierto camino y había llegado el momento de hacer que ese sacrificio mereciese la pena.

—¡Allí! —exclamó a la vez que señalaba un orificio carnoso y tembloroso en un costado de la gigantesca criatura.

Los desechos orgánicos salían al espacio mediante los movimientos peristálticos de la carne. El músculo esfínter con costillaje se abría más y más mientras expulsaba más desechos. Uriel supo que habían encontrado el modo de entrar.

—¡De prisa! ¡Si lo que dijo el inquisidor Kryptman es cierto, se cerrará dentro de pocos segundos!

El piloto guió con habilidad la cañonera hacia ese punto y aumentó la potencia de los motores cuando el orificio comenzó a cerrarse.

Sólo cuando se acercaron más se percató Uriel del enorme tamaño que tenía: más de sesenta metros de diámetro.

La Thunderhawk entró en el túnel carnoso antes de que tuviera tiempo de cerrarse del todo.

Uriel pensó que ya estaban en las entrañas de la bestia. Unos instantes más tarde, el esfínter se cerró completamente y la escasa luz de las estrellas del firmamento desapareció.

Learchus atravesó el cuello de otra criatura tiránida con la espada sierra, que ya tenía los dientes encallados por tantos trozos de carne alienígena. El bólter hacía tiempo que se había quedado sin munición, así que la empuñaba con las dos manos.

Una gran mancha de sangre coagulada le cubría la hombrera en el punto donde la garra de un monstruo aullante, dos veces más alto que un humano, que había logrado subir le había atravesado la armadura. La muralla era un matadero llena de carne alienígena y humana muerta. Las columnas y los pilares cercanos al borde de la muralla estaban salpicados por completo de restos ensangrentados y las entrañas cubrían el suelo helado, lo que lo

convertía en una superficie traicionera. Learchus tenía que esforzarse por mantener el equilibrio con cada paso que daba.

El mayor Satria luchaba a su lado, ensartando con la bayoneta y disparando el rifle láser cuando tenía ocasión de recargar. Al lado del mayor, se encontraba el fabricador Montante, que luchaba con valor y desesperación, aunque no con habilidad. Learchus ya le había tenido que salvar la vida en varias ocasiones, y aunque pensaba que era una idiotez que Montante estuviera en un lugar como aquel, no le quedaba más remedio que admirar su valentía.

—¡Guerreros de Ultramar, resistid! —gritó el sargento.

Las esporas flotantes estallaban entre los guerreros, pero éstos se negaban a ceder terreno. Learchus le propinó una patada a un hormagante que había conseguido trepar hasta las almenas y envió el cráneo destrozado hacia la masa de alienígenas que se encontraba debajo.

El sargento oyó por encima del ensordecedor estruendo del combate el rugir de unos cañones. Se arriesgó a mirar por encima del hombro para ver quién disparaba. Los pocos tanques antiaéreos Hydra estaban disparando hacia el este, y el corazón le palpitó con más fuerza cuando vio la impenetrable nube negra de gárgolas que bajaba por el valle.

—¡Que Guilliman nos salve! —murmuró Learchus cuando se percató del enorme número de enemigos que se les acercaban por la retaguardia—. ¡Astador! —gritó por el comunicador.

—¡Las he visto! —contestó el capellán.

Los Hydras abrieron grandes agujeros en el enjambre, pero Learchus se dio cuenta de que la enorme escala de aquel ataque los derrotaría.

Sebastien Montante luchó con un valor y una energía que jamás creyó tener. Le dolían los brazos de combatir tanto, pero se sentía lleno de una sensación de alegría al tener la ocasión de demostrarse a sí mismo que se merecía el cargo de gobernador de aquel planeta. Se agachó detrás de una columna partida para recargar el rifle láser. Un marine espacial cayó a su

lado con un agujero humeante en el lugar de la armadura donde antes había tenido el pecho.

Sebastien metió el nuevo cargador de forma apresurada y se asomó detrás de la columna, desde donde comenzó a disparar contra un enjambre de criaturas de amplias garras palmeadas que iban a atacar por la espalda al mayor Satria y a Learchus.

Abatió a tres con una única ráfaga en fuego automático e hirió a una cuarta un momento antes de que una gran sombra cayera sobre él.

Sebastien se giró y alzó el rifle. Un látigo lleno de púas le partió en dos el arma y lo derribó al suelo. Sebastien se puso en pie apoyándose en la columna y manoteó intentando desenvainar el sable mientras el enorme organismo guerrero se alzaba sobre él. Tenía el caparazón óseo cubierto de unas brillantes franjas rojas y las fauces sibilantes parecieron burlarse de él cuando blandió el látigo de nuevo.

Sebastien chilló cuando el arma afilada como una navaja se le clavó en la carne y lo rodeó inmovilizándolo contra la columna. El monstruo alargó las garras hacia él…

Learchus apareció de golpe y cortó la extremidad de un solo tajo de la espada antes de meterse dentro de la guardia del monstruo. Las garras se cerraron en torno al cuerpo del marine espacial al mismo tiempo que Learchus le clavaba la espada entre las duras placas quitinosas. La bestia rugió y arrancó grandes trozos de la armadura del sargento.

Sebastien se esforzó por levantarse, pero lo dejó cuando las púas del látigo se le clavaron más en el cuerpo.

Learchus lanzó un rugido a su vez cuando, por fin, logró clavar la espada en la garganta de la bestia, al mismo tiempo que el mayor Satria acudía en su ayuda.

Una sombra negra pasó por encima de ellos, y Sebastien vio a una multitud de criaturas descender hacia los defensores de la muralla. La matanza fue terrible. Los soldados eran alzados y morían bajo las garras de los nuevos enemigos. El mayor Satria desenvainó el cuchillo de combate mientras la defensa se desmoronaba a su alrededor.

—En seguida lo libero, señor —le dijo a Sebastien, colocándose detrás de la columna.

Sebastien se limitó a asentir. Sentía demasiado dolor como para responder de otro modo.

En ese momento, vio que unas garras enormes se posaban sobre el borde de la muralla y que una inmensa bestia gorgoteante subía su enorme corpachón por encima de las almenas.

Un enjambre de criaturas de color rojo y negro, con las mismas extremidades palmeadas que las que había matado antes, salieron de los pliegues de su piel y corretearon hacia ellos.

—Mayor… —gimió en voz tan baja que no se le oía.

Las bestias se detuvieron y alzaron las zarpas de extraño aspecto, como si lo estuvieran saludando. La ridiculez de la idea casi hizo que se riera.

Abrieron los puños como si se les llenaran de aire y, de repente, de las zarpas salieron despedidas decenas de espinas agudas que se dirigieron hacia él.

Chilló cuando notó que le penetraban en el cuerpo. No supo cuántas lo hicieron, lo único que sintió fue un enorme dolor ardiente que le recorrió todo el cuerpo. Se desplomó sobre el látigo de púas que lo mantenía atado a la columna, con el cuerpo atravesado por decenas de largas espinas orgánicas. La cabeza le cayó sobre el cuello y vio un charco creciente de sangre entre sus botas.

Oyó a alguien gritar su nombre, pero todo se apagaba a su alrededor y no supo quién era.

Luego, todo se quedó negro y perdió el conocimiento.

Uriel bajó de la maltrecha Thunderhawk y pisó la suave carne esponjosa del interior de la nave colmena. Llevaba el arma del inquisidor en la enana bandolera colocada en la cadera. No encajaba a la perfección, pero sí lo bastante como para que no importara.

La cámara en la que se encontraban estaba iluminada por una suave luz verde: Todo el lugar estaba lleno de vapores irritantes y de restos orgánicos

que llegaban hasta la rodilla. El hedor era indescriptible, y Uriel desactivó el sentido automático del olfato del casco antes de que el asco lo superara.

Avanzó vadeando junto al resto de los guerreros. Pasanius se puso en cabeza. La llama piloto del lanzallamas brillaba con intensidad en la densa atmósfera de la nave colmena. Uriel notó algo que se movía y le rozaba las botas. Al mirar hacia abajo, vio unas grotescas criaturas parecidas a escarabajos que recorrían las paredes de la cámara alimentándose de los desechos del lugar.

No eran una amenaza, así que hizo caso omiso de ellas mientras se adentraba en la cámara. Un rumor palpitante retumbaba en las paredes como un latido gigantesco, o mejor dicho, una serie de latidos. Kryptman les había dicho que una nave colmena era una aglomeración enorme de criaturas unidas en una única entidad bestial que formaba la mente enjambre.

—Este lugar está maldito —dijo el hermano Pelantar mientras se colocaba en una posición de flanco con el bólter pesado en posición de disparo y listo para abrir fuego.

Alvarax tomó la misma posición al otro lado.

—Puede ser que tengas razón —contestó Uriel, mostrándose de acuerdo.

Recordaba las profundidades de Pavonis, donde se había enfrentado al Portador de la Noche, y cómo el eco de la maldad de horrores pretéritos podía saturar un lugar con su poder.

El hermano Damias se situó en el centro de la formación y consultó la lectura que se veía en el auspex modificado que le había entregado el inquisidor Kryptman. La luz azul de la placa se reflejaba en la parte baja del casco y el leve tintineo de su funcionamiento resonaba con fuerza en la cálida cámara.

Unos chorros siseantes de vapor salían de algunos orificios. Un temblor sacudió el suelo de la cámara cuando las paredes se contrajeron con un leve movimiento. Uriel vio que los organismos parecidos a escarabajos se apresuraban a meterse en los huecos carnosos de las profundidades de la pared.

—Pongámonos en marcha —dijo Uriel—. No creo que debamos quedarnos mucho tiempo por aquí.

Los Guardianes de la Muerte, con Pasanius a la cabeza, se alejaron hacia las profundidades de la nave colmena.

Perro Blanco bajó corriendo la escalera de piedra del edificio en cuanto oyó el sonido de las sirenas de alarma resonando por todo el hospital. Las hermanas de la Orden de la Vela Eterna se apresuraban en todas direcciones y dirigían a los heridos que podían andar hacia los pisos superiores. Otras llevaban camillas o cajas llenas de equipo médico.

Se detuvo con un resbalón final en el piso inferior y descubrió que el vestíbulo estaba repleto de enfermeras que guiaban a los que se habían quedado ciegos hacia la puerta blindada que había en la base de la escalera. Perro Blanco casi pudo saborear el pánico en el aire.

—¿Qué está pasando? —exigió saber.

Nadie le respondió. Todos estaban demasiado ocupados con su propio miedo para contestar. Se abrió paso entre la multitud hacia la enfermería principal y se encontró con que muchos más heridos eran levantados por las llorosas enfermeras. Se dio cuenta de inmediato de que había demasiados heridos para que pudieran ocuparse de todos.

En el mismo momento en que se percató de eso, vio que la hermana Joaniel se dirigía en línea recta hacia él.

—¡Tú! —le gritó—. ¡Ven aquí!

La mujer se abrió camino por la enfermería esquivando heridos mientras cojeaba hacia las puertas principales.

—¿Qué está pasando? —preguntó de nuevo.

—Hemos recibido la orden de evacuar el hospital —le contestó Joaniel con voz llena de desesperación—. Tenemos que llevar a toda esta gente hasta un lugar seguro. La línea del frente está a punto de caer.

—¿Qué? Pero ¡si eso está a menos de medio kilómetro de aquí!

—Lo sé, por eso no podemos perder tiempo. Necesito que me ayudes.

—¿Que la ayude? Pero ¿yo qué puedo hacer?

Joaniel agarró a Perro Blanco por los brazos.

—El edificio del hospital fue construido contra la ladera sur del valle. Hay una entrada a las cuevas en los pisos superiores que lleva hasta más arriba del valle.

—¿Y qué?

—Quiero que lleves a esta gente hasta allí.

—¿Qué? Pero ¡si acabo de traerlos!

—No me importa. Tú hazlo —le respondió, cortante, Joaniel.

—Vale, vale —accedió Perro Blanco—. ¿Y usted qué? ¿Qué va a hacer?

—Voy a asegurarme de que mis pacientes salgan con vida de este edificio.

Un cieno espeso goteaba desde el techo y siseaba al caer sobre las hombreras del grupo de Guardianes de la Muerte. Los pasillos carnosos de la nave colmena eran un museo del horror biológico. Cada pared estaba cubierta de pliegues de músculo y de cartílago, y cada pisada que dejaban atrás quedaba convertida en un charco lleno de jugos digestivos supurantes. Unos pequeños organismos esclavos correteaban por cada pasillo sin hacer caso de los marines espaciales, que seguían adentrándose en el cuerpo de la bestia.

El rumor omnipresente surgía de cada orificio y el ruido de los procesos biológicos resonaba en el aire.

Uriel empezó a sentir una creciente claustrofobia, que aumentaba cada vez que el pasaje costillado se contraía al ritmo del rumor para luego expandirse, como si se encontraran en un gigantesco órgano respiratorio. Varios chorros de líquido los salpicaron cuando pasaron a una amplia cámara necrótica de cartílago chasqueante y de carne pulposa.

Hilera tras hilera de sacos de huevos rotos y nichos con tubos orgánicos de aspecto canceroso en su interior colgaban inertes y se alineaban por todas las paredes desde el suelo hasta el techo.

—¿Qué es este lugar? —se preguntó Henghast.

—Aquí permanecían dormidos —le contestó Damias mientras pasaba el auspex por todo el pasaje—. Durmieron durante todos los años que viajaron hasta llegar a Tarsis Ultra desde el sitio de donde vinieron.

Uriel se dio cuenta de que Damias estaba en lo cierto cuando vio un organismo guerrero tiránido en uno de los nichos. Tenía la carne reseca y estaba muerto. Los cuatro brazos colgaban fláccidos a un lado y tenía la huesuda cabeza echada sobre un hombro.

Un repentino movimiento sibilante recorrió las paredes y un resonador verde empezó a tomar fuerza en el vapor que los cubría hasta las rodillas. Un pliegue carnoso situado al otro lado de la cámara se abrió y en el lugar entró una oleada de sustancias químicas malolientes que transportaba una marea de aullantes criaturas tiránidas.

—¡Capitán! —gritó Pasanius al mismo tiempo que las cubría de llamas.

Alvarax y Pelantar afianzaron las piernas y acribillaron a las criaturas con proyectiles de los bólters pesados. Uriel disparó contra la masa de alienígenas al mismo tiempo que una de las puertas ventriculares de válvula se abrió también y entraron más bestias en el lugar.

Una de las bestias, de un tamaño enorme, cargó hacia ellos. Tenía un caparazón blindado bajo y parecido al de un escorpión. Se lanzó contra Jagatun, quien lo esquivó agachándose antes de propinarle un tajo en el vientre desprotegido con el afilado tulwar. De la herida salieron despedidos varios órganos sueltos.

Henghast lanzó un aullido y lo atravesó con su espada de energía. Luego, ayudó a Jagatun a ponerse en pie mientras disparaba el bólter con la mano libre. Pasanius retrocedió, pero a cada paso disparaba un chorro de fuego líquido contra los grupos de alienígenas aullantes.

Uriel tampoco dejó de disparar contra las criaturas a medida que salían de las paredes para atacarlos. No sabía cuántas bestias habría en el interior de la nave colmena, pero sí sabía que no podían permitirse enterarse de aquello de primera mano.

—¡Guardianes, retroceded! —les ordenó.

Alvarax y Pelantar obedecieron la orden sin dejar de disparar mientras se acercaban a Uriel.

—¡Hermano Damias!, ¿por dónde?

Damias estaba cubierto de sangre, sobre todo el puño de combate, empapado de restos alienígenas. Consultó el auspex antes de contestar.

—¡Por ahí!

Se dirigió hacia un agujero oval de la pared, y Uriel llamó a los demás.

—¡Que todo el mundo venga por aquí!

Henghast se lanzó de cabeza por el agujero, seguido de Jagatun. El rugido de los bólters pesados los cubrió. Pelantar fue el siguiente en pasar. Uriel empujó a Pasanius para que fuese el próximo.

—¡Alvarax! ¡Venga, nos vamos!

Alvarax acribilló a las bestias atacantes con puntería infalible. Decenas de alienígenas cayeron destrozados por los proyectiles bendecidos.

De repente, el suelo se abrió a los pies de Alvarax, y el marine espacial desapareció absorbido hacia las profundidades de la nave colmena.

—¡Alvarax! —gritó Uriel, y se dispuso a entrar para ayudar a su hermano de batalla, pero una mano de hierro lo agarró y tiró de él.

—¡Ya no está! —le gritó Pasanius—. ¡Vamonos!

Uriel asintió y se adentró en los confines cerrados del nuevo pasadizo; avanzaban más por el tacto que por la vista. Oyó un sonido rezumante: las contracciones musculares del pasadizo, que lo ensancharon para permitir el paso de más perseguidores. Pasanius hizo que Uriel se pusiera delante de él y se giró para inundar el pasadizo de llamas. Un coro de chillidos los siguió mientras las criaturas morían achicharradas. El carnoso pasadizo se estremeció en reflejo de su dolor, y Uriel recordó, de repente, algo que Kryptman le había dicho antes de partir de Tarsis Ultra: «Cuanto más vayan penetrando en la nave, más sofisticado se volverá su sistema nervioso. Sentirá más dolor cuanto más cercan estén de su centro».

Siguió a sus guerreros por el pasadizo que bajaba. El suelo de textura esponjosa emitía un sonido chapoteante bajo sus pies. Oyó el sonido de disparos y vio luz un poco más adelante, donde el pasadizo se ensanchaba al convertirse en una cámara llena de venas con un organismo en forma de seta en el centro.

Una decena de criaturas muertas sembraban el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Henghast.

—¿Qué importa? Lo estaban protegiendo, así que debe ser importante para ellos —le contestó Jagatun antes de partir el tallo con un mandoble del tulwar.

Unos cuantos chorros de esporas salieron disparados del tallo cortado y envolvieron a Jagatun como una nube de insectos enfurecidos. Él las apartó a golpes, pero cayó al suelo cuando la superficie de la armadura empezó a disolverse ante los ojos de Uriel.

Oyó por el comunicador los gritos de dolor del cicatriz blanca mientras las esporas lo devoraban desde su interior: los filtros y los respiradores no eran defensa alguna ante semejante ataque mortífero. Los Guardianes de la Muerte se alejaron de las nubes de esporas corrosivas, incapaces de ayudar a su camarada caído. Pasanius disparó el lanzallamas y las quemó con un chorro de promethium purificador.

Les llegó el eco de varios chillidos procedentes del pasadizo por el que acababan de salir.

—Por aquí —dijo Uriel, y se metió en una abertura que había en la pared de enfrente.

Salieron a un largo pasaje curvado lleno de líquido que les llegaba hasta las rodillas otra vez. Del techo y de las paredes del pasaje colgaban manojos de cilios que se movían como si los agitara una brisa suave. El espeso líquido fluía hacia la derecha. Uriel esperó a que el hermano Damias se reuniera con él.

El apotecario les indicó a los Guardianes de la Muerte ya reunidos que debían seguir por la izquierda, y subieron vadeando la fétida corriente en contra dirección. Unos organismos similares a gusanos nadaban en el líquido y se agarraron a las armaduras en un intento por alimentarse.

Los marines espaciales se los arrancaron asqueados. Eran molestos, pero apenas peligrosos. Uriel siguió avanzando por el túnel circular. Los manojos de cilios que colgaban del techo le rozaban el casco.

Se detuvo cuando oyó un extraño sonido por encima del continuo retumbar de la nave colmena. Le pareció un trueno lejano, como si

estuviera en un extremo del valle de Laponis, en Macragge, y estuviese escuchando el ruido de las lejanas cataratas de Hera.

Lanzó un grito de advertencia cuando se dio cuenta de lo que era.

—¡Agarraos a algo!

Atravesó con el puño la pared venosa del pasaje y se agarró a un puñado de la sustancia básica de la nave colmena unos momentos antes de que centenares de toneladas de desechos orgánicos aparecieran rugiendo delante de ellos.

Perro Blanco ayudó a subir a los heridos por las escaleras hasta los pisos superiores del hospital mientras se preguntaba cuánto tiempo tendrían antes de que aparecieran los tiránidos. Las puñeteras sirenas de alarma seguían sonando. Golpeó una que tenía cerca con la culata de la pistola hasta que la aplastó. Jonny estaba en el rellano que había encima de Perro Blanco, y Lex se encontraba ocupado preparando en la puerta principal del edificio la madre de todas las trampas explosivas. Tigrilla se mantenía al lado de Plata, que ya estaba estable, pero que seguía inconsciente. No tenía ni idea de dónde se encontraba Trask, pero tampoco es que le importara mucho. Llevaba encima la mochila llena de joyas que había recuperado de la nave espacial estrellada, así que Trask no le estaba robando en esos momentos.

Bajó de nuevo al vestíbulo y vio la delgada silueta de Lex, que seguía trabajando al lado de la puerta.

—Lex, me da igual lo que estés haciendo; hazlo más de prisa.

—¡Eh!, voy todo lo rápido que puedo. Si me ayudaras, es seguro que terminaría antes.

—Ni hablar, tío. ¿Yo, manejando explosivos? Ya te puedes ir olvidando.

—Vale, gracias de todas maneras —le respondió Lex en tono burlón.

—De nada. ¿Ha salido todo el mundo de este piso?

—Sí, creo que sí. Bueno, todos menos la loca esa de la hermana.

Perro Blanco entró en la enfermería principal. El lugar estaba desierto a excepción de la hermana Joaniel, quien se encontraba detrás del puesto

central de la enfermería con una caja de madera lisa delante de ella. El jefe pandillero corrió hacia ella y se echó al hombro el rifle láser.

—¡Eh, hermana! No tenemos tiempo de entretenernos. Es hora de que nos vayamos.

—¿Todo el mundo está a salvo? —le preguntó Joaniel con la cara llena de lágrimas.

—Sí, más o menos. Están camino de los pisos superiores, si eso es a lo que se refiere.

—Bien —contestó Joaniel—. No pude salvarlos a todos.

—¿Qué? ¿Salvar a quién?

—A todos ellos. En Remian. Me llamaron el Ángel de Remian porque los ayudé a recuperarse después de que la guerra los hubiera destrozado, pero al final no pude salvarlos. Todos murieron. —Joaniel alzó la caja de madera—. Me lo dieron por la buena obra que realicé. Es un medicus ministorum… No me lo merezco.

—Vale —le contestó Perro Blanco algo confuso—. Mire, hermana Joaniel, por muy divertido que sea recordar los buenos tiempos, creo que va siendo hora de que nos vayamos.

Como si quisiera reforzar sus palabras, un golpe estruendoso hizo que las enormes puertas de madera del hospital se estremeciesen. Perro Blanco oyó incluso a través de las gruesas paredes del edificio el sonido de los arañazos de las hordas de alienígenas que se agolpaban en el exterior.

Lex asomó la cabeza por la puerta de la enfermería.

—Oye, larguémonos de una puñetera vez de aquí —gritó.

Perro Blanco se giró hacia Joaniel.

—Ya lo ha oído, hermana. Vámonos, ya.

Ella tomó en los brazos la caja de madera, pero no se movió. Perro Blanco se maldijo por ser un idiota, la agarró por un brazo y tiró de ella por la enfermería.

—¿Por qué demonios tengo que meterme siempre en estos follones? —se preguntó en voz alta.

Salieron al vestíbulo cuando las puertas ya estaban astillándose bajo los repetidos golpes de algo enorme. Corrieron sobre el suelo de losas de piedra

en dirección a la puerta blindada que llevaba a las escaleras. Jonny Pisotón estaba allí, con el enorme rifle de caza echado al hombro.

—¡Vámonos ya! —les gritó.

Las puertas principales saltaron por los aires arrancadas de cuajo con un estruendo de maderas rotas, y decenas de criaturas rugientes entraron en tropel alrededor del enorme monstruo que había actuado como ariete. Sus garras eran inmensas y estaban cubiertas de trozos de madera. Las feroces mandíbulas guardaban en su interior un fuego ardiente.

Dio un retumbante paso hacia el interior del hospital. El suelo de piedra se resquebrajó bajo su peso, y la bomba de Lex estalló.

Perro Blanco envolvió a Joaniel con sus brazos y la tiró al suelo junto a él cuando la explosión los empujó contra la pared. El aire se llenó de fuego, de polvo y de piedras cuando la onda expansiva se llevó por delante a los alienígenas, además de las columnas que soportaban el peso del techo y de las paredes de la entrada. La gigantesca bestia se tambaleó, pero no cayó. Su pellejo blindado quedó cubierto con los restos de sus parientes de menor tamaño. Osciló delante del cráter abierto en el suelo mientras a su alrededor caían bloques de piedra de las paredes que lo rodeaban.

Perro Blanco rodó hasta ponerse boca abajo; el cuerpo le dolía por todas partes. Le extrañó que la espalda no le doliera, hasta que recordó que llevaba puesta la mochila. Supuso que debió de protegerlo de lo peor de la explosión. Intentó ponerse en pie y lanzó un grito de dolor al notar que tenía una costilla rota al menos.

Joaniel también se puso en pie, pero apoyándose en la pared. No había soltado el medicus ministorum. Perro Blanco gruñó de dolor a su lado mientras el monstruo recuperaba el sentido lo suficiente como para dar otro paso hacia ellos.

Jonny Pisotón entró en el vestíbulo con la culata del enorme rifle de caza apoyada con firmeza en el hombro.

La enorme bestia casi se les había echado encima y la llamarada había aumentado en sus fauces.

Jonny apuntó con cuidado y apretó el gatillo.

Y la cabeza de la bestia desapareció en una explosión de sangre y huesos.

Jonny salió despedido hacia atrás por el potente retroceso y cayó al suelo. Lanzó un aullido de alegría mientras metía otro proyectil en la recámara.

El monstruo se fue de espaldas al cráter abierto por la bomba de Lex. Joaniel ayudó a Perro Blanco a ponerse en pie. El jefe pandillero gritó de dolor cuando ella lo puso en brazos de Jonny.

—¡Vete! —les dijo—. ¡Llévatelo de aquí!

—¿Qué va a hacer? —le preguntó Jonny.

—Os seguiré de cerca —le contestó Joaniel, agachándose al lado del medicus ministorum y levantando la tapa.

Jonny vio que había cientos de las criaturas pequeñas reuniéndose en el exterior.

—Lo que usted diga, hermana —le contestó encogiéndose de hombros, y se llevó medio a rastras medio encima a Perro Blanco.

Joaniel sacó un bólter reluciente de la caja y le colocó un cargador entero.

Miró hacia arriba y vio a Jonny y a Perro Blanco llegar al primer descansillo de la escalera.

Luego, cerró la puerta y oyó el pesado golpe del pestillo al encajarse.

Los sibilantes monstruos entraron con cautela en el hospital por temor a nuevas trampas explosivas.

Joaniel amartilló el bólter y sonrió. No había sido capaz de salvar a su gente en Remian, pero en Tarsis Ultra iba a hacer todo lo que se esperaba de una hermana hospitalaria de la Orden de la Vela Eterna.

—¡Venid aquí! ¿Es que me vais a tener esperando todo el día?

Sonrió de un modo beatífico cuando apretó el gatillo y reventó a las criaturas más cercanas con ráfagas controladas. Disparó y disparó matando a decenas de alienígenas, hasta que el percutor del arma golpeó por fin en vacío.

Dejó caer el arma y abrió los brazos de par en par cuando las bestias se abalanzaron sobre ella.

El Ángel de Remian murió con los últimos restos de culpa lavados con sangre.

Learchus atravesó a la carrera las ruinas del distrito quintus. Los últimos defensores de Erebus se retiraban desorganizados junto a él. Las criaturas aladas se lanzaban en picado sobre ellos y mataban a los soldados que huían. Incluso la resistencia y la fuerza de los Marines Espaciales se vio puesta a prueba.

Los Ultramarines y los Mortificadores luchaban codo con codo para darles tiempo a los soldados de los regimientos de Logres, de Krieg y de la Legión de Defensa para que se reagruparan en la siguiente muralla. Learchus sabía que todo era inútil, pero tenía el alma de un guerrero, así que siguió luchando. Los tiránidos habían cerrado todas las rutas de escape, como si supieran todos los caminos que atravesaban la ciudad o pudieran adivinar todos los movimientos que realizaban las unidades de Marines Espaciales.

Disparó el bólter que había tomado de un hermano de batalla muerto y abatió un grupo de monstruos alados que se llevaban a un soldado de Krieg y partió por la mitad a un par de bestias sibilantes que estaban devorando el cadáver de un ultramarine caído.

Alargó una mano y agarró al camarada muerto por la armadura y empezó a arrastrarlo mientras se retiraba. El capellán Astador apareció a su lado y lo ayudó, partiendo el cráneo de un alienígena con su crozius arcanum en tanto lo hacía. Los guerreros de la cuarta compañía y los Mortificadores se agruparon alrededor de sus jefes y formaron un perímetro defensivo. Learchus vio los pocos que quedaban.

Tan sólo continuaban combatiendo menos de cuarenta guerreros de los Marines Espaciales.

Pero los Adeptus Astartes habían conseguido incluso con un número inferior de guerreros victorias en situaciones aparentemente insalvables, y Learchus sabía que mientras le quedara sangre en las venas, jamás se rendiría.

Los dos marines espaciales consiguieron arrastrar el cadáver hasta una amplia plaza desde donde habían despegado aquella mañana muchas de las naves. A Learchus se le ocurrió por un momento preguntarse lo cerca que habría estado el capitán Ventris de tener éxito, pero supuso que ya no importaba mucho.

—Espere —dijo Astador.

—¿Qué? —exclamó Learchus—. Tenemos que seguir en movimiento.

—No —le respondió Astador, señalando la base de la siguiente muralla—. Ya es demasiado tarde.

Learchus vio que centenares de bestias tiránidas los habían adelantado por los flancos y les habían cortado la retirada. Unas criaturas gigantescas, con un tamaño tres veces superior al de un marine espacial, y hordas enteras de guerreros llenaban el espacio que había entre ellos y la siguiente muralla.

Astador tenía razón. Ya no había escapatoria posible.



FASE V
ABSORCIÓN



DIECISÉIS

Miles de litros de fluidos biológicos apestosos azotaron rugientes a los marines espaciales con la fuerza de una ola sísmica, aplastando las armaduras y arrancándolos de las paredes del pasaje. Uriel notó cómo la carne alienígena cedía bajo el agarre de su guantelete y lanzó una maldición cuando fue arrastrado.

Giró de forma incontrolable en el enorme chorro y se golpeó contra las paredes del túnel y contra sus hermanos de batalla. Perdió por completo la orientación al dar tantos bandazos en aquella porquería líquida. Lo único que veía era el fluido oscuro y vistazos ocasionales de los costados del túnel. Intentó agarrarse a las paredes, pero los manojos de cilios se habían retirado al interior de la carne del túnel.

Uriel se enderezó por un momento al ver un guantelete extendido. Se agarró a él y una mano de hierro se le cerró alrededor de la muñeca para detener su alocado viaje. El rugiente flujo de líquido amenazó con arrastrarlo de nuevo, pero consiguió poner el pie en un reborde carnoso y subir un poco.

Sacó la cabeza a la superficie y vio que los guardianes de la muerte estaban agrupados en un saliente óseo que estaba por encima del torrente de restos. Pasanius tiró de él y lo sacó del inundado túnel. Uriel se desplomó en la tranquilizadora superficie firme.

—Gracias, amigo mío —jadeó.

Pasanius se limitó a asentir; estaba demasiado cansado como para contestar. Uriel se puso de rodillas y echó un vistazo a sus alrededores. Se encontraban en una cámara oval que obviamente estaba conectada con el túnel lleno de fluido. Damias, Henghast y Pelantar estaban agachados al lado de una maraña de cartílago que bloqueaba la salida de aquella cámara. Uriel supuso que se hallaban en una especie de cámara filtradora. De la maraña de fibras salían surtidores de gases tóxicos y el retumbar de varios corazones resonaba todavía con mayor fuerza.

—¿Cuán cerca estamos, hermano Damias? —le preguntó Uriel.

—No lo sé, hermano capitán —contestó Damias con la voz llena de arrepentimiento—. He cometido el descuido de dejar escapar el auspex

cuando fui arrastrado. Cumpliré cualquier penitencia que consideréis oportuna después de que finalicemos la misión.

Uriel maldijo para sus adentros, pero se consoló con la idea de que mientras se dirigiesen hacia el sonido de los corazones de la nave colmena no iban desencaminados. Kryptman estaba convencido de que las cámaras reproductivas de la reina norna, la madre progenie de todo el enjambre, se encontrarían cerca de los corazones, donde los nutrientes y los fluidos vitales serían más puros.

—No se preocupe, hermano. El Emperador nos guiará —le contestó Uriel al mismo tiempo que desenvainaba la espada de energía.

Cortó la telaraña fibrosa que bloqueaba la salida de la cámara. Pasanius se puso en cabeza en cuanto consiguió volver a encender el lanzallamas y marchó delante por el pasaje reluciente. De las paredes caía una saliva muy espesa y más criaturas de las parecidas a gusanos se asomaron y desaparecieron por agujeros del suelo y de las paredes.

—¡Por el Emperador! ¡Esto es peor que Pavonis, y pensaba que aquello había sido realmente malo! —exclamó Pasanius.

Uriel asintió mostrándose de acuerdo. La oscuridad bajo la superficie de aquel planeta había sido terrible, pero aquella burla grotesca del don de la vida casi era demasiado para poder contenerse. La blasfemia de los tiránidos era inconmensurable y no fue capaz de imaginarse cómo era posible que a una raza que no le devolvía nada al universo, que sólo vivía para devorar, se le permitiese tener existencia.

—¿Qué es eso de Pavonis? —le preguntó Henghast.

—Es un planeta en el borde oriental de la galaxia, pero ya habrá otro momento para contar lo que ocurrió —le contestó Uriel.

—Le haré cumplir esa promesa, hermano capitán. Me hará falta una saga de vuestro valor para cuando vuelva al Colmillo.

Uriel se quedó sorprendido por el inacabable optimismo de los guardianes de la muerte. A pesar de las pérdidas que habían sufrido y de la escala de la misión que tenían que cumplir, ni uno solo de ellos había murmurado una palabra que sugiriera que no estaban convencidos de que vencerían.

Le dio una palmada a Henghast en la hombrera.

—Cuando regresemos a Tarsis Ultra compartiré el vino de la victoria con vosotros y os contaré lo que pasó en Pavonis.

—¡Vino! ¡Bah! El vino es para los flojos. Abriremos un barril de aguamiel fenrisiano y se despertará con una resaca como la de dos continentes al chocar.

—Estoy deseándolo —dijo Uriel.

Pasanius alzó una mano.

Uriel se reunió con su sargento a la cabeza de la fila y se quedó escuchando el retumbar de los múltiples corazones y el de otros órganos en la cercanía. Delante tenían una cámara de techo bajo, con un músculo esfínter en el centro, de donde salían volutas de un vapor de color ocre. Un eco retumbante surgía de todas las paredes.

—Creo que estamos cerca, hermano capitán. Los sonidos convergen en este lugar —le dijo Pasanius.

—Creo que tienes razón, amigo mío, pero ¿de dónde proceden?

El hermano Henghast entró en la estancia y se quitó el casco. Tosió un poco antes de que su sistema respiratorio fuese capaz de adaptarse a la atmósfera venenosa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Uriel—. ¡Ponte el casco otra vez!

Henghast inclinó la cabeza hacia un lado antes de contestar con un susurro.

—Los sentidos automáticos de la armadura están muy bien, pero los míos son mejores.

El lobo espacial olfateó el aire y frunció la cara mientras filtraba los distintos olores del lugar y captaba los sonidos de la nave colmena con unos sentidos mucho más agudos incluso que los de Uriel. Los apotecarios de su capítulo habían agudizado la capacidad de percepción de Uriel de un modo increíble, pero aun así no eran rival para la de un lobo espacial.

—Los latidos suenan con más fuerza en este pasadizo —dijo al cabo Henghast antes de ponerse otra vez el casco y dejar sitio para que se adelantara Pasanius.

—Bien hecho, hermano Henghast.

A medida que avanzaban por el pasadizo aumentaban las volutas de humo y el volumen de los gigantescos latidos contrapuestos de los monstruosos corazones. El brillo de la bocacha encendida del lanzallamas recortaba la silueta del sargento e iluminaba las paredes goteantes del pasadizo con un leve resplandor azulado.

Siguieron el túnel serpenteante durante bastantes kilómetros, hasta que un enfermizo brillo verdoso sustituyó al del lanzallamas. El pasadizo fue bajando y ensanchándose poco a poco, pero de pronto Uriel vio y oyó directamente los retumbantes órganos cuyo sonido habían estado siguiendo.

El par de corazones palpitantes, de un tamaño mayor que el de unos tanques superpesados, latían con unos enormes movimientos intramusculares y bombeaban los fluidos vitales a toda la nave colmena. Uriel contuvo las ganas que sentía de apretar el gatillo. Kryptman le había advertido que aquellos órganos estarían protegidos por gruesas capas de tejido fibroso de varios metros de espesor y que habría otros que podrían sustituirlos.

Unos organismos sibilantes recorrían la cámara al otro lado, pero no sabían todavía si habían advertido su presencia.

Uriel y los demás miembros del grupo se agacharon en el extremo del humeante pasadizo y se quedaron mirando el corazón de la nave colmena.

Habían llegado a las cámaras de reproducción de la reina norna.

Perro Blanco puso cara de dolor mientras Jonny lo llevaba hacia arriba y oían los estruendosos impactos contra la puerta que habían dejado atrás. Le dolía la cabeza y sentía las costillas como si hubiera peleado diez asaltos con un marine espacial. Bajó la mirada por las escaleras.

—¿Dónde está la hermana Joaniel? —preguntó con un jadeo.

—Ni idea —le contestó Jonny, sin dejar de subir—. Supongo que muerta.

—¿Qué?

—Sí —le confirmó Jonny—. Cerró la puerta después de que pasáramos nosotros.

—¿Ella cerró la puerta?

—Que sí.

Perro Blanco se encogió mentalmente de hombros. Era una pena que hubiera muerto, pero no era asunto suyo que estuviera tan loca como para intentar cargarse a toda la raza tiránida ella sólita. Los golpazos que oía en la puerta le hicieron agradecer que la hubiera cerrado. No estaba seguro de haberle encargado a Jonny que lo hiciera. La puerta estaba blindada, pero con unos monstruos como aquellos, no se podía contar con que ninguna barrera durase demasiado tiempo.

—¿Dónde están los demás?

—Supongo que arriba. ¿Por qué tienes que hacer tantas preguntas?

—Porque así es como me entero de todo —le contestó con ira Perro Blanco, aunque se arrepintió al momento cuando las costillas le dolieron a rabiar.

Pasaron por otro rellano, y Perro Blanco pensó que hubiera jurado que no había tantas escaleras antes. A medida que iba recuperando los sentidos oyó un tintineo, como el de una de esas campanillas de viento que sonara en mitad de una brisa fuerte. Se preguntó qué sería. Se dio cuenta de qué era un segundo más tarde y lanzó un grito de alarma.

—¡Jonny! ¡Para! ¡Para! ¡Da media vuelta!

—¿Eh? —le preguntó Jonny, confundido, pero obedeció.

Perro Blanco gimió de frustración cuando vio la cascada de oro, de plata y de piedras preciosas que formaba un reguero escaleras abajo. Se soltó con esfuerzo de Jonny y se quitó con gesto dolorido la mochila de la espalda, mientras los golpes contra la puerta de abajo se volvían más frenéticos.

La mochila lo había salvado de la peor parte de la explosión de la bomba de Lex, eso estaba claro, pero había quedado hecha trizas. Todo lo que había recuperado de la nave espacial estrellada se iba saliendo por los rasgones en la tela. Apenas quedaba nada ya.

Empezó a meterse lo poco que quedaba en los bolsillos. Distinguió abajo el sonido de la puerta metálica al doblarse y oyó el ruido de unos pasos en la escalera a su espalda, pero no hizo caso y siguió metiéndose joyas preciosas en los bolsillos.

—¿Qué pasa, Trask? —preguntó Jonny.

Perro Blanco notó que se le helaba la sangre en las venas y buscó con la mano su pistola, pero fue demasiado tarde.

Oyó el sonido de una escopeta al cargarse y se echó a un lado. Gritó con fuerza cuando los bordes de las costillas se rozaron.

Pero el disparo no iba dirigido contra él. Jonny Pisotón cayó rodando por las escaleras dejando tras de sí una mancha de sangre en la pared.

Perro Blanco miró a través de la neblina de lágrimas causadas por el dolor y alzó la pistola.

Trask le propinó una patada en la cara. El jefe de la banda notó cómo se le partían varios dientes, y escupió un chorro de sangre.

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes, Perro Blanco —le dijo Trask.

La visión de la reina norna sería algo que Uriel jamás olvidaría en su vida. La criatura era gigantesca, probablemente del tamaño de un titán de combate. Su masa ocupaba la cámara con incontables medios para producir a su monstruosa progenie. Un enorme tubo costillado cubierto de mucosidad colgaba de las paredes. Palpitaba con un movimiento repugnante y dejaba caer grandes puñados de sacos llenos de huevos en un estanque repleto de cieno, que unos organismos comadronas recogían y se llevaban con sus grandes pinzas en forma de cucharón.

Unas enormes charcas de una sustancia rezumante y protoplásmica burbujeaban y restallaban mientras las criaturas recién nacidas chillaban al ser sacadas chorreando junto a unos conductos huesudos para empezar a crecer de forma casi inmediata en cuanto las dejaban en el suelo. Miles de larvas de incubación gelatinosas colgaban de unas mucosidades resinosas del gran techo abovedado, soportado por unas gigantescas costillas de hueso, cada una de ellas más gruesa que las columnas del templo de la Corrección, en Macragge. El suelo estaba cubierto de fluidos apestosos, y de los millones de orificios que había en la pared surgían chorros de un vapor hediondo. Unos tubos nutrientes e intestinales bombeaban líquidos espesos en la barriga de la reina norna, quien tenía la enorme cabeza

fundida con el techo de la cámara. Unas criaturas de seis extremidades parecidas a arañas obesas le recorrían todo el cuerpo y se dedicaban a limpiar, atender y alimentar a la reina. Unas espinas parecidas a jabalinas surgían del enorme caparazón, y cada una dejaba ir gotas de veneno que siseaban al caer.

La reina norna era tanto parte de la nave colmena como criatura individual. Los organismos guerreros patrullaban la cámara y chasqueaban las grandes garras brillantes ante cualquier otra criatura esclavizada que se acercase demasiado a la reina. Tenían un tamaño mayor que cualquiera de los guerreros tiránidos que Uriel había visto. Aquellas bestias habían nacido y se habían criado con una única razón de ser en la vida: defender a su reina hasta la muerte.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Damias.

—Con esto —contestó Uriel.

Desenfundó el arma que le había entregado el inquisidor Kryptman. Era la pistola plateada con la que el servidor del magos Locard le había inyectado el veneno genético al líctor, pero tenía algunas modificaciones. Sobre el cañón del arma se había colocado un largo tubo metálico de un color azul acero levemente cristalino. Al final del tubo había un anillo con nueve muescas que encajaba encima del cañón de la pistola de Kryptman. Siempre era desagradable utilizar armas de un alienígena, pero el inquisidor le había asegurado que la tecnología de los fusiles de los hrud no era más que una simbiosis de los procesos de utilización del plasma y de los rayos fundidores. Sin duda, era el producto de una herejía alienígena, pero de una que, en ese caso, serviría para administrar el veneno genético.

—¿Qué es eso? —le preguntó Pelantar.

Uriel metió el arma de nuevo en la funda antes de contestar.

—Es el medio por el que podemos acabar con esta pesadilla. Sólo tengo que llegar a la reina de la colmena. —Se puso en pie—. Pero antes, tendremos que abrirnos paso, y lo tendremos que hacer a la antigua, con músculo, con sangre y con acero.

Los guardianes de la muerte siguieron al capitán y se adentraron en la cámara de la reina norna. Pasanius iba a su lado, Henghast se colocó a la

izquierda y Damias a la derecha, mientras Pelantar los cubría con el bólter pesado.

Uno de los organismos soltó un chirrido de aviso y de forma casi inmediata los guerreros guardianes se giraron para enfrentarse a los intrusos. Un aullido cacofónico recorrió la cámara y, en las paredes, resonó un golpeteo furioso cuando los tiránidos se apresuraron a defender a su reina.

Pasanius cubrió a los primeros atacantes con un chorro de fuego, y los guardianes rugieron de indignación al ver semejantes fuerzas destructivas en mitad de la cámara de su reina. Pelantar disparó una ráfaga de proyectiles mutagénicos contra la masa de alienígenas cantando mientras lo hacía los ritos de disparo.

Uriel corrió hacia adelante, y el filo de la espada de energía cortó el hueso y la carne alienígenas con facilidad. Las criaturas de menor tamaño cayeron como trigo ante la guadaña. Aunque sintió la furia asesina crecer en su interior, la aceptó y convirtió la impureza del Portador de la Noche en una fuerza positiva.

Las llamas iluminaron con un brillo infernal la cámara y el puño de combate de Damias despidió chasqueantes rayos de energía mientras se abría paso combatiendo. Henghast aulló de furia cuando se lanzó a la carga contra las criaturas. El bólter pesado de Pelantar les facilitó el camino.

Uriel se agachó para esquivar un golpe de barrido de una bestia que era poco más que unas fauces llenas de colmillos y la partió por la mitad de un mandoble. Luego, sintió la presencia de algo enorme a su espalda. Se lanzó de cabeza hacia delante y esquivó por los pelos quedar partido por la mitad por un golpe de uno de los organismos guardianes.

La bestia alienígena lo dejaba pequeño. Era mayor que un carnifex, pero más esbelta y ágil. Tenía la boca llena de colmillos goteantes, y las extremidades superiores estaban rematadas por garras centelleantes que intentaron cortarle la cabeza. Uriel rodó sobre sí mismo, y las garras se clavaron en el suelo a la vez que él daba un tajo horizontal para cortarle las piernas.

La bestia dio un salto y esquivó su ataque antes de golpearle con las garras en la armadura. La ceramita se partió bajo el impacto y la sangre empezó a fluir antes de que las células de Larraman detuvieran la hemorragia. El cuerpo comenzó a recibir sustancias anuladoras de dolor y trastabilló cuando la bestia lo golpeó de nuevo. Salió volando por los aires y aterrizó en el borde de un charco de un fluido apestoso y burbujeante. Varios tentáculos salieron del charco y lo agarraron por la cintura.

Uriel soltó un grito y los cortó con la espada para rodar hacia un lado.

El organismo guardián corrió a grandes zancadas hacia él, con las pezuñas haciendo saltar chorros de fluidos repugnantes. Uriel volvió a rodar de forma desesperada y se puso de rodillas para alzar la espada y bloquear las garras que intentaron decapitarlo.

Saltaron chispas y lanzó un gruñido mientras se esforzaba por resistir la fuerza de la bestia.

Un momento después, dejó pasar las garras por encima de la cabeza y volvió a rodar. Le clavó la espada en la entrepierna al monstruo, que aulló y cayó sobre una rodilla, lo que hizo que el arma se clavara más profundamente todavía.

Uriel sacó la espada y le propinó un tajo en la cintura. El monstruo pataleó mientras moría, y unas criaturas parecidas a insectos se apresuraron a cubrir el cadáver para devorarlo y convertirlo en comida para la reina. Uriel avanzó trastabillando hacia su objetivo, y Pasanius se reunió con él. Tenía la espada ensangrentada y había desaparecido la pieza de armadura que cubría su brazo plateado.

El hermano Damias luchaba con ferocidad y habilidad. Ya había causado un número tremendo de bajas con su puño de combate. Henghast mataba con la ferocidad por la que su capítulo era famoso, y Pelantar seguía disparando ráfagas por toda la cámara, reventando sacos de huevos y perforando el repugnante tubo que serpenteaba por las paredes de la cámara.

Tres organismos guerreros les bloquearon el camino. Cada uno parecía tan mortífero como el que Uriel había matado. Damias y Henghast se abrieron paso hacia los dos ultramarines.

—A la antigua —dijo jadeante Damias—. A través de ellos. Pasanius, Henghast y yo los contendremos; usted llegue a la reina.

Uriel asintió y los cuatro echaron a correr hacia las bestias guardianas. Pelantar vio lo que pretendían y disparó una ráfaga precisa contra los tiránidos. Dos retrocedieron ante los disparos, ya que sus caparazones no eran capaces de resistir la munición bendecida que utilizaban los Guardianes de la Muerte.

Sin embargo, al hacer aquello, descuidó su propia defensa por una fracción de segundo.

Y eso era lo único que necesitaban sus enemigos.

El bólter pesado salió despedido a un lado por el golpe de unas pinzas y unas poderosas garras levantaron a Pelantar por los aires. Luchó con todas sus fuerzas y abrió varios agujeros ensangrentados en el caparazón de la bestia, pero ya era demasiado tarde. La criatura lanzó un rugido ensordecedor y partió por la mitad al marine, para luego arrojar los dos trozos a las bestias carroñeras para que se alimentaran.

Damias y Pasanius atacaron mientras las bestias a las que Pelantar había acertado todavía no se habían repuesto de los impactos. Una de ellas estalló en llamas mientras Damias atravesaba el caparazón de la otra con la increíble energía del puño de combate. Henghast se unió a Pasanius para atacar al monstruo envuelto en llamas.

Uriel siguió corriendo hacia el vientre hinchado de la reina norna, con la espada alzada para matar a la última bestia que se interponía entre él y su objetivo. La criatura cerró las garras, y Uriel colocó la espada entre ellas. Dio un salto para enfrentarse a la criatura y se coló bajo su guardia cuando intentó golpearle con las garras puntiagudas y se destrozó a sí misma.

Uriel trepó por el cuerpo del monstruo agarrándose a los salientes del exoesqueleto óseo. La bestia se esforzó en bajarlo y se machacó el pecho con las garras en el intento. Varias mandíbulas secundarias atravesaron la placa pectoral y arrancaron trozos de carne del tamaño de un puño del músculo pectoral.

Uriel rugió de dolor, pero siguió agarrado a la bestia. Se subió a las placas de armadura de los hombros y le clavó la espada en el cuello. Saltó

un chorro de sangre negra, y el monstruo dejó escapar un aullido agónico al morir. El espasmo final de la bestia le arrancó la espada de la mano.

Uriel saltó desde sus hombros antes de que se derrumbase y aterrizó en la reluciente pared de la cámara, donde cerró los dedos alrededor de la carne endurecida del pellejo de la reina norna. Hordas enteras de organismos carroñeros se le echaron encima mientras trepaba y le mordieron y atacaron con las garras. Lo cubrieron por completo, incluso se metieron dentro de la armadura, y el simple peso ya estuvo a punto de hacer que se soltara.

A pesar de los anuladores de dolor, todo su pecho era una pura agonía. Se quitó a los carroñeros de encima lo suficiente como para desenfundar la pistola de Kryptman y apretar el cañón contra el vientre de la reina norna.

Sintió que perdía asidero, por lo que se apresuró a apretar el gatillo.

Cuando el arma hrud se activó, notó una descarga de calor inimaginable, más caliente que el interior de una estrella, a través del grueso pellejo de la reina norna. Una fracción de segundo después, la pistola se le estremeció en la mano: el proyectil que contenía el veneno genético salió disparado hacia el interior del cuerpo.

Dejó caer la pistola y sintió que se precipitaba cuando por fin perdió asidero en el pellejo de la reina. Uriel se giró mientras caía y chocó contra el suelo cenagoso de la cámara. Gritó de dolor cuando los fluidos tóxicos se colaron en la herida del pecho.

Rodó sobre sí mismo y aplastó bajo su peso a los carroñeros que todavía estaban agarrados. Intentó ponerse en pie con debilidad. Vio que Damias destruía a la criatura con la que estaba luchando con repetidos golpes del puño de combate. A Pasanius lo alzó por los aires su enemigo envuelto en llamas. Henghast propinó varios mandobles a las piernas de la bestia, pero el monstruo se negó a morir.

Las garras de la bestia aplastaron el brazo plateado de Pasanius, y el metal se dobló bajo la increíble fuerza de la criatura. Uriel buscó con la mano la espada, hasta que recordó que seguía clavada en el cadáver de la criatura guerrero tiránida.

Alzó la vista hacia la forma sibilante de la reina norna y sintió que lo invadía una enorme desesperación.

El veneno genético no tenía efecto alguno en el monstruo.

Habían fracasado.

Trask levantó la mochila y el contenido cayó como una valiosa lluvia reluciente y tintineante. El rostro deformado mostraba una expresión de odio y de furia.

Le dio una patada en las costillas a Perro Blanco y luego otra en la cara.

—¡Cabrón estúpido! ¿De verdad te has creído que me iba a tragar cómo me tratabas? He trabajado para ti dos años, ¿y esto es lo único que consigo?

Perro Blanco lo miró a través de un velo de lágrimas y de la hinchazón que empezaba a apoderarse de su rostro. Oyó por encima de las palabras de Trask cómo la puerta cedía por fin varios pisos más abajo. Apretó la espalda contra la pared en un intento de ponerse en pie. Trask le lanzó otra patada, pero Perro Blanco se echó a un lado y Trask se aplastó el pie contra la pared de piedra.

Aulló de dolor, pero se recuperó antes de que Perro Blanco pudiera hacer algo más que dejarse caer de lado sobre el cuerpo de Jonny. Perro Blanco se dio cuenta de que el grandullón todavía estaba vivo. Perdía mucha sangre, pero estaba vivo.

No obstante, no tardaría mucho en morir si no lograba eliminar a Trask.

De la parte baja de la escalera le llegó el sonido de unos chillidos odiosos, y se imaginó a los alienígenas abalanzándose unos sobre otros en su ansia por llegar a los pisos superiores. Rebuscó debajo del cuerpo de Jonny y sonrió al sentir el tacto del hierro y del metal.

Giró la cabeza para mirar a Trask.

Y de repente, todo tuvo sentido. La inflamación de la cara de Trask dejaba escapar un pus de color púrpura, y Perro Blanco supo que la solitaria criatura que había atacado a la columna de refugiados días atrás debió inyectarle a Trask alguna clase de olor que atraía a los alienígenas como la mierda a las moscas.

Sonrió ante lo apropiado de la frase.

—¿De qué puñetas te ríes? —le soltó Trask mientras metía más cartuchos en la escopeta.

—De ti, tío. Eras tú lo que querían, después de todo.

—¿Eh? —dijo Trask mientras Perro Blanco se giraba hacia él con el rifle de caza de Jonny en las manos.

—¿Lo queréis? —les gritó a los alienígenas que llegaban—. Bueno, ¡pues aquí lo tenéis!

Perro Blanco apretó el gatillo del enorme rifle y sintió que el tremendo retroceso le partía otra costilla. El impacto lanzó a Trask escaleras abajo con una parte del pecho arrancada por el proyectil. Cayó en el siguiente rellano con el cuerpo convertido en un amasijo de carne. Las bestias tiránidas llegaron a la carrera al rellano, pero se detuvieron a trocear y machacar el cadáver de Trask.

Perro Blanco utilizó el rifle como muleta mientras el olor de lo que Trask tuviera metido dentro mantenía ocupados a los alienígenas, y se puso en pie de un modo doloroso. Consideró por un momento la idea de levantar a Jonny, pero la desestimó con rapidez al considerarla una locura.

Oyó nuevos pasos por encima de él y rio de alivio cuando vio a Lex y a Tigrilla bajar a la carrera.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Tigrilla.

—Luego te lo cuento —le contestó Perro Blanco mientras comenzaba a subir otra vez.

Entre Tigrilla y Lex lograron levantar a Jonny y los cuatro subieron cojeando el último tramo de escaleras que llevaba al piso superior del hospital.

Perro Blanco jamás se había sentido tan feliz de llegar a un lugar.

—¿Dónde está Plata?

—Está a salvo —le contestó Tigrilla mientras le empujaba para que siguiera—. Vamos, la entrada a las cuevas no está muy lejos. Salgamos de aquí de una puñetera vez.

—Es la mejor idea que he oído hoy —respondió Perro Blanco.

Ya quedaban menos de veinte marines espaciales. Varios actos heroicos, sólo semejantes a los que Learchus había leído en los libros de historia, los habían mantenido con vida a lo largo de los cuarenta minutos anteriores, pero el fin se acercaba. Los horrorizados hombres de la Guardia Imperial, incapaces de ayudarlos, observaban la última batalla de los marines espaciales desde la muralla del distrito sextus. Learchus no hubiera aceptado su ayuda, de todos modos.

Aquella era una batalla gloriosa, un modo apropiado para que cualquier servidor del Emperador acabase sus días. El capellán Astador y él lucharon espalda contra espalda, y mataron a los alienígenas con ferocidad y habilidad.

Un montículo de cadáveres tiránidos de varios centenares de profundidad rodeaba a los marines espaciales, y el grupo cada vez menos numeroso de guerreros se encontraba en la cúspide del montículo, luchando como héroes de leyenda.

Otro guerrero cayó arrastrado por las garras de los alienígenas, y Learchus sintió el espíritu del mártir agitarse en su interior. Empezó a cantar mientras mataba a otra bestia sibilante. Era un himno emocionante, procedente de los primeros tiempos del Imperio, un cántico de combate que animaba a todos los corazones que lo oían.

Astador se unió al cántico y, en poco tiempo, todos los marines espaciales elevaban sus voces al cielo en alabanza al Emperador mientras los tiránidos se acercaban para rematarlos.

Pasanius le propinó una tremenda patada a la bestia guardiana en la cara y le aplastó el cráneo al mismo tiempo que Henghast, por fin, le clavaba la espada en las entrañas. Las garras se distendieron y lo soltaron. Cayó al suelo con un sonido chapoteante.

Uriel divisó la empuñadura dorada de su espada, que sobresalía del cadáver del organismo guerrero. Se esforzó en levantarse para alcanzarla.

No deseaba más que morir de pie con la espada en la mano. La sacó del cuerpo medio disuelto de la bestia y cojeó para ponerse al lado de Pasanius y de Damias y Henghast, cubiertos de restos ensangrentados.

Los cuatro marines espaciales se quedaron de pie apuntando con sus armas al exterior, preparados para luchar y para morir como hombres. Las criaturas siseantes los rodearon, con los colmillos al descubierto y las garras preparadas para lanzarse al ataque.

Un repentino y violento temblor sacudió la cámara y un atormentado aullido animal fue aumentando de volumen detrás de Uriel. Las criaturas de menor tamaño se agazaparon aterrorizadas cuando la garganta de la reina norna, silenciosa durante cientos de años, emitió aquel chillido de dolor inimaginable.

Su cuerpo se convulsionó y se separó de forma violenta del saco de huevos, y los miembros endurecidos fundidos a las paredes se partieron por la violencia de los espasmos. En el vientre de la reina aparecieron unas grandes rasgaduras por donde salieron crecimientos mutantes. La carne de la bestia se estremeció y abombó cuando su genoma evolutivo se vio lanzado a la anarquía y estimulado más allá de todo control por el veneno genético del magos Locard.

Todos los organismos de la cámara se unieron al chirriante aullido de agonía cuando aquellos imperativos evolutivos pasaron a ellas mediante la conciencia común que unía a todas las criaturas de la nave colmena y a todas las criaturas conectadas a la mente enjambre.

La cámara se estremeció cuando hasta la propia estructura de la nave chilló porque todas las criaturas habían entrado en un frenesí mutante incontrolado.

Uriel observó cómo los monstruos se convulsionaban de un modo tan violento que se partían las espinas dorsales mientras echaban espumarajos por la boca, a la par que les crecían aberraciones y desviaciones genéticas.

—¡Funciona! —gritó Uriel al mismo tiempo que secciones enteras de la cámara entraban en una erupción de chorros de fluidos al rojo blanco y el cieno ácido caía del techo en grandes borbotones.

—Si, funciona —contestó Pasanius, agarrándose el brazo destrozado—, pero salgamos de aquí antes de que nos pille a nosotros también.

Los marines espaciales se esforzaron por abrirse paso para salir de la cámara en rápida desintegración. Los cuerpos de los alienígenas se sacudían de un modo espasmódico cuando morían.

Uriel notó una enorme sensación de reivindicación mientras salían de la cámara: sabía que había tomado la decisión correcta al dirigir aquella misión.

No vio venir la espina parecida a una jabalina que salió disparada del caparazón de la reina norna mientras ésta seguía destrozando la cámara que se venía abajo. El proyectil de casi dos metros le entró por la espalda y le salió por el estómago en una explosión de carne y de ceramita.

El proyectil óseo lo atravesó por completo y se quedó clavado, tembloroso, en el suelo moribundo.

Uriel se derrumbó hacia adelante: el dolor que sentía estaba más allá del que jamás hubiera padecido antes.

—¡Uriel! —gritó Pasanius.

Bajó la mirada a la herida. Le pareció extraño que no saliera sangre. Se había formado una costra rojiza y endurecida alrededor de la herida de salida. Notó que una sensación de abotargamiento se apoderaba de su cuerpo al mismo tiempo que un dolor agudo le nacía en el costado izquierdo y se propagaba con rapidez por el resto del organismo.

Pasanius lo alzó del suelo.

—¡Damias, eres un apotecario! ¡Ayúdale!

Uriel sintió que perdía la visión y que los miembros le pesaban cada vez más y más.

No lograba entenderlo. Había tenido heridas peores que ésa y no se había sentido tan mal. Vio en una esquina del visor que el ritmo cardíaco le bajaba en picado.

—¡Por los huesos de Corax! —exclamó Damias—. Es un envenenamiento de las células. Sea lo que sea, está provocando que las células de Larraman entren en un estado de hiperactividad, ¡y la sangre se le está coagulando por todo el cuerpo!

—¡Haz algo! —le gritó Pasanius.

A Uriel le pareció que las palabras de sus camaradas perdían fuerza e intentó abrir la boca, pero perdió la visión por completo y sintió que se le paraban los corazones al llenarse de sangre coagulada.

Cerró los ojos y el dolor desapareció.

Learchus mató a otro tiránido y comenzó un nuevo verso del cántico cuando se dio cuenta de que los ataques ya no se producían con la misma ferocidad que antes.

De hecho, habían dejado de producirse.

Las bestias alienígenas estaban sufriendo convulsiones en el suelo, y sus aullidos habían adquirido nuevos tonos. Vio grupos de criaturas atacarse entre sí y destrozarse los cuerpos sin cesar un momento. La explanada se llenó de monstruos pataleantes que aullaban de dolor mientras la mente enjambre moría. Sus cuerpos eran incapaces de sobrevivir a la onda psíquica de esa muerte.

Los organismos tiránidos corretearon y se arrastraron por las calles del distrito quintus aullando con una furia asesina y atacándose unos a otros en una orgía de matanzas sin sentido.

Los tiránidos se olvidaron de los pocos marines espaciales que quedaban y se dedicaron a matarse entre ellos.

Antes de que ninguna de las criaturas mayores pudiera recuperar el control, los dieciséis marines supervivientes se abrieron camino hacia la muralla del distrito sextus. Muy pocas criaturas los atacaron, y las que lo intentaron lo hicieron sin cohesión o sentido, por lo que fueron eliminadas sin compasión.

La matanza intestina continuó a lo largo del resto del día. Los defensores se quedaron contemplando encantados cómo la amenaza alienígena que había atacado a su planeta durante tanto tiempo se aniquilaba a sí misma.

Cuando cayó la noche y las temperaturas bajaron de forma drástica, enjambres enteros de organismos perecieron debido al intenso frío al ser

incapaces de buscar refugio sin que la mente enjambre los dirigiera.

Algunas criaturas sobrevivieron. Eran las de mayor tamaño, que disponían de una cierta autonomía en relación con la mente enjambre. En poco tiempo reunieron a su alrededor pequeñas manadas de bestias desesperadas y se refugiaron en las zonas más cálidas de la ciudad en ruinas.

Cuando la noche ya era cerrada en Tarsis Ultra, una mota luminosa descendió del cielo, una cañonera vapuleada, con las alas de luto.



EPÍLOGO

Pasanius estaba sentado a solas en las ruinas de la muralla del distrito quintus, mirando a la inmensidad de la llanura blanca que se extendía delante de la ciudad destrozada. No llevaba puesta la armadura, tan sólo una túnica de tejido azul. Mantenía el brazo metálico plateado pegado al pecho mientras miraba cómo aterrizaba de regreso otro transporte procedente de otra ciudad devastada, con más noticias malas, sin duda.

Habían transcurrido seis días desde que habían regresado de la nave colmena moribunda, y Pasanius había pasado buena parte del tiempo desde entonces rezando plegarias de agradecimiento por la victoria y oraciones fúnebres por aquellos que habían caído en combate. Había tantos muertos, había tantas plegarias que rezar. La enorme estancia que era la Cámara del Mosaico contenía una vela por cada soldado muerto o desaparecido, y el brillo reflejado en la cúpula de cristal se veía desde el otro extremo del valle.

Entre los muertos honrados así se encontraba Sebastien Montante. Habían descubierto su cuerpo atravesado por decenas de espinas en las ruinas de la misma muralla sobre la que se encontraba Pasanius. Su cuerpo yacía en el palacio imperial, y los sacerdotes del planeta ya habían solicitado su beatificación. Pasanius sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que Sebastien se convirtiera en un santo y se rio al pensar lo divertida que habría encontrado la idea el mariscal fabricador. San Sebastien. No sonaba mal.

El cuerpo de coronel Stagler lo encontraron sus hombres sobre un montículo de criaturas tiránidas. El cuerpo congelado estaba destrozado con brutalidad. Sus soldados no guardaron luto por él. Había muerto al estilo de Krieg, y eso era más que suficiente. Al estar muertos tanto Stagler como Rabelaq, el mayor Aries Satria, de la Legión de Defensa de Erebus, tomó el mando de las fuerzas de la Guardia Imperial hasta que se pudiera asignar un oficial de mayor rango.

Y eso no tardaría mucho en pasar. Al haber sido destruida la nave colmena, la Sombra en la Disformidad había desaparecido del sistema de Tarsis Ultra, y los telépatas que no se habían vuelto locos por el infernal

ruido psíquico de los tiránidos comenzaron a recibir un aluvión de comunicados astropáticos.

Las naves de la Armada imperial estaban a menos de una semana de distancia, incluidos varios poderosos cruceros de batalla y enormes transportes que llevaban tropas de refresco para reforzar las debilitadas defensas.

Los Mortificadores se habían marchado de Tarsis Ultra el día anterior. El capellán Astador se ofreció a llevarse los restos mortales de los ultramarines muertos para enterrarlos en los osarios de la Basílica Mortis. Learchus, quien había tomado el mando de los guerreros supervivientes de la cuarta compañía, había declinado la oferta de un modo educado pero firme.

El inquisidor Kryptman y los Guardianes de la Muerte todavía recorrían las ruinas de la ciudad reuniendo cadáveres de tiránidos para que los estudiara el magos Locard. Era posible que el veneno genético sólo pudiese actuar en esa flota enjambre, pero todavía quedaba mucho por aprender de la raza tiránida.

Ya se estaban organizando los grupos de cazadores voluntarios de alienígenas que perseguirían a los monstruos tiránidos supervivientes que se habían escondido en las profundidades de la ciudad en ruinas y de las cuevas de la parte alta del valle. Habían evitado la destrucción de aquel mundo, pero Pasanius sabía que habría problemas con los tiránidos a lo largo de los años siguientes. Era algo que había aprendido en Ichar IV.

El viento procedente de la llanura era frío. Pasanius extendió los dedos plateados de la mano derecha. El metal estaba reluciente y prístino.

Más de un tecnosacerdote había comentado la habilidad del maestro forjador que había reparado el brazo biónico después del combate en la nave colmena.

Pasanius se estremeció y cerró los ojos mientras metía el brazo en el interior de la túnica.

No podía contestarles, porque no había habido ningún maestro forjador.

El brazo se había reparado solo.

Sentía dolor. Supuso que el dolor era bueno, ya que eso indicaba que todavía estaba vivo.

Uriel abrió los ojos. Los párpados estaban casi pegados de tanto tiempo que hacía que los tenía cerrados. Parpadeó para quitarse los residuos e intentó incorporarse, pero se desplomó de nuevo, exhausto, incapaz de hacer apenas nada más que no fuera girar la cabeza.

Estaba tumbado en una cama resistente, en el interior de una cámara de piedra con un techo abovedado. La temperatura era buena y notaba un entumecimiento agradable que sólo podía ser resultado de unos bálsamos para el dolor. Se quitó la sábana que le cubría el cuerpo y miró las vendas. Tenía el pecho lleno de cicatrices, y sentía la leve incomodidad de una operación reciente. Fuese lo que fuese lo que le había pasado, había sido grave.

Uriel perdió y recuperó la conciencia durante bastantes horas, hasta que se percató de la presencia de alguien que estaba de pie al lado de la cama y que le estaba ajustando un goteo intravenoso.

Intentó hablar, pero las palabras fueron poco más que un graznido seco.

—Te costará hablar durante un tiempo, Uriel —le dijo una voz que reconoció: era el apotecario Selenus.

—¿Qué pasó? —logró decir por fin.

—Te envenenaron con células tiránidas que atacaron las células de Larraman que tienes en la sangre. El veneno provocó que la sangre se te coagulara por todo el cuerpo y se te pararon los corazones al quedar bloqueados por los coágulos. Estabas muerto clínicamente, pero los Guardianes de la Muerte consiguieron llevarte de regreso a la Thunderhawk a tiempo de que el hermano Damias te administrara una dosis masiva de anticoagulantes y comenzara a tratarte con transfusiones de sangre. Pasanius casi se mató proporcionándote la sangre suficiente como para mantenerte con vida hasta que llegaras aquí. Tienes mucha suerte de contar con un amigo como él.

Uriel asintió intentando asimilar la información, pero perdió la conciencia de nuevo. Cuando se despertó otra vez, descubrió que había un hombre que llevaba puesto el uniforme de la Legión de Defensa de Erebus. Tenía el brazo colocado en un cabestrillo y lucía un sello de pureza de los Marines Espaciales prendido en el pecho.

—Ha despertado —dijo mientras le alargaba la mano.

—Sí —logró contestar Uriel—. Es…

—Pavel Leforto, sí. Me salvó la vida en la trinchera.

Uriel sonrió al reconocerlo.

—También me salvó la mía, si no recuerdo mal.

—Sí, bueno, pero es que tuve suerte con el lanzacohetes. En un día normal lo más probable hubiera sido que le acertara a usted.

—Bueno, gracias de todas maneras, Pavel.

—De nada, capitán Ventris. He venido a darle las gracias, en cualquier caso, pero debo reincorporarme a mi unidad. Ya sabe que queda mucho trabajo por hacer.

Pavel se puso en posición de firmes y saludó antes de darse la vuelta y salir del lugar.

Uriel se quedó mirando cómo se marchaba y pensando en la imagen familiar que el hombre tenía en la mano cuando fue a verlo.

Cuando a Pavel Leforto le llegara la hora de la muerte, tendría el legado del recuerdo de su esposa y de la vida de sus hijos para proclamar que había existido, que había enriquecido con su vida la existencia de los dominios del Emperador durante un breve momento.

¿Qué era lo que dejaría atrás el hermano capitán Uriel Ventris?

¿Una vida entera dedicada al servicio del Emperador, al servicio de la humanidad, aunque ya no perteneciese a ella? Apenas recordaba a sus padres. Llevaban muertos desde hacía ya casi un siglo. Su recuerdo no era más que una sombra lejana, eclipsada por décadas de devoción al capítulo y al Emperador. No quedaba nada que recordara su humanidad, nada de familia y tan sólo unos pocos amigos. Cuando desapareciera, sería como si nunca hubiera existido.

Uriel había sacrificado la oportunidad de experimentar una vida semejante cuando se había convertido en un novicio ultramarine.

Sabiendo todo eso, ¿habría estado tan dispuesto a convertirse en un marine espacial si hubiera sabido la enormidad de lo que sacrificaba para llegar a ser uno de los elegidos del Emperador?

Uriel sonrió. Los rasgos de la cara se le suavizaron cuando la respuesta le alcanzó con tanta claridad que se sorprendió de haber formulado la pregunta.

Sí, por supuesto que lo hubiera hecho. Al sacrificar la ocasión de llevar una vida normal había ganado algo mucho más grande: la oportunidad de marcar una diferencia; la oportunidad de enfrentarse de un modo desafiante a los enemigos de la humanidad y hacer retroceder la marea de repugnantes alienígenas, de herejes traidores y de sirvientes del Caos que buscaban someter el reino del Emperador.

Aquello era algo de lo que sentirse orgulloso. Su fuerza procedía de una tecnología antigua que le hacía más vigoroso, más rápido y más letal que cualquier otro guerrero normal. Sí, había sacrificado la oportunidad de ser verdaderamente humano, y sí, estaba separado del resto de la humanidad, pero se habrían perdido vidas incontables si no hubiera sido por su sacrificio.

Era un don magnífico y se sentía agradecido por ser quien era.

Uriel sonrió de nuevo antes de quedarse dormido otra vez.

Perro Blanco torció la cara con un gesto de dolor mientras cojeaba hacia la cama donde estaba dormida Plata. El costado le dolía muchísimo y la hinchazón de la cara no parecía que quisiera bajar. Le colocó bien la manta a Plata y le quitó un mechón de cabello blanco de la cara.

Ella se movió un poco, y luego abrió los ojos. Alargó una mano para tocarle la cara hinchada.

—¡Eh! —dijo ella.

—¡Eh, tú! —contestó Perro Blanco—. ¿Cómo te encuentras?

Plata dejó escapar un gemido al incorporarse un poco.

—Fatal. ¿Cuál es la siguiente pregunta idiota?

Perro Blanco se inclinó para besarla y las costillas le dieron un pinchazo de aviso.

Ella vio que le dolía y se rio un poco.

—Vaya día, ¿eh?

—Sí —contestó él—. Vaya día.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Perro Blanco no contestó en seguida. Miró por encima del hombro hacia la habitación delantera de la unidad habitáculo abandonada que habían tomado como base temporal. Lex y Tigrilla estaban jugando a los dados mientras Jonny Pisotón dormía roncando en un lecho compuesto por abrigos enrollados.

Había perdido casi todo lo que había cogido del accidente de la nave espacial. Miró la escopeta y el rifle láser que había en el suelo antes de sonreír y contestar.

—Pues parece que negocios. Lo de siempre, cariño. Los negocios de siempre.